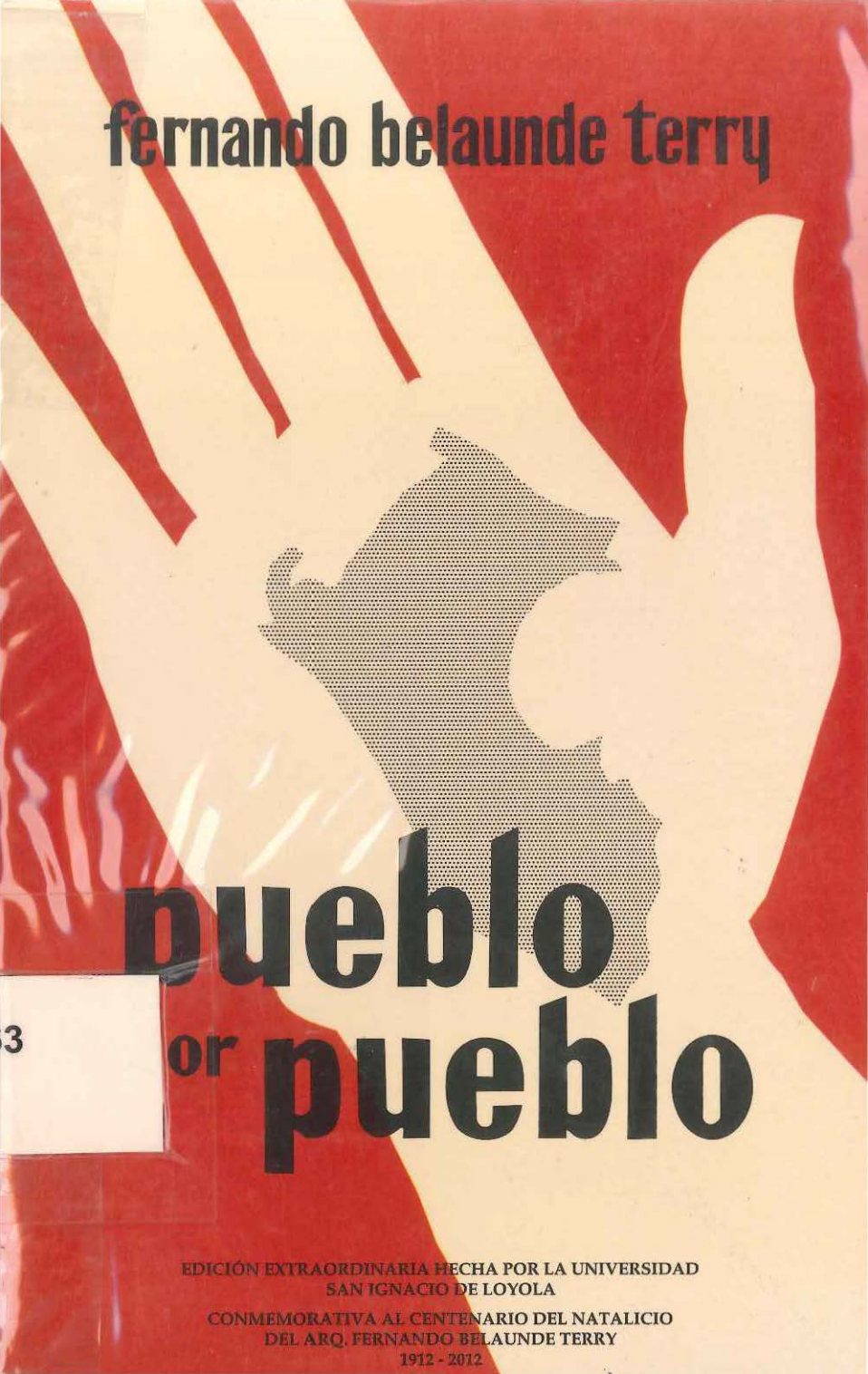


fernando belaunde terry



**pueblo
or
pueblo**

EDICIÓN EXTRAORDINARIA HECHA POR LA UNIVERSIDAD
SAN IGNACIO DE LOYOLA

CONMEMORATIVA AL CENTENARIO DEL NATALICIO
DEL ARQ. FERNANDO BELAUNDE TERRY

1912 - 2012

PUEBLO POR PUEBLO

FBT
985.063
B38P
2012

Fernando Belaunde Terry

Pueblo por Pueblo



039197

222284

Presentación de la edición extraordinaria hecha por la Universidad San Ignacio de Loyola conmemorativa al centenario del natalicio del Arq. Fernando Belaunde Terry

Un peregrino y devoto por el Perú

Han transcurrido algo más de 10 años para que, a la luz que emana desde su partida, los peruanos valoremos en su justa dimensión el legado ideológico y la obra fecunda que labró en favor de millones de peruanos el arquitecto Fernando Belaunde Terry, dos veces presidente constitucional de la República y artífice de la modernidad democrática que hoy goza el Perú. El 7 de octubre habría cumplido 100 años de vida.

Sus ideas y principios rectores se orientaron y orientan, siempre, a la acción política para la construcción de una sociedad libre y solidaria -¡cuánto significado se le da hoy al valor de la solidaridad en el mundo global!-. También material porque lo edificado por él en todos los sectores comprendió una colosal reserva de infraestructura que sigue enlazando y movilizand, energética y vialmente, a las economías departamentales y regionales.

Todavía más: su visión temprana sobre un mundo interdependiente y, al mismo tiempo, integrador, como lo es hoy, facilitó consolidar una propuesta vial de lo más revolucionaria para su época: la construcción de la carretera Marginal de la Selva, que, terminada más temprano que tarde, deberá unir directamente a los pueblos de Bolivia, Colombia y Venezuela. Lamentablemente, desde que don Fernando Belaunde Terry dejó la Casa de Pizarro, en 1985, no se registra un kilómetro más de avance.

Considero que la obra más emblemática de su legado físico es, precisamente, la Marginal de la Selva, la misma que hoy lleva su nombre gracias al reconocimiento que hiciera, oportunamente, el presidente Alejandro Toledo durante su mandato de 2001 a 2006.

Sin embargo, lo que impulsó aún más a concretar esa visión sobre esta vía de integración continental fue su peregrinaje por el Perú. Recorrió su suelo por largas temporadas hasta conocerlo "como la palma de su mano". A partir de allí definió qué hacer sobre sus potencialidades y qué realidades cambiar para hacer del Perú un país más justo, equitativo y solidario.

La bitácora de este único peregrinaje y excepcional recorrido por la patria, realizado en su gran mayoría en el segundo lustro de la década de los años 50 del siglo XX, se explica con amplitud, lucidez y la sabiduría propias del Presidente Fernando Belaunde Terry y en reimpreso libro "Pueblo por Pueblo" que, ahora, la Universidad San Ignacio de Loyola pone a disposición de usted, amable, lector.

Raúl Diez Canseco Terry

Fundador y presidente de la Universidad San Ignacio de Loyola.

Octubre de 2012.

Prólogo

El Perú se caracteriza por su diversidad cultural y por su complejidad geográfica, factores propicios para la disociación. Contrarrestar los obstáculos derivados de esa compleja realidad, buscando y promoviendo una verdadera complementación integradora, fue la tarea de vida de Fernando Belaunde Terry. La inclusión social y física que promovió en sus escritos, e impulsó durante sus gobiernos, contrasta con otros esfuerzos más recientes y menos ambiciosos. A diferencia de estos, que se inspiran en concepciones jerárquicas y paternalistas, él proponía no solo aliviar la pobreza y erradicar sus expresiones extremas, sino propagar más ciudadanía.

José María de la Jara y Ureta, ilustre amigo suyo, prologó con prosa hartó más diestra que la mía, la primera edición de "Pueblo por pueblo". Poco puedo agregar por ello a la presente, editada por la Universidad San Ignacio de Loyola, incansable promotora del mensaje de mi padre. Diré, tan solo, que la originalidad de los diversos textos que componen su libro aflora desde el primero titulado "El Pueblo lo Hizo". En él gravita el afán por liberar las potencialidades del pueblo, anuladas o restringidas por el burocratismo estéril de los gobiernos centralistas y frívolos. En otro, "Cruzada Andina", concuerda con Salvador de Madariaga en la necesidad de acentuar la propia identidad: "Para que el Perú valga un Perú es necesario que sea más peruano". Pero la búsqueda de inspiración en el Perú y su historia no es parroquial ni chovinista: en "Déficit de Soles y Superávit de Brazos" se evidencia la deuda con F. D. Roosevelt y su New Deal. En "Una Oración del Abate Pierre" se identifica con la misión que se auto impuso el célebre clérigo: "...crear un estado de ánimo de igual o mayor beligerancia contra la pobreza y el tugurio que la que suscita una guerra de conquista". Finalmente, en "La Epopeya de la Tierra en el Perú" manifiesta su admiración por la habilidad de los antiguos peruanos para enfrentar el reto geográfico y esboza tácitamente lo que terminaría siendo uno de los mayores logros de sus dos gobiernos: la creación de nuevas tierras labrantías.

“Pueblo por pueblo” es una síntesis del pensamiento de Fernando Belaunde Terry. Al releerlo y escribir estos breves comentarios, sustituyo la natural tendencia a la veneración, contrarrestándola con un espíritu objetivamente escrutador.

No falto a la verdad al sostener que “Pueblo por pueblo” mantiene su frescor y originalidad, a pesar de los 52 años transcurridos desde su edición primigenia. Es que Fernando Belaunde siempre marcó distancia con el determinismo totalitario, tan en boga en el siglo XX. De allí que su lema “¡Adelante!” sea un vocablo que no señala un destino sino, más bien, un camino. Y es también por eso que su mensaje y pensamiento sobreviven al paso del tiempo y siguen vigentes. Al recorrer las páginas de “Pueblo por pueblo” siento como que mi padre estuviera aun entre nosotros...soñando con el Perú.

Rafael Belaunde A.

San Isidro, 7 de octubre 2012.

LA CAMPAÑA “PUEBLO POR PUEBLO”

Las campañas políticas se caracterizan, frecuentemente, por las visitas a los centros de gran electorado. Ocurren, por lo general, en vísperas de los comicios. Realizadas las elecciones es frecuente que se abra un paréntesis de olvido, que sólo termina cuando se produce una nueva convocatoria.

Nosotros, inconformes con esas prácticas, nos propusimos innovar poniendo en primer plano a los pueblos olvidados —“Los últimos serán los primeros”, dijimos al asumir el mando en 1963— y tal vez logramos expresar la idea: La importancia de los villorrios. Por eso, cuando establecimos el régimen municipal, por sufragio universal, nos constituimos, para celebrar tan significativa decisión, en Pacaritambo, la legendaria “aldea del amanecer”. ALH celebramos cabildo abierto, previo a los comicios vecinales.

Pero, la cruzada que iniciábamos tenía una característica adicional: se hacía en todo tiempo, no estaba sujeta al calendario electoral. No había apremio; no se trataba de visita de médico a los pueblos, sino de un recorrido lento, paso a paso, en busca de la vibración telúrica y del mensaje humano que irradia en cada rincón del Perú.

Llegamos, a lomo de bestia, a quince capitales de provincia que aún se debatían en pleno aislamiento. Que recogimos la lección aprendida, paso a pasó, eslabón a eslabón en la

cadena andina lo demuestra el hecho de que años más tarde, nos tocaría celebrar su interconexión con la red vial del país poniendo en servicio sus anheladas carreteras. Recordemos algo de esas inolvidables jornadas.

ITINERARIOS ANDINOS

El patriotismo no consiste solamente en la amorosa contemplación del mapa sino en la voluntad de poseer el territorio y fecundarlo. Como la fisonomía de un ser querido debemos familiarizarnos con el territorio como lo hacemos con las estrofas del himno o con la oración al Altísimo. Este criterio nos llevó a formular un itinerario andino donde los hitos no eran solamente las grandes ciudades sino los pueblos olvidados.

Uno de nuestros mejores recuerdos fue el recorrido por el Callejón de Conchucos al este de la monumental Cordillera Blanca. No existían entonces, hablo de la década del 50 carreteras. Solamente precarios senderos y abruptos barrancos en que a menudo había que desmontar de la acémila en busca de mayor seguridad. Partimos de Marcará y en la cercana hacienda de Vicos nos esperaban los arrieros y las bestias para cruzar la Cordillera Blanca a una altura cercana a los 5.000 mts. Nuestras huellas se adelantaron varios lustros a la carretera que, más tarde, en el gobierno, nos tocaría construir. El descenso hacia Chacas fue largo y difícil y, caído la noche sólo el instinto de las acémilas pudo conducirnos, sanos y salvos, hasta la vaquería de Juytush. Puedo dar fe de la sencilla aunque hidalga hospitalidad campesina. Se nos recibió sin conocernos, con el mayor afecto, en la rústica vivienda rural La ola de violencia terrorista, trasplantada al Perú sabe Dios de dónde, ha opacado, más tarde, el calor que es habitual en la acogida de nuestros campesinos. Hay que hacer honor a sus generosos sentimientos humanos que constituyen la regla, que la excepción de una agitación importada no puede ni debe destruir.

Después de una noche reparadora, seguimos nuestro recorrido a Chacas y San Luis de Ruari, tierra natal del destacado pionero de la selva Carlos Fermín Fitzcarrald, póstuma inspiración de una notable producción cinematográfica y de múltiples leyendas.

Las dificultades y penurias del viaje resultaron, a la postre, de positiva utilidad. Llegado al gobierno, en 1963, el alcalde Small, que capitaneaba a su pueblo en el esfuerzo comunal para interconectarlo a la vialidad del país, me pidió un camión para llevar a las cuadrillas al lugar del trabajo, distante ya de varios kilómetros de ese pueblo. No pude disimular una cierta sensación de incredulidad. ¿Cómo podría llegar el vehículo a un lugar desconectado de la vialidad? Small advirtió mi duda, pi-diéndome que dejara el asunto a su cargo.

Llegó la ansiada oportunidad cuando, al inaugurar una fábrica de camiones recibí el obsequio de uno de esos vehículos. Sin tardanza, pregunté al personal obrero que me escuchaba si alguien era oriundo de San Luis. Se levantó una mano y le entregué la llave del vehículo, pidiéndole que lo llevara lo más cerca posible de su pueblo. Meses después recibí la visita del alcalde. El vehículo prestaba apreciables servicios y, para demostrarlo, me entregó una fotografía en la cual la multitud, valiéndose de largas cuerdas halaba el vehículo a través del campo abierto, para llevarlo a su centro de operaciones. Comprendí el inmenso contenido humano y doctrinario del trabajo para el bien común, la supervivencia de la invalorable Minka, en la que el pueblo no pide obra: La hace. No hay allí paternalismo estatal, sino amor filial a la comunidad. Nadie es obligado a trabajar. Lideran los más capaces. Por algo el pueblo, rescatado su derecho a elegir municipio, elevó una y otra vez a ese sitial al alcalde Small, promotor del camino que hoy enlaza a su pueblo con la red vial de la República.

Seguimos viaje a Llumpa, donde pernoctamos en un ambiente de fraternal camaradería con las familias que nos acogieron. Descubrimos, paso a paso, insospechadas bellezas paisajistas. Habitados a admirar la Cordillera Blanca en lo

que podríamos llamar su fachada principal a lo largo del Callejón de Huayla, descubríamos ahora, en el de Conchucos, su fachada posterior. Pasamos por Piscobamba y, finalmente, llegamos a Pomabamba, nuestro destino principal, donde disfrutamos de un descanso más largo y de sus aguas termales en una especie de sauna reparadora. Al centro de la plaza principal, la naturaleza ha puesto una nota significativa; un hermoso árbol añejo ocupa el lugar donde usualmente se encuentra algún elemento decorativo o recordatorio. Esa presencia le da a la plaza una cálida nota campestre, que es poco frecuente encontrar en las ciudades.

Continuamos hacia el norte, deteniéndonos en la hacienda Andaybamba, tan fielmente descrita por Wiener a su paso por ese fundo cien años antes, centuria que pareciera no haber transcurrido, pues su descripción era aplicable a nuestra propia experiencia.

Cuando, por fin, reencontramos la vialidad y dejamos las acémilas, nos esperaba la grata sorpresa de un hermoso pueblo blanco con techumbres de colorida teja. Yanac, una Verdadera joya de espontánea creación popular, cierra este recorrido de doce días a lomo de bestia. No fue estéril el esfuerzo. Años después nos tocaría llegar a Pomabamba en automóvil, para romper definitivamente su aislamiento. El peregrinaje estaba justificado. Entre mis acompañantes recuerdo a Carlos Pestana, a Alejandro Acosta y a Juan Mármo, echando de menos al desaparecido Stuart que nos indujo al viaje ocultándonos, estratégicamente, la altura de 5, 000 mts. a que cruzamos la frígida cordillera.

EL FARALLÓN DE LLATA

Otro recorrido que también nos llevó al departamento de Ancash lo iniciamos desde Quivilla, en el de Huánuco. Aún no se llegaba por carretera a Llata y escogimos, desde el Marañón, un sendero de cabras que escala el famoso farallón, cortado casi a pico, desde la llanura de la capital de Huamaliés, situada a 3, 439 mts. de altitud.

En esa escalada de poco sirvieron las acémilas; tuvimos que desmontar y tomarlas de las riendas, hasta completar el ascenso del inmenso barranco. En Llata, una vez más, experimentamos la señorial hospitalidad provinciana. Nuestro anfitrión y su esposa nos ofrecieron una cena, ataviando su mesa con su mejor mantelería, cuchillería y porcelana. A la mañana siguiente, cuando debíamos partir muy de madrugada para cruzar la cordillera hacia San Marcos y Chavín, el calor popular nos detuvo y después de un agasajo matinal nos pusimos en camino con lamentable retardo. Nos cogió la noche en plena cordillera y tuvimos que acomodarnos bajo la pequeña cúpula de paja de algún albergue Pastoril. Luis Alayza Escardó, que después sería mi Ministro de Agricultura, prudentemente equipado de una botella de pisco, nos permitió algún alivio interno y externo, puesto que el intenso frío de la noche andina nos obligó a una reparadora frotación alcohólica. Entre nuestros acompañantes recuerdo a Rafael Gálvez, inolvidable dirigente de la bohemia juvenil de Acción Popular.

La jornada final que nos llevó a San Marcos, nos permitió comprobar la veracidad de la crónica de Cieza de León cuando afirmaba que los caminos del Inca trepaban a las cumbres con un millar de escalones ... Tampoco en ese descenso sirvieron de mucho las acémilas.

El broche de oro de ese viaje fue el encuentro con las minas de Chavín de Huántar. Qué aleccionador contraste con la arquitectura incaica de tan distinta mampostería y de tan diferentes elementos. Allí encontramos una cierta cercanía, o diré mejor, alguna coincidencia con los principios lejanos, remotos, de una arquitectura clásica. Anotamos la imperiosa necesidad de un albergue turístico en lugar tan extraordinario. Más tarde lo realizamos en el gobierno.

Cuando pensamos en los hacinamientos humanos que rodean a las grandes ciudades, admiramos más los villorrios andinos bajo el sol, con feraces tierras y límpido horizonte. Lo ha anotado José Uriel García" por las acequias cursa el

agua buena que envían al pueblo los puquios cristalinos de las alturas, cantando en el silencio de las calles ...". Qué diferencia con el tugurio urbano donde el agua impura llega tarde, mal y nunca en destartaladas cisternas. En cambio, de aquellos floridos pueblos serranos ha dicho el mismo autor: "El campanario de la iglesia es brújula que orienta la comarca desorbitada, el heraldo de la celebridad o el faro de los caminantes". ¡Cuántos de estos campanarios guiaron nuestra larga cabalgata! Encontramos en torno a ellos, es verdad, algún abatimiento, algún punible abandono, por eso dijimos: ¡La cordillera es un orfelinato de pueblos olvidados...!

Tal vez por ello comunidades enteras dejan su tierra florida en ruinoso trueque con los arenales de la Costa. Lo anotó un pintor, tan hábil con la pluma como con el pincel Decía Núñez Ureta: "Juntan sus cosas, reúnen a sus familias; se avecinan con los parientes. Hay gritos de chicos y ladridos de perros. La lampa de Damián -¡por fin la lampa!-, va pasando de mano en mano para suavizar el suelo, para plantar una estaca, para esbozar un sendero; para que la reconozcan aquellos que en la ciudad se hicieron enclenques y blanduchos ...".

POR LA RUTA DE "EL DORADO"

Nos encontrábamos en Huamachuco, típica ciudad andina, que brilló en tres épocas: preincaica, incaica y republicana. En lo alto de la montaña habíamos visitado las ruinas de Marca-Huamachuco, centro urbano preincaico que podría, con alguna licencia, definirse como la Machu Picchu del Norte. Sus fieros combatientes se rindieron al fin ante el mensaje civilizador de los Incas, afincados, aguas abajo en el valle, en el geométrico recinto de Viracochapampa. Fuera de estos atractivos remotos, disfrutábamos de cálida hospitalidad en la ciudad colonial, destinada a ser campo de batalla en la Guerra del Pacífico. Estaba lejos de pensar, al fin de la década del 50 que, veinte años más tarde, me tocaría presidir allí la ceremonia conmemorativa en el centenario de aquel encuentro.

Habíamos llegado allí por carretera, desde Trujillo. Pasando por Otuzco y la zona minera de Shorey y Quíruvilca. Disfrutábamos de un merecido descanso. Más se despertó en nuestro grupo el afán de seguir hacia la selva tras las huellas de los exploradores, que antaño buscaban "El Dorado". La carretera nos llevaría, tras cruzar el Marañón, hasta Huaylillas. en ese entonces terminal de la vía. Allí quedaríamos a nuestra suerte para llegar, por nuestros propios medios, al valle del Huallaga. Un alto muro granítico sería el principal obstáculo a vencer. En la cercana Tayabamba, cuyo aislamiento sería pronto vencido, organizamos la expedición con las consiguientes dificultades en un centro en que la arriería estaba decayendo ante la inminente llegada del camión, J.M. de la Jara me había pedido participar en un "viaje fácil". El azar quiso que le tocara éste el más difícil de todos.

No fue fácil encontrar acémilas, aperos y arrieros. El tramo a recorrer hasta Tocache presentaba diversas dificultades. Pero nuestra decisión estaba tomada. Desde una colina el párroco de Tayabamba bendijo, devotamente, nuestra partida. Nos esperaba un duro recorrido.

Pernoctamos en Yuracpaccha, en las alturas, en medio de los grandes taludes comunales, de anémicos pastizales no muy apetitosos para el ganado. Nos alojó. en su rústica vivienda, un hombre generoso y acogedor, en plena soledad pues sus hijos se encontraban en el valle bajo. "No he querido que ellos sean, como yo, analfabetos", nos dijo ese hombre sencillo. En medio de la rusticidad del ambiente nos brindó sus mayores atenciones y nos agasajó con un sabroso yacochupe. En el camino nos había impresionado una maestra indígena que suplía su carencia de título con su innata y maternal devoción por los niños. ¿Qué maestra diplomada le iba a disputar tan severo aislamiento andino? Aprendimos a apreciar las dificultades de la educación pública en medio tan difícil y el cumplimiento de nuestro lema que busca poner a la "educación, al encuentro del educando".

Después de larga cabalgata pernoctamos en Muletambo, un simple lugar sin edificaciones y, más tarde, en Marcos, en las nacientes del río Tocache cuyas torrentosas aguas serían, desde allí, guías y eco de nuestros pasos. En Marcos encontramos un gran depósito de coca. Los sacos repletos de la hoja nos sirvieron de colchones pero, al amanecer; nos encontramos con la sorpresa de que habían desertado nuestros arrieros. No quisieron exponer a sus bestias a cruzar el cauce que, temieron, hubiera podido arrastrarlas aguas abajo. Quedamos solos, sin más medio de transporte que nuestras propias piernas. El problema era la conducción de la carga. En cada etapa fue difícil encontrar un guía que se aventurase a acompañarnos. Tras larga caminata llegamos a la cueva, inmenso pedrón volado que puede albergar a media docena de personas. Se dice que Raimondi pasó por allí. La noche fue sobresaltada por pisada de otorongos.

La siguiente jornada nos llevaría a un lugar llamado Shunté y, en versión española, "El Tambo de Pega". No sospechábamos que esa quebrada sería, dos décadas después, escenario de las cruentas actividades del narcotráfico. Pernoctamos en una habitación de adobe, sin enlucido alumbrándonos con velas, gracias a la hospitalidad de un maestro. En plena odisea nos pareció estar hospedados en un hotel de lujo ...

Nos esperaban dos obstáculos: La palizada y el Puhurumbo. La primera, formada por el derrumbe de árboles sobre la trocha, a raíz de un reciente huracán; el segundo, un río torrentoso, carente de puente. Salvamos los dos obstáculos y cruzamos el río, por el cauce, guiados por los hermanos Repoma, lugareños dedicados a ayudar a los viajeros ante ese obstáculo: En la otra banda, a la que llegamos formando una cadena humana, abrazándonos hombre a hombre, cambiamos de ropa y pasamos una noche reparadora en un ambiente tropical contrastante con la hermética arquitectura de adobón que nos albergó en la cumbre.

Al llegar al gobierno cuatro años después, incorporé a los Repoma a la fuerza laboral de transportes y mandé construir,

a su cuidado, una oroya que hiciera menos riesgoso el cruce del Pushurumbo. De allí fue fácil la última etapa a Tocache, entonces una aldea desconocida y hoy importante centro de actividad policial en la lucha contra el narcotráfico. Un sanitario nos auxilió y, en lo que a mi atañe, tuvo que arrancarme las uñas, pues había contraído una infección al terminar, descalzo, la caminata.

No hay mejor manera de conocer el territorio que el recorrerlo a pie. Así adquirimos una noción sobre la escala andina, muy diferente de la que se obtiene desde el aire, a vuelo de pájaro. Al contemplar las hermosas planicies, a la vera del río, no sospechaba que allí nos tocaría sembrar, poco después, la palma aceitera, traída desde el Congo africano hasta el valle del Huallaga, en Tananta.

Nos separa aún de la red vial para nuestro retorno a Lima un largo tramo fluvial hasta un lugar denominado La Roca, aguas arriba de Aucayacu, entonces un pequeño villorrio. El primer día viajamos por canoa hasta el puerto de Huicte, donde disfrutamos de la hospitalidad de la anciana madre de nuestro amigo el geógrafo Carlos Peñaherrera del Águila quien, más tarde, encomendaríamos la confección del Atlas Histórico-Geográfico y de Paisajes Peruanos. Pernoctamos en la rústica terraza abierta, refrescados por la brisa del río. La siguiente jornada nos llevó a La Roca y a nuestro encuentro con unas camionetas, que nos dejaron en el aeropuerto de Tingo María.

La experiencia de este viaje resultó invaluable. Nos familiarizamos con lo que habría de ser importante tramo de la Marginal de la Selva y teatro de operaciones de la implantación de 10mil hectáreas de cultivo de la palma aceitera. Parte de ellas en la plantación estatal de "Emdepalma" y el resto en la que, la empresa privada realizó, en mi segundo periodo, en "Palma del Espino", operación decididamente respaldada por el Estado a través de Cofide. Frente a esos logros positivos hemos afrontado la lucha contra el narcotráfico, con pleno conocimiento del terreno en que se desenvuelven sus

actividades y la consiguiente represión. Nos nos arrepentiremos nunca de habernos familiarizado con un territorio de promesa y amenaza. De haber observado, de cerca, el anverso y reverso de la medalla.

Tuvimos la satisfacción, años después, de construir la carretera colonizadora y de penetrar, sobre ruedas, al departamento de San Martín. En la ceremonia inaugural en

que participaron los representantes diplomáticos de la Argentina y el Ecuador. Dije estas palabras que quedaron grabadas en el hito recordatorio:

“... Porque llegué caminando por los abruptos senderos andinos, porque vi al hombre sacrificado como bestia de carga,

porque encontré a los pueblos olvidados en un aislamiento secular, porque escuché en el eco de la historia la palabra de los misioneros caídos:

quise que esta fuera obra fundamental del gobierno que el pueblo me confiara...”.

LLEVADOS POR LA CORRIENTE

En 1959, nos fuimos, a la aventura, al río Apurímac, padre del Ene, abuelo del Tambo y bisabuelo del Ucayali que, a su vez, engendra al majestuoso Amazonas, aquel río inmenso del que dijo Pablo Neruda: “Los grandes troncos muertos te pueblan de perfume ... la luna no te puede vigilar ni medirte”.

Nos fascinaba la idea de explorar las nacientes de aquel gigante de la hidrografía. Aterrizamos en Teresita, en la banda opuesta donde se formaría, poco después, el laborioso puerto fluvial de San Francisco, aguas abajo de la hacienda Luisiana. Navegando por aguas tormentosas, nos dirigimos a Pichari, estación agrícola vecina de la legendaria misión franciscana de Sivia. Nos cruzó una canoa conducida por José Parodi, propietario de Luisiana. Al enterarse de nuestros propósitos,

con su vocación de explorador; Parodi cambió de rumbo y puso su vasta experiencia a nuestro servicio, enrolando a los campos Policarpo y Vicente en nuestra proyectada aventura. Años después, Policarpo se haría conocido como guía de la expedición del National Geographic Magazine y, más tarde, con la del grupo Cousteau, conducido por el hijo del famoso explorador francés, que lo aguardaría en Iquitos.

Después de construir una balsa, con doce grandes troncos, zarpamos de Pichari impulsados por la corriente. En popa, si cabe aplicar el término a una balsa, colocamos un tablón y un pequeño motor fuera de borda para, llegado el caso, salir de los remansos. Ello nos obligó a embarcar entre nuestras escasas pertenencias, un pequeño cilindro de combustible. Policarpo y Vicente viajaban a nuestra vera en una balsa más pequeña, como un destroyer, escolta junto a un acorazado ... La noche nos sorprendió al ingresar al río Ene, formado por el encuentro del Apurímac y el Mantaro. Pernoctamos en la orilla, en la margen derecha. Armada una estructura de bambúes, logramos improvisar un techo, con la lona que empaquetaba nuestras pertenencias. Amanecimos rodeados de campos que se distraían jugando con las latas vacías de nuestra merienda.

La siguiente jornada nos reservó la sorpresa de aguas turbulentas y logramos vencer un mal paso, que después nos informaríamos era el de Paquipachango, muy temido por los navegantes fluviales. Nuestra ignorancia nos permitió conservar la serenidad en aquellos momentos de inesperado riesgo. Pasamos la noche en una campería, siendo muy bien acogidos por los nativos. Tuve la precaución de protegerme con un mosquitero lo que me libró del paludismo severo que allí contraería mi acompañante, Alejandro Acosta. Tuvimos que hospitalizado al llegar a Lima.

El paisaje adquiere singular belleza al acercarse a la desembocadura del Perené, donde se inicia el río Tambo. Sin sospecharlo, estábamos inspeccionando el futuro emplazamiento de una gran represa que, según una firma consultora

alemana, que nos asesoró más tarde, podría formar un lago inmenso y generar 5 millones de kilovatios. Se trata de uno de los grandes proyectos para el futuro. El hallazgo del gas del Camisea, por la compañía Shell, que invitamos al Perú en mi segundo gobierno, puede superar ese orden de prioridades.

El río Tambo tiene dos tramos: el primero termina en el codo donde desemboca el Puyeni; el segundo, concluye en Atalaya, en la unión con el Urubamba. Es un paisaje muy hermoso, de ondulantes montañas y aguas profundas. En mi segundo gobierno participé en una exploración al Tambo en el B.A.P "Amazonas", inspirada en gran parte en esa primera experiencia.

Fue inolvidable nuestra breve incursión a la campería de Matías, donde se nos agasajó con venado ahumado y yuca. En una virtual vuelta al pasado, compartimos aquel hábitat que surge en el paisaje como una planta más. En ningún lugar encontramos actitud descortés o agresiva de parte de las tribus que pueblan en la región.

Nuestra última escala la hicimos en la hacienda Shirintari, campería receptiva a ciertos adelantos, ejemplo mestizo de lo que puede lograrse fusionando culturas. Más tarde conocimos, ya en la ancianidad, a su propietario y promotor Ángelo Ratteri. Finalmente, llegamos a nuestro destino, desembarcando en Atalaya. Avejentado por una barba algo crecida, la gente no me reconoció. Sólo después de un baño reparador y de una afeitada se percataron de mi identidad y me dispensaron toda clase de atenciones. Logramos comunicación con el Instituto Lingüístico de Verano en Pucallpa, que despachó una avioneta. En ese entonces sólo se disponía del campo de fútbol para el aterrizaje y el despegue en un avión helio-courrier de anchas alas.

De este viaje saldría un nuevo impulso a la Marginal de la Selva que, en mi segundo gobierno, llegó hasta Puerto Ocopa, en el río Perené. Atalaya, ascendiendo en la jerarquía geográfica, fue elevada a la categoría de capital de provincia.

Años más tarde el famoso *National Geographic Magazine* organizó la expedición que, partiendo del Apurímac, seguiría la misma ruta y, más allá de Atalaya, culminaría en Pará, completando el estudio del Amazonas, desde su origen hasta el mar. Se determinó en esa expedición, que el Amazonas es el curso de agua más largo del mundo, superando ligeramente al Nilo. Otro viaje, el del hijo de Cousteau, contribuyó con un hermoso programa de televisión a difundir las bellezas del fascinante recorrido. En ambos casos hay que hacer justicia a nuestro guía Policarpo que condujo a los viajeros.

La balsa que utilizamos se trajo a Lima y estuvo en exhibición en la laguna del Parque de las Leyendas. Desapareció después del golpe de 1968...

Esta expedición resultó fructífera. Nos familiarizó con una región donde, en nuestro segundo gobierno, se realizarían importantes exploraciones petrolíferas, entre el río Tambo y el Urubamba que dieron lugar al hallazgo, por la compañía Shell de uno de los más promisorios yacimientos gasíferos del mundo, a lo largo del último tramo de la carretera Marginal de la Selva.

NAVEGANDO POR LA AMAZONÍA PERUANA

Dos recorridos fluviales, el primero en 1956 y, el Segundo en 1961, nos permitieron formarnos un concepto claro sobre la realidad de nuestra Amazonía. Ella nos ofrece 8 mil Kms de ríos navegables, en toda época del año, extensión que se amplía al doble para embarcaciones de pequeño calado, que permiten penetrar más profundamente en áreas de vocación agrícola o forestal. La naturaleza nos ha brindado esos 16 mil Kms., sin costo para el erario. Ellos son la base para la viabilidad terrestre, que no puede ni debe desaprovechar esas arterias acuáticas.

Nos constituimos en Yurimaguas y, al anotar la total carencia de facilidades portuarias, las promovimos, tocándonos más tarde la suerte de inaugurarlas, en el encuentro de Paranapura con el Huallaga.

Nos embarcamos en el mercante "Libertad" cuando ya prestaba medio siglo de servicios. La experiencia fue extraordinaria. Tocamos en Lagunas, viejo centro poblado, que figura en los relatos de los viajes del siglo XVIII y, concretamente, de los compañeros de Castelnau, en su memorable misión geográfica ecuatorial.

Al entrar al Marañón se incrementan notablemente las aguas y se llega al laborioso Puerto de Nauta. Fue en este recorrido en que concebimos la creación del Servicio Cívico Fluvial que, por más de un cuarto de siglo, viene prestando invaluable apoyo a los pueblos ribereños. Habíamos observado, en cada escala, que interrumpiendo su habitual monotonía, los pueblos salían jubilosos a recibir a nuestro barco. Unos para dar la bienvenida a parientes y amigos, otros, por simple distracción y muchos en busca de algún médico, de algún maestro de algún técnico que pudieran ayudarlas en distintas emergencias. En 1963, en la primera reunión del Consejo de Ministros, acordamos instalar esos servicios a bordo de nuestras unidades fluviales y, más tarde, construimos embarcaciones especiales para instalarlos más adecuadamente, manteniendo las unidades bajo el comando naval. Ahora la flota promocional incluye al "Morona", al "Jordán", al "Garayar" y al "Carrión" —construidos los tres últimos en mi segundo gobierno— a los que se siguen sumando unidades de la fuerza fluvial del Amazonas. ¿Qué mejor prueba de utilidad de estos viajes que los frutos cosechados? Los miles de pacientes atendidos, las escuelas supervisadas y los campesinos apoyados por la extensión agrícola, pueden dar fe de lo que significa el Servicio Cívico Fluvial. Su estadística de atenciones es consagratória.

Otro viaje digno de mención es el que organizamos de Pucallpa a Iquitos y de allí al río Yavari, con la participación de numerosos correligionarios que concurrieron al congreso de Iquitos de 1961.

Esa gira nos familiarizó con Tiruntán, Contamana, Requena y Tamshiyacu. Los pueblos ribereños respondieron con

entusiasmo a nuestras convocatorias, dándonos una visión de sus problemas y expectativas.

Después de un reparador descanso en Iquitos, nos acercamos a la ribera para reembarcarnos en el "Sinchi Roca". Se recuerda en esta nave al monarca que, según los cronistas, penetró en la selva del Amaru Mayo (hoy río Madre de Dios). La orilla es un puerto natural que viene a sumarse a las instalaciones modernas del terminal fluvial. A todo lo largo se nota efervescente actividad. Aserraderos, astilleros, improvisados almacenes se extienden en forma lineal Partimos rumbo al Este, fascinados por el misterio de la selva y sus caudalosas aguas, que alguna vez definí como "Las cumbres de los Andes derretidas".

Nuestra más dramática escala nocturna la hicimos en el leprosorio de San Pablo, al cuidado de las madres franciscanas. Después se encontró la cura contra el terrible mal. En muchos pacientes no afloraban sus efectos aunque, en uno que otro caso, las mutilaciones los delataban. Fue un encuentro de profunda fraternidad humana.

Aguas abajo, en una escala en el antiguo pueblo de Pebas, nos impresionó el contraste entre una escuela pública un tanto descuidada y un colegio religioso pulcramente, mantenido.

Siempre hemos creído que es invalorable la participación del la iglesia en las tareas educativas.

Llegamos, por fin, a la boca del Yaraví, frente a Benjamín Constant. Las fronteras tienen la maravillosa virtud de hacer sentir más hondamente la emoción de la nacionalidad. Islandia se denomina el pedazo de tierra pantanosa que separa a ese río fronterizo de otro brazo o "caño" de ese importante curso de agua. Allí, en ese islote, a unos 50 metros de la población brasilera, se erguía con humilde majestad una casa de tablonés, rústicamente construida, que gran parte del año parece flotar sobre las aguas. Era la vivienda de un anciano, don Eugenio Rivera López, colonizador moyobambino,

que conducía una tienda imponiéndose, todas las mañanas, la tarea de izar el pabellón peruano en un frágil mástil que, en la práctica, tenía la eficacia de toda una guarnición. Nos cupo el privilegio de poderlo ayudar en la celebración de esa sencilla, pero impresionante ceremonia cívica. Pudimos comprobar que, pese al aislamiento, no hay soledad al pie de la bandera. Llegados al gobierno, condecoramos a este ciudadano, uniendo el sol y la bandera símbolos eternos del Perú.

Expresión de los sacrificios que demanda la colonización de la selva sudamericana es el nombre de un villorrio que cruzamos, en el lado brasilero. Se llama "Remate de Males". Después de una larga surcada llegamos a nuestra base militar de San Fernando. Años más tarde, me tocaría visitar, en el alto Yavarí, la importante guarnición colonizadora de Angamos.

La selva alta es invertebrada, por eso concebimos allí la carretera Marginal. La selva baja, en cambio, está vertebrada por los ríos navegables. En esas grandes arterias palpita el corazón del país. La fluida comunicación estimula a la educación. Es intenso y vibrante el sentimiento de nacionalidad. Lo he comprobado aun en el lejano Putumayo que, por limitaciones de tiempo y recursos no pude dejar interconectado con el Napo, en un esfuerzo inconcluso, que debe culminar. Allí nos esperan nuestros colonos, olvidados centinelas de la peruanidad.

Nota Editorial de la Primera Edición

Se ha dicho de Fernando Belaúnde Terry que conoce al Perú como la palma de su mano. Y un ferviente partidario suyo ha afirmado que lo sigue desde, que lo escuchó, en una manifestación en el Callao, observando que era un hombre "con la mirada puesta en un ideal". Y no hay exageración en ambas aseveraciones. Ha recorrido el país por todos lados, antes y después de la proclamación de su candidatura presidencial, en aquella contienda de 1956 que, según infinidad de ciudadanos, no le dio una 'derrota sino una victoria postergada. Y, hombre de ideal, Belaúnde siguió en la brega sin arriar la bandera de una esperanza multitudinaria.

Aclamado en la Plaza San Martín y en todas las de la República por las congregaciones cívicas más grandes que jamás se hayan registrado en el Perú, tiene, sin embargo, una profunda predilección por los lugares olvidados y anónimos. Por eso con fervor cívico visita en su paciente recorrido, PUEBLO POR PUEBLO, poniendo las bases de uno de sus más caros objetivos: "LA EMANCIPACION DE LOS VILLORRIOS", slogan que forma parte del decálogo de Acción Popular.

A los arquitectos se les enseña a estudiar el medio y el hombre, para resolver sus problemas. Cuando se trata del techo que albergue a la familia la cosa es relativa mente sencilla. Basta examinar un pedazo de tierra y observar a esa familia. Pero, como Belaúnde suele decirlo, él es un arquitecto a quien las circunstancias le han complicado las cosas: el terreno se le ha agrandado hasta abarcar todo el territorio patrio y el hombre se le ha convertido en multitud. Pero, sigue siendo fundamentalmente un constructor en busca de una solución. Y se ha puesto a estudiar

el terreno, desde la playa arenosa hasta la cumbre nevada y la selva tupida, y a auscultar a la colectividad toda. He ahí el significado de la cruzada continua que lo lleva a los más remotos lugares.

En este libro no hay intento de repetir las difundidas ediciones de "LA CONQUISTA DEL PERU POR LOS PERUANOS", claro y metódico mensaje doctrinario y programático del Jefe de Acción Popular. Se ha querido, más bien, reunir una serie de artículos periodísticos escritos en diversas oportunidades, acompañándolos de varios relatos y estudios inéditos, pero que siempre fuyen de la inspiración recogida en sus incesantes viajes.

Era necesario publicar en forma de libro esta recopilación de trabajos y, en su portada, interpretar la metáfora que define al autor: el líder que siente delinearse en las rayas misteriosas de la palma de la mano todo el contorno del territorio patrio, descubriéndose en ellas destino común de un pueblo; de un hombre y de un partido.

Prólogo de la Primera Edición

José MARÍA DE LA JARA y URETA; digno heredero de una honrosa tradición cívica, no sospechó, al escribir en la revista, "Caretas" este comentario sobre una actuación televisada en abril de 1960, que estaba redactando el prólogo de este libro. Los editores de este volumen hemos querido que sean sus vibrantes líneas la portada de este peregrinaje por todo el país.

Nuevamente Fernando Belaúnde Terry ha concitado la máxima atención nacional. Otra vez sus hechos; sus palabras o sus ideas constituyeron un vigoroso impacto en la opinión pública. No en vano durante los últimos cuatro años han jalonado sus actos la gallardía cívica, la varonil entereza, la altiva independencia, la tesonera voluntad y el infatigable esfuerzo. No en vano han evidenciado sus planteamientos una plena identificación con los sufrimientos del pueblo; con sus necesidades, con sus anhelos y con sus esperanzas. No en vano sus postulados han encontrado enaltecedora raigambre en el inagotable venero de nuestra milenaria historia. Y no en vano, finalmente, esa fecunda perspectiva histórica, esa feliz inspiración peruanista, esa entrañable actitud vernacular, ha sido adecuada a la realidad actual con amorosa dedicación, con indiscutible conocimiento y con sacrificado empeño. El país pues, hoy, al igual que ayer, busca en Belaúnde no un arquetipo de virtudes, sino un arquetipo de sus esperanzas. Ya él lo dijo en 1956: "La espontaneidad y la confianza han sido no el premio, a los méritos, que son escasos, sino al ideal patriótico, que es infinito. ¿Sé que los que me habéis llevado en triunfo por las calles y las plazas no me aclamabais a mí, sino a vuestro propio afán de renovación. Pero he sentido en lo más hondo de mi espíritu el insigne honor de

que se me haya confiado la custodia de esa esperanza popular". He ahí, entonces, la razón de su éxito!

Sin embargo de ser todo lo dicho, más que indiscutibles verdades que a todos constan, constituir sustantivos estados de ánimo en las conciencias de muchos, faltaba que en Lima se produjese el contacto directo, franco y amplio con Belaúnde. Quien, como el Jefe de Acción Popular había recorrido el territorio nacional no una sino múltiples veces; quien, ha venido hablando no solamente en las capitales de departamentos o provincias, sino en los más apartados y hasta casi perdidos pueblos y villorrios; quien, a través de ese arduo y reiterado peregrinaje no se ha limitado a pronunciar los usuales discursos políticos, sino que para tomar real conocimiento de los innumerables problemas locales ha permanecido días y semanas en estrecha vinculación con los pobladores; quien, a base de esfuerzo, estudio y capacidad, ha ido sobre el terreno estructurando un plan de acción inmediato y positivo; quien, ya pasada la efervescencia electoral, ha entablado cientos de veces el sencillo y constructivo diálogo con el hombre de la costa, la sierra o la montaña; quien, ha atravesado a lomo de bestia los sitios más inhóspitos y viajado centenares de kilómetros para llegar a lugares que electoralmente muy poco significan; quien, en su cotidiano hablar logra que los nombres de alejadas regiones, ignoradas aldeas e intransitables caminos cobren significativa y acogedora familiaridad; quien, ve en Roma, París o Londres, capitales simplemente distantes y exóticas, mientras busca afanoso en la legendaria tradición de nuestras abandonadas ciudades incentivos de realización insoslayables; quien, en suma, conoce las provincias como la palma de su mano y a sus habitantes como a amigos que el trato diario hace cada vez más íntimos, es, paradójicamente, quien en la capital de la República, ha venido siendo el personaje de cuyos actos se tiene por lo general una versión deformada, o tan sólo se lee el comentario torcido de sus ideas, o a lo más se escuchan sus palabras en medio del desordenado entusiasmo de las manifestaciones públicas.

Por eso, la televisada exposición de Fernando Belaúnde, en la audición de hace quince días en el Canal 13, tuvo todos los caracteres de un trascendental suceso de la vida política nacional. Esa noche, súbitamente,

se despejó la incógnita. Y se produjo lo que no vacilamos en calificar como una explosión del conocimiento. Los que lo oyeron, y principalmente, los que lo vieron, recién entonces pudieron formarse un verdadero concepto de lo que es Fernando Belaúnde. Miles de miradas convergieron en él; en su presencia, en su expresión, en su actitud. Su gesto, su tono de voz, su ademán, conformaron el marco imprescindible para la exacta captación de sus ideas. Dentro del ambiente sereno y reposado del hogar sus palabras fueron sometidas a un riguroso análisis reflexivo. Y si antes pudo primar un dubitativo ¿qué dirá Belaúnde?, luego solamente quedó inmovible un definitorio ¡lo que dijo Belaúnde! No fue la suya — no podía ser la suya — no podía serlo — arenga, un discurso, un reto. Fue, justamente, lo que debía ser: una conversación sincera; una charla hogareña, un intercambio de ideas. De ideas y de anhelos. Había algo en la conciencia de la gente, algo en la conciencia del pueblo que no estaba aún definido, pero que constituía un anhelo latente que empezaba a ponerse de manifiesto. De ahí la general aceptación de lo que dijera Belaúnde. Es que ya desde antes, “eso”, en su fuero interno lo sentían. Faltaba únicamente que surgiese aquél que le diese su cabal expresión. Y Belaúnde no dijo más de lo que se esperaba: Dijo exactamente lo que se esperaba. Existe conciencia en el país de la gravedad y complejidad de nuestros problemas; del abandono de la provincia y del centralismo económico y administrativo que anulan el, esfuerzo creador de los pueblos. Son éstos, grandes males nacionales para los que se, requieren grandes remedios. Y, hasta entonces, faltaba quien con amplitud nacional planteara el problema en sus justos términos y proporcionara al mismo tiempo la idea de, una solución viable para el mismo. La altura de miras, la serenidad de juicio y la profundidad en el conocimiento del país y sus problemas, condicionaron en todo momento sus planteamientos. Pero, hubo mucho más. Destacó nítida y esplendente una virtud por encima de todas: su intenso amor por el Perú. Lo nuestro: triste, desvalido, misérrimo u olvidado, y por ello más entrañable todavía, gravitó en cada una de sus palabras. De esas palabras que conservando la inefable sencillez que sólo alcanzan las bienhechoras soluciones, supieron huir de la compleja ampulosidad propia de las vacuas e irrealizables promesas. Y fue hermoso escuchar a quien, apartándose de toda actitud polémica y ciñéndose estrictamente al sentido que ese momento tenía, nos dijo: estudiemos, trabajemos, luchemos.

Es necesario también, precisar, y más aún, aclarar, ciertos aspectos que han surgido a raíz de la exposición de Belaúnde. Con una segunda intención nada edificante, se ha venido sosteniendo que el Belaúnde de la televisión es un Belaúnde nuevo. Prácticamente otro; distinto y "madurado". Este pretendido mejoramiento, esta voceada madurez, esta supuesta evolución, resulta tan o más artificial" que la anterior "demagogia", "improvisación" y "personalismo" que, sueltos de huesos, algunos se echa ron a pregonar. Belaúnde, en realidad es y permanece el mismo de siempre. Igual antes que después de la televisión. El mismo del proceso del 56; el mismo de la lucha a lo largo de estos cuatro años; el mismo que estudia y quiere forjar un Perú distinto; el mismo idealista y constructor; el mismo dinámico, con cualidades de maestro e ímpetus de conductor; el mismo que es caudillo y que expone una doctrina y presenta un programa; el mismo que se rebela ante la opresión y hace de la justicia su mejor arma; el mismo que razona y realiza; el mismo que el 56 buscó en el pueblo la razón de su actitud, que el 60 sigue luchando por él, y el 62 ha de satisfacer sus justas esperanzas. Si madurez implica acopio de conocimientos y experiencia, resulta indudable que todos, con el transcurso del tiempo, maduran. Pero si "madurez" significa evolución, cambio de enfoque y perspectiva, cambio de rumbo y abandono de la meta antes fijada, es igualmente indudable que tal hecho no ha tenido ni puede tener lugar. ¡No hay rectificación de posiciones! No posee ciertamente Belaúnde ese tipo de "madurez" que deja librado al paso cansino de los años —o los siglos— la solución de los problemas que apremian al país. En Fernando Belaúnde se reúne el hombre de ideales y aspiraciones elevadas que tiene al mismo tiempo plena conciencia de la realidad y capacidad para acometer empresas y solucionar problemas. Un hombre que reconoce el problema en sus verdaderas raíces y que sabe buscarle sin titubeos la solución adecuada; por más radical y enérgica que sea y por poderosos que sean los intereses que se le opongan, por duras que sean las condiciones de la lucha y por peligrosos que sean los riesgos que deba correr y las consecuencias que haya de arrostrar. Sabe bien, Belaúnde, que el pueblo es su fuerza porque el pueblo es siempre la verdad. No crean pues, en un viraje hacia la acomodaticia derecha, en el sometimiento a un disolvente "dulce far niente" político, en la posibilidad

de caer subyugado por ese canto de sirena cuyas notas predominantes —y falsas— han venido siendo atractivos vocablos como ecuanimidad, serenidad, impersonalidad, agilidad, inteligencia, elocuencia, brillo y sobre todo, madurez. Tiene por suerte, Belaúnde, los pies bien asentados en tierra peruana, conoce y siente al país, sufre con su postración y vibra con su esperanza. ¡Eso es lo que se necesita en el Perú de hoy! Y, por eso, es la esperanza del pueblo. Esperanza más positiva y más factible desde que todos saben quién es y cómo es Fernando Belaúnde.

Lima, abril de 1960

JOSÉ MARÍA DE LA JARA Y URETA

EL PUEBLO LO HIZO

Cada vez que observo, desde alguna altura, un villorrio peruano hago la misma pregunta y obtengo la misma enaltecedora respuesta. Al mirar la humilde aldea con su pintoresco campanario Interrogo a mi guía: ¿Quién hizo la Iglesia? Y el guía me dice: "El pueblo la hizo". Requiriéndole otra vez pregunto: ¿Quién edificó la escuela? Y de nuevo contesta: "El pueblo la hizo". Y al seguir la ruta serpenteante entre los cerros Interrogo una vez más: ¿Quién abrió el camino? "Y, nuevamente, resonando ya en mis oídos como" la estrofa de una marcha triunfal, oigo en esta frase expresiva y elocuente toda la historia del Perú de ayer y de hoy y la profecía de mañana: "El pueblo lo hizo".

El pueblo hizo el camino, el templo y las escuelas. El pueblo elevó la andenería y contuvo al torrente. Producido el sismo recogió los escombros para restituirlos a la arquitectura. Y cuando fue requerido el pueblo dio al soldado; mas sin una queja soportó el olvido. Lo despojaron del derecho milenario de escoger a sus hombres. Lo humillaron imponiéndole a sus propios regidores. Se llevaron sus rentas, le quitaron sus bienes. Pero no pudieron arrebatarle sus tradiciones. Y el pueblo siguió construyendo caminos, escuelas y templos. Es que, por fortuna los pequeños pueblos del Perú son pueblos olvidados... que no han olvidado su historia.

(Del discurso de Fernando Belaúnde Terry en Chincheros, Departamento de Apurímac, Abril de 1956).

PEREGRINAJE FLUVIAL POR LA SELVA AMAZONICA

“...Traigo del borde del Rímac un saludo a los que viven a orillas del Amazonas... Allí, en la ladera del San Cristóbal, peruanos modestamente establecidos le han puesto a su dolor el nombre inolvidable de Leticia; aquí, con la misma pobreza franciscana, le han dado a su esperanza el cristiano nombre de Belén. Leticia y Belén: patriotismo y fe. Hemos entrado a sus hogares a compartir el dolor y a recoger la esperanza”.

(Discurso en Iquitos mayo de 1956)

La “Libertad” es una nave que me lleva siete años. Allí por 1905 un bravo pionero de la selva la mandó construir a unos astilleros alemanes. Más tarde, con audacia criolla, la partieron en dos para agregarle veinte pies de eslora, aumentando así su capacidad de carga.

Y el empirismo naval ha salido triunfante. De nada sirvieron los cálculos iniciales de los ingenieros germanos: ha cumplido ya sus bodas de oro, – navegando por la Amazonía. En sus vigas ha colgado sus hamacas desde el misionero, que va en busca de la salvación de las almas, hasta el aventurero o el prófugo, que han perdido las suyas. Alguna vez hospedó, en su frágil cubierta, las comisiones de límites que remontaron el Napo o el Putumayo. Y sintió, acaso; deslizarse en su casco las aguas, como lágrimas, cuando esta selva tan nuestra se achicó inauditamente en los mapas.

No tiene nuestro buque acoderado en la ribera del Huallaga, en Yurimaguas, la línea dinámica o las comodidades de las naves modernas. Pero cuántos recuerdos se encierran, como en un cofre, en su bodega, cuántos idilios

habrán albergado sus pasarelas ... No es un barco de lujo. Un simple mercante que transportó el jebe, la madera, el barbasco, los soldados. Un barco tan vivido y navegado que, como un viejo violín, tiene resonancias humanas y, como un vino guardado, el grato sabor de los tiempos pasados.

Vamos a Iquitos, de bajada, empujados por las aguas de estos ríos tan peruanos, que no son sino las cumbres de los Andes derretidas. Aquí entre colonos, vendedores, viajeros, vamos al encuentro de las crudas realidades, a convivir con el dolor y la esperanza, no a compartir poderíos oficiales. Quisiera relatar brevemente, lo que este viaje me ha enseñado.

En Yurimaguas –la llamada “perla del Huallaga”– dejamos sacos de harina, llegados por la ruta del Atlántico. Los cargadores, descendientes de los recios indios lamistas, trepan cien veces el barranco, asoleado, con sesenta kilos auestas. Si hay puertos naturales éste es uno de ellos. Porque la República no ha puesto ni un muelle, ni una grúa, ni una faja transportadora, ni un almacén. El hombre, sigue llevando una carga, como simbólicamente lo hacía en tiempos remotos, al presentarse ante el Inca. Son cuatro siglos mal aprovechados. Un puerto en Yurimaguas: es la primera anotación en mi libreta de apuntes. Es la lección aprendida en las orillas de este río en que ha visto mezclarse el sudor y las aguas y en que, como hemos de relatarlo, las lágrimas también son afluentes.

En el puente encuentro, al alba, al comandante Pérez; típico marino mercante loretano, moreno y delgado, cuya voz de mando suaviza el dejo amazonense. Y allí está, en la proa, el piloto Cartagena. El piloto es en los ríos selváticos lo que la sirena de Andersen en las aguas danesas: un personaje central. Es curioso verlo trabajar. Dirige la nave con suaves movimientos de las manos, que capta el timonel. Trata al río con suavidad casi amorosa. Su mirada se pierde en la superficie, en sondeos invisibles. Zigzaguea la embarcación buscando el canal que a nosotros se nos oculta

y que él parece ver con claridad. Intuyen estos navegantes silenciosos, al mirar al río, la profundidad de sus aguas, como quien descubre en los ojos de una mujer los secretos de su alma.

Al anochecer la cubierta es un bosque de hamacas. La ley no escrita de los ríos hace que el barco detenga su marcha cada vez que alguien lo llama. A nadie le niega asilo el navegante fluvial. Los pasajeros traen sus propias hamacas y las cuelgan donde pueden. Si falta viveres se hace un alto para adquirirlos en el primer caserío. Hay conservas; sacos de café, aves, tortugas y cerdos en la primera cubierta, que es una mezcla de camal y sala de máquinas. Se asemeja nuestro barco a un arca de Noé, en espera del diluvio.

La noche envuelve a la nave con un manto de intimidad, propicia a la confidencia. Una mujer indígena, con un niño en brazos, se revela entonces expansiva y maternal. Quiere contar su historia y yo la escucho. Añora a la niña que fue el fruto de un amor primero y fugaz. Un señor de la costa se la quitó para educarla en Lima cuando llegaba a los cinco años. "Quisiera ver a mi hija -me dice nostálgicamente- ya debe tener trece..." Después me cuenta otro amor y otra separación que le arrebató dos criaturas. Ahora hay un nuevo bebé, y está sola, y sigue extrañando a los hijos que se fueron. Es una de esas mujeres que sólo saben ser madres. Femeninas e indefensas, están sin protección en la selva, halagada en la juventud y abandonada en la madurez. Aquí se ven muchos niños cuyos padres se van para no volver. Hay dos clases de orfandad: la que no tiene remedio ni consuelo, y la que no tiene perdón.

Pero hay otros, que redimen el pecado. En la bodega veo a un hombre melancólico. De pronto descubro que carece de ambas manos. Las dejó en una explosión de dinamita, allá por 1941, en la carretera a Pucallpa. Está abandonado y pobre. Su joven esposa, que acaba de enterrar en Yurimaguas, le ha dejado tres niños. Con lágrimas en los ojos me muestra sus papeles.

Son legítimos. El más pequeño no quiere despegarse de los brazos mutilados de su padre. Este hombre que sufre, ama tiernamente a sus hijos. Las manos le hacen falta para atenderlos, pero ha probado con su sensibilidad humana y su expresión bondadosa que no son indispensables para acariciarlos ... Está tal vez, como Cristo, expiando las faltas de los otros. Se llama Salomón Tuesta Castro y vive entre Contamarca Pucallpa. Sus jefes, buenos camineros, lo mandaron al Hospital en Huánuco donde le dieron, a cambio de sus manos, otras postizas que el calor de la selva no le permite emplear. No hubo indemnización. El gobierno es diablo predicador. Cuando era patrono y construía por su cuenta no respondió por los accidentes. Hay que darle a esa víctima -héroe desconocido de la epopeya vial- una pensión de gracia. -le digo a Luis Delgado. Pidámoslo en la Cámara. ¿Archivarán también la reparación de este drama sin reclamos pero profundamente conmovedor? Haremos un proyecto legislativo inspirado en el dolor de este hombre, para que el Estado responda por sus víctimas y mitigue sus males. Insistiremos en nuestra propuesta sobre accidentes de trabajo, que las comisiones guardan, con frialdad glacial, desde hace un año.

Pero enseñan también las escalas, a lo largo del recorrido. Las chozas de madera y paja parecen anunciar comunidades atrasadas. Mas no es así... Los villorrios son conscientes. Tienen hondamente arraigado el sentimiento patrio y el deseo de aprender y superarse. Hay que tener fe en los pueblos que constituyen sus escuelas y sus templos con sus manos. -Se sobreponen al aislamiento y al olvido en que viven. Un misionero canadiense me confía su única aspiración: obtener permiso para abrir una escuela secundaria que tenga valor oficial. Y eso se lo niegan. No pide ni dinero, ni maestros, ni local. El se las arreglará, como lo hizo con el Jardín de la Infancia. Y sin embargo no lo atienden. Yo que dirijo una Facultad, con, valor oficial, me siento avergonzado. El Padre Laflamme (en francés su nombre sig-

nifica "la llama") es una antorcha en Tamshiyacu. En Lima están tan ciegos que no quieren ver su luz.

En estos recorridos fluviales uno se encuentra con hombres esforzados y emprendedores que relatan sus dificultades. Hemos vivido con ellos el drama del barbasco, el jebe, la madera. Los barbasqueros están alarmadísimos hoy que han logrado ya una apreciable producción, alentados por el precio que se ofrecía antes por esa materia prima, tan útil en la fabricación de insecticidas. A fin de traer abajo los precios, en lo que puede ser una gran especulación interna o extranjera, se alega que ahora hay sustitutos más ventajosos. Los que han sido habilitados por firmas comerciales logran colocar sus productos. Los otros —es decir los que además de trabajo han puestos sus ahorros en la aventura— están a merced de la especulación. Por lo general no hay demanda, o se la disimula, para ofrecer en pocos casos un sol, por lo que vale tres. Tenaces pioneros han limpiado el monte para emprender los sembríos, exponiéndose a los peligros tóxicos de este cultivo que raja la piel y los labios. No ha habido orientación del Ministerio de Agricultura ni existe protección alguna en esta emergencia. Se ha debido prevenir a tiempo a estos pequeños productores o respaldarlos con gestiones destinadas a asegurar un mercado. El caso del jebe también es grave. Constituye virtualmente un monopolio aunque haya muchos productores, pues sólo existe un comprador, que fija el precio. Y los madereros están sujetos a las peculiaridades del régimen hidrográfico, pues cuando los ríos bajan no pueden trasladar, el fruto de su esfuerzo, que espera en el bosque, el impulso de las aguas. Se requiere una acción más dinámica y eficaz de las reparticiones públicas para orientar y auxiliar, si es necesario, a los buenos peruanos que cumplen en la forma más estoica y abnegada el precepto bíblico de ganar el pan con el sudor de sus rostros Sin olvidar que el sudor siempre cae y, en muchos casos, pan no llega.

El palo de rosa, del que se extraen valiosos fijativos para los perfumes, también está amenazado por sustitutos reales

o inventados que, en todo caso limitan el precio controlado por un gran consorcio monopolista internacional. Por algo a algunos perfumes les llaman "capricho". Uno se pregunta: ¿Para qué es la diplomacia? ¿No estarán subdesarrollados nuestros países por su incapacidad para unirse en gestiones enérgicas que demuestren que esa situación de atraso se debe a que sus productos son blanco de una especulación a la baja, hábilmente tramada por traficantes internacionales, mercaderes del sudor de las pueblos? El hombre de la selva merece, como pocos, un espaldarazo moral de toda la nación. No hay que olvidarlo. En horas de peligro es el primero que llega a la frontera. Y en tiempo de paz sigue arriesgando la salud y la vida en un trabajo que también tiene caracteres heroicos.

La gran lección recogida de nuestros desembarcos en las aldeas ribereñas, que fueron para nosotros como los misterios de un rosario cívico ensartado en las aguas, rezado simbólicamente por el alma de Perú, es la necesidad imperiosa de hacer llegar a ellos la acción vivificante del Estado. Como esos pueblos son demasiado pequeños para justificar, en cada caso, la instalación en tierra de todas las dependencias gubernativas pero, sumados, resultan demasiado grandes para carecer de ellas, hemos pensado en la creación de un Servicio Cívico Fluvial, mediante un proyecto llevado al Parlamento por los diputados loretanos. Quiéramos ver surcar los ríos por centros Cívicos flotantes. Barcos en que se reunieran las oficinas principales de la administración pública y que llevaran la cultura y las amenidades básicas a tantos pueblos olvidados, tan dignos de la gratitud y del efecto nacionales.

Qué halagüeño sería para el patriotismo que estas naves peruanas pasearan por los ríos nuestro pabellón y en su recorrido llevaran el esparcimiento, la cultura, la salubridad y una orientación técnica a cada caserío enclavado en la jungla, como una bandera.

Al término de este peregrinaje fluvial, a la vista de Iquitos, corazón palpitante de peruanidad de todo el Sistema amazónico, se nos acercan decenas de embarcaciones modestas, atestadas de gente, rústicamente empavesadas de rojo y blanco. De Belén llegan canoas con flores. Hay un hondo significado humano en esta escolta popular. "No lo recibe una salva de veintiún cañonazos -dijo Jorge Melgar- pero sí los ruidosos aplausos de la multitud... Ni hay una insignia presidencial en el buque, pero en el mástil flamea un banderín que dice "Libertad".

Y yo, emocionado por este recibimiento veneciano, que acepto sin merecerlo porque no es un brindis al poder sino a la lucha, me limito a hacer desde el balcón del hotel, al que no sé cómo he llegado, una pública declaración, que brota de muy adentro: "Quiero a Loreto." y éste es un amor correspondido".

LA EPOPEYA DE LA TIERRA EN EL PERU

“En el Perú todo nuevo latido de vida humana debe sincronizarse en la tierra con un nuevo brote de vida vegetal”.

(Discurso en Lamas, 1957)

En el largo recorrido por el país no vamos solamente al encuentro de las poblaciones actuales; acudimos a buscar, en sus grandes realizaciones, a las generaciones pasadas. No nos anima en ello ningún exceso de vanidad nacionalista, ni la satisfacción de una simple curiosidad histórica. Buscamos la enseñanza del pasado porque creemos que ella constituye el más poderoso estímulo para la acción futura.

Si hay una lección elocuente e indiscutible en las tradiciones de nuestro país es la que se recoge del esfuerzo titánico por crear tierras de cultivo en un territorio de topografía tan accidentada, o en los llanos costeros, con el factor limitante de la escasez de agua. Al sobreponerse a las dificultades del medio, el hombre de los Andes y el del litoral forjaron una tradición hidráulica que se compara o quizás supera a su tradición vial, con la larga red de caminos del Inca que hizo posible, a base de excelentes comunicaciones y abastecimientos, el establecimiento de la unidad imperial. Más no es nuestra intención hacer el elogio de lo realizado, sino más bien describirlo fielmente, a lo largo de un peregrinaje nacional, para que los hechos mismos escuetamente verídicos y exactos, justifiquen el título de este capítulo, sintetizado en estas breves palabras: la epopeya de la tierra en el Perú.

Afortunadamente, las huellas de la obra hidráulica resisten el embate de los siglos. En Tumbes los cronistas encontraron una agricultura que sustentaba una población mucho mayor que la actual y el estudio aerofotográfico de ese valle muestra con nitidez el trazo de los canales que, a ambas márgenes, aseguraban el riego artificial a lo largo de sesenta y setenta kilómetros, respectivamente.

Una preocupación de los antiguos peruanos fue lograr la intercomunicación de los valles costeros, observada claramente en Lambayeque en el famoso canal del Raca Rumi que, naciendo en el río Chancay, al norte de Chongoyape, iba a entregar sus aguas al zanjón de la hacienda Batán Grande, en el vecino valle del río La Leche. Este canal tiene un recorrido de treintidos kilómetros y una sección trapezoidal con base inferior de cuatro metros, base superior de doce y una profundidad de siete, dando idea del considerable caudal que hizo posible la utilización de enormes extensiones hoy eriazas e improductivas. Resurgiendo con nueva vida de su larga catalepsia esta arteria vital volverá a palpitarse, a lo largo de unos dieciocho kilómetros, cuando se lleve adelante la construcción del reservorio de Tinajones, cuyos estudios técnicos han sido ya ejecutados. En dirección opuesta otro canal, el de Cucurreque; creaba la unión con el valle de Zaña, lográndose así el máximo aprovechamiento de los desiertos costeros. Es curioso anotar que el planteamiento para la moderna irrigación de Chao y Virú, hecho por el recordado ingeniero Sutton, tiene este propósito de intercomunicación, sugerido tal vez al notable profesional por sus correrías en nuestros desiertos y sus reconocimientos del Raca Rumi.

Pero hay otros canales que llaman la atención y constituyen un reto a la ingeniería moderna. En Piura en la zona de la hacienda Pabur se iniciaba una gran acequia en una represa de considerable capacidad, regando enormes extensiones hoy improductivas. Y si el valle de Chicama, sede de culturas inmortales y de un apogeo agrícola evidente, ha recuperado su solidez económica lo debe, en gran parte, al

descubrimiento que hizo en el siglo pasado don Luis Albrecht de los antiguos canales, que puso nuevamente en uso, convirtiendo el valle que entonces estaba sumido en la mayor decadencia, en un nuevo emporio de riqueza. Cuenta el viajero francés Charles Wiener cómo los valores emitidos por ese agricultor enriquecido por su hallazgo se aceptaban, como moneda, cuando escaseaba el circulante. En el valle de Chicama quedan restos del famoso canal de la Cumbre, estudiado por don Rafael Larco Hoyle, con una extensión de ciento treinta kilómetros, la mayor parte de ellos a media ladera, salvando algunos sectores tortuosos con un nítido recorrido en línea recta sobre impecables terraplenes, cuya construcción requirió, evidentemente, un profundo conocimiento de la topografía y el empleo de los instrumentos de nivelación que han encontrado los arqueólogos.

En el valle de Moche o Santa Catalina que dio lugar en el remoto pasado al establecimiento de la grandiosa Chan Chan, con sus inmensos recintos rectangulares precursores de la idea moderna de la super-manzana, y a la bella ciudad colonial de Trujillo, encontramos la aplicación de los más avanzados principios del regadío. Dominado el reino Chimú por los Incas, que destruyeron en sus bocatomas las obras hidráulicas, ha quedado, petrificado por la acción del tiempo sobre las resacas tierras marginales del valle, el elaborado delineamiento de los surcos utilizados para sacar el máximo provecho del agua que escaseaba tanto, Garcilaso se refiere en detalle a la equitativa distribución del líquido entre los regantes y anota los rigurosos castigos que se aplicaban a los que desperdiciaban o hacían mal uso del agua. Los restos que han quedado, impresos indeleblemente en la tierra, nos dan una elocuente lección sobre el cultivo en el pasado, que encontramos también esculpida en esa enciclopedia de piedra que es el monolito de Sayhuiti.

En ese valle encontramos la acequia llamada Mochica que daba agua a la hoy sedienta Chan Chan y las acequias Moro, Moro Viejo y Vichansao que desembocan en la caleta, de Huanchaco. Todo este sistema de riego tenía relación

con el gran reservorio de Mampuesto, hoy destruido, cuya capacidad se estimaba en cincuenta millones de metros cúbicos almacenados aprovechando un vaso por medio de un dique de once metros de alto.

El lago formado tenía dos kilómetros de largo por dos kilómetros y medio de ancho. El Perú moderno empalidece ante, la irrefutable superioridad del Perú antiguo en su esfuerzo por ganarle tierras al desierto. Y la tesis sostenida por Rebeca Carrión Cachot en su libro "El Culto al Agua en el Antiguo. Perú", podría sustentarse, en su interpretación mística, en la realidad de la tradición hidráulica de nuestro país.

Otro caso notable de tenacidad es el que exhiben los vestigios del gran canal de Pativilca. Como su recorrido largo, a media ladera, habría requerido difíciles trabajos de perforación en roca, los laboriosos constructores de nuestra grandeza pasada levantaron un, terraplén, apoyado en la ladera y en fondo mismo del valle, formando así una especie de ceja, a base de relleno, a lo largo de la cual discurría éste peculiar acueducto cuyos vestigios se aprecian todavía.

Al sur de Lima, entre las nacientes de los valles de Chilca y Mala, cerca del pueblo de Escomarca, se encuentran los restos de un muro de desviación, cuya destrucción ha significado la decadencia agrícola de Chilca, otrora próspera población, como lo atestigua el templo colonial que allí se eleva. Dicho muro desviaba, las aguas de las nacientes del río Mala hacia la quebrada seca de Chilca, hasta que los agricultores del valle vecino resolvieron destruirlo para recuperar así las aguas de su propia cuenca. Ante su escasez de agua superficial Chilca practicó el cultivo en hoyadas, aprovechando la humedad del subsuelo.

Entre las ruinas de Sinchi-Marca y Laraos, villorrio enclavado en las alturas andinas de Yauyos, se encuentran, al pie de un antiguo nevado un poco venido a menos por el fenómeno de la desglaciación, los restos de una represa con un extraordinario muro, que denota habilidad creadora digna de señalarse. Siempre nos había intrigado el problema

de las compuertas, que hoy el acero resuelve con facilidad extrema. Son conocidas las represas de tierra del pasado, con precarios sistemas de desagüe que las exponen constantemente a la acción destructora de la erosión. Pero en este caso la estructura del muro tiene una concepción distinta, para asegurarle permanencia. Su construcción de mampostería se caracteriza por la presencia de varias ventanillas superpuestas, a intervalos iguales, que tenían tapones de piedra.

Llenado el reservorio, éstos se dejaban caer al fondo — donde todavía se encuentran— comenzando con el más alto y siguiendo con los inferiores. Las aguas pasaban con suavidad a un conducto interno vertical, descendiendo hasta la base, que cruzaban transversalmente por un canal de salida. De esa manera se evitaban presiones excesivas que pudieran dañar la estructura, ya que la profundidad del orificio de salida era siempre limitada, con respecto al nivel de las aguas. El proceso se repetía hasta completar el vaciado total. En la soledad silenciosa de las cumbres esta obra notable nos habla, por el eco de las voces ancestrales, de toda una era de creación y de esfuerzo.

Cuando admiramos la delicada cerámica de la cultura Nazca, con sus expresivos dibujos policromados, sabemos que nos encontramos frente a un pueblo excepcional. Y pronto lo confirmamos, fuera del —ámbito estrictamente artístico. Los españoles dieron gracias a— Dios y no a los hombres cuando encontraron en las sedientas tierras del valle unos manantiales copiosos. Pero más tarde comprobaron que se trataba de una obra maestra de la hidráulica americana. Pronto advirtieron que estaban frente a estructuras de piedra, concebidas y ejecutadas por el hombre, en su afán de aprovechar al máximo las aguas.

Desde entonces se han descubierto veintiocho galerías filtrantes, con largo kilometraje, que discurren subterráneamente por el valle, cruzando alguna vez el lecho mismo del río. Su presencia está señalada por numerosos buzones de registro y las características de su construcción de

mampostería, sin mortero, con techo de lajas de piedra o de troncos de huarango ha sido minuciosamente estudiada y aparece en el dibujo que ilustra este capítulo. El principio de la galería filtrante es muy simple: su gradiente es menor que la del valle iniciándose su construcción a cierta profundidad, en una parte alta del mismo. Ambas rasantes se encuentran en un punto, aguas abajo, en el orificio de salidas de la galería que hace utilizable el líquido de otra manera perdido en el subsuelo.

El valle de Ica tan lleno de recuerdos de la pasada grandeza no podía dejar de ofrecernos junto al silencio elocuente de la necrópolis de Paracas el viviente recuerdo del canal incaico. Me refiero a la obra grandiosa de la Achirana, que sustenta la fertilidad de una parte apreciable de sus tierras. De incuestionable origen prehispánico, su cauce ha sufrido inevitable reconstrucciones y ha sido modernizado en sus bocatomas, pero sigue siendo fundamentalmente la misma arteria vital que inspiró a Ricardo Palma una de sus famosas tradiciones, siempre sustentadas en hechos verídicos. Atribuye su construcción a la fuerza mágica del amor y la pureza. Relata cómo el Inca Pachacútec enamorado de una atractiva doncella de la comunidad de Tale decidió otorgarle una gracia al comprobar que, fiel a su prometido, rehusaba sus imperiales insinuaciones amorosas. Parecía imposible satisfacer la pretensión de esta mujer de que se diera agua a su pueblo lejano y árido, pero subyugado por la doble atracción de la virtud y la belleza, Pachacútec puso a sus cuarenta mil hombres a excavar el canal y —según el tradicionalista— habría cumplido con terminarlo en el angustioso plazo de diez días, bautizándolo con el vocablo “Achirana” que quiere decir “lo que corre limpiamente hacia lo que es hermoso”.

El padre Bernedo Málaga en su libro “La Cultura Puquina” describe minuciosamente, con ilustraciones detalladas, tanto las andenerías como los acueductos y canales construidos en las cercanías del Pichu Pichu para regar las extensas pampas que circundan el reducido oasis

arequipeño. Señala a Churajón como una ciudad campamento, destinada a albergar a los trabajadores que construyeron una extensa red de canales, teniendo el más importante de ellos —al que da: la misma denominación— un recorrido de cuarenta kilómetros. Que gran lección para la Ciudad Blanca, estrangulada por un cinturón de resecos desiertos y sub-alimentada por sus exiguas tierras de cultivo, la que puede obtener de estas obras pretéritas mediante las cuales se aseguraba en la región el equilibrio hombre-tierra, que el Perú moderno no se ha preocupado de conservar.

Pero si es fecunda la enseñanza que recogemos en la vertiente del Pacífico no es menos elocuente el legado hacia el Este de la línea de cumbres. En las alturas de Cajamarca admiramos quizá la obra más notable en materia de riego. Nos referimos al canal del Cumbe-mayo, con su original trazo formando grecas a ángulos rectos, como medio de disminuir la velocidad de las aguas y evitar los peligros de la erosión. Esta obra magistral con impecables tramos en piedra, túneles y puntos de aforo y control tiene la particularidad de desviar aguas de la vertiente del Pacífico hacia la del Atlántico, en un proceso inverso al que actualmente nos preocupa implantar, con miras a la ampliación de las áreas cultivadas en la costa. Como en muchas obras hidráulicas aparece aquí la nota artística o, tal vez, el mensaje explicativo o simbólico. Encontramos sugestivas inscripciones dejadas en la piedra, indescifrable epitafio de los excelsos creadores de esta extraordinaria para de la ingeniería pre-hispánica.

No terminaría este capítulo si intentáramos anotar cada gran victoria en esta epopeya de la tierra en el Perú. Pero no podemos poner punto final sin referirnos, aunque sea al vuelo, a esas majestuosas escaleras hacia el infinito que son las andenerías andinas. Ha dicho O. F. Cook que los antiguos peruanos eran constructores del terreno, mientras que muchos de nuestros campesinos actuales son destructores del mismo. Y la afirmación es plenamente justificada.

La construcción en terracerías, conocida y practicada en muchas regiones del mundo, tiene especial interés en el Perú porque se aplicó con éxito en un medio cuyas dificultades topográficas rara vez han sido igualadas. Mediante el andén no sólo se logra crear nuevas tierras sino prevenir la erosión, facilitar el drenaje y el máximo aprovechamiento del agua, reteniendo la fertilidad del suelo. Su construcción supone un dominio absoluto de la topografía, de las estructuras requeridas por los muros de contención y de las obras hidráulicas que, realizados en lugares de difícil acceso, imponen a quien los ejecuta un esfuerzo casi sobrehumano.

Admiramos en las andenerías de Pisac los caracteres monumentales de la obra que escala la cumbre en alarde acrobático; en las de Yucay, en el Valle Sagrado de los Incas, la maestría en el sistema de drenajes; en las de Suritye, a un extremo de pampa de Anta, la majestuosa horizontalidad de su trazo; y en las de Amoray, extraordinario anfiteatro agrícola, el notable demonio de la topografía, que convierte al campesino que las construyó en un maestro de escritura y paisajismo. Aquí se obtiene la obra de arte que surge del hábil enlace de la estructura con el suelo.

Los pueblos nunca olvidan sus victorias militares y sus conquistas. Celebran el triunfo sobre sus semejantes. Su felicidad, su alegría o su orgullo nacionalista los paga la humanidad al alto precio de la desgracia, la tristeza o la humillación de los vencidos. En la epopeya de la tierra en el Perú la gloria de un gran triunfo no ha significado la muerte para nadie y sí la vida para muchas generaciones. Se ha triunfado, no sobre los hombres, sino sobre la naturaleza desafiante. Creemos que es la más hermosa epopeya de la historia y que su inspiración debe guiar el rumbo del Perú futuro. Porque venciendo a la naturaleza no se le destruye se le exalta. No se le vuelve estéril: se le hace más fecunda. No se le profana: se le enaltece. No se ofende al Creador: se le rinde culto al completar su obra.

EN LA SORBONA DEL DELITO

“... A esos penados que sufren dejo estas palabras de aliento: Dios siempre perdona y la Patria siempre espera”.

(Párrafo final de la carta de Fernando Belaúnde Terry al Director del Penal, antes de emprender la fuga)

En el Penal de “El Frontón” la geografía le ha hecho un monumento al puñal. Al puñal que ha arrojado a sus celdas a tantos hombres infortunados. Mirando desde este islote rocoso hacia la vecina isla de San Lorenzo sale una filuda península, bañada por las olas, que los reclusos han bautizado, precisamente, con el nombre de “Punta de Puñal”. En revancha al arma blanca que los privó de su libertad, los reos han escogido esta chaveta de arena y piedras como trampolín para sus evasiones, tal vez porque así, el puñal, les resulta boleto de ida y vuelta...

Desde allí miraba yo, inquisitivo, las aguas tempestuosas del Boquerón cuando fui sorprendido por las palabras de un negro experimentado: “Mucho cuidado, don Fernando, que por ahí perdimos al “Invisible”...” me dijo, con la maliciosa intuición de su raza y su evidente conocimiento del presidio. Fue el momento esperado: deseaba obtener datos sobre fugas pasadas y mi docto cicerone pronto me puso en contacto con los especialistas.

“Mire –me dijo– ese joven que se acerca es Pandal Amarillo que se fue nadando con un alcatraz disecado en la cabeza”. Lástima que ese muchacho audaz y valiente haya venido a parar al Penal. Yo le pedí que me relatara brevemente su vida. “Comencé como delincuente infantil”, me confesó

tristemente. Fueron cómplices la pobreza y el conventillo. El “callejón” es casi siempre la olla donde se cultiva el caldo de la falta primera. Yo lo escuchaba más que como preso político punitivamente recluido, como el maestro universitario que obtiene en la escuela de la vida su beca de postgraduado. Niño aún, este vivaz Pandal le arrebató en el centro su bolsa a una gran dama, que resultó ser nada menos que la primera de la Nación. La señora Francisca de ¡Benavides! con cristiana y maternal indulgencia, perdonó al niño. Pero más tarde siguió en sus correrías y fue a parar al Hogar Infantil –la escuela elemental de las faltas– y, de allí; al Reformatorio de Menores –colegio superior de la perdición– que no pudo “reformular” al que fue famoso “Monstruo, de Armendáriz”.

Estudiante aprovechado acabó de universitario en esa Sorbona del delito, que es “El Frontón”. La modalidad del alcastraz es la obra maestra de Pandal. Por algo es hombre de alto vuelo.

Ese otro, ya viejo, es nada menos que “El Pollo” que ha viajado por sus propios medios cuatro veces y que creo debe otras tantas vidas ... Tenía yo que escuchar la experimentada voz de ese viejo recluso, chalaco cien por cien, que, según me dijo, comenzó sus peripecias como guardaespaldas de un cacique político. Al mencionar el tema varios se me ofrecieron para menesteres de ese tipo, y yo exclamé: “El que necesita hoy un guarda espaldas es el Perú”. “Casi todos mis errores –agregó– los he cometido en el Penal. Al “Chileno” lo maté porque insultó a mi bandera y me retó diciendo: “Te pongo las tripas de rosario y el corazón de escapulario... !” “No tuve más que “echármelo”. Y aquí me tiene usted en esta isla del diablo sin palmeras.

En mi quinta fuga por la Punta de Puñal y el Boquerón: la ola me golpeó contra las rocas y me trajeron desmayado de San Lorenzo”. El argumento era convincente para descartar esa ruta.

Pedí al negro que me diera otras luces. Me relató entonces la “modalidad intelectual” que se practica sin violencia y sin riesgos. Para ella el maestro ha sido Betancourt, el cubano, con su banda de falsificadores.

Confeccionó él mismo los documentos de su liberación, con firmas que los funcionarios auténticos reconocieron como propias. Al recibirlos el Director del Penal no los puso en tela de juicio. Criollamente dijo al jefe de la famosa banda internacional: "Betancourt, he conseguido tu libertad ... "y en ello no había exageración. A la hora, desembarcaba de la lancha oficial, en el muelle del Callao, con los honores de quien ha pagado su deuda a la sociedad. El cuerpo del delito no fue en este caso un filudo puñal sino una suave pluma

Pero yo tenía que llegar a Arequipa el 1° de junio para el Congreso de mi Partido que el Gobierno impedía por la fuerza, y estábamos a 29 de mayo. La fecha era sugestiva, recordaba un día de audacia en que los periodistas se metieron a Palacio a la una de la tarde. No me seducía la posibilidad de que me cubriera el manto nocturno que acabó con el "Invisible" y me repugnaba la idea de firmar) aunque fuera en broma, con los nombres de los carceleros-gobernantes. Resolví salir a nado, hasta abordar una lancha amiga, a plena luz) con la confianza de que los hombres de la Guardia Republicana sintieran, como en realidad ocurrió, que sus balas no les fueron confiadas para dispararlas contra los buenos peruanos. Pero la lancha, que debió venir prontamente a recogerme, sin compromiso oficial, en las aguas de "la Siberia", por una falla en la coordinación se presentó en una visita autorizada y el senador Miguel Dammert había empeñado su palabra. Logré salir del Penal, pude liberarme por mis propios medios abordando la veloz embarcación con sus dos motores en marcha. Pero Miguel -y esto le enaltece- podía liberarse de su palabra. Demostramos que para nosotros es más fácil huir de la prisión que de un compromiso de honor. Regresamos al muelle, sin éxito en la fuga, pero dándole al gobierno carcelero la lección que merecía. Vencido el plazo angustioso del 1° no había ya razón para evadirse. Debía aguardar los términos del "proceso". No hubo pues justificación alguna para el cambio de tres directores ni para las maniobras navales que, redoblando vigilancia, se hicieron desde entonces, sirviéndome

de cotidiana distracción. Un buque patrullero y los cazasubmarinos 04 y 05 se turnaron en espera de un segundo intento. Al regresar a tierra, con las ropas empapadas, un recluso me daba bendiciones. “Es la primera vez —me dijo— que alguien intenta irse a esta hora, con una guarnición fresca en tierra y otra, relevada, lista para partir, en el muelle”. Llegado el día 1º el fugitivo había terminado su misión inicial y debía comenzar la labor del universitario. Fui en busca de unos reclusos que, sin sospecharlo, me iban a ayudar a dictar mi próxima clase de urbanismo que, según el calendario me tocaría al salir: “La vivienda Insalubre, sus Consecuencias en el Aspecto Moral...”.

EL TUGURIO, CULPABLE SIN CASTIGO

Me dediqué a averiguar, en cada caso, el delito y el ambiente en que fue cometido. ¿Usted por qué está aquí? —le pregunté, al primero que pasó en busca de su rancho. “Homicidio frustrado, ¿Y usted, señor?” “Manifestación frustrada”. Nos reímos y comenzaron las confidencias. El sitio de tertulia es la bodega de Chunga, agricultor de Chuluquinas a quien una reyerta sangrienta por cuestión de linderos ha traído al Frontón. Para que me entiendan los hombres del gobierno diré que es el “Chez Maxim’s” de la Isla Chunga es un personaje importante que goza de estimación y franquicias.

Todos los reclusos que se acercan tuvieron como hogar el tugurio urbano o rural. Lo compruebo sin sorpresa. Me dedico a investigar un crimen que repugna hasta a los que, en estado de embriaguez, lo cometieron: el delito contra el honor sexual en agravio de menores. Cada caso que consulto agrava al anterior. Un hombre se queja primer término de estar recluso por doce años... los mismos que tenía la niña que ultrajó. El siguiente confiesa que su víctima fue su propia hija, que sólo tenía siete. “Cuando desperté de mi borrachera, en la Comisaría, me informé con espanto de

mi falta”, me dijo arrepentido. Otros casos más ahondaron mi alarma. Puse punto final a la investigación cuando un hombre reveló la acusación que pesaba contra él: violación de una menor de tres meses. El ambiente en que se gestaron estos crímenes fue siempre la estrecha habitación del conventillo en que, hacinados, conviven padres, hijos y parientes. Preparada así la escena del drama sólo falta un estimulante: el alcohol. Unos cuantos tragos de cañazo constituyen entonces el agua bautismal de la tragedia. “Nosotros modelamos nuestras casas –ha dicho Churchill– y después nuestras casas nos modelan a nosotros”. De la infrahumana horma que nuestra imperfecta sociedad ha creado en vez de hogar popular, salen, producidos en serie, delincuentes que hacen infame uso de las niñas, antes de que las niñas tengan uso de razón. Las hacen sufrir cuando aún ignoran lo que es el sufrimiento. Tal vez tenga razón el filósofo cuando dice que “El Creador del mundo y las estrellas se excedió en demasía cuando inventó el dolor”, Sobre todo, cuando ese dolor flagela a la niñez.

Asqueado, pido que cambiemos de tema. Me tortura el pensamiento de la víctima infantil. Mí cocinero Barreta, locuaz y simpático ex vaporino, me habla de los reclamos y las huelgas de los presos. Con profundidad, me dice: “Qué derecho vamos a tener los que no hemos respetado el derecho ajeno”. En ese momento mis pescadores “Carachita” y el “Talareño” nos traen un pulpo y unos lenguados. Barreto se reincorpora prontamente a su cocina.

A veces la delincuencia se redime a sí misma. Hablemos de los maleantes célebres al ver pasar a un octogenario acabado, que sería tema selecto para un buen tratadista, de esos que captan en el rostro la biografía. El viejo “Cantagallo” en una época terror de Abajo el Puente. Ese anciano casi ciego, enfermo y tembloroso está expiando sus faltas. En un tiempo hizo palidecer a “Tirifilo”. Yo repito los versos del poeta Khayam que Juan José Vega me ha obsequiado: “Más allá de la Tierra, más allá del Infinito, buscaba yo el

Cielo y el Infierno. Pero una voz grave me dijo: "El Cielo y el Infierno están en ti..." "

La decadente figura de "Cantagallo" nos hace volver al pasado para hablar del famoso, del implacable "Carita", otro faite del Rimac. No creo que "Carita" se haya condenado cuando me cuentan su fin. Era un "hombre audaz y rápido. Hábil con el "acero" y ese malhechor no acabó, como tantos otros, en manos de un rival, víctima de una "vendetta" tan común en el hampa. Tuvo quizá el presentimiento de su fin honroso y se lanzó a los rieles salvando a una criatura que iba a ser atropellada. Allí quedó el temible "Carita". Saldó su cuenta de muchos atracos; salvando una tierna vida. "Carita" que no supo vivir honradamente, si supo morir con dignidad. Es que para el bien Dios también tiene sus armas: en este caso esa arma fue un maleante sediento de perdón.

Tal vez porque Dios siempre perdona, lo agraviaron en la Iglesia. Cuando el sacerdote en la Misa del Penal, hace años, se volvía hacia los fieles en el "Dominus vobiscum" un recluso, escondido tras el altar, se llevó el cáliz.

UNA CHARLA ENTRE DECANOS

El personaje más destacado del Penal es, sin lugar a dudas, Zapata. Está preso desde que cayó a la cárcel de Guadalupe, en 1911. Frisa en los 72 años y se encuentra en plena lucidez y buena salud. Los otros reclusos respetan a este ex soldado de artillería del Cuartel de Barbones que aún conserva, marcialmente, "su cristina. "Ezequiel Zapata, su recluso", me dice cortésmente. Y agrega: "Decano de los presos del Perú y de Sudamérica". Yo correspondo el cumplido: "Fernando Belaúnde, su arquitecto. Decano de la Facultad de Arquitectura..." Pronto hacemos amistad. El hombre es bien hablado y maneja, hábilmente, la metáfora. Injerto, se funden racialmente en él la China y el Perú milenarios. Su padre inmigrante asiático tomó el castizo nombre del padrino. Su madre vio la luz primera en la pre-incaica

Jauja. Este hombre se hace simpático de entrada porque repudia sus faltas. "Yo soy el autor exclusivo de mi propia rehabilitación y todo mi pasado me da asco ... !" Confucio parece haberle inspirado sus filosóficas sentencias. La orfandad es la circunstancia atenuante en el caso de Zapata. Su madre lo dejó de 8 años en los Barrios Altos, en un callejón de Siete Jeringas... Después pasó a otro, en San Bartolomé. La vivienda malsana y estrecha es, una vez más, el cincel que modela el delito. En ese escenario se eleva el telón en el drama de su vida. "Yo era guitarrista y picaflor, faite y guapetín ... ", me dice, serenamente. Y, con nostalgia agrega: "Dejé mi Lima empedrada y sólo la he visto de nuevo entre las varillas del carro celular en que me trajeron al puerto para embarcarme".

Zapata observa ahora una conducta ejemplar. Es el hombre de consulta, el apaciguador. Los jóvenes lo escuchan porque saben que es valiente y experimentado. "Todas mis víctimas han muerto en el Penal", me dijo. La cárcel en vez de reformarlo, lo doctoró. "Entré por un delito menor, contra el patrimonio. No he asesinado a nadie: mis víctimas han muerto siempre en duelo a chaveta y siempre fueron ellas las que me provocaron. Susanibar era cacique en Guadalupe y amparaba a los maleantes, hostilizando a los presos más tranquilos. Su muerte me costó pasar al Panóptico con una condena de 10 años. (La tarifa era antes más baja, todo ha subido). Mi conducta y laboriosidad me valieron ser asignado a la cocina (la cocina es muy codiciada; en El Frontón la desempeñan los famosos "chalaquitos"). Las envidias me enemistaron con un negrito audaz y mandón que se llamaba Gregario Olivares y cuyo sobrenombre era un reto. Le decían: "El Rey del Acero". Me colgaron muchos años más por destronar a ese monarca. El duelo fue terrible. Le di en la noble. Olivares me llamó en sus últimos momentos; me pidió que me acercara pero yo temí que fuera una celada para darme un "puntazo". Finalmente, cuando aparecía un hilo de Sangre en sus labios, me dijo: "Zapata, me fregaste". (Fue más contundente el vocablo empleado). Desde ese momento comenzaron a ensañarse conmigo. Fui

a dar al sótano donde pensaron que pronto moriría. Para evitar la humedad del suelo tuve que hacer una cama con los restos petrificados de unos cadáveres. Me eché sobre ellos y dormí tranquilamente, rezando por esas almas...”

Zapata fue enterrado en vida. Ha paladeado el sabor de la tumba. Pero un golpe de suerte retiró la lápida que ya parecía sellarla definitivamente. Con gracia criolla me cuenta que oyó el ruido de unas pisadas marciales, de botas, espuelas y sables. El Presidente revolucionario Sánchez Cerro hacia su visita al Panóptico. Al enterarse que Zapata era de artillería, lo sacó de su celda. Tal vez por ello nunca se llevó con otro recluso a quien hirió en un duelo a chaveta. Ese último caso le valió un nuevo traslado al Frontón, lugar donde recluyen a los incorregibles. “Me han atorado de años” me dice sin rencor. Este hombre sin esposa, ha conocido, esposado, la Lovera. Yo he visto los rostros resignados de los presos rebeldes, en aislamiento, que parecen decir con el poeta “Sonríe al destino que te azota y nunca azotes a nadie”. Pero hoy Zapata no da que hacer. Se acabaron para él los castigos rigurosos. Lo he visto arbitrar con británica flemma un partido de fútbol, sin un sólo “foul”, jugado en mi honor entre rematados y enjuiciados, estando yo incluido entre estos últimos.

Ezequiel es católico y apostólico. “No abrigo ideología”, me dice. En la playa tiene una especie de ramada que fue escenario de nuestras conversaciones. Usted puede hacer mucho— por la juventud, le digo. Escriba sus memorias. El pecador arrepentido tiene abiertas las puertas de la salvación. Si todo su pasado le da asco, tenga usted completa fe en el porvenir. Esas fueron las palabras finales de una charla entre decanos,

LA ESCUELA DEL VICIO

Día a día, hora a hora, minuto a minuto, se comprueba en el Frontón que la ociosidad es madre de los vicios. Hombres viriles cayeron ahí y están desocupados. Comparten,

en "la Pampa" celdas de un metro veinte por dos diez hasta 4 reclusos, en intolerable promiscuidad. No es de extrañar que en ese ambiente se propaguen los vicios. El negro Palermo, periodista del Penal, por no divulgar en sus runrunes lo estrictamente confidencial, según dicen las malas lenguas, parece que hace buena plata. Los débiles caen y los fuertes se imponen. El abuso y el atraco constituyen la regla. Hombres rudos, no han visto por años calmados sus impulsos por la suave caricia de alguna mujer. En este infierno de machos sin hembras se ha propagado una infame tara. Cuentan que el "capellán", un recluso, en ocasiones revisite los ornamentos para celebrar ceremonias nupciales, con padrinos, felicitaciones y luna de miel. El Penal se ha convertido así en un almacigo de delincuentes ascendidos por el medio en la escala de la infamia. La "reforma" carcelaria es otro de los grandes fracasos del régimen actual.

CUANDO LOS REOS CANTAN "SALVE, SALVE ... "

El domingo vino a decir Misa el Párroco y la ofreció por mi libertad. Una semana después lo vi llegar de nuevo, en la lancha del Penal "Rece usted un poquito más fuerte -le dije- porque todavía no he salido". Y este sacerdote inteligente, con sensibilidad de Buen Pastor, quiso brindarme un homenaje que me llegara más hondo. Mi padre había venido esa mañana a verme, tal como yo lo hacía cuando él, treinticuatro años atrás, estuvo recluido en la vecina isla de San Lorenzo.

"Voy a rezar esta Misa -anunció- por la salud de un gran peruano, don Rafael Belaúnde, padre de Fernando, y por los padres de todos los reclusos aquí presentes. Estas palabras constituyeron el emotivo prólogo de una ceremonia profundamente impresionante por su fraternidad.

No olvidaré la expresión de los reos comunes cuando, Juntos, cantamos "Tú reinarás" y "Salve, salve", El párroco, inspirado en el evangelio del día, explicó hábilmente la

parábola de la oveja descarriada. Nunca he asistido, como en esta destartalada capilla en que el robo sacrilego había dejado sin milagros a la Virgen de Guadalupe, a un acto tan conmovedor. Cuando llegaba a su término la Misa, el Director del Penal que fue separado por no haber abierto fuego en mi intento de evasión y que ahora nos visitaba, con su don de mando de marino no cesaba de ordenar, uno tras otro, los cánticos sagrados. En un lapsus dijo a los fieles que en ese momento entonábamos las estrofas finales del "Ave María": "¡Canten Somos Libres ... !" Era el día de la Jura de la Bandera. Y el sacerdote, hasta cuyos oídos llegaron las palabras y el rumor que suscitaron, se tornó prontamente hacia los concurrentes y dijo: "No se sorprendan, el Himno de la Patria es un Himno sagrado y puede cantarse en el templo".

Y así terminó esta ceremonia. Entonando "Somos Libres" allí en plena capilla, porque a pesar de los cerrojos y las rejas que pueden retener al hombre material, en el templo se eleva y se libera, sin que ningún guardián pueda impedirlo, el hombre espiritual. Sentimos que en ese momento salíamos todos en libertad ... bajo la fianza de Dios.

El recuerdo de esta Misa en el Frontón es un regalo generoso que, sin quererlo, sin sospecharlo me hizo el adversario que me encarceló. Y ese presente sí he de conservarlo.

LAS TRES VIDAS DE LIMA

“El dilema está entre alojar u hospitalizar. El dilema esta entre la profilaxis o la cirugía, entre la construcción previsoras o la extirpación costosa; entre el malestar, el descontento, a desunión o el ancho horizonte de la solidaridad social, basada en la justicia”.

(De un artículo de Fernando Belaúnde Terry - 1954).

Alguien ha dicho que todas las ciudades, como las mujeres se parecen. Y ello en general es verdad... excepto para los especialistas. El urbanismo nos enseña a encontrar similitudes, a hacer paralelos comparativos, pero también nos dice, por los labios de Marcel Poete, que “la ciudad es un ser viviente que posee un alma colectiva” y Lima por cierto la tiene bien definida y destacada entre todas las del Nuevo Mundo.

Cuando la Capital del Perú asegura tener algo más de cuatro siglos, basándose en la fecha de la fundación española, incurre en un defecto femenino: se quita la edad. El valle del Rimac y el del Chillón, que convergen hacia el mar para formar un oasis amplio en medio del desierto costanero era, en tiempos pre-hispánicos, cuna de importantes aglomeraciones humanas. Así lo atestiguan entre otras ruinas, las que forman las zonas arqueológicas de Maranga y Carabayllo, la huaca Pando entre Lima y su vecino puerto, las ruinas de Surco, de Armatambo y la huaca Juliana, en los balnearios del Sur. Un poco más al interior, en el valle, se encuentra la silenciosa ciudad de Cajamarquilla cuyos restos indican que allí se había establecido un monumental granero regional. Finalmente, a pocos pasos de la higuera

que plantó Pizarro, vivía el cacique de Lima. Por eso puede decirse que aquello de los cuatrocientos veinte y cinco años no pasa de ser una coquetería perdonable. Tal vez sería más apropiado hablar de las tres vidas de Lima: indígena, colonial y republicana.

El Siglo XVI en que se produce la fundación española o cristiana de la ciudad la deja ya formada, con casi todos los conventos que hoy admiramos. Y en los lejanos días de 1571 aparece tempranamente, como anuncio de la moderna ciudad satélite, el pueblo del Cercado, fuera del área urbana de entonces, y que hoy ha sido incorporado a ella por un avance incontenible. Allí vivía con la debida protección aunque en ambiente de ghetto indígena, la población autóctona. En aquellos días la parte central que hoy vemos congestionarse con edificios de concreto "más parecía bosque, que ciudad", aunque de sus árboles quedan ahora poquísimos ejemplos en dicho sector. Alguna vez calculamos, con asombro, que a cada árbol corresponde en el corazón de Lima una población de 450 habitantes, es decir un tremendo déficit vegetal, que se compensa, afortunadamente, en los suburbios.

Los violentos terremotos de 1687 y 1746 echaron por tierra gran parte de la obra de los alarifes coloniales. Los siglos XVII y XVIII se caracterizan, el uno, por la sobriedad castellana y, el otro, por la traviesa influencia francesa. Tal es el efecto remoto de los cambios de sangre ocurridos en la monarquía española. El primero está lleno de la mística personalidad de Santa Rosa de Lima; el segundo, impregnado del descaro cortesano de esa Pompadour criolla que fue Micaela Villegas "La Perricholi".

Las murallas defensivas construidas para detener a los piratas en 1684 por el Virrey Marqués de la Palata contuvieron, más bien, la expansión urbana durante doscientos años y cuando, a mediados del siglo pasado, las retiró aquel ingeniero norteamericano Henry Meiggs, a quien se ha llamado por su audacia y espíritu de empresa "El Pizarro

yanqui”, Lima se sintió libre para correr hacia el mar. Mientras la ciudad estuvo amurallada siguieron teniendo enorme importancia el Puente de Piedra y la Alameda de los Descalzos, que había construido de 1608 a 1611 el Virrey Marqués de Montesclaros. En la Lima moderna, que ahora se asoma a un inmenso balcón costanero, sobre el Pacífico, se han olvidado algo esas reliquias urbanas que merecen cuidarse mejor.

Mientras en Europa se transformaban las ciudades merced a la revolución industrial, nosotros, al amanecer de la República, estábamos empeñados en revoluciones políticas. A pesar de ello, el primer ferrocarril sudamericano lo construye el Presidente Castilla entre Lima y Callao de 1848 y, más tarde, en el Gobierno de Balta, se moderniza el puerto del Callao, que había sido factor determinante en la selección del emplazamiento de la nueva capital por el conquistador español.

De catorce mil habitantes en el Siglo XVI pasa a los noventa y cuatro mil a mediados del XVIII y hoy ha alcanzado la Gran Lima prácticamente el millón, El plano a damero, típico de la Conquista, se mantiene con algunas variantes en la etapa colonial. En la República la influencia del urbanismo de Haussmann llega con algún atraso, aunque las antiguas murallas se convierten, como en París, en amplias avenidas o bulevares que, más o menos, siguen sus con tornos.

Viene, enseguida, la etapa del suburbio con sus chalets y su eclecticismo —es la ciudad dormitorio que aparece, creando el ir y venir entre el hogar el taller o la oficina. Un feliz intento de descentralización orgánica se ha iniciado con las nuevas Unidades Vecinales, que tienden a formar un eje de la vivienda paralelo al eje de la industria, nítidamente tendido entre Lima y el Terminal Marítimo. Hasta hace muy poco tiempo mostrábamos orgullosamente al visitante nuestros hermosos barrios residenciales, con mansiones lujosas y exclusivas. Ahora señalamos ya,

con honda satisfacción humana, Algunas obras de arquitectura social. Es que ayer, se proyectaba exclusivamente para los que más, tenían y hoy nos toca construir para los que más necesitan.

Esa conquista se la debe el Perú principalmente a sus arquitectos. Pero el auge económico del país, que se basa en su producción diversificada, se ha reflejado marcadamente en la transformación del centro de la ciudad que, no pudiendo ensancharse, busca la altura. Nos apartamos así, infortunadamente, de la gracil proporción colonial, de la escala humana hábilmente lograda por los colonizadores, para seguir el caótico ejemplo de las ciudades congestionadas por el maquinismo y la especulación. El valor de la tierra, el alto rendimiento de la propiedad urbana, que ofrece fácilmente el 12% anual, han atraído al capital mientras los reglamentos municipales débiles o imperfectos han sido impotentes para contener la marejada edificadora que ensombrece la vía pública y obstruye el tránsito. Frente a este cuadro de dinamismo incontrolado se presenta el desarrollo más, generoso y cuerdo en la periferia, donde los árboles de antaño tienden a reaparecer, dando colorido a la región sub-urbana.

Factores básicos en el desarrollo en este siglo han sido el empleo adecuado de la electricidad, que ha hecho uso de las posibilidades hidroeléctricas de la geografía costeña y la creación, hace unos 35 años, de la industria del cemento. La época de la, caña y el adobe ha sido sustituida por la era del concreto armado. La industria de la construcción ha cobrado un auge notable, superando ligeramente con sus 30, 000 obreros, en Lima a los de la importante industria textil. Una inversión anual de 600 millones ha sido calculada.

Son muchos soles, brazos, ladrillos y cemento los que se emplean en la construcción limeña. En la Facultad de Arquitectura de la Escuela Nacional de Ingenieros, cuyo Decanato me está confiado, tratamos de formar nuevos profesionales que sepan aprovechar de esos materiales y recursos

para modelar un Perú mejor. Nos Esforzamos por hacerles ver que si son importantes en todo negocio los dividendos monetarios, en arquitectura lo son, sobre todo, los dividendos sociales. Por eso, nuestra visión de la Lima del porvenir no lo es de una urbe ostentosa, de una ciudad de palacios y chozas –contraste que todavía nos agobia– sino de una ciudad que abra a todos los estratos de su población las acogedoras puertas del hogar y de la escuela, en un ambiente alegre y florido, que permita decir en el mañana, cómo en el lejano ayer colonial: “Lima, más que ciudad, parece bosque”.

POR EL ABRA DE PORCUYA

“Voy en busca de los pueblos a escuchar su reclamo y a recoger su esperanza... No aguardo en la quietud de mi casa que ellos toquen a mi puerta. Soy yo quien los visita en la costa, en las serranías, las punas y las selvas. Y en todas partes se congregan para dar calor de hogar a las calles y a las plazas. Más que al encuentro de adherentes a una noble causa voy —en busca de mis compatriotas; más que en solicitud de votos salgo en pos de inspiración y de ideas...”

(Discurso en la comunidad de Uripa, mayo de 1956).

Los partidarios de que continúe indefinidamente la usurpación del fuero municipal por el poder central suelen aducir una supuesta incapacidad de las ciudades provincianas para gobernarse a sí mismas. Alegan que mientras más pequeño es el pueblo más dificultad se experimenta para encontrar ciudadanos aptos para regir los destinos locales. Tamaña insensatez prevalece en el Perú desde hace varias décadas y la capacidad que se niega mezquinamente a los pueblos se otorga con copiosa prodigalidad a tal o cual Director de Gobierno, que se convierte, impávidamente, en gran elector.

Nosotros hemos salido a recorrer el país, pueblo por pueblo entre otras razones para demostrar lo absurdo de esa tesis primitivamente centralista. Y nos hemos basado en la tradición municipal del Perú, que nos viene por angas y mangas. Porque si España nos trajo la sólida institución del Cabildo, el antiguo Perú nos legó una filosofía basada en el respeto a la jurisdicción local. El ayllu y la marca escogían

sus dirigentes entre los más capaces y la suma de sus millares de esfuerzos aislados pero coherentes daban como resultado el gran total de la gloria del Imperio. Si a los incas se les hubiera ocurrido centralizar en el Cuzco la designación de autoridades locales para cada aglomeración, su poder no se habría extendido muy lejos de esa legendaria ciudad.

Hemos podido comprobar en nuestros viajes que aún en el villorrio más humilde se encuentran ciudadanos capaces y activos, que sus vecinos sin duda escogerían para las tareas del gobierno local, si se pusiera término a la usurpación que cometen impunemente nuestros gobernantes nacionales.

Para dar una idea de lo que vale y de lo que hace el hombre humilde del Perú vaya contar una anécdota vivida en uno de mis viajes por el norte.

Acabábamos de cruzar la cordillera por el abra de Porculla, a dos mil ciento cuarenta y cuatro metros de altitud el paso más bajo de nuestros Andes—. Habíamos salido a medianoche de Chiclayo y nos dirigíamos al Marañón para encontrarnos con los indios aguarunas. Nos detuvimos en una fonda para desayunar el nutritivo y criollo “encebollado” de los camioneros. Un hombre del pueblo me miraba, inquisitivo, desde el fondo del destartado comedor. Se, acercó a saludarme, por haberme reconocido por una foto periodística. Lo invité a que compartiera nuestro desayuno y, de inmediato, se identificó como un arriero, dedicado a llevar ganado de “las serranías de la cercana San Felipe hasta su pueblo natal de Olmos, en los arenales, costños. No tardé, mucho en captar la lucidez mental, la energía y el espíritu cívico de este hombre que el ir y venir por la cordillera, había hecho robusto y dinámico. Pude apreciar su inmenso amor al terruño. “Cuando a mi pueblo llega algo de agua —me dijo—, la tierra prueba su feracidad dando frutos magníficos”. Efectivamente, las tierras de Olmos, cubiertas antiguamente por bosques de algarrobos albergaban una gran población ganadera, habiéndose enriquecido

en materia orgánica hasta el punto de que están reputadas como de las mejores. El ciego afán de obtener carbón de palo destruyó la riqueza forestal y; con ello, languideció la ganadería sustentada por los algarrobos. Desde entonces Olmos y todo el norte sueñan con la irrigación que el Gobierno de Leguía no logró llevar adelante.

Todo hombre, orador o no, es elocuente cuando traduce en palabras un ideal profundamente sentido. Este arriero me expuso brillantemente el anhelo máximo de su pueblo natal: la irrigación. Yo le hablé del proyecto del recordado ingeniero Sutton, una de las grandes autoridades en materia de hidráulica y el pionero de la propuesta irrigación de Olmos. Estábamos en ese momento mirando las aguas del Huanca-bamba que enriqueciéndolas por las del Tabaconas por una obra de interconexión, Sutton se proponía desviar de la vertiente del Atlántico a la del Pacífico. Muy a mi sorpresa este hombre humilde objetó respetuosamente la solución planteada por el técnico norteamericano. No dejó de sorprenderme su atrevimiento al observar el trabajo de un ingeniero eminente. "Mi diaria labor —me dijo— me ha llevado a conocer bien estas quebradas. Las he recorrido todas a pie y he contado los pasos" Me relató enseguida, su exploración detallada de la quebrada de Tasajeras que, a su juicio, debería seguir la red de canales y túneles para cruzar, cerca de Porculla, el macizo relativamente bajo de los Andes del Chamaya.

Admiré en este hombre rudo el interés por servir a su pueblo. "Tengo seguridad —añadió— que los cuarenta kilómetros de canales y túneles propuestos por el ingeniero Sutton podrían reducirse a la mitad si se modificara el proyecto original por esa ruta". Hablaba con aplomo este hombre que nunca manejó el teodolito pero cuya recta y limpia mirada parecía tener la precisión del lente. Recordé que en la época de los estudios el Instituto Geográfico del Ejército no había publicado todavía la hoja de la Carta Nacional correspondiente a Olmos. Era evidente que esta falta de cartografía había hecho muy difícil el planteamiento inicial del proyecto, basado en penosos recorridos a pie y a caballo por

abruptos senderos. Ello explicaba que no se hubiese considerado la variante propuesta, máxime si la carretera, que ahora recorriamos, tampoco existía en esos momentos.

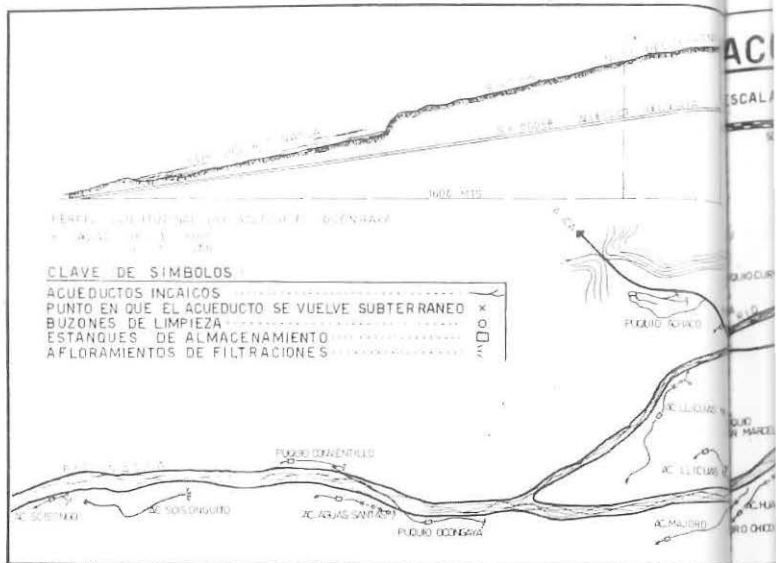
Tuvimos mis acompañantes y yo, con instantánea simultaneidad, una sensación de confianza en este arriero con alma de constructor, y decidimos permanecer para que nos mostrara, sobre el terreno, lo que en ese momento bautizamos con el nombre de "Variante de Tasajeras". Pudimos ver el sitio propuesto para la represa, aguas abajo del lugar escogido por Sutton y, por consiguiente, con un caudal aumentado por los afluentes. Exploramos con la vista la quebrada hasta la línea de cumbres no lejana. Le pedí al ingeniero Portugal, a cuya amable invitación debía este viaje aleccionador, que en uno de sus frecuentes pasos por la zona hiciera una nivelación para comprobar, topográficamente, lo que a la vista ofrecía ya un evidente interés.

Meses más tarde me visitó en mi despacho de la Facultad de Arquitectura este joven agrónomo que se había dado el trabajo de realizar la nivelación requerida. Acudimos de inmediato a la oficina de un distinguido maestro de la Universidad que fue ayudante del recordado Sutton en su frustrado intento de realizar la irrigación, detenida en 1930 por una fuerte convulsión política. Al principio este colega se mostró incrédulo ante la posibilidad de mejorar el planteamiento de quien fuera su apreciado jefe. Pero cuando hicimos traer el mapa del Ejército y transportamos a él los datos obtenidos en el trabajo de campo, reconoció las grandes posibilidades de esa variante que reduciría, por lo menos en una tercera parte, el recorrido de las costosas obras de desviación. Recordé en esos momentos al entusiasta ciudadano que, sin haber pasado por la Universidad nos dio, con simultánea elocuencia, una mañana en Porculla, la doble lección de ingeniería y de civismo en las aulas majestuosas de nuestros andes.

Pero nuestra gira no terminó allí, seguimos viaje y pernoctamos en el campamento militar de El Milagro, hogar de los zapadores que construyen el camino Olmos Marañón.



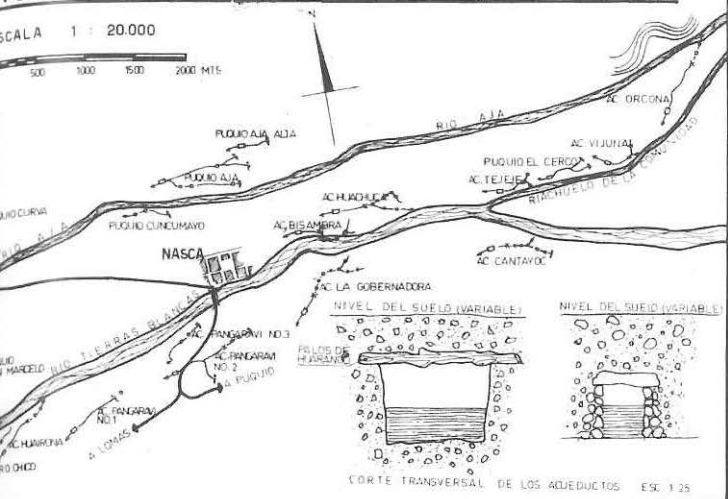
Fragmento de un camino incaico en Machu Picchu.



ACUEDUCTOS INCAICOS DE NASCA

ESCALA 1 : 20.000

500 1000 1500 2000 MTS



El mapa muestra, en plano y en corte transversal, las sorprendentes galerías filtrantes de NASCA que discurren bajo la quebrada con pendiente menor, hasta aflorar en la parte baja. En su recorrido cruzan, varias veces, subterráneamente, el lecho del río. Los españoles creyeron, a primera vista, que se trataba de manantiales; mas los numerosos buzones de registro, los llevaron a descubrir la obra eximia de la hidráulica incaica. A la izquierda, Belaunde examinando la tierra de las Pampas de Majes en las cercanías de Arequipa.



↑ En la tétrica colonia penal de El Frontón, prisión de tipo medioeval a la que Belaunde fue mandado por el llamado "Estado de derecho".

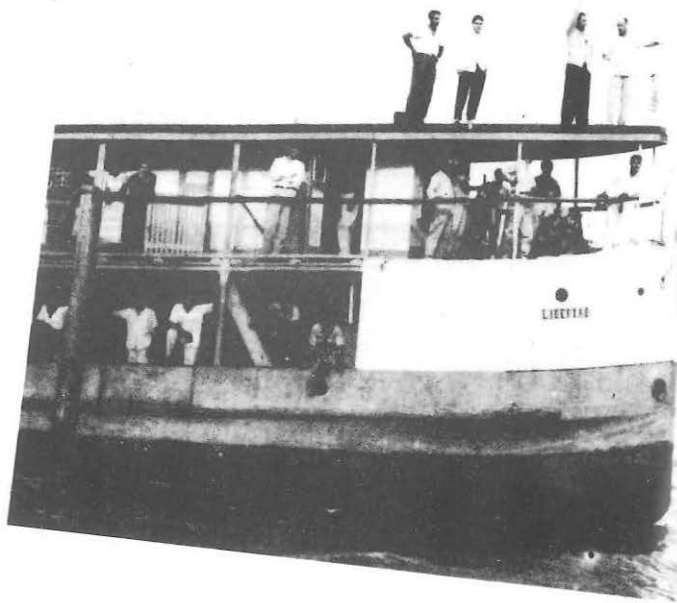
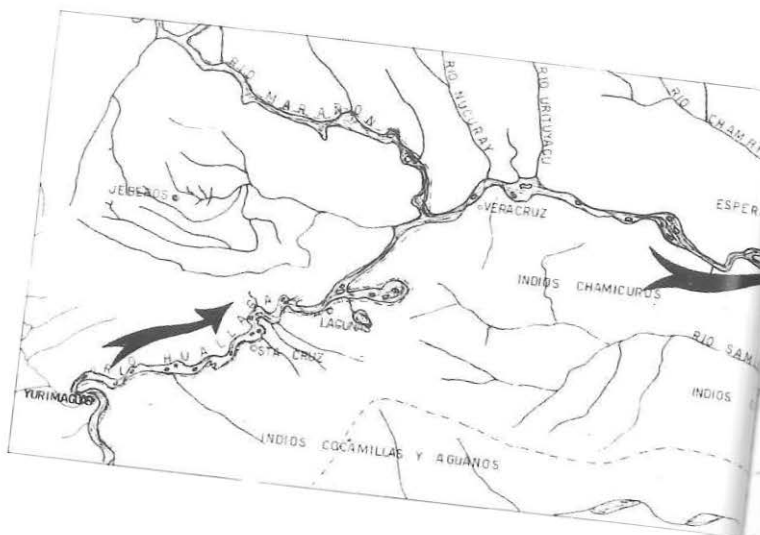
El otrora temible "Cantagallo", uno de los compañeros de prisión del Jefe de Acción Popular. ↓

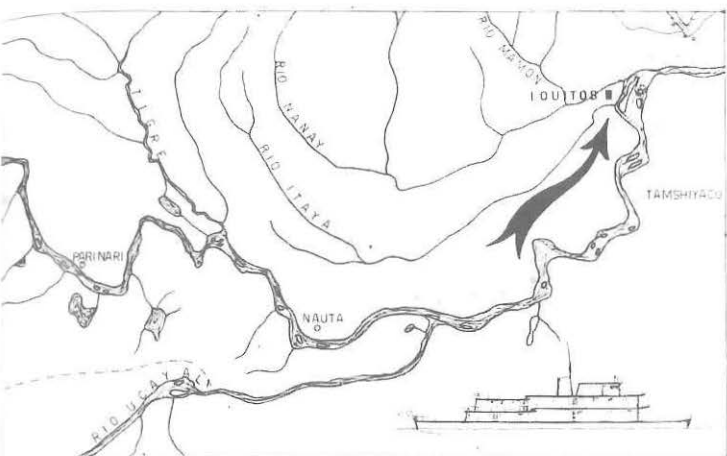




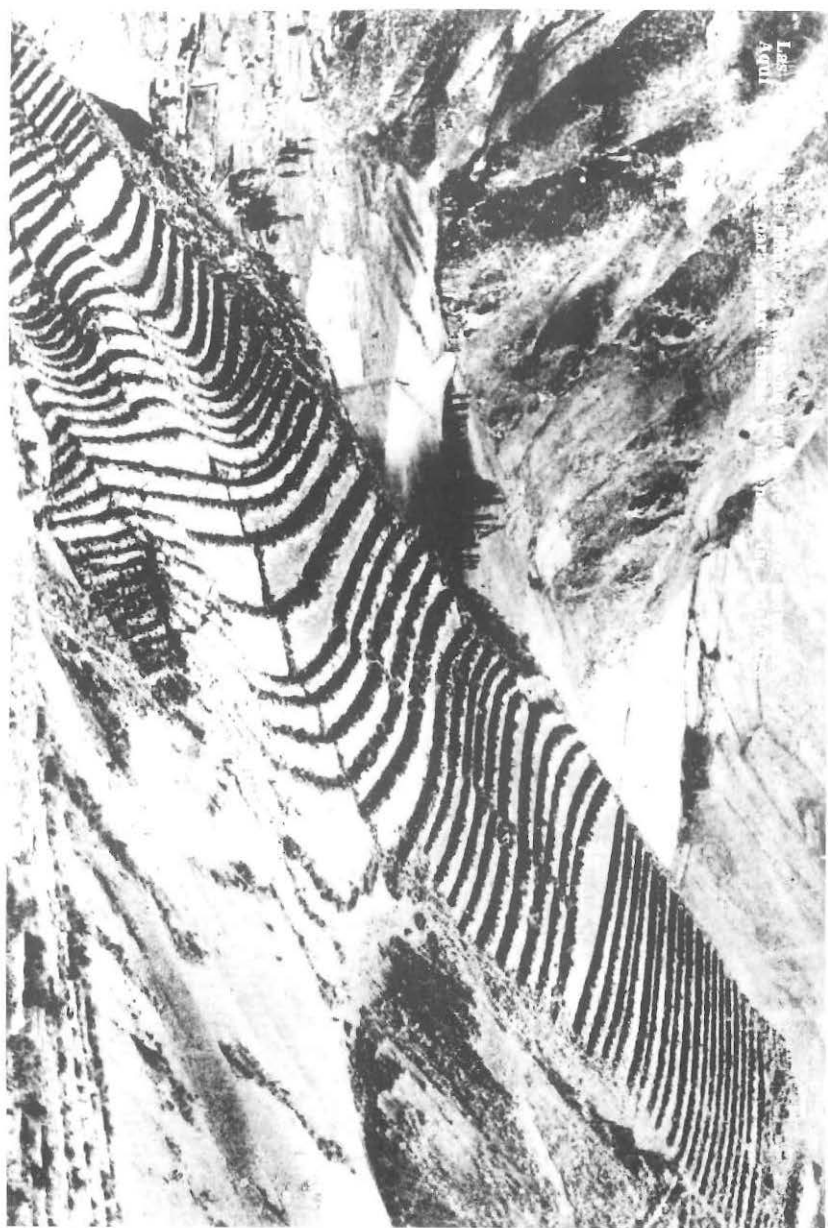
Perduraba en la prisión de El Frontón el sordido aislamiento en "La Lobera". Vemos a un recluso castigado. Abajo, otro de los compañeros de prisión del candidato presidencial, enjuiciado criminalmente por el gobierno de la "convivencia".







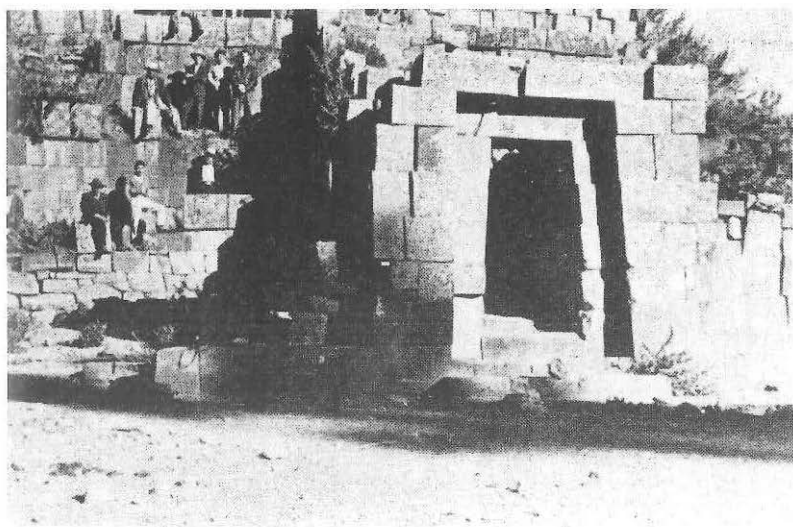
Mapa mostrando el recorrido en "La Libertad", desde Yurimaguas hasta Iquitos. Abajo, el barco fluvial hace su ingreso a Iquitos, escoltado por las canoas de Belén.

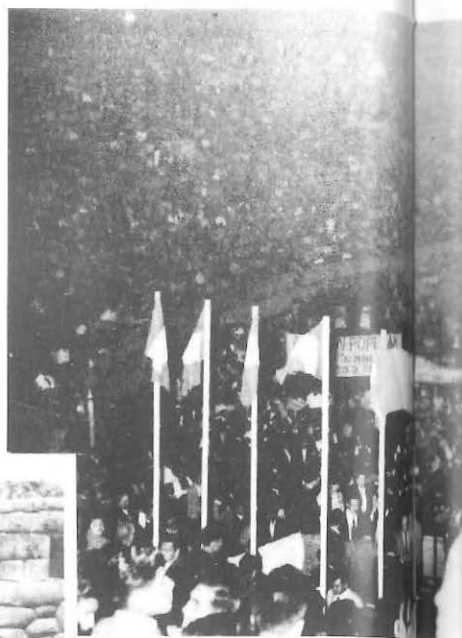


Leslie
Aqui

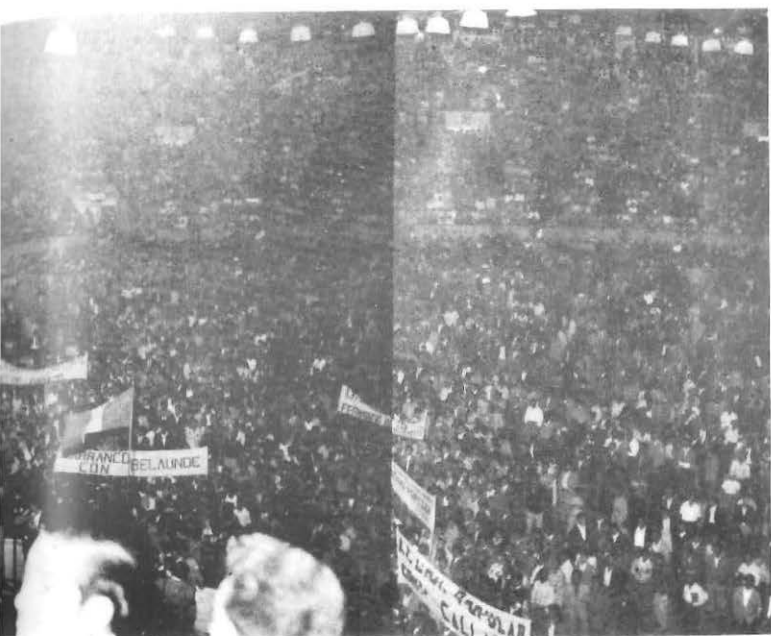


Arriba, "cada paso de la cordillera es para mi como un corredor de mi casa", ha dicho Belaunde. Abajo, el bello Templo del Sol de Vilcashuaman.





Arriba: Multitudinaria manifestación en la Plaza de Acho, en 1957. Abajo izquierda: la fuente de Tambo Machay en el Cusco. A la derecha: un grupo de presos en el penal del Frontón donde fue recluido Belaúnde en 1959.





Llegando a la provincia de Bolívar tras un largo viaje a caballo de Balsas.

Camino del Inca llegando a Piquillacta.





↑ Navegando hacia Muyuy, en el Amazonas, poco antes de encallar. Pudo reflotarse la embarcación.

Vibrante manifestación en la Plaza 28 de Julio de Iquitos. ↓





Viajando en camión por la provincia de Dos de Mayo, rumbo a Quibilla, en el río Marañón, donde se inició el cruce de la cordillera a caballo, hasta San Marcos, en el departamento de Ancash.

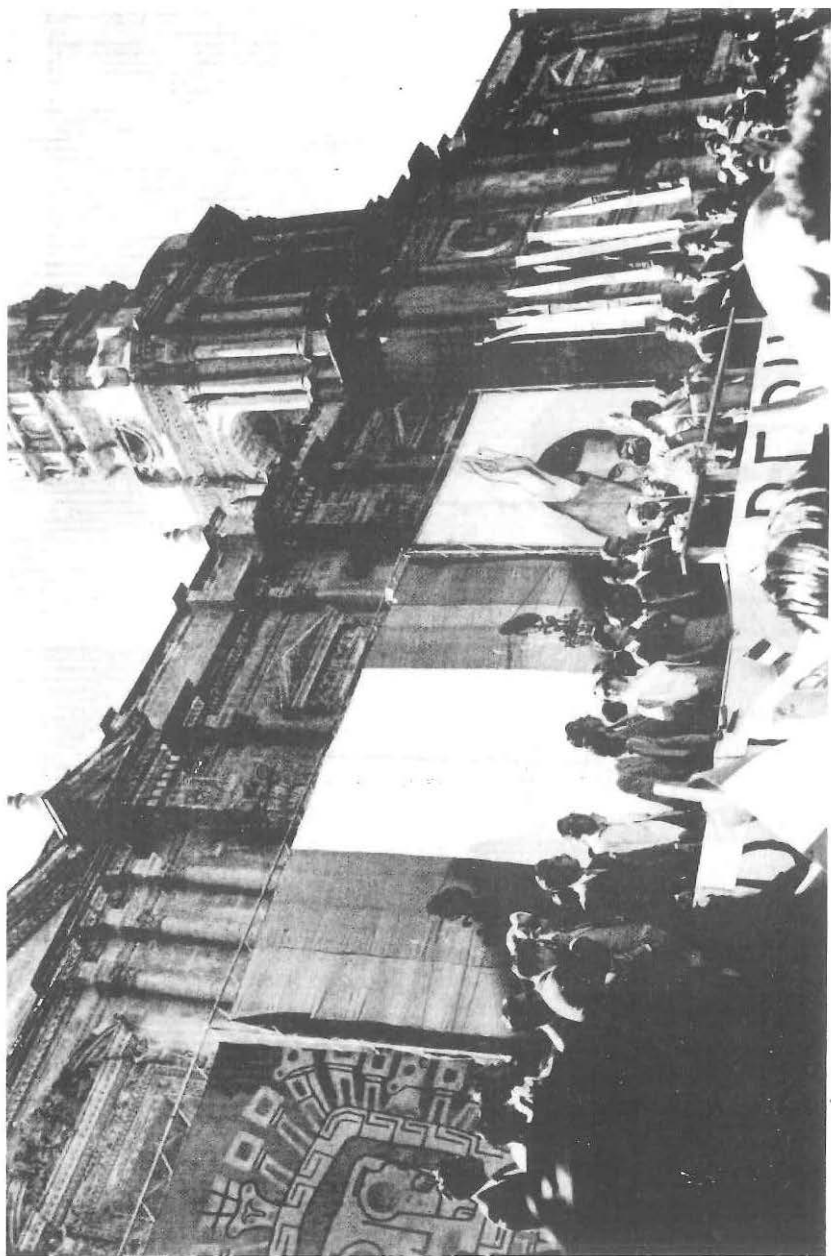
El 4 de abril de 1960, Belaunde fue invitado a sostener sus puntos de vista en la televisión, durante un programa que duró dos horas. Ninguna pregunta de los cuatro periodistas que lo interrogaron quedó sin respuesta.





El camión "Siempre Adelante", a pesar de sus decadas de uso, sirvió para transportar a los viajeros desde las pumas de Tócto hasta Vischongo y Cangallo, Abajo, Characato, suburbio acompañe en gesto de cordial y espontáneo bienvenida.





Un momento culminante de Acción Popular, la Plaza de Armas de Arequipa se engalana para recibir al Jefe de Acción Popular, después de su liberación del penal de El Frontón.

La suave campanilla de mi discreto despertador limeño fue sustituida en la siguiente madrugada por el toque marcial, de la corneta. Salimos con los jefes militares encargados de la obra. Horas después experimenté una grata impresión, que no se ha borrado de mi mente. Cerca del Pongo de Rentema se iba a hacer un disparo de dinamita para abrir una brecha en la ladera de la montaña. Por un momento creí presenciar una operación militar. Se tomaron todas las medidas del caso; cada hombre se colocó en su sitio; las compresoras, los tractores y los jeeps fueron retirados a prudente distancia. Los oficiales, en traje de campaña, comunicándose por silbatos, dieron la orden de fuego y el cerro se desmoronó para abrir paso a una nueva ruta de progreso. Sentí la plena sensación de triunfo sin sombras, porque ésta fue una victoria sin víctimas. Detrás del cerro no encontraríamos cadáveres de un ejército enemigo, no opacaríamos el éxito al enfrentarnos a la muerte. Detrás del cerro encontramos la vida. Y este episodio reafirmó, en todas su profunda magnitud, la noble misión que la paz reserva a los ejércitos.

Abierto al paso seguimos adelante y abordamos unas frágiles embarcaciones en las cuales logramos pasar varios pongos hasta llegar a Aramango y Tambillo. Quise seguir aguas abajo, en dirección a Nazareth, en busca de alguna tribu de aguarunas, cuyas ágiles canoas habíamos cruzado en un recorrido por las aguas tumultuosas, que se abren paso hacia el Atlántico. Llegamos, por fin, a un caserío. Hubieron las personas mayores, atemorizadas por nuestra llegada, pero quedaron, con su incontrolada e inocente curiosidad, los niños.

Pude darme cuenta de su total aislamiento cuando no mostraron interés alguno en unas monedas que quise obsequiarles, pero su negativa no enfrió la cálida bienvenida de la niñez, que los mayores, curtidos por la dura experiencia de la explotación, nos habían rehusado con su veloz apartamiento de la escena.

Pude admirar a mis anchas una hermosa casa, totalmente equipada por estos arquitectos sin diploma. La habían edificado íntegramente con los materiales puestos allí por la naturaleza y habían logrado, tal vez sin sospecharlo, delicados efectos artísticos. La parada de los muros, en forma de persiana, permitía una máxima ventilación y creaba un atrayente efecto de luminosidad controlada. Admiré el mobiliario y hasta los adornos.

El paisaje era exuberante y bello y el rumor de las aguas ponía una nota musical, haciéndolo más atrayente aún. La casa era hermosa porque surgía del suelo, con la naturalidad de una planta y el colorido de una flor. Al dejar este paraje inolvidable pude apreciar hondamente cómo la mejor maestra de arquitectura es la naturaleza; que no niega su enseñanza ni a los hombres más humildes, perdidos en la inmensidad de la selva.

Este viaje, como tantos otros, me enseñó a apreciar en el rudo arriego de la cordillera y en el escurridizo habitante de la selva, las cualidades que con tanta ignorancia y mezquindad les niega nuestra disfrazada democracia para seguir usurpando a los pueblos el derecho milenario de regir sus destinos.

CRUZADA ANDINA

“Hemos llegado desde Huánuco hasta Ancash por el camino del Inca y en el frío de la altura me he puesto de nuevo, orgulloso, mi poncho huaracino, con la misma unción con que un sacerdote se colocaría los ornamentos sagrados para rezar una oración por el pasado, el presente y el futuro del Perú ... “

(Discurso en Huaraz, Octubre de 1959).

En la primavera de 1959, con la grata compañía de un grupo de correligionarios de Acción Popular, cruzamos la cordillera, a lomo de bestia, uniendo los ríos Marañón y Mosna. Prácticamente, con un breve intervalo en camión, enlazamos con primitivos medios de transporte la gran ciudad muerta de Huánuco Viejo con las imponentes ruinas del castillo de Chavín.

Muchas personas se han preguntado si este viaje representaba, tan sólo, un alarde publicitario o un gesto deportivo. Pero los que concurren a las manifestaciones que hicimos a lo largo del camino saben bien, porque han tenido oportunidad de oírlo; el hondo significado de esta cruzada andina.

Un gran español, Salvador de Madariaga, a quien nuestro Continente apasiona desde el descubrimiento, interés que lo ha convertido en el mejor biógrafo de Cristóbal Colón, ha dicho: “Para que, el Perú valga un Perú es necesario que sea más peruano”. Nosotros, cuando nos alejamos de las regiones transformadas por el progreso, de nuestra cosmopolita capital, lo hacemos en busca de la Patria, que

debe, despertar mayor atención allí donde las condiciones son más duras, donde todos los peruanos debemos saldar la deuda contraída por la indiferencia de varias generaciones republicanas.

En tiempo de los Incas el camino Cuzco-Quito aseguraba la unidad de la región andina y constituía la columna vertebral del Imperio. Conocedores profundos de su territorio, los antiguos peruanos llevaban los caminos por las alturas, evitando derrumbes y disminuyendo el número de puentes. Para ganar las, cumbres utilizaban escaleras pétreas que, como lo anota Von Hagen; pasaban a veces del millar de escalones. Pero sus gradas estaban hechas para la agilidad del hombre y de la llama, su inseparable y delicada compañera pre-hispánica. Cuando llegaron los caballos no se adaptaron a esa vialidad y la rueda exigió nuevas rutas que descartaban, en gran parte, el antiguo camino andino.

No tuvo el conquistador interés alguno en mantener o la unidad serrana. Los caminos de herradura que construyó tuvieron una tendencia transversal, para salir a la costa rápidamente, en vez de mantener la orientación longitudinal que, evidentemente, habría sido una amenaza de resurgimiento indígena contra el poder colonial establecido en Lima.

Esta política, que fue atinada desde el punto de vista del Virreinato la ha mantenido, con inaudita incompreensión de su destino, la República. No ha buscado, como debería haberlo hecho, la verdadera unidad nacional, que es la suma de las unidades regionales y por ello el país tiene amplias regiones desconectadas o, mejor dicho, olvidadas o rezagadas. Se contentan los presidentes que se sienten virreyes con la unidad costeña, que es un hecho logrado por la naturaleza, a lo largo del océano, y por el hombre, con su paralela Carretera Panamericana. Menospreciando a las serranías, estos gobernantes de tarro y frac no le dan importancia al hecho de que no existe unidad andina, de que las regiones de Huánuco, Ancash y La Libertad carezcan

de una conexión adecuada y hayan perdido contacto entre ellas. No les importa tampoco que esté desunida la región selvática, que nuestro proyecto de Carretera Marginal de la Selva cohesionaría, enlazando las nacientes del Amazonas y convirtiendo el istmo de Fitzcarrald en una zona reabierta al transporte.

El antiguo camino incaico, que tenía la unidad de un collar entre cuyas perlas destacaban, Vilcashuamán, Huánuco viejo y Marcahuamachuco, ha sido rota por la historia precisamente en el tramo que nosotros hemos recorrido ahora, ascendiendo de nuevo por sus interminables escalinatas y recorriendo, durante varios días sus punas inhóspitas.

Hemos ido a recoger, con la intención de unir los extremos del hilo roto del collar, en nuestro afán de reconstituir la joya perdida, que es símbolo, y será realidad de la unidad nacional que busca fervientemente Acción Popular. Las incomodidades sufridas a lo largo del recorrido las malas noches pasadas en la cordillera, los momentos de peligro que no faltan en estas aventuras andinas, han resultado compensados ampliamente con la experiencia adquirida y el reforzado vínculo de camaradería entre los integrantes del grupo, en el que, estaban bien representados los dirigentes y la juventud del Partido. Y el pueblo, con su intuitiva sensibilidad, quiso recompensar, también generosamente, en la Plaza de Armas de Huaraz, nuestro esfuerzo nacionalista. Por eso empecé mi discurso con estas palabras surgidas, de mi propia experiencia en la gira:

“Los Andes definen al Perú, El Perú es la Cordillera. Por eso nos deleita recorrerla una y otra vez, en sus alturas, en sus valles, en sus ríos. Por eso hemos dormido en el suelo en la humilde choza del pastor indígena, enclavado en la cumbre, compensados generosamente el frío y la fatiga al posar los labios sobre la tierra andina, en el éxtasis de una caricia filial al suelo patrio.

El Perú es la Cordillera. La Costa es su primer escalón que se nutre de las aguas de sus lagunas y los gigantescos ríos de la selva no son sino las cumbres de estos Andes derretidas. Quien ignore a la Cordillera ignora al Perú. Y quienes, desde el Palacio de Pizarro, se olvidan de los Andes incurren en tremenda responsabilidad, porque eso es olvidarse de la Patria”.

DÉFICIT DE SOLES Y SUPERÁVIT DE BRAZOS

No hablamos para los más afortunados, ni para los más cultos. Nos dirigimos a la multitud seguros de encontrar su comprensión y a sabiendas de que los más ilustrados no se ofenderán por la sencillez de nuestro lenguaje. Nos dirigimos al pueblo, nuestro maestro, al humilde; nuestro maestro y al analfabeto, nuestro excelso maestro que nos enseñó a leer el mensaje de la historia.

(Actuación en Acción Popular. 1960).

Una vez más se ha andado al Parlamento un proyecto de presupuesto nacional cortado con la tijera de las finanzas ortodoxas. Es un documento contable que, en su estructura, nada tiene que ver con el Perú. Podría aplicarse a un país europeo súper desarrollado, o, a cualquier nación que hubiese pasado el ciclo histórico que nosotros vivimos.

La única preocupación que lo inspira es el equilibrio de los ingresos con los egresos, pero no el equilibrio del trabajo con los trabajadores, ni de los alimentos con los estómagos. Contablemente, puede ser un éxito el mezquino manipuleo de los exiguos soles de que disponemos.

Una ley para financiar el déficit del año anterior barre con todos los "sobrantes" y saquea virtualmente las cuentas especiales, muchas de ellas instrumentos de capitalización. Las obras públicas serán las paganas de estos malabarismos monetarios. Disminuirá, por lo tanto, la ocupación, y los trabajadores tendrán que clamar, mendicantes, por un jornal inferior al de su categoría. Sabemos bien los arquitectos que hay maestros de obra que ahora aceptan gustosos

el jornal del albañil y albañiles que, para subsistir, se enganchan como peones. En esas condiciones no podrán por cierto equilibrar el presupuesto familiar, pero les quedará un consuelo: se equilibrará, aunque sea en el papel, el presupuesto nacional... Nosotros somos por cierto partidarios de que se ordenen las finanzas públicas, de que se evite el derroche y se implante un efectivo régimen de austeridad. Pero sobre la base de dar soluciones peruanas a los problemas nacionales.

Nuestra política fiscal adolece, a nuestro modesto parecer de un defecto grave. Ignora la realidad del país. Así como hay un mestizaje de sangre en el Perú debería haber un mestizaje en los sistemas económicos, financieros y monetarios. De Occidente nos han venido grandes adelantos, junto con una apreciable dosis de sangre europea que el conquistador, en gesto histórico trascendental, supo mezclar con la autóctona. Y esto ha colocado a nuestros países subdesarrollados muy por encima, en la moral y en lo humano, de naciones poderosas que todavía ejercen odiosas discriminaciones raciales. Si en eso las superamos por qué no adoptar similar actitud en el aspecto económico...?

Europa perfeccionó nuestros sistemas contables. El quipu cayó en desuso. Sus nudos fueron sustituidos por cifras. Pero ése no es motivo para echar al olvido nuestras viejas y fecundas tradiciones. En el incanato no había presupuesto de soles, pero sí de brazos. No existía el crédito internacional, pero las obras se realizaban. Demostraron concluyentemente los antiguos peruanos que se podía desarrollar el país sin tener que someterse a la tiranía del dinero. El plan vial de los Incas no necesitó de bancos ni consolidaciones; pero se ejecutó. Sus caminos troncales pasaban de catorce mil kilómetros y la estructura vial tenía sus complementos en el tambo y el puesto de chasquis, repetidos con rítmica regularidad a lo largo de todo el recorrido. Se aseguraban así el abastecimiento y las comunicaciones, hoy problemáticos en muchos de nuestros modernos caminos. En cuanto a la irrigación la cosa era aun más impresionante. Para

hacer el Canal de la Cumbre en el valle de Chicama no vieron expertos de ningún banco mundial... y, sin embargo, es la obra hidráulica de mayor envergadura que jamás se haya realizado en el Perú. Ciento treinta kilómetros de canal han dejado su huella en el mapa. Las galerías filtrantes de Nazca la represa de Laraos, con sus ingeniosas compuertas de piedra, que denotan un dominio absoluto de la técnica ingenieril, nos muestran lo que puede hacer un país, masivamente, con los brazos de sus hijos. La nación se ha olvidado de esa obra y en esta emergencia de soles es útil que recuerde lo que aquí se hizo en el pasado sin viles monedas, por acción popular.

En Egipto la vieja ciudad de Kahun se estableció para alojar a los esclavos que, a la fuerza, deberían construir la pirámide para inmortalizar al Faraón. En el Perú también se creó una población semejante, la ignorada Churajón de los Puquinas. Pero no fue campamento de esclavos sino un hogar de comuneros, que no construían un monumento a la muerte sino un templo a la vida. Su misión fue excavar a pulso, para su propio beneficio, con herramientas rudimentarias, sin maquinaria ni financiaciones, el gran canal que en las faldas de Pichu Pichu irrigaba antaño las pampas hoy eriazas de los alrededores de Arequipa.

Es útil que el Perú recuerde su pasado. No para volver a él dando la espalda a todo lo bueno que nos trajo la cultura occidental, sino para combinar sus milenarias experiencias con el aporte europeo, afirmando ese mestizaje económico que sume las monedas con los brazos y nos dé una política fiscal genuinamente nuestra. Se dirá que somos retrógrados. Que nuestro sistema causaría risa en el extranjero. Es que nosotros no lo hemos concebido en Oxford sino en Huayotuna, un pueblo que no está en el mapa y cuya gente ha construido, con sus propias manos, veinte kilómetros de carretera, que tampoco figuran en la carta nacional. Y referente a ese sitio, por la otra margen del río, el gobierno con enorme gasto y en mayor tiempo sólo ha conseguido hacer tres kilómetros de camino. Es un ejemplo digno de citarse

para demostrar cómo los brazos de la margen izquierda han derrotado a los soles de la margen derecha. Las cifras lo atestiguan: el resultado es 20 contra 3...

Nosotros queremos un presupuesto que, en lo que atañe a la empresa y obras de gran envergadura, se inspire en la enseñanza mundial y, en lo que se refiere a muchas cuestiones locales de los miles de pueblos olvidados del Perú, se apoye en nuestras tradiciones milenarias, remozadas por la técnica moderna. Las viejas instituciones de la minka y el ayni —el trabajo en común mediante el cual el hombre legendario del Perú ha adquirido el prestigio al que poco o nada hemos agregado las nuevas generaciones— deben evaluarse, preverse y contabilizarse. Hemos concretado esta propuesta en el proyecto de ley que hemos llamado de “Cooperación Popular” y sobre esta idea básica hemos estructurado un partido político eminentemente nacionalista.

Y en cada viaje que realizamos ahondamos aún más nuestra convicción de que nos hemos colocado en el buen camino. En Tambillo acabamos de ver a la Comunidad de Umare construir entusiastamente una escuela. El aporte estatal a esta obra sólo ha ascendido a veinte mil soles. Allí ha fecundado, aunque imperfectamente, el sistema que debería generalizarse en forma organizada. El matrimonio de la moneda con el brazo ha dado, como en el amor, su fruto. La escuela es hija de esa unión: Y, sin embargo, en otros pueblos cercanos de mayor trascendencia política, hemos visto obras públicas de relumbrón, mal hechas e inservibles, que han costado al erario seiscientos mil soles, empleándose el sistema mercantil y contractual con criterio centralista, al margen de la comunidad. ¿No habría sido preferible que esa suma, dividida en treinta subvenciones iguales, hubiese engendrado en las entrañas mismas del país otras tantas escuelas públicas ... ?

Nosotros queremos que el presupuesto de soles sea el trampolín del presupuesto de brazos. Aspiramos a que cada comunidad, cada villorrio, cada caserío, tenga acceso a los

soles en la medida en que ponga en movimiento los brazos, para realizar obra de utilidad pública y esto sin intervención del diputado, del gobernador o del subprefecto. Sin costosos viajes a Lima de delegaciones especiales.

Sin gestiones mendicantes que deprimen al que solicita y extenuan al que otorga. Queremos un sistema de cooperación popular que funcione en forma automática, como un reloj. Con centrales de maquinaria y herramientas estratégicamente ubicadas en todo el territorio y una ayuda técnica efectiva, al margen de los intereses particulares. En eso sí hay que invertir las monedas. Cuando un sistema semejante se establezca dejaremos de tener treinta capitales de provincia, cientos de villorrios y miles de caseríos aislados, sin conexión vial con el resto del país. Surgirán las escuelas; el agua potable y el fluido eléctrico llegarán a todos los hogares y la esperanza renacerá en un Perú descentralizado y libre. Con el sistema de las finanzas ortodoxas y de las cifras mezquinas esperaremos mil años ese mismo resultado.

Tenemos fe en el Perú a pesar del déficit. A pesar de los novecientos millones al rojo vivo. El pradismo se ha sobregirado en soles, ha aniquilado nuestras reservas metálicas, pero hay millones de brazos cruzados en todo el país y voluntades de acción resueltas a ponerlos en movimiento.

El error de nuestros gobernantes centralistas es pensar en términos de débiles y escasos soles, olvidando los robustos y superabundantes brazos que, habiendo construido el Perú de ayer, están listos y ansiosos por edificar el Perú de mañana.

LA ESTATUA YACENTE DE UNA COMUNIDAD

“Nosotros no tenemos más mérito que el de haber buscado y encontrado al Perú.”

(Discurso en Huancavelica. Junio de 1958)

Después de una hora de camino, saliendo de Abancay hacia el Cuzco y al poco rato de haber “coronado” la cordillera se comienza a descender. En el Km 45 mucho antes de llegar al límite departamental de Apurímac, aparece el pintoresco lugar llamado Sayhuiti.

La ondulante topografía descende hacia el río, a una altitud de 3, 300 metros sobre el nivel del mar. Unas cuantas chozas rústicas dan la nota arquitectónica al atractivo paisaje campestre. En una prominencia, magistralmente colocada por la naturaleza, está la fascinante y misteriosa “piedra de Sayhuiti”.

Experimentamos ante este monolito la misma emoción que nos produjo el toparnos, en el Museo Británico; con la famosa Rosetta de Champollion, que arrojó tanta luz sobre la historia del antiguo Egipto. Aquí no hay jeroglíficos bidimensionales, ni una traducción de los mismos al griego, como en el caso de la brillante laja negruzca que constituyó el gran botín cultural de las campañas napoleónicas en el Nilo. Pero hay algo quizá más preciso: la versión tridimensional de lo que fue una comunidad del antiguo Perú, en sus aspectos de ciudad y campo. La piedra en forma de taza tiene más de cuatro metros de diámetro y su altura pasa de dos metro. En la abultada y ascendente parte superior está

esculpida, minuciosamente, una maqueta descriptiva de la arquitectura, la flora y la fauna de una comunidad.

Los trozos de arquitectura, a pesar del impacto de los siglos, permanecen bastante claros. Algún coleccionista ha dañado aquí o allá un ángulo del trabajo; la lluvia y los vientos han redondeado sus aristas, alguna vez nítidas y filudas. Pero el mensaje está allí, elocuente y veraz. Muros, vanos, escalinatas, recintos, graneros, dan una versión de la arquitectura pretérita. Andenerías, cisternas, sistemas de regadío en "cachay", que hacemos funcionar con nuestra cantimplora, expresan nítidamente las prácticas agrícolas. Un ídolo de claro estilo Tiahuanaco da una idea del remoto origen del monumento. Animales de distintos climas, predominando monos selváticos, parece que devoraran la ciudad como si sus habitantes hubiesen muerto de una epidemia y las fieras hubieran invadido sus viviendas.

Sin presumir de arqueólogo pienso que se trata de un monumento funerario en recuerdo de una ciudad desaparecida de la ceja de montaña, antecesora de la más reciente Machu Picchu. Es un documento invaluable que debe preservarse y estudiarse minuciosamente porque puede constituir la clave de nuestro remoto pasado, por lo menos en el aspecto básico del planeamiento urbano y rural. Mientras esa interpretación se, haga por los estudiosos la piedra es una prueba inobjetable de la predilección que los antiguos peruanos tenían por un planeamiento cuya eficiencia y belleza residía en el hábil enlace de la arquitectura con el suelo".

Los hermanos Valer son dueños del fundo y están dispuestos a ceder un terreno a fin de que estudiosos, viajeros y turistas puedan pernoctar allí y, recorrer la región, admirando sus tesoros. En la jornada Cuzco-Andahuaylas o viceversa es sitio ideal para detenerse a almorzar. Una hostería o un tambo netamente campestres podrían brindar las facilidades necesarias sin perturbar o adulterar el paisaje. Estos buenos agricultores sureños nos llevan más abajo a

admirar los otros restos y, especialmente, los del rumihua-si, una piedra más grande, de carácter netamente arquitectónico y cuya finalidad ceremonial se advierte de inmediato. Los habitantes del lugar creen que, entre otras ceremonias, se celebraba allí la del matrimonio pues un reservorio que pudo contener sangre de llama o chicha hace llegar el líquido, por gravedad, hasta dos hornacinas en las que los novios, en místico rito, tomarían contacto con él.

Los monolitos de Sayhuiti y, en especial, la piedra principal, que domina el panorama desde la altura, constituyen a mi juicio el documento más importante que sobre la planificación del pasado existe en el Perú. Se ha anotado su presencia en varios documentos. Tello y Gutiérrez la han descrito. Y la han mencionado también Pardo y Riva Agüero. Pero creo que no se le ha dado todavía la importancia que en realidad tiene.

Casi todo lo que sabemos sobre nuestro remoto pasado lo hemos extraído de las tumbas. Los restos humanos y sus atavíos, los trastos funerarios que los acompañan no han dado un derrotero que ha arrojado mucha luz sobre el ayer. Lo mismo debe ocurrir con la "estatua yacente" de esta ciudad y su campo circundante que, por algún motivo básico, los antiguos peruanos no quisieron olvidar. En Sayhuiti no hay epitafio escrito, pero al contemplar la piedra podemos captar su silencioso mensaje: "Aquí yace una comunidad digna de recordarse a través de los siglos...".

CITA CON EL DOLOR

“No tocamos doblegados las puertas palaciegas ni buscamos la ayuda de los poderosos. Fuimos, en cambio, al encuentro de los humildes y de los débiles, y es en gran parte a ellos a quienes debemos nuestra fuerza ... “

(Alocución radial, 15 de junio de 1956).

Una tarde ya lejana examinaba los cuadros de un gran pintor y, entre ellos, un paisaje andino que parecía inconcluso. Sin embargo, el artista había terminado la tela inspirándose en la realidad de la naturaleza. No estaba inconclusa la obra sino que, en su juventud geológica, nuestra cordillera no ha terminado de asentarse definitivamente. Los terremotos, los aluviones, los deslizamientos, son característicos de la turbulenta adolescencia de los Andes.

Recientemente esta cadena montañosa, que es espina dorsal del Perú, ha hecho de las suyas. Tembló la tierra a pie del Misti, cayeron las lluvias torrenciales en el altiplano después de un largo periodo de sequía, y se desbordaron los ríos en la selva. Las serpenteantes carreteras serranas se vieron bloqueadas, haciendo angustiosa la vida de los pequeños pueblos al obstruirse sus arterias vitales, como seres humanos que padecieran súbitamente de torturantes infartos cardíacos. Por doquier se sintió el dolor y el sufrimiento. Fuimos en busca de ese dolor.

En Arequipa los escombros permanecían aún en las calles un mes después de ese aciago 13 de enero. Los suburbios casi totalmente destruidos de Tiabaya y Sabandía sufrían estoicamente y sus bravos pobladores se abocaban,

sin amilanarse, a la tarea titánica de la reconstrucción. Los más infortunados, no pudiendo permanecer entre los escombros, levantaron sus precarias chozas en un arenal, junto al cementerio. Desde un promontorio cercano pude ver el hacinamiento insalubre mi miserable de las covachas que daban a esta pampa eriaza por la adversidad resignadamente soportaba, el carácter sagrado de un camposanto de los vivos. No sé qué cuadro era más impresionante, si el de los nichos entreabiertos del cementerio, profanados por el fenómeno telúrico, o el de las rendijas de estas chozas, a través de las cuales se dejaba oír, desgarradoramente, el llanto de los niños.

En el pueblecito de Characato, muy azotado por la catástrofe, mostrando casi todos sus hogares las cicatrices de recientes heridas, un maestro de escuela nos dio una lección elocuente. Ante las ruinas de la vieja Iglesia este hombre, más preocupado del acervo espiritual que de los bienes materiales de su aldea, nos dijo con énfasis: "Primero hay que reconstruir el templo ... "y ese templo que alberga un crucifijo bellissimo, es el testigo mudo de todas las catástrofes. Se han renovado las humildes viviendas pero siempre ha quedado algo de la Iglesia, Este hombre con profunda sensibilidad ha comprendido la necesidad de salvar lo inmaterial, con la fe de quienes sienten secundarios a los bienes terrenales. ¿Qué quedará de nuestro tiempo? -ha dicho el filósofo- y ha respondido: "Solamente lo que es obra del espíritu".

Tenemos fe en la reconstrucción de Arequipa porque en sismos pasados, como el de 1868, la ciudad sufrió los embates más rigurosamente y sus templos, incluyendo la Catedral, que esta vez no ha sufrido, quedaron gravísimamente lesionados. Poco tardó la población en reparar esos daños. Una comunidad que sabe construir sus templos ciertamente podrá reponer en pie a sus casas. Arequipa resurgirá de nuevo y la fecha del 13 de enero de 1960 conmemora mañana otra gloriosa batalla ganada a la adversidad.

Muchos peldaños más arriba, en la escala andina, nos conducen al altiplano, hasta llegar al borde del legendario lago, que es cuna de nuestra nacionalidad. Lo habíamos visitado muchas veces en condiciones menos adversas. En esta oportunidad encontramos poblaciones añejas como la hoy humilde aldea de Taraco, gran cementerio de misteriosos monolitos pétreos, sumidas en la desolación por el embate de las aguas del Ramis. Sabíamos de la pobreza y del atraso de esta región injustamente olvidada por la República. Pero nunca imaginamos comprobar, dramáticamente, la verdad de la injusticia social en esta zona. Como en una Venecia sin palacios las humildes viviendas de los campesinos se reflejaban –duplicando su desolación– en el espejo de aguas aparentemente pacífico pero cruelmente destructor, alimentado por las torrenciales lluvias que rebalsaron el lecho del río. Cuando la carretera se perdió en el fango hubimos de detenernos, en la impotencia de seguir adelante, hacia Huanacáné. Se presentó entonces ante nuestros ojos el patético cuadro de toda una comunidad de indígenas que, portando en dos toscos maderos el cadáver de una mujer ahogada, se acercaba lentamente, con el agua a la cintura, no en busca de auxilio que no debió negarse, sino en cumplimiento de trámites inauditamente exigidos por insensibles funcionarios. Me explicaron estos indios llorosos y desconsolados que caminaban hacia el pueblo a cumplir trámites judiciales. Había que hacer una autopsia, aunque no existiera profesional competente que la practicara y no se ocultaban claros indicios de un incalificable afán de lucro, en desmedro de estos pobres damnificados. “El agua tuvo la culpa”, me decían estos hombres humildes para poner en claro la improcedencia del proceso. No pedían otra cosa que el derecho a cumplir el precepto bíblico de enterrar a los muertos. Y eso les era negado. Puede comprobar personalmente la inconfesable trastienda en el epílogo de este drama en que sólo el agua habría tenido la culpa si unos verdugos, más implacables aún, no hubieran aminorado, por comparación, los rigores de sus daños.

Del altiplano puneño a la selva del Madre de Dios parece casi tan necesario como el vehículo para, desplazarse horizontalmente un paracaídas para descender cuatro mil metros de diferencia de altitud. Allí en Puerto Maldonado ya no se ve la cordillera. Pero los ríos anchos y caudalosos traen en sus aguas el tibio rezago de sus cumbres heladas. Aquí viven los bravos pioneros peruanos. A falta de carreteras estos colonizadores buscan siempre una directa vinculación con "esos caminos que andan" que son los ríos. De allí que se establezcan con sus pequeños aserraderos con el ganado que logran criar, tras largos años de lucha, en las playas bajas, fértiles y fáciles de trabajar. Al elevarse desmesuradamente el nivel de los ríos Tambopata y Madre de Dios han sido arrasadas sus orillas, sembrándose la desolación. La población empobrecida se ha refugiado en las partes altas y, como si toda la epopeya de una vida de pioneros llena de privaciones y de esfuerzos no fuera suficiente título para el bienestar, se ven en el duro trance de empezar de nuevo. En gesto admirable he visto a valerosas mujeres peruanas, vencedoras de la selva, retornar nuevamente a los lodazales ribereños, una vez retiradas, las aguas, para rehabilitar las sementeras y reconstruir sus chozas en búsqueda desesperada de albergue. Se han elevado así, en su angustia, a la altura espiritual de los que una noche, en Belén, hicieron de un pesebre el hogar supremo de la cristiandad.

La cita fue, efectivamente con el dolor. Confrontamos el sufrimiento de las poblaciones afectadas, desde la base hasta la cumbre de la cordillera andina. Pero, al contemplar erguida en su ennoblecedora tarea de reconstrucción a la población damnificada, retornamos a Lima con la satisfacción profunda de haber encontrado y compartido, además del dolor que no doblé, la esperanza que enaltece y que redime.

EL "QUINIENTOS"

«La sensibilidad del obrero de Paseo le dio al socavón* de la mina el místico nombre de la gruta europea y todos los días desciende el trabajador a las entrañas de la mina de Lourdes. En aquella roca de los Pirineos y en ésta de los Andes se juntan el dolor y la fe buscando la esperanza ... »

(Discurso en Yauricocha, 1960).

Hay aglomeraciones humanas dedicadas casi exclusivamente al trabajo. En nuestros múltiples viajes, muchas veces hemos ido a tocar las puertas del campamento. Es un ambiente que difiere bastante del de las ciudades ocupadas en las actividades más diversas. El campamento, que a menudo contiene la semilla de una urbe futura es, en sus inicios, algo así como un precario acuartelamiento de obreros en campaña.

Debíamos una visita de gratitud a los trabajadores de Marcona. El Puerto de San Juan nos había dado una significativa ventaja electoral, pero ese éxito no dejó de suscitar emulaciones y rencores en nuestros adversarios.

No es raro en los viajes políticos enfrentarse alguna vez con tal o cual gesto agresivo. Más ello no repugna cuando la actitud es franca y viril. Pero en el episodio que voy a relatar se nos quiso tender, desde Lima, una celada innoble. Capituleros pagados, coludidos con oscuros funcionarios del trabajo, se habían propuesto impedir nuestro encuentro con los obreros. Se aprovecharon para hacer coincidir un plebiscito sindical con el mismo día de nuestra llegada y difundieron la calumniosa y ridícula especie de que

nuestro viaje obedecía al inconfesable propósito de frustrar ese acto. Estimulada por el dicho: "Calumnia, calumnia, que algo queda", la soplonería estuvo a punto de conseguir su propósito.

Cuando llegamos al centro del campamento, encontramos un ambiente de discordia creado, ex profeso, por los funcionarios que presidían el acto pre-sindical. "Si se pronuncia aquí un discurso político, dijeron, anularemos el plebiscito". La amenaza era grave porque se debía resolver si se instalaba o no el sindicato, cosa que evidentemente tenía que interesar a los trabajadores.

Como se llega Marcona por una autopista especial en que transitan peligrosamente vehículos muy pesados, conduciendo cada uno sesenta toneladas de mineral de hierro, está establecido un riguroso e ingrato sistema de tranque-ras. La táctica de nuestros enemigos era evidente: querían que regresáramos a Nazca sin entrar en contacto con los trabajadores, para poder decir que nos habían forzado a dejar el campo. Sabían que no faltarían argucias para bloquear nuestro retorno en las garitas de control.

Pero, pronto habrían de comprobar que no corren los miembros de un Partido cuyo lema es "¡Adelante!" como se prolongaba premeditadamente el acto pre-sindical —que insólitamente habría de terminar pasada la medianoche— resolvimos, en medio del bullicio, permanecer en el campamento hasta su conclusión y pedir hospitalidad a los propios trabajadores, que estaban deficientemente alojados en pabellones provisionales, en espera de que se construyeran los definitivos.

En vez de apartarnos de un terreno donde la discordia había sido arteramente creada por el engaño, resolvimos pasar la noche allí misma. Copas, estratégicamente servidas, habían hecho en algunos ciertos estragos. Ya en Ica, a la venida, habíamos podido identificar a algunos matones enviados por la "convivencia". Un grupo hostil sugirió que nos alojáramos en "Playa Hermosa", confortable sector

donde viven los dirigentes de la empresa. Pero los nuestros replicaron que allí se albergarían los "convivientes".

Permanecimos, pues, con los obreros, entre los cuales no pocos se habían dejado sorprender por la calumniosa especie lanzada contra nosotros, y pasamos a comer a la casa de un trabajador mollendino.

Se nos asignó, más tarde, un estrecho cuarto en uno de los pabellones, para pernoctar. Me llamó la atención la actitud de un hombre que había estado agitando a la gente en contra mía y que, con adusta mirada, dijo que me reservaba una tarima en su propia habitación, temporalmente libre por la vacaciones de un compañero de labores. Acepté la invitación, no sin causar cierta inquietud a mis acompañantes, quienes me vieron con desagrado apartarme para compartir el dormitorio de quien había acreditado hostilidad.

Me acosté en la tarima como si lo hiciera en la confortable cama de un hotel de lujo. Al frente lo hacía mi peculiar invitante. Antes de apagar la luz hubo un breve y agrio cambio de palabras. "Su viaje -me dijo- pudo haber frustrado el plebiscito" y, enseguida, se permitió insinuar que esa hubiera podido ser su torva finalidad. ¿Puede Ud. pensar -respondí- que quienes disfrutan del afecto popular se presenten a tan bajos menesteres...? Pero me revestí de inquisidora paciencia para aventurarme en el terreno del psicoanálisis. Escuché entonces unas sentencias contra los "capitalistas". Le habían dicho y, para desgracia mía, sin fundamento, que yo era hombre de fortuna. "Hay que cortar cabezas" -me dijo-. Maldiciendo su filiación política, con ironía repliqué: "Si Ud. está con la "convivencia", ¿cómo puede ser tan hostil y amenazante con sus propios aliados políticos...? Además, -agregué-, yo me contentaría solamente con cortarles las uñas...". El hombre permaneció meditativo. Y al poco rato dejó entrever que estaba muy decepcionado con el rumbo que había tomado ciertos dirigentes. La Luz se apagó, por fin.

Un descanso me venía bien después del largo viaje por carretera. Sin embargo, a las 12 en punto de la noche me tocaron la puerta mis acompañantes Víctor Nagaro, Javier Velarde y mi hermano Francisco. Me felicitaban por ser mi cumpleaños y, de paso echaban un vistazo a mi situación. Esto sorprendió grandemente a mi anfitrión, cuyo semblante fue tornándose menos hostil. “¿Usted permanece entre nosotros mientras su contendor de 1956 duerme cómodamente en Palacio, pudiendo recibir su cumpleaños en su propia casa de Lima?”. “Efectivamente – le dije–, a esta hora ya debería estar de regreso. Pero la demora de esta tarde me ha obligado a permanecer, para dirigirme a trabajadores en la mañana, una vez terminada la votación”. Su semblante, despejándose ya la impresión de la calumnia, se iba tornando amistoso. Al poco rato sonaron unos cohetes. Por el campamento había corrido la noticia de mi onomástico y muchos obreros venían a saludarme. Llegaba a su fin la conspiración de la soplonería. Se acercaron hasta mi cama, en nocturno besamanos, los que, repudiando la difamación, habían recapacitado.

Solos de nuevo, reanudamos el diálogo. “Usted debe ser aprista” –le dije. Con ciertas reservas admitió haberlo sido alguna vez por el hecho de que su padre había sufrido por ello muchas persecuciones pasadas, “Somos cerreños, me dijo, .y él trabajaba en el lugar más difícil”. Tuve en ese momento el chispazo de una intuición, Yo conocía bien la vida de los mineros de Pasco. Lo interrumpí preguntándole si la mina en cuestión era la de Lourdes y, no sin ocultar su sorpresa por haber dado en el clavo, respondió, afirmativamente. Pero la cosa no quedó ahí y, ampliando mi interrogatorio, averigüé si el lugar preciso del trabajo había, sido el “Quinientos”. Se llama así a un sector subterráneo, lleno de filtraciones de agua casi hirviendo entre mineral en combustión, donde la labor del minero es realmente durísima, quinientos pies por debajo de la superficie. Esta pregunta mía debió ponerme ante sus ojos como verdadero adivino. Había acertado una vez más. Efectivamente, el “Quinientos”

inundado a menudo por candentes aguas subterráneas, lo había sido también, alguna vez, por el sudor paterno. Comprendí su explicable rencor. El cerreño no ocultó su emoción por mi conocimiento de este lúgubre sitio tan vinculado a su vida familiar y comenzó a comprender el significado de nuestra cruzada "pueblo por pueblo". Y así quien, convicto y confeso, había realizado, sin conocernos, agitación en contra nuestra recobrada ya la luminosa visión de la verdad que surgía de la penumbra de esa gruta de dolor, se convertía en un amigo cordial.

En la madrugada dirigí la palabra a los obreros que, en distintos turnos y llevando sus pesados cascos, salían a extraer el mineral de las entrañas de los campos de Marcona. Logramos nuestro objetivo, cumpliendo nuestra misión y nuestro lema y, por añadidura ganamos muchos nuevos amigos, que nunca más serán fácil presa del engaño.

Al dejar el campamento, un trabajador me dijo: "Debe haber estado Ud. muy incómodo en el precario alojamiento provisional de un obrero". Y yo le contesté: "Tengo a mi cargo en la Universidad una Cátedra sobre la Vivienda Popular. ¿No cree Ud. que ésta era una brillante oportunidad para conocerla más de cerca...?".

Y, en efecto, después de esa agitada noche en Marcona, me he sentido con más autoridad para dictar una lección que la vida misma me ha enseñado.

inundado a menudo por candentes aguas subterráneas, lo había sido también, alguna vez, por el sudor paterno. Comprendí su explicable rencor. El cerreño no ocultó su emoción por mi conocimiento de este lúgubre sitio tan vinculado a su vida familiar y comenzó a comprender el significado de nuestra cruzada "pueblo por pueblo". Y así quien, convicto y confeso, había realizado, sin conocernos, agitación en contra nuestra recobrada ya la luminosa visión de la verdad que surgía de la penumbra de esa gruta de dolor, se convertía en un amigo cordial.

En la madrugada dirigí la palabra a los obreros que, en distintos turnos y llevando sus pesados cascos, salían a extraer el mineral de las entrañas de los campos de Marcona. Logramos nuestro objetivo, cumpliendo nuestra misión y nuestro lema y, por añadidura ganamos muchos nuevos amigos, que nunca más serán fácil presa del engaño.

Al dejar el campamento, un trabajador me dijo: "Debe haber estado Ud. muy incómodo en el precario alojamiento provisional de un obrero". Y yo le contesté: "Tengo a mi cargo en la Universidad una Cátedra sobre la Vivienda Popular. ¿No cree Ud. que ésta era una brillante oportunidad para conocerla más de cerca...?".

Y, en efecto, después de esa agitada noche en Marcona, me he sentido con más autoridad para dictar una lección que la vida misma me ha enseñado.

UNA ORACIÓN DEL ABATE PIERRE

“Para las clases de dibujo a pulso, salíamos a recorrer los barrios de covachas habitados por la población de color. Era un tema apropiado para un intento artístico; poseía para ello dos grandes rasgos básicos: era a la vez pintoresco y dramático. Lo pintoresco intentamos inscribirlo fugazmente en el papel; lo dramático ha quedado, hasta ahora, grabado en el corazón”.

(Recuerdos de los días de estudiante de arquitectura en el Sur de los Estados Unidos).

Ayúdanos Señor a dar pan a los que tienen hambre y hambre a los que tienen pan...” dijo, en devota oración, el Abate Pierre al acercarse a la mesa. La cálida hospitalidad de un hogar amigo me permitió disfrutar así, en la intimidad de un almuerzo familiar, de la inspiradora compañía del sacerdote francés.

Pedir hambre para los que tienen pan puede parecer egoísta o mezquino. Pero es que no se solicita el hambre como castigo sino como lección; se busca la privación no para que atormente, sino para que enseñe y hay que reconocer que el hambre es un maestro elocuente. Tal vez por no haberlo sufrido son insensibles muchos de los que viven en la abundancia. Este sacerdote europeo, joven aún, dedica su vida a una prédica fecunda; quiere dar albergue a las familias desamparadas. Para lograrlo se propone unir a los hijos de los ricos con los hijos de los pobres ¿Ha perdido acaso fe en la madurez? ¿Prefiere quizá arraigar su semilla de bien injertándola en el almácigo tierno e idealista de la juventud...? En todo caso, busca atenuar con un contacto

de extremos los peligros de la abundancia y los males de la escasez. Es el apóstol moderno de la solidaridad social.

Llama la atención en el Abate Pierre su actitud guerrera contra el mal y su uso frecuente de términos militares. Antiguo combatiente, en su indumentaria se observa la tosca bota del soldado, apenas disimulada por la sotana no muy flamante. Pero lo curioso es que su vocabulario marcial no tiene como objetivo la guerra sino la paz. Sigue siendo un combatiente y con mayor agresividad, porque con el dolor no se ha firmado armisticio. Su mirada se enciende cuando dice que debemos ir a una "movilización general" para luchar contra el mal. Su actitud decidida en esta cruzada hace recordar a la de Clemenceau cuando, criticado por sus drásticas medidas de emergencia en los tiempos de la invasión alemana a su país, respondía invariablemente, a todas las interpelaciones y a todas las censuras: "Yo hago la guerra". El Abate Pierre sin mencionarlo, pero en gesto igualmente arrollador y convincente, parece exclamar, con idéntica beligerancia: "Yo busco la paz..."

No se extraña cuando anoto su actitud y sus expresiones militares ante las hostilidades en que la miseria no da tregua. Me habla de la fulminante movilización de todos los recursos de un país que produce el estallido de la guerra contra un enemigo extranjero, menos peligroso por cierto que ese enemigo implacable que asecha no solamente las fronteras sino el corazón mismo de la sociedad. En la guerra se unen el pobre y el rico porque la amenaza es para ambos igualmente inminente y grave. La guerra contra la miseria, por no afectar a los acaudalados no alcanza similar unificación. "Nuestra misión -nos dice- es crear un estado de animo de igual o mayor beligerancia contra la pobreza y el turgurio que la que suscita una guerra de conquista".

Nos habla, en seguida, de la esperanza; La esperanza es un remedio que alivia antes de haberlo alcanzado. El camino de la esperanza es fácil de encontrar; no se requiere de recursos materiales: basta con la buena voluntad que, Dios

ha puesto, sin restricciones, al alcance de todo ser humano. Ponerse en camino hacia el bien es obtener, de hecho, gran parte de sus beneficios. Y este hombre caritativo no es partidario de la limosna sino de la cooperación. Su idea del "Banco de la Esperanza" para financiar las viviendas tiende a humanizar la institución mercantil. Solicita al capitalista acaudalado que deposite sus fondos sin percibir interés; que entregue su dinero para hacer de él el uso más fecundo. En suma, que renuncie al dividendo monetario recibiendo en compensación, cuantiosos dividendos sociales.

Sociólogo profundo el Abate Pierre no mira simplemente los efectos sino las causas. El tugurio, las barriadas clandestinas, tan difundidos por el mundo como el bacilo de Koch, más que la expresión de una dolencia urbana lo son de una enfermedad rural. La pobreza y el atraso en el campo inducen al hombre a abandonar la tierra y a dirigirse a la urbe, bajo la atracción irresistible del espejismo de mejores condiciones de vida. El agro pierde así a sus hombres más activos y necesarios, quedando en él los más indolentes. Hay que revitalizar la vida campesina, crear en cierto modo "un banco rural de la esperanza" para impedir que el hombre habituado a cultivar la tierra venga a la ciudad a cultivar la miseria, como desocupada o vagabundo. Debemos atacar el problema en sus mismas raíces campesinas, evitando así la hipertrofia de nuestras ciudades que poco o nada ofrecen al agricultor desarraigado.

Cuando esbozamos la idea rectora de nuestros afanes, el auge que cobró en el antiguo Perú el trabajo en común y el espíritu de cooperación reflejados en la Minka, que aún perdura en nuestro villorios, el Abate Pierre hace el elogio de ese sistema y nos refiere una anécdota de su visita a Yugoslavia. Croatas y Serbios quedaron, después de la guerra, profundamente divididos. Abismos raciales, políticos y religiosos hacían muy compleja la labor de unificación nacional que se había propuesto realizar el Gobierno. La solución la buscó, con éxito en el trabajo mancomunado. Apelo a la juventud de encontradas tendencias y la puso a

trabajar manualmente en la construcción de una carretera entre las dos ciudades antagónicas, los polos opuestos que producían la chispa de la discordia Belgrado y Zagreb. Con bulldozers y moderno equipo mecánico no se habría obtenido mejores resultados humanos. La máquina, es verdad, habría realizado, con mayor eficiencia y rapidez, la labor material, la creación física de la carretera. Adjudicada a contrata, con tales elementos mecánicos y dentro del sistema mercantil, esa vía, destinada a ser vínculo viviente entre pueblos desavenidos, habría carecido de alma. Las manos hicieron el milagro que no se habría podido pedir a las máquinas. Y así renació la armonía. Al escuchar la vibrante palabra de este misionero relatando anécdota tan aleccionadora yo le digo, sin ocultar mi orgullo nacionalista: la historia se repite.

Los incas para crear igual armonía unieron por medio de un camino al Cuzco vencedor con Quito sometido por las huestes de Huayna Cápac. Y así surgió la unificación imperial, con el romántico epílogo de un idilio del Inca triunfante con la princesa del reino conquistado.

Despierta interés en el acucioso visitante todo lo que el hombre del antiguo Perú realizó por su propio esfuerzo, con herramientas rudimentarias. Nos referimos a los caminos, a esas escaleras hacia el infinito que son las andenerías interminables, al culto al agua que hizo de la hidráulica a la vez una ciencia que una mística y logró irrigaciones que no hemos podido superar en el siglo XX. Si el Perú tiene calidad —le digo— es porque es un país hecho a mano. En sus obras grandiosas hay huellas digitales imborrables. Sus reliquias artísticas emocionan porque se perciben en ellas el eco de las palpitations de quienes las realizaron. Tienen la calidad estética y humana en un encaje de Bruselas. Nuestra grandeza pasada fue hecha sin capitales —con esperanza— y podemos repetir la hazaña en el porvenir.

La palabra y la expresión del ilustre viajero nos dan aliento. Sí, el Perú que lo recibe jubiloso puede tener confianza

en el futuro, precisamente porque es un país hecho a mano, por hombres idealistas como los de Emmaus, con la delicadeza con que modelaban un ceramio de Nazca o tejían una tela de Paracas...

No es tarea fácil confesar a un confesor. Pero este apóstol de sotana y polaina es un hombre expresivo y franco. Logro una impresión de la vida actual de nuestras mundanas capitales sudamericanas, un poco olvidadizas de la historia. "Se hace teatro" —me dice— "On joue la comedie...". El boato extranjerizante, no refleja, efectivamente, nuestra realidad nacional ni nuestra pobreza provinciana. Se sirve artificialmente cuando se debiera vivir con sencillez.

En este par de horas de amena charla el Abate, descansado ya de sus fatigas, ha recobrado sus colores. Al llegar al Lago, hace pocos días, el altiplano lo afecto recibéndolo con un soroche andino, que parece no hacer excepción con los apóstoles. En el almuerzo la compañía del misionero infatigable nos ha elevado a una altura infinita.. A diferencia de la de Crucero Alto, ésta no produce malestar alguno, sino una honda satisfacción humana. Esta vez los que tuvimos el privilegio de rodearlo hemos podido decir, con beneplácito espiritual y físico: ¡Qué bien se siente uno en la altura!

UN CICERONE DE ULTRATUMBA

“, .. No hemos entrado a la Casa de Pizarro pero sí hemos penetrado, en cambio, a las chozas majestuosamente humildes de los comuneros indígenas. Hemos sido pospuestos en la penumbra hermética de las ánforas, pero hemos triunfado, a toda luz, en las plazas de la República. No he ceñido en mi pecho la banda bicolor pero. ¡qué importa! si el pueblo con su profunda sensibilidad quiso ver el emblema peruano palpitante en mi corazón ... “

(Discurso en Tarma, 1957)

Los minuciosos relatos que sobre sus viajes por el Perú hace el cronista Cieza de León incitan a seguir sus huellas. Y cuatro siglos más tarde comprobamos la veracidad de sus observaciones cuando, libro en mano, nos encontramos frente a los paisajes o a los monumentos por él descritos. Teníamos una vieja predilección por Vilcashuamán, aquella ciudad incaica que mando, construir Pachacutec y que utilizaron los incas Túpac Yupanqui y Huayna Cápac como centro de operaciones en sus extensas correrías a lo largo de la cordillera. Por lo mismo de ser una ciudad olvidada, dejada de lado por la nueva vialidad republicana, que substituyó al camino del Inca, la legendaria Vilcas nos ofrecía la oportunidad de encontrarla acaso intocada por la mano indiscreta del turista o del anticuario. Sólo la mano implacable del tiempo podría haberla profanado.

La carretera propiamente dicha termina en las punas de Tocto, a un par de horas de Ayacucho, la galana ciudad colonial que en la nueva realidad geopolítica, del virreinato substituyó a Vilcashuamán. La trocha que conduce de allí hacia

Vischongo, último villorrio accesible por automóvil, no debe transitarse sino con vehículos altos y toscos, que puedan exponerse al desgaste de un camino tan precario. Allí encontramos, esperándonos, a nuestro buen amigo Fernando Vargas y a su camión Ford, modelo 1928, con el sugestivo nombre de "Siempre Adelante", pintado en el para choque. Mis acompañantes se acomodan como pueden en la plataforma y seguimos nuestro recorrido.

El viaje es accidentado y debemos detenernos en cada arroyo para dar de beber al motor de nuestro sediento y vetusto vehículo. Pero, al fin, una escolta de morochucos — que Riva Agüero ha descrito como los gauchos o los cosacos del Perú— nos anuncia el ingreso al pintoresco pueblo de Vischongo. Como quienes vivieran al revés la historia del transporte, trasbordamos del automóvil a las bestias, para tomar el camino de herradura que ha de conducirnos a la vieja ciudad incaica.

Poco antes de llegar a la hacienda Pomacocha, antigua propiedad de los jesuitas que hoy pertenece al Monasterio de Santa Clara de Ayacucho, advertimos la indescriptible belleza natural del valle. La hacienda, de quince mil hectáreas, con sus seis mil campesinos, ofrece la oportunidad brillante de efectuar en ella una reforma facilitada por las circunstancias. La amplitud y diversidad de la tierra, la posibilidad de conectarla a la carretera, su valor considerablemente bajo, el rendimiento insatisfactorio que hoy produce a sus dueños, y la sana intención del Monasterio de encontrar una solución justa, constituyen planteamientos muy favorables para corregir allí los defectos de la tenencia de la tierra en las serranías. Pomacocha puede y debe ser un proyecto piloto que arroje mucha luz sobre la solución agraria, ya que el espíritu cooperativista está en la sangre de sus campesinos.

Allí nos rodean millares de labradores, en el atrio de la Iglesia, que conserva su refinada línea barroca en una portada casi intacta. Mis palabras tienen que ser traducidas

al quechua para que las comprendan todos los oyentes. Su reacción sensata y, ecuánime insinúa la facilidad con que podría obtenerse buenos resultados sociales, si hubiera en el Perú verdadera voluntad para ocuparse de estos tópicos. Los campesinos quieren la parcelación y poseen algunos ahorros para poder llevarla adelante. Se me dice que el fundo está valorizado en la moderada cifra de tres millones de soles, que bien podría adelantar el Banco de Fomento, Agropecuario. Con algo más para capital de trabajo y una buena dirección técnica podría lograrse una adecuada reestructuración, manteniéndose en común las tierras que no se prestaran a ella y los servicios generales, que podría establecerse sobre bases cooperativistas. Nos conmueve la actitud de estos campesinos cuya única aspiración es mejorar su nivel de vida y mantenerse, arraigados a la tierra de sus mayores. Quizás con la imaginación del arquitecto hemos visto una nueva Pomacocha, resurgiendo del atraso secular en que la encontramos.

Continuando en nuestra ruta hacia la altura de Vilcas nos cae la noche y podemos admirar el límpido y estrellado cielo de la cordillera. Llegamos por fin, en la penumbra, a la olvidada ciudad andina que, según Cieza, fue el centro del señorío de los Incas, por su posición equidistante con respecto a Chile y a Quito. Esa noche solo logramos ver las sombras de sus monumentos, que lo son sobre todo por la gracia y proporciones, y por su magistral construcción, ya que su volumen es, en general, moderado. Hay aquí un delicado sentido de la escala humana.

En la plaza, rodeado de hombres abrigados con ponchos, contestó los discursos de bienvenida y evocó la maestría y el talento de los constructores de la ciudad incaica. Y concluyó diciendo con sincera emoción: "En esta noche bellísima de Vilcashuamán cada tumba gloriosa parece reflejarse en una estrella...".

La cálida hospitalidad de la buena gente del campo nos hace soportar los rigores del clima frío de la altura y,

después de un buen descanso nocturno, salimos con avidez a recorrer las ruinas. Cieza de León, desde la ultratumba, sigue siendo nuestro cicerone: encontramos los monumentos como él los describe. encontramos. El cambio más notable es, tal vez, la presencia de la Iglesia, construida sobre cimientos incaicos. Pero el adoratorio se encuentra relativamente bien conservado, con su forma de zigurat en miniatura y coronado, en la cúspide, por un trono pétreo de dos asientos que sigue allí tal cual lo vio el cronista.

La portada de doble jamba es típicamente cuzqueña, pero esta estructura piramidal, con sus diversas terracerías superpuestas y su escalinata central, de treintidos empinados escalones, es realmente única por su simetría y su delicada proporción, no pasando la altura de unos diez a doce metros. Es curioso anotar que en las ruinas del lago de Pomacocha, a unos pocos kilómetros, existe, una piedra horadada, que la imaginación popular ha denominado "telescopio del Inca" a través de la cual puede verse, a la distancia, este adoratorio lo que, evidentemente, indica que estaba establecido algún sistema de señales por medio del fuego nocturno o de estandartes utilizados a la luz del día.

Hay un sector de las ruinas que me parece de una arquitectura netamente militar, por los nichos que se repiten rítmicamente y que se insinúan como posibles albergues de las centinelas o guardias que en gran número cuidaban el recinto. Su construcción se asemeja a la de Colcampata o a la de Limatambo. Pero es distinta la estereotomía, y el trabajo irregular de la piedra crea una textura de grácil belleza curvilínea. Parece que se hubiera evitado expresamente el uso de la línea recta, excepto en los contornos exteriores y en los nichos trapezoidales y sus dinteles. Se admira, igualmente, el almohadillado, que aparece en varios sectores de esta ciudad, cuya población, antaño, ascendía a 40, 000 habitantes.

Pero nos intriga una frase no confrontada a primera vista con la realidad. La plaza, sin pavimento, no delata la presencia de un elemento fundamental señalado por Cieza: "Por medio de esta plaza -dice el cronista textualmente- pasaba una gentil acequia, traída con mucho primor, y tenían los señores sus baños secretos para ellos y para sus mujeres", La posibilidad de encontrar un sistema de drenajes urbanos me interesa sobremanera porque ella denotaría un alto grado de adelanto hidráulico, a tono con otras realizaciones, que el país ofrece. Pero la obra de ingeniería ha atraído menos atención que el monumento arquitectónico y los actuales habitantes del villorrio no parecen haber reparado en ella.

Sin embargo, después de mucho indagar, un maestro despeja mis dudas. Me explica que al excavar los cimientos para colocar un tablero de básquetbol, en la plaza, encontró a cierta profundidad la acequia de marras, construida con baldosas de piedra, Y agrega que, en la ladera, hay un puquio que todos creen ser un simple manantial brindado por la naturaleza y que, en realidad sería el orificio de salida de esta, galería, filtrante similar a las de Nazca o a la que en otro viaje encontré en Concacha, cerca de la piedra de Sayhuiti.

Cumplido nuestro objetivo retornamos a Pomacocha, a caballo, seguidos, cuesta abajo, por centenares de campesinos con sus sencillas banderas y sus autóctonos instrumentos musicales. Nos conmueve la espontaneidad de este acompañamiento masivo en que, sin aviso previo, se nos brindan, con la hidalguía de los humildes, honores inmerecidos. Evocamos a las huestes incaicas, a los ejércitos libertadores y a los bravos marochucos que en esta misma región, hicieron temblar al fiero Carratalá. Las colinas ofrecen un espectáculo florido y viviente en esta mañana en que Pomacocha se prepara a recibirnos por segunda vez.

Es accidentado nuestro reencuentro con el camión "Siempre Adelante". En plena curva el conductor se queda

con el volante en las manos, pues la rueda se ha desprendido de la caña. Se hacen sentir sus 32 años... El freno nos salva milagrosamente... Más no acaban allí nuestros percances. Caía la noche comprobamos que carecemos de faros y seguimos: viaje a la luz de una débil linterna de mano. Alcanzamos, por fin, la ansiada aldea de Manzanayoc. Allí nos prestan una lámpara de aceite, que colocamos en el techo de la cabina. Nuestra odisea continúa hasta entrada la noche, en que hacemos nuestro ingreso a Cangallo, la heroica ciudad que incendiara Carratalá como represalia a la audacia de los valientes morochucos que la defendían.

Saboreábamos ya la posibilidad de un sueño reparador. Pero el pueblo, con su estoica paciencia, nos esperaba en la entrada de la ciudad y su estallido de hospitalario entusiasmo nos hizo recuperar momentáneamente nuestras agotadas fuerzas.

Fuegos artificiales en las calles de Cangallo, a media noche. Más que el homenaje de bienvenida cordial hace impacto en nosotros el recuerdo emocionado de ese otro fuego que heroico soportó, en la gesta libertaria, la indomable ciudad ayacuchana.

LA EMANCIPACIÓN DE LOS VILLORRIOS

“Tener ideales no cuesta nada; lo que cuesta es practicarlos ...”

(Discurso en Huánuco, 1959).

Hay caminos fáciles para retornar a Lima desde Huancaayo, esa pujante ciudad que se ha hecho sola, sin ayuda del gobierno, en el ancho valle del Mantaro.

Más no por haber surgido exclusivamente del esfuerzo de sus laboriosos hijos, descendientes de los altivos Huancas, se trata de una urbe improvisada su viejo abolengo, su sangre azul corre, como por una gran arteria, a lo largo de su vía principal, la interminable Calle Real. Es un retazo del viejo camino de los reyes peruanos, que hemos seguido paralelamente desde, Izcuchaca. La vialidad de los Incas ha generado el plano de la alargada Huancayo, el más activo foco de la actividad serrana. El sitio, dice con razón el urbanista, “recibe a la ciudad, pero es el camino el que la vivifica”.

El regreso a la capital, después de extensa gira, podría hacerse por la amplia carretera central o en el cómodo coche-salón del ferrocarril. Pero en nuestro afán de adentrarnos una vez más en el corazón mismo del Perú, preferimos hacerla por la ruta de Yauyos, cruzando la cordillera sobre las huellas dejadas en las cumbres por la acrobática vialidad de los antiguos peruanos. Aprovechamos, hasta donde las circunstancias lo permiten, las carreteras que llevan a los asientos mineros y, al llegar a Yauricocha, admiramos un monumento de ingeniería expresivo de nuestro tiempo:

el nítido cablecarril de 25 Kilómetros que lleva, en pesados baldes de acero el mineral extraído de las entrañas de la tierra. Contrastan la soledad y una que otra humilde choza, primitiva con este alarde audaz de la técnica del moderno transporte; Seiscientas toneladas diarias pasan entre las cumbres, como agujas ensartadas en el hilo templado de los cables. Observamos admirados, algunos tramos, que significan saltos de un kilómetro sobre abruptas quebradas. Con sus "torres de Eiffel" pequeñas, que se repiten rítmicamente, el cablecarril en constante movimiento, parece ser un juguete de gigantes. Es el gran monumento silenciado del Perú.

Huancayo - Lima, por Yauyos y Cañete, parece ser un itinerario de viajeros extraviados. Pero es la ruta del porvenir, y por eso la hemos escogido. Acortaría considerablemente la salida al mar del Valle del Mantaro y, por ende, el acceso a la selva de Satipo, que está a 210 km. De Concepción: Piénsese en lo que significaría esta vía —a la que sólo falta agregar 35 Kms. Entre Yauyos y Alis— para tantos pueblos alejados de la Cordillera.

Para pernoctar en las más remotas nacientes del río Cañete, que en la costa ha creado tanta riqueza, escogemos el pueblo de Tomas, colocado entre una gigantesca grieta de los andes. Nos recibe su hospitalaria gente y, como allí no llegan las consignas adversas, el Municipio nos acoge en la noche, a la luz de una débil lámpara de aceite. A poca distancia está la planta hidroeléctrica que suministra energía a Yauricocha, pero no se ha querido brindar ni siquiera un chispazo del fluido eléctrico, que generosamente ofrece el riachuelo, a los pueblos cuyos hijos laboran en la mina tomas a oscuras apiñada entre cumbres, nos muestra el cuadro dramático de los pueblos olvidados. Interrogamos al Alcalde, quien nos declara que su Municipio carece de rentas. No hay recursos monetarios de ninguna clase y, sin embargo, estas rocas metálicas suenan como campanas... No hay cómo atender a las múltiples necesidades y se carece de los más elementales servicios. Pero entre Alis y Tomas

el pueblo ha construido un tramo de carretera. Ha pagado sus impuestos en esfuerzo y en sudor sin que el Estado, padre desamorado que abandona a sus hijos, haya hecho su parte.

Más allá de Alis, muy de mañana, deben esperarnos diez bestias que hemos solicitado para seguir viaje a la Costa. Avanzamos un par de kilómetros hacia la aldea de Tintín; pero sólo encontramos dos caballos y un burro. Parte de la comitiva tiene que retornar a Lima y otros se aventuran a seguir a pie.... Poca gente viaja a Yauyos por esa vía y tratan los pobladores de desanimarnos. Nos sugieren que viajemos por la Oroya y Lima para después subir por Cañete, a fin de ahorrarnos dos días de caminos de herradura, hacia Piños y Carania. Pero ése es, precisamente, el tramo que nos interesa, aunque sea necesario al seguirlo cruzar tres veces la cordillera, porque el río encañonado en Morro de Arica no permite recorrer la parte baja de la quebrada.

Piños es otro villorio perdido. De lejos parece un pueblo montado como un jinete, en el contrafuerte de la cordillera. Como en casi todas las aldeas andinas aquí es la montaña el factor determinante del plano. Infierno para el viajero exigente en comodidades. Piños, en cambio, se ofrece al artista como un paraíso inagotable. Cada rincón, cada perspectiva constituyen un cuadro. Hombre y animales conviven en un ambiente medioeval, sin que el progreso perturbe en nada nuestra visión retrospectiva del pasado. Si no hubiera una escuelita hecha por el pueblo, con su maestra nombrada por el gobierno, podríamos decir que el Perú no ha hecho nada por Piños. Y este pueblo, en cambio ha dado brazos para manejar el taladro, el fusil o la taclla. Su buena gente nos recibe a los acordes de la música ejecutada con maestría en un arpa serrana. Y nos cantan el huayno que traducido dice así: "Esta arpa mía es una caja vacía, mas sabe cantar, sabe llorar, sabe robar corazones..."

Mientras llegan las bestias que hidalgamente se nos ofrecen nos servimos de buenas papas de la altura, aderezadas

con un sabroso queso de vaca. Con animales frescos seguimos viaje hacia Carania que está "ahí nomás" detrás de la cumbre.

Tardamos varias horas en alcanzar el abra y nos detenemos en una pequeña capilla para divisar este pueblo pintoresco que es nada menos que capital de Distrito. Pero requerimos más de una hora adicional para llegar al pie de su Iglesia, que domina el paisaje con sus originales torres, desligadas de la nave. El Valle, casi totalmente sembrado de ajos, que se venden en el mercado limeño, está lleno de andenerías y el ganado pone en el tapiz verde del alfaltar una nota de vida y de alegría. La arriería es aquí indispensable ya que nos encontramos a diez horas de la carretera. Este es otro villorrio que clama por su emancipación. Otro municipio sin rentas. Otro motor sin combustible. Otro pueblo sin servicios ni amenidades que no sean las que generosamente brinda la naturaleza. En Caranía, se nos dice, murieron en horas treinticinco niños en una epidemia de sarampión que, en la Costa, no habría hecho estragos. Es que no hay médico, ni otra farmacia que la puna, con sus hierbas medicinales. En las casas, hombres y bestias comparten un ambiente insalubre. Que distinta sería la suerte de ese pueblo si por el fondo del valle pasara la carretera. Sus comuneros rápidamente harían la conexión con la troncal. Falta sólo 35 kms.: uno por cada vida infantil sacrificada...

Los caminos de herradura en el Perú están más descuidados aún que las autovías. Es penosa nuestra nueva ascensión a la cumbre. A las dos horas de trepar no hemos perdido de vista a la pintoresca Carania. Y después viene largos tramos de Puna, con el majestuoso telón de fondo los nevados. Nieves blancas y frías que han de reflejarse más abajo en la blancura cálida del algodonal. Escogemos para almorzar el remoto paraje de una represa pre-incaica. Después de un descanso seguimos viaje y divisamos un tramo perfecto del camino del Inca. Es una escalera majestuosa de unos cien escalones y, en su acceso, admiramos el enlosado casi intacto, como el que elogian los turistas en la

Vía Appia de Roma. Es un verdadero reto a nuestra vialidad moderna. Lo nuevo está descuidado o destruido; lo antiguo se conserva todavía en trozos intactos que bastan, como el retazo de una tela de Paracas o el fragmento de un ceramio Chanca, para imaginarse toda la grandeza del ayer andino.

Cuando llegamos a Yauyos, rendidos de cansancio, el pueblo nos recibe con bombardas y cohetes. Se encabritan nuestros caballos con este estallido de entusiasmo luminoso y sonoro. Pero logramos cabalgar a salvo hasta la plazuela. Allí empalmamos la ruta de herradura que no es otra cosa que una escalera interminable sobre la montaña rusa de los Andes, con la autovía que ha logrado llegar a la capital de la Provincia.

Dialogamos con el pueblo desde un estrado. Le contamos nuestra experiencia andina y nuestra noche de Carania, bajo el rústico techo de un hospitalario hogar campesino. Hablamos de nuestro accidentado territorio. La cordillera es un orfanato de pueblos olvidados... y queremos que nuestros labios transmitan a las multitudes costeñas el eco de su justísimo reclamo.

Obsesionados por la necesidad inaplazable de emancipar a los villorios, de restituirles sus rentas y sus fueros, de hacerles sentir el calor de la nacionalidad, le pedimos a este pueblo escoger que, llegado el caso, nos ayude a cargar, hombro a hombro, como en una procesión, el anda del Perú...

DESPEDIDA AREQUIPEÑA

No hemos llegado al Gobierno, no hemos ejercido el mando ni promulgado leyes o emitido decretos. Pero al recoger del suelo mismo de la Patria la doctrina de la acción popular nos hemos colocado por encima de la jerarquía del poder temporal, porque al crear este movimiento adentrado en el pasado y en el porvenir de la Nación le estamos poniendo el "cúmplase" al destino del Perú....

(Discurso en Ayacucho, 1960).

Compatriotas y amigos de Arequipa:

Ayer Arequipa, en gesto de señorial hospitalidad, abrió de par en par a nuestras delegaciones de toda la República las puertas de su Plaza legendaria, que es como el salón de la ciudad. Hoy debo agradecer a Radio Continental la oportunidad que me brinda de hacer llegar mi voz hasta cada uno de sus hogares. Ayer fue el mensaje colectivo al pueblo congregado multitudinariamente, hoy es la palabra individual dedicada, con personal deferencia, a cada familia, la que lleva la expresión de nuestra gratitud profunda por tan hidalgo recibimiento. Debo aprovechar, además, estos breves momentos para reafirmar conceptos básicos sobre el movimiento que me honro en presidir.

Un Partido como Acción Popular, que se ha adentrado en el corazón del pueblo, no puede dejar de producir suspicacias o dar lugar a malévolas interpretaciones. Batallando gallardamente, pero sin incubar rencores, buscando un camino hacia la solidaridad social lejos del estéril terreno del odio de clases, hemos logrado arraigar en la ciudadanía

la honda convicción de que en nuestro propio suelo está la fuente de inspiración de una doctrina, siendo innecesario importar ideas político-sociales a un país que desde el remoto pasado se distinguió en producirlas .. Reconozco este mérito de mi Partido porque lo comparto con cientos de miles de mis compatriotas. Si de alguna gloria nos ufamamos es, precisamente, de haber encontrado una solución peruana para los problemas nacionales. Mal podríamos pues opacar el brillo de ese éxito evidente importando ideologías foráneas y sustituyendo el incalculable valor de la obra original por el mezquino precio de la copia servil. Alguien ha dicho que ser original más que tener la habilidad o la imaginación del inventor es volver al origen. Orgullosos de nuestra tierra, porque es hermosa y difícil, porque constituye un reto al hombre que creó en ella una civilización mundialmente admirada, nosotros somos originales porque volvemos al origen, no con un afán pasadista sino con el propósito de encontrar en ésta tierra sólido cimiento para apoyar en él al Perú futuro. Debo recordar con orgullo nacionalista que las grandes civilizaciones en Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma prosperaron al amparo de una geografía fácil y acogedora. Tuvieron su cuna propicia en fértiles valles como el del Nilo, en archipiélagos y penínsulas accesibles que facilitaron grandemente el intercambio y las comunicaciones. Pero los antiguos peruanos escogieron para iluminarlas con el sol de una cultura y con la luz de la justicia social, que es su máxima expresión, las cumbres rocosas y abruptas de una cordillera que tal vez no habrían logrado dominar, como ellos, los forjadores de la civilización occidental. Acción Popular quiere recoger ese excelso legado y mantener el nombre del Perú a la altura de su legendaria historia y del destino que sólo alcanzaremos avivando la llama no extinguida de sus gloriosas tradiciones. Rechazamos, pues, toda acusación o todo intento encaminados a privarnos del mérito que sí reconozco sin rubor y que pertenece a todos los afiliados de Acción Popular el de hacer justicia a una Nación escuchando el mensaje milenario de sus tumbas.

No debo alejarme de Arequipa sin declarar en la forma más enfática que el triunfal recibimiento que se nos ha brindado es, en lo que a mi persona se refiere, totalmente inmerecido. Esta tierra fecunda le ha dado al país muchos héroes y muchas víctimas cuyo recuerdo sólo justificaría la consagración multitudinaria en su histórica Plaza. Estoy lejos de sentirme envanecido por las aclamaciones que tan generosamente se me han prodigado porque comprendo que el pueblo sale a aplaudir no aun hombre sino a su propia esperanza de un Perú mejor. Sería estéril nuestro movimiento si él se limitara a encumbrar a sus líderes que no somos sino los intermediarios entre la ciudadanía y, su noble aspiración de encontrar un camino venturoso hacia el porvenir. Me siento abrumado por el enorme caudal de confianza depositado en mí que sólo es superado por la confianza que yo mismo tengo cifrada en el pueblo peruano. Si alguien puede salvarlo no es por cierto un hombre, aunque tenga el privilegio de captar su cálido afecto; sino ese mismo pueblo.

Permítaseme agregar ahora a estas breves palabras una nota de emoción muy personal que viene a sumarse a la honda satisfacción cívica recogida en esta visita. Aprendí a querer a Arequipa desde la cuna. Mi padre me enseñó a respetarla y a admirarla al mismo tiempo que el amor maternal me instruía en la fe que profeso. En mis días de infancia que, en varias ocasiones alegraron el sol de esta tierra y la belleza de su campiña, escuché simultáneamente el elogio a Arequipa con las enseñanzas de las primeras oraciones uniéndose así en mi formación espiritual el credo religioso con mi no menos ferviente credo cívico. Nunca pensé en esos días ya lejanos que alguna vez saldría el pueblo a la Plaza a brindarme el homenaje abrumador de su confianza y de su afecto, Vinculado por siglos a esta tierra, he recibido ese homenaje como simple intermediario para depositarlo en su Campo Santo, donde reposan los restos de peruanos humildes e ilustres que, juntos, en la barricada o en la

tribuna, en la prédica cívica o en la acción heroica, forjaron la grandeza de este noble pueblo.

Y ahora ha llegado el momento de las despedidas. Debo coronar esta gira con un viaje de estudio al valle de Majes. Siempre que me alejo de Arequipa lo hago con honda emoción y con profunda tristeza. Por eso, mis últimas palabras coinciden con la expresión del poeta al decirle a la Ciudad Blanca en el momento de la partida: ¡éste es el único dolor que tú me has dado!

SEGUNDA PARTE

I

EXPERIENCIAS EN LA COSTA

PAITA DE AYER Y DE HOY

En abril de 1936, tocamos en el puerto de Paita mi primer contacto con la Patria después de una larga ausencia en el exterior. Fue un impacto inicial con la tradicional cordialidad de mis compatriotas norteños. Tenía yo entonces 23 años, con todo el vigor juvenil y el propósito de radicarme definitivamente en mi país.

Pronto advertimos que la escala sería larga y las labores portuarias serían primitivas y lentas, empleándose lanchones para las tareas de carga y descarga. Nos dijeron que permaneceríamos allí tres días. El hecho me impactó y, gracias a Dios, quedó grabado en mi mente. Alguna tarea habría de reservarme el destino en aquel legendario lugar.

Personas notables de la región, un tanto aburridas por la monotonía de la rutina provinciana, visitaron el barco y nos invitaron a tierra. Fue así como conocí a Piura y me familiaricé, de nuevo, con los arenales costeños que había admirado, en mi niñez, en la pampa de La Joya. Pronto hicimos muchas amistades, no se cómo acabé de huésped en la casa de don Feliciano del Campo, en Catacaos. Se trataba de un hombre con espíritu pionero, cuya casa colindaba con una desmotadora que él mismo regentaba. Disfrutamos de cálida hospitalidad en el famoso pueblo de las "natillas" piuranas. Años más tarde, don Feliciano, gracias a su tenaz esfuerzo, se convertiría en un magnate de la vida financiera limeña. Nuestro anfitrión, fallecido tiempo atrás, es un ejemplo del triunfo de la perseverancia y el talento.

Cuando el "Heiyo Maru" levantaba anclas para seguir viaje, yo contemplaba la hermosa bahía y el pueblo, sin mayores pretensiones, pero con mucho encanto y leyenda, que Manuelita Sáenz, la apasionada compañera de Bolívar, escogiera para pasar sus años postreros. Mirando a las aguas, me parecía que reflejaban el rostro de Miguel Grau, iniciado en ellas en las tareas marítimas. Un puerto moderno y eficiente en Paita, pensé silenciosamente ¡qué gran esperanza!

Treinta años después, el 11 de octubre de 1966, a mitad de mi primer gobierno, regresaba a Paita en el buque insignia de la Armada "Almirante Grau", nada menos que para inaugurar el terminal marítimo que el destino me permitió construir. Me acompañaba el Ministro de Hacienda, Sandro Mariátegui, bajo cuya gestión se terminó aquella obra de aliento.

Desde entonces, cada vez que vuelvo a Paita, miro desde los acantilados, aquel largo espigón donde pueden acoderar desahogadamente, grandes navíos transoceánicos. Ya no tienen que permanecer varios días. Pueden llenar y vaciar sus bodegas en pocas horas. Inclusive vienen cargueiros conocidos como "Roll On", "Roll Off", cuyas plataformas permiten que los vehículos bajen y suban a las bodegas, simplificando y abreviando las tareas portuarias.

Afortunadamente, la modernización, si bien ha dado lugar a una expansión de la ciudad, no ha destruido sus atractivos poéticos.

En mi última visita estuve en la modesta casa que ocupó Manuelita Sáenz quien, por haberle salvado la vida a Bolívar en Bogotá, era conocida como "la Libertadora del Libertador". Fue la pluma de Ricardo Palma la que me condujo a aquel romántico lugar.

Así es el Perú, donde se unen el impacto de la historia y la geografía, como magnética atracción.

LOS EJIDOS y EL BAJO PIURA

Guardo un grato recuerdo y un sentimiento de profunda gratitud del Ing. Luis Soldi, quien fuera director de irrigación durante mi primer gobierno. Nacido en Ica y especializado en la Universidad de California, en Berkeley, alcanzó a trabajar, en 1941 con ese gran maestro de la hidráulica que fue el Ing. Carlos Sutton. Pasó su niñez al pie de las dunas y dedicó su vida al estudio de las grandes obras de riego.

Fue gracias a su asesoría que pudimos iniciar un estudio general de integración de las cuencas del Chira y el Piura cuyo contrato se firmó en 1964, con la "International Engineering Company Incde San Francisco. USA. Asociada con la firma Olazábal-Leon, Ingenieros. Llegamos inclusive a iniciar los trabajos de unión de las dos cuencas señalando la necesidad de construir un embalse de regulación en Poechos como efectivamente se realizó después del término de mi primer gobierno.

Cuando reasumí el mando, en 1980, el empalme con el río Piura se había logrado mas para utilizarlo, era preciso construir la "Toma de los Ejidos" en Piura y rectificar y ampliar todo un sistema de canales para mejorar y extender el riego en el Bajo Piura. Esa es la obra que nos tocó cumplir en mi segunda administración. Nunca olvidaré la actitud del pueblo cuando las inundaciones producidas por la "Corriente del Niño", dañaron los primeros trabajos en la

Toma y los canales. Pudimos superar aquella emergencia y tuve la enorme satisfacción, más tarde, de poner en servicio la obra.

Al poco tiempo de dejar el gobierno, hice un recorrido por todo el valle, culminando en una concentración en La Arena, de indescriptible entusiasmo. Qué grato fue inspeccionar toda la red de canales que había construido o reparado y que daba al valle una feracidad espectacular.

Las grandes obras públicas no pueden realizarse plenamente sin la anuencia y la colaboración de los pueblos. Yo debo manifestar mi gratitud a los piuranos, por la forma como secundaron los trabajos y afrontaron, sin desmayos, la obra de la reconstrucción. La financiamos, como se recordará, con la colocación de una emisión de bonos que la ciudadanía respaldó decididamente.

Es uno de los hechos más honrosos en la historia financiera y crediticia del Perú.

RECTIFICANDO LA GEOGRAFÍA

Al terminar, en mi primer gobierno, el represamiento de Tinajones, obra realizada con la ayuda alemana, conseguí de ese gran país que colaborara en un nuevo proyecto: La represa de Gallito Ciego, que habría de regular el riego en el valle de Jequetepeque, con la posibilidad de interconectar con el de Zaña.

En 1968, un golpe militar dio término a mi primer gobierno, cuando ya nos encontrábamos en el proceso electoral, del cual habría de surgir mi sucesor.

Estuve largo tiempo en el destierro ejerciendo la docencia universitaria, en las universidades de Harvard, American y George Washington, con periodos más breves en Johns

Hopkins y la Universidad de Columbia. Más aún, con esporádicas visitas a unas 100 universidades. Podría decirse que fui beneficiario de un virtual "asilo académico", del cual guardo el mejor recuerdo.

Cuando el pueblo me abrió, de nuevo, las puertas de Palacio, no se había construido la obra de Gallito Ciego, a pesar de los años transcurridos, pero sí estaba a punto de empezarse porque se había realizado el proyecto respectivo.

A la obra se llega por Pacasmayo y, aguas arriba, por Tembladera. Para realizar el represamiento —un inmenso muro trapezoidal— era necesario sacar de su cauce al río Jequetepeque, el aspecto más delicado de la obra hidráulica. Lo logramos con todo éxito y me constituí allí para abrir la compuerta. El inmenso muro estaba ya muy avanzado, pero se había dejado un pase para las aguas del río,

hasta el momento en que se lograra desviarlo. Era una obra impresionante.

Me tocó abrir la compuerta de un túnel y pasar las aguas a un nuevo cauce, dejando seco el lecho del valle. Pudo, entonces, procederse a concluir el muro, tarea terminada al poco tiempo de dejar el gobierno.

Fue impresionante contemplar los 15 kms. del valle, entre la represa y Tembladera, que habrían de ser inundados por las aguas para convertirse en el hermoso lago que hoy admiramos. Fue necesario empezar la evacuación de todas las pequeñas aldeas que, de no haberse mudado, estarían ahora bajo las aguas.

Así es el progreso: Exige muchos sacrificios para lograr el mejoramiento de las condiciones de vida y tonificar la economía con una mayor productividad.

Desde entonces, han florecido nuevos asentamientos humanos y se han tonificado los existentes, llegando los beneficios a Chepén y Guadalupe.

Pero, hay algo más, se ha mantenido la sencilla pero atrayente comunidad construida como campamento de ingeniería de la obra. Alemania ha dejado su huella de pulcritud y orden, con la decidida colaboración de los ingenieros y trabajadores peruanos.

Se conserva ese sitio, ahora, como el centro de control de la obra. El lago de Gallito Ciego se ha convertido en una de las atracciones del litoral peruano.

LA GRAN MURALLA DEL SANTA

Hace algún tiempo Marilyn Bridges, aviadora y eximia fotógrafa desde las alturas, publicó el libro intitulado PlanetPerú, encargándome el prólogo de esa obra extraordinaria que mira al Perú con ojos de cóndores...

Entre sus muchos aportes hay una extraordinaria fotografía aérea de la "Gran Muralla del Perú", ubicada en el valle del Santa, al norte de Chimbote. No tiene las dimensiones de la famosa Muralla China, pero muestra una característica distinta, de evidente trascendencia histórica.

El muro en sí, con algunas interrupciones que en el correr de los siglos cubre una extensión de 73 kms., no destaca tanto por sus características estructurales, cuanto por su extensión y por constituir una prueba del total dominio que los antiguos peruanos tenían de la topografía. El muro macizo, con un alto moderado de 3 mts, pero con una ancha base, de igual dimensión, cruza la topografía accidentada de las estribaciones andinas, en impecable línea recta.

Una extraordinaria fotografía, en la página 99, demuestra sobre el terreno accidentado, el trazo magistral y rectilíneo de la "Gran Muralla del Santa".

Pienso que en determinados puntos de observación, debería hacerse un acondicionamiento para difundir el significado de esta obra, que no sólo tiene evidente interés arqueológico, sino que debe concitar la curiosidad y -diré más- el orgullo de la ciudadanía.

Hablaremos próximamente de otros hallazgos relacionados con la obra del hombre, en nuestro fascinante país.

CUANDO HABLA LA TIERRA

En la Costa peruana es frecuente encontrar desiertos en que ha quedado una huella de antiguos canales de regadío, que formaban grecas, casi sin declive, para sacar el mejor provecho a la escasa posibilidad de riego. Desde el aire he admirado este legado ancestral, petrificado en el tiempo por alguna ruptura del sistema que lo abastecía de agua. Me ha impresionado, sobre todo, en la costa de La Libertad, de Arequipa y de Ica.

Es, precisamente en la zona adyacente al valle del río Pisco que esas huellas del pasado son más expresivas. Pero en el libro *Planet Peru* de Marilyn Bridges, que tuve la satisfacción de prologar, he encontrado una prueba aún más espectacular del ingenio de nuestros campesinos prehispánicos. A lo largo y en lo alto de los contrafuertes adyacentes al valle, se observa la presencia de innumerables pozas circulares que forman algo así como un alargado panal de abejas. Cubren una extensión de casi un kilómetro. A lo ancho se encuentran de 8 a 10 pozas, que parecen ser depósitos o graneros. Uno se pregunta, ¿porqué subir a la altura y construir en topografía tan difícil?

La respuesta puede ser que los agricultores buscaban una temperatura algo más fría para la preservación de sus productos.

La foto en cuestión es digna de un profundo estudio arqueológico, porque demostraría cómo, en remotos tiempos, primaba un criterio ecológico para la mejor utilización del suelo en la gran epopeya del abastecimiento alimentaria.

Ojalá los arqueólogos nos den una interpretación de este trabajo humano, donde no se sabe qué admirar más: Si la visión, la inquietud social o la indomable tenacidad de los pueblos andinos.

NOTABLE COMUNIDAD COSTEÑA

Su nombre no aparece en las altas jerarquías urbanas. No es ni siquiera capital de provincia ni de distrito: Es un simple anexo en el valle de Mala y la provincia de Cañete, a unos 90 kms, al sur de Lima. Pero Azpitia –así se llama el bendito lugar–, ocupa el más alto nivel en la jerarquía del fervor comunal.

Su pueblo lo hizo todo; apenas tenía tierras marginales en la margen derecha del río Mala. Comunidad esencialmente frutícola, veía perderse por las plagas, el 33% de su cosecha. Pero, había allí liderazgo y amor a la tierra.

Se organizó la comunidad. Construyó su camino a Santa Cruz de Flores, conectándose con la Panamericana en San Antonio. Tendió la línea para electrificarse. La refrigeración disminuyó las pérdidas por las plagas, al 16%.

Con verdadero espíritu cívico, construyó su colegio primario y su local comunal. No tardó en aparecer el parque infantil. Llegó al fin el día del reconocimiento público. Al terminar mi segundo gobierno, era galardonada esa comunidad con la Lampa de Bronce. No fue la de plata porque no era distrito, ni la de oro, porque no era provincia. Fue el sencillo galardón reservado a los villorrios y caseríos más activos el que me tocó el honor de otorgarle.

Para comprobar la excelencia de la Minka no se requiere, necesariamente, llegar a las serranías. En la costa tenemos múltiples ejemplos de cómo sobrevive la institución señera de la región andina.

Recomiendo visitar Azpitia para comprobado.

GRANDEZA DEL SUR CHICO

En estos tiempos en que se advierte una malsana tendencia para denigrar al Perú, es oportuno visitar alguna de sus regiones de vibrante palpitación histórica y de indescriptibles bellezas naturales.

Para desintoxicarme de la pesada atmósfera que tiende a lanzar una cortina de humo sobre el mensaje del Perú, me fui a descansar un par de días a Paracas, donde una suave brisa sureña descongestionó mis pulmones y estimuló mi entusiasmo por todo lo nuestro.

Por siglos, el Perú admiró una alfarería extraordinaria y una textilera que, en tiempos pre-colombinos, superaba a la europea. En una pulgada cuadrada, los antiguos peruanos lograban más de 300 urdimbres, mientras los tejidos europeos tenían 30 ... Nadie sabía a ciencia cierta el origen de esa cultura inubicable. Mas la intuición del sabio Julio C. Tello, cuyas conferencias tuve el privilegio de escuchar, lo llevó a merodear por la bahía de Pisco.

Un día el azar quiso que un arriero con su recua cayera sorprendido al fondo de una caverna. Por fortuna, para la cultura peruana. Tello estaba allí. Así se descubrió la necrópolis, de cuyos fardos funerarios han salido las obras más notables de la cultura Paracas. Tello la localizó. Siglos más tarde, en esa misma bahía, desembarcaría el ejército del Libertador San Martín. Un original monumento lo recuerda. Allí nos tocó inaugurar, con la honrosa presencia del Presidente Alfonsín, la Vía de Los Libertadores que une dos puntos fundamentales, en la historia de América: La playa del desembarco y la altiplanicie de la batalla, en que las

huestes libertadoras de Bolívar y Sucre, completarían la tarea en la Batalla de Ayacucho. En las noches de Paracas hay tema para soñar...

Pero no sólo es grande la historia. Lo es también la geografía. Temprano nos embarcamos para visitar la bahía y salir a alta mar, disfrutando la incógnita del famoso candelabro que alguien grabó para siempre en la montaña. Nos dirigimos a las islas Ballestas, que están a unos 6 kilómetros al norte de ese lugar, y a unos 18, al oeste de Pisco. Allí nos deleita, no la obra del hombre, sino la obra de Dios. Las Ballestas son pequeñas islas guaneras, como las hay muchas en el litoral, pero tienen; un encanto especial.

Son geología y, además, arquitectura. ¡Qué imponente espectáculo ofrecen las rocas en el mar agitado, ora tranquilo! Las aves denotan la riqueza ictiológica que confirma una bulliciosa población de lobos marinos. Todo esto bajo un sol radiante. Admiramos las misteriosas cuevas y la extensa playa donde los lobos juegan alegres, incursionando al mar a cada rato en busca de alimentos o como alegres bañistas. Hay un inmenso arco que perfora en su base a una de las islas. También la naturaleza, sin arquitectos, sabe construir sus arcos triunfales.

Una que otra lancha con turistas comparte, con nosotros, el éxtasis de esa excursión marítima.

De regreso a tierra firme, nos espera aún otra experiencia inolvidable. Nos vamos a Chincha Baja para visitar el gran conjunto arqueológico, cuyo monumento principal es la grandiosa huaca La Centinela, que se yergue en el hermoso valle bañado por el río San Juan.

Su acceso por la Panamericana, a través de un ramal, es relativamente fácil. Lo será mucho más, cuando pase por allí la autopista expresa que construimos y que ha que dado detenida en Cerro Azul. Con su nuevo trazo pasará delante de las ruinas, que ofrecen atractivos similares a los monumentos de Lambayeque y La Libertad y que, pese al saqueo

de los huaqueros, todavía oculta muchos de sus misteriosos legados.

Se asemeja a Chan Chan en la presencia de bajos relieves de gran carácter, que transmiten algo de la sensación de la decoración Mudéjar. Carentes, desde luego, de todo contacto anterior al descubrimiento, se trata de una simple coincidencia. Tal vez la plasticidad de la arcilla facilitó estas concepciones parecidas, aunque distantes.

Hace muchos años convoqué a mis alumnos de arquitectura y realizamos una cuidadosa inspección de La Centinela. El destino me ha reservado, ahora, otro vínculo con aquel monumento, cuyo mensaje no ha sido aún plenamente esclarecido. Me tocó, a invitación de su autora, Marilyn Bridges, escribir el prólogo a su extraordinario libro *El Planeta Perú*. Allí, en la página 83, aparece una contrastada perspectiva aérea, captada por la hábil aviadora-fotógrafa, donde se aprecia la importancia y magnitud de la obra. Se advierte no sólo la planimetría del conjunto, sino los lugares cubiertos por mantos de arcillas que, al retirarse cuidadosamente, han de exhibir nuevas estructuras y, tal vez, nuevos tesoros del antiguo Perú.

No olvidemos que, al ingresar Atahualpa a la Plaza de Cajamarca, lo seguía en un anda de similar jerarquía, el Cacique de Chincha. Por la vía del protocolo nos informamos del respeto del monarca a la autoridad local. Los investigadores nos dirán si su sede era La Centinela. Así es el Perú: Campo inagotable de estudio, desafío permanente a los investigadores.

Pero no es esto todo. Del esplendor de la época Virreinal quedan todavía hitos memorables, no obstante la vandálica destrucción de muchos monumentos que han privado a Ica de históricas obras de arte religioso. No podíamos despedirnos de Pisco, sin hacer un peregrinaje obligado: la visita al Templo de la Compañía. El terremoto de 1687, destruyó la iglesia primitiva, mas pronto se puso manos a la obra y, en 1723, abrió sus puertas el hermoso templo que,

en proporciones se asemeja al de San Marcelo, Jesús María, o la desaparecida iglesia de Santa Teresa. Wethey considera que aquella iglesia y las semi-derruidas de las haciendas San José y San Javier, en el valle de Nazca, son los tres ejemplos más valiosos de arquitectura entre Lima y Arequipa. La iglesia pisqueña tiene un atractivo atrio, extendido en una plaza rectangular que culmina en la exótica construcción del municipio.

Harth-terré recuerda la historia de aquel templo, cuyo levantamiento ejecutó minuciosamente y se publicó en *El Arquitecto Peruano*, de setiembre de 1940. Hay que cuidar esos monumentos que son testimonio irrefutable de la cultura de un pueblo y de una época.

De regreso, meditaba sobre la grandeza del sur chico. Grandeza en que se unen la obra de Dios y de los hombres. Grandeza que expresan las monumentales líneas de la pampa de Nazca y las misteriosas galerías filtrantes, que todavía fertilizan la tierra de aquel oasis en el inmenso desierto costeño. Junto a las obras del pasado no he dejado de admirar el esfuerzo agrícola y el impulso industrial. Modernas fábricas se yerguen en Pisco y en Chincha. El puerto de San Martín, que construimos en Punta de Pejerrey, es un moderno terminal marítimo y terrestre, pues allí se inicia la Vía de Los Libertadores que penetra, pasando Ayacucho, a la selva del Apurímac.

El Perú tiene muchos problemas y muchos pesares. Pero hay una fuerza telúrica que nos explica por qué está en la historia de la civilización. Nosotros vemos, a través del tamiz de sus pesares, sus incuestionables grandezas. Tenemos fe en el Perú, acrecentada en esta tonificante excursión por el Sur Chico.

EL PUERTO DE PISCO

Entre los lugares más interesantes del Perú, se encuentra la Bahía de Pisco, porque allí se juntan hitos de nuestra historia pre-Colombina y Republicana, con un paisaje marino de extraordinaria belleza.

Un día, en su infatigable búsqueda, encontró el maestro Julio C. Tello, la necrópolis de Paracas. Pudo, por fin, ubicarse el centro de aquella vieja cultura que nos legó tejidos extraordinarios y una cerámica de excepcional calidad escultórica y pictórica.

La enorme bahía tiene poca profundidad. En tiempos ya lejanos, se le dotó de un largo muelle y los barcos tenían que anclar a gran distancia. Tan primitivo sistema portuario no respondía al vigor económico de la región, a su brillante aporte a la industria textil con el hallazgo visionario del algodón Tanguis. Tampoco favorecía la industria que nos tocaría implantar.

Sintiendo la responsabilidad del gobierno, ordené una expedición en el Buque Escuela "Independencia". Reunimos a ministros y técnicos, entre ellos, al entonces Director de Puertos Ing. Kalafatovich. Con el Ministro de Hacienda de la época, bajo cuya responsabilidad se encontraba la cuestión portuaria, Sandro Mariátegui, nos embarcamos por la noche para amanecer, al día siguiente, fondeados frente a "Punta de Pejerrey". Aquel sector de la bahía estaba aún desértico. Desembarcamos en una lancha y lo inspeccionamos cuidadosamente.

De esa visita surgió la moderna obra portuaria que hoy admiramos y que lleva el nombre de San Martín. Justo

homenaje al Libertador que, en esa misma bahía, se inspiró en el blanco y rojo de los flamings, para diseñar el Pabellón Nacional: Nuestra hermosa bandera que al flamearse asemeja al suave movimiento de las alas en vuelo.

Años más tarde, al inaugurar la Vía de Los Libertadores que une a Pisco, lugar del desembarco sanmartinense con Ayacucho, término de la gesta bolivariana, sentimos que el destino nos reservó el honor de honrar a los héroes, más con la contundencia de las obras de desarrollo, que con la locuacidad de las palabras.

ICA: INSPIRACIÓN Y DESAFÍO

Que no extrañe a nadie encontrarnos en la Plaza de Ica. Este legendario departamento siempre ha significado para nosotros una irresistible atracción. Nos llaman aquí las voces del pasado. La magnética fuerza de la necrópolis de Paracas, el enigma un indescifrado pero grandioso de las líneas de Nazca, que dan una medida del mensaje del Perú. Pero en estas sedientas tierras nos cautiva, también. El ejemplo vivificante de la Achirana y, en la profundidad de la tierra, la frescura de las galerías filtrantes de Nazca. En cada rincón de Ica hay un testimonio de milenaria creatividad.

Sus ceramios hermosos y multicolores nos dan. Junto a los magistrales tejidos una idea del talento ancestral.

Con estos antecedentes ¿cómo no vamos a compartir, con la gente de Ica, el gran desafío del desarrollo? No es estéril la semilla del talento, no se apaga la voluntad de acción; por eso tenemos fe en las nuevas generaciones y en este coloquio público queremos hablar también del futuro que el pueblo quiere forjarse.

Admiradores de su pasado, apoyamos en él nuestra ambiciosa visión de un porvenir que le haga justicia.

Para captar esa mirada al futuro, es útil recordar lo que nos tocó hacer cuando el pueblo, en dos oportunidades, nos hizo el honor de confiarnos sus destinos. Aprovechemos, la experiencia vivida para que, a la luz de sus aciertos o de sus errores, podamos llegar a conclusiones realistas y viables que satisfagan los anhelos y las esperanzas populares.

DESARROLLO REGIONAL

Nuestro enfoque regional del departamento se orientó, fundamentalmente, por los siguientes cauces: La vialidad; la cuestión portuaria; la energía; el riego y la agricultura y, finalmente, el desarrollo urbano en Ica y las capitales provinciales, sin olvidar los distritos.

No es el momento de hacer un inventario de obras pero sí de esbozar, a grandes rasgos, las acciones cumplidas en cuanto al desarrollo regional.

En la vialidad nos impusimos la tarea, y la cumplimos, de perfeccionar la Vía de Los Libertadores, realizada en nuestro primer gobierno, y mejorada notablemente en el segundo, con la variante de Huaitará. Hay que tener en cuenta que la ruta Pisco - Ayacucho - Río Apurímac, es una importante carretera de penetración, que toca las tres regiones.

Como en Pisco empalma con la Panamericana, nos empeñamos en construir la autopista Lima - Chilca - Cerro-Azul que, pasados cinco años desde que dejamos el gobierno ya debería haber alcanzado Pisco e Ica. Por otro lado, el abandono en que se ha tenido en los últimos años el tramo Nazca - Chala, ha afectado desfavorablemente el desarrollo de la parte sur del Departamento. Es necesario realizar una gran campaña para el mejoramiento de la vialidad existente y la terminación de la super-carretera a la Capital de la República. Y lo es, también, la tan postergada pavimentación del tramo Nazca - Chalhuanca - Abancay.

El Puerto de San Martín (Punta de Pejerrey) que construimos en mi primer gobierno, está cobrando especial importancia en el cruce vial ya anotado. Es terminal de carretera

de penetración. Al concentrarse las actividades portuarias en Punta de Pejerrey, se facilita las tareas pesqueras en el litoral de Pisco, industria que ha de cobrar redoblada importancia en el futuro. El carácter industrial que dimos a Pisco, ha ampliado considerablemente su radio de acción. Desde que inauguramos las primeras fábricas, hasta ahora, se ha confirmado el destino industrial de Pisco. Esa situación se siente, también, intensamente, en Chincha. La continuación de la supercarretera, tan lamentablemente paralizada en Cerro Azul, desde que dejamos el gobierno, debe dar considerable impulso al desarrollo industrial, portuario y pesquero.

Nos satisface, también, haber interconectado a Pisco con el sistema unificado aunque haya que lamentar la destrucción de la línea de Huancavelica por acción criminal del terrorismo. La electrificación ha significado un gran paso adelante.

En cuanto a riego, fuera de los proyectos en cada valle, como la modernización de la Toma de Cabeza de Toro en Pisco, los represamientos en la sierra de Chincha y la explotación de aguas freáticas, nos impusimos la tarea de culminar las obras de Choclococha que, dicho sea de paso, tienen ahora el excelente y rápido acceso de la Vía de Los Libertadores.

En cuanto al futuro, dejamos terminado el proyecto de la derivación del Río Pampas, cuya factibilidad está demostrada, con gran beneficio para los valles del sur del Departamento. Es un proyecto de alta prioridad nacional.

En cuanto al desarrollo urbano de la capital del Departamento destaca, sobre todo, el aporte en cuanto a viviendas de interés social. Ya en nuestro primer gobierno habíamos incursionado en él y la urbanización popular, llamada San Joaquín, evolucionó gracias al esfuerzo de la gente. En nuestra segunda administración destacan los conjuntos de "José Matías Manzanilla", "Sérvulo Gutiérrez", "Raúl Porras" y "Angostura". Oportunamente, en nuestra primera administración, constituimos el Hospital Regional y el Hotel de Turistas, a lo que hay que agregar importantes contribuciones en la construcción escolar.



En la comunidad de Uripa, en el Departamento de Apurímac, los viajeros admiran a una de las más activas y eficientes organizaciones.



↑ El autor conversando con los congresales de Curahuasi, Departamento de Apurímac.

En la histórica casa del precursor de la Independencia Túpac Amará, en el pueblo de Tinta donde surgió el primer brote ideológico de Acción Popular. Belmonte se apoya en la famosa columna de los suplicios. ↓





↑ Llegando a las ruinas de la ciudad muerta de Huamuc.

↓ Cantando el Himno Nacional en la Uruca, Capital de Dos de Mayo.



Bajando de Ylcalhustmán a Pomacocha.





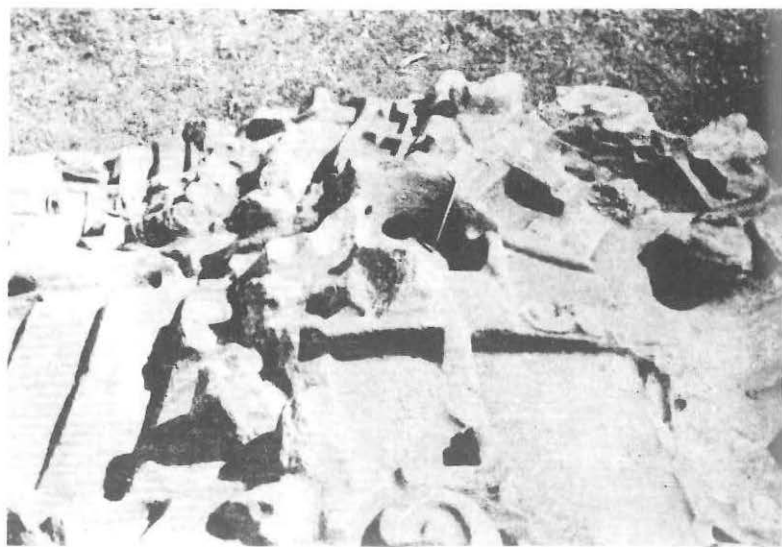
Dos momentos en el viaje fluvial, abordo de "La Libertad". De esta navegación surgieron dos proyectos básicos: el que propone el establecimiento de un "Servicio Cívico Fluvial" y el que sugiere las "Comunicaciones Interfluviales" que conectarían las apartadas regiones del Yavari y el Putumayo con el Napo y el Ucayali.



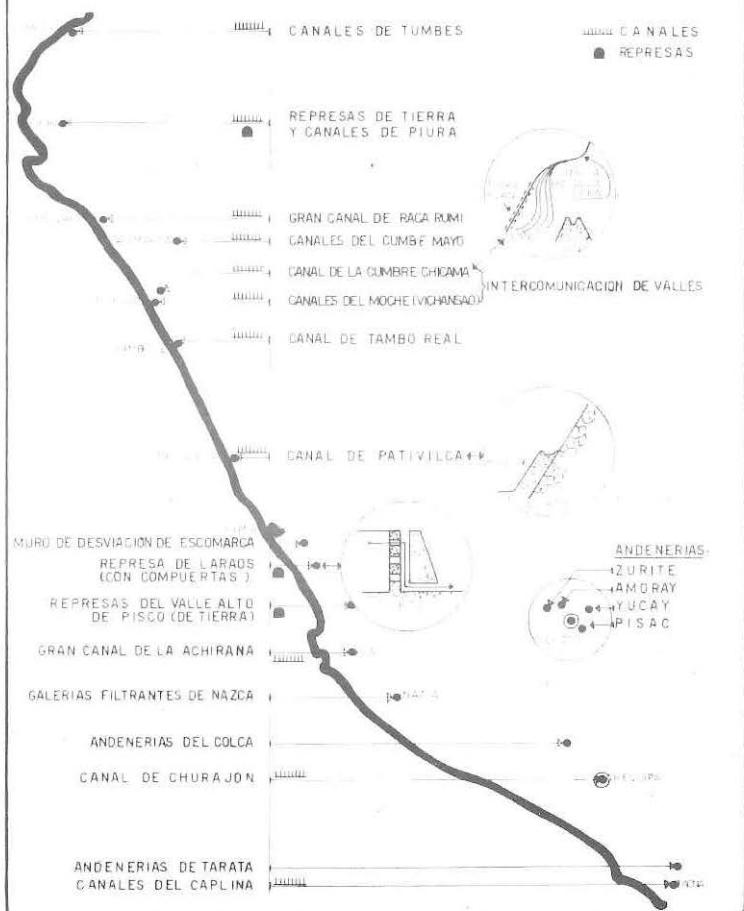


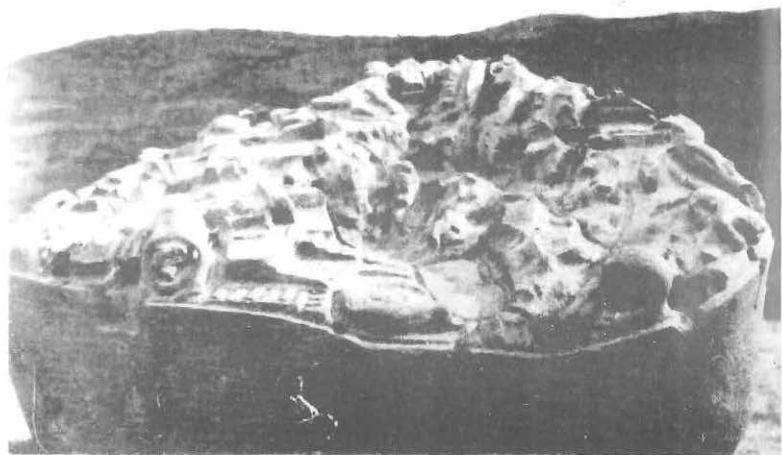
↑ El autor estudia la misteriosa piedra de Sayhuite, que ha definido como la estatua yacente de una comunidad. Con la cantimplora ha llenado las cisternas, haciendo funcionar su maravilloso sistema de regadía en miniatura.

Un fragmento de la notable piedra. ↓



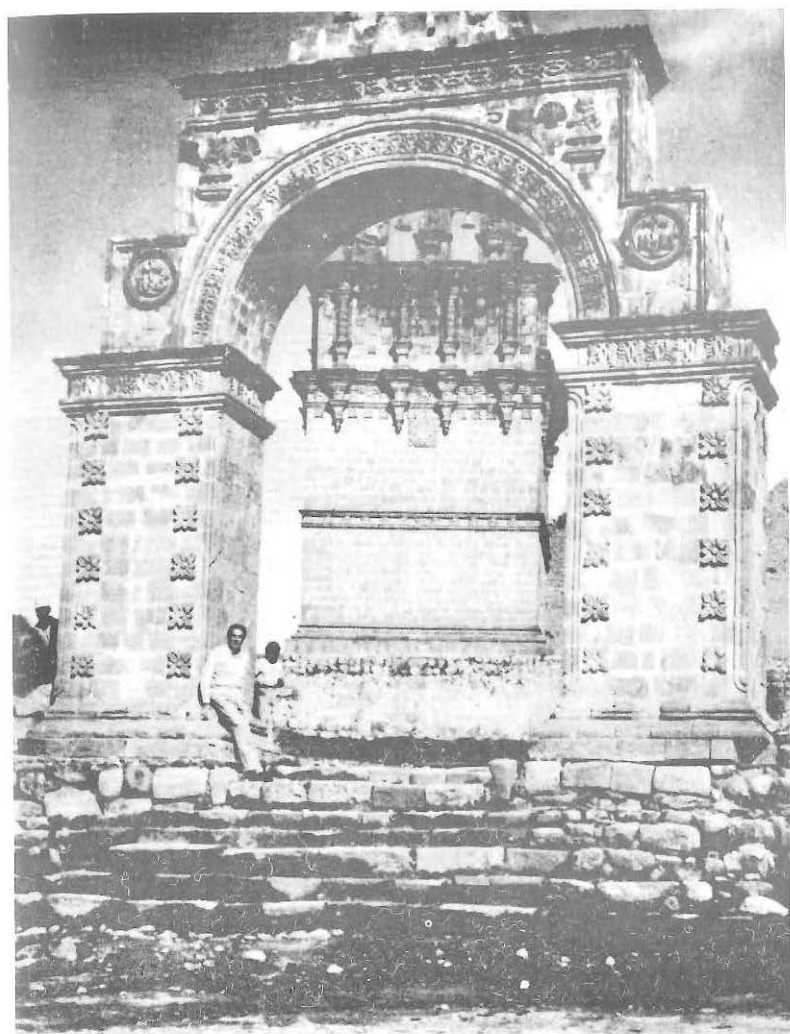
GRANDES OBRAS HIDRAULICAS DEL ANTIGUO PERU





La piedra de Sayhuite, en forma de raza con un diámetro de unos cuatro metros y una altura de mas de dos. La historia se lee aquí en tres dimensiones. La flora, la fauna, el cultivo, el riego, el urbanismo y la arquitectura, se mezclan para dar una completa visión del pasado. Morúa refiere que esta región de Concacha estuvo dedicada a los hombres seleccionados para concebir las grandes construcciones y para asumir labores directivas. Era, evidentemente, un centro cultural.





En Juli, al borde del Lago Titicaca, la primera ciudad en instalar la imprenta en el Continente, admirando las bellísimas ruinas de la Asunción.



En el campamento del camino en construcción en Shanusi, entre Yurimaguas y Tarapoto.



En la luncha se improvisa una cálida manifestación cuando Belaunde retorna de Tacna, en 1956.
Abajo: En Zorumbilla, rodeado de niños pobres.





Encuentro con un pueblo serrano.



Visita a la zona petrolera de los Organos.

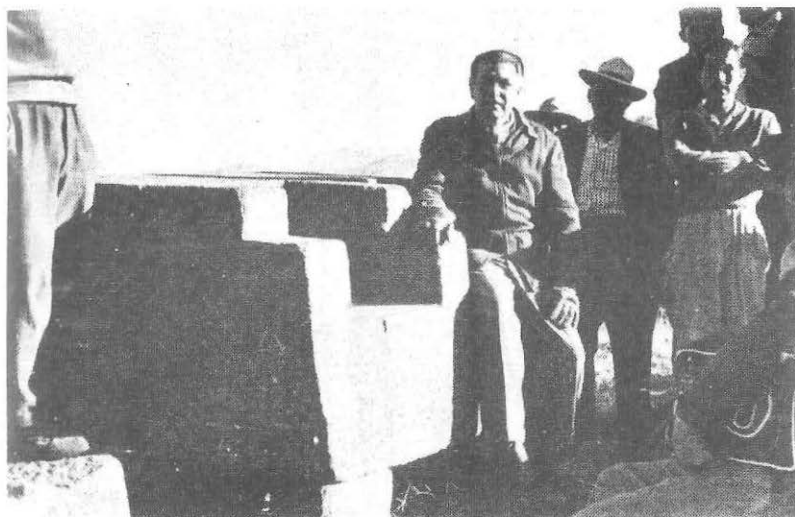
Abajo: Los campesinos acompañan a los viajeros hacia Pomacocha





En la puerta del Templo del Sol de Vilcashuaman que ha deserto fielmente Cieza.





↑ En el Templo del Sol de Vilcashuaman.

Un aspecto del almohadillado, en la misma ciudad incaica. ↓

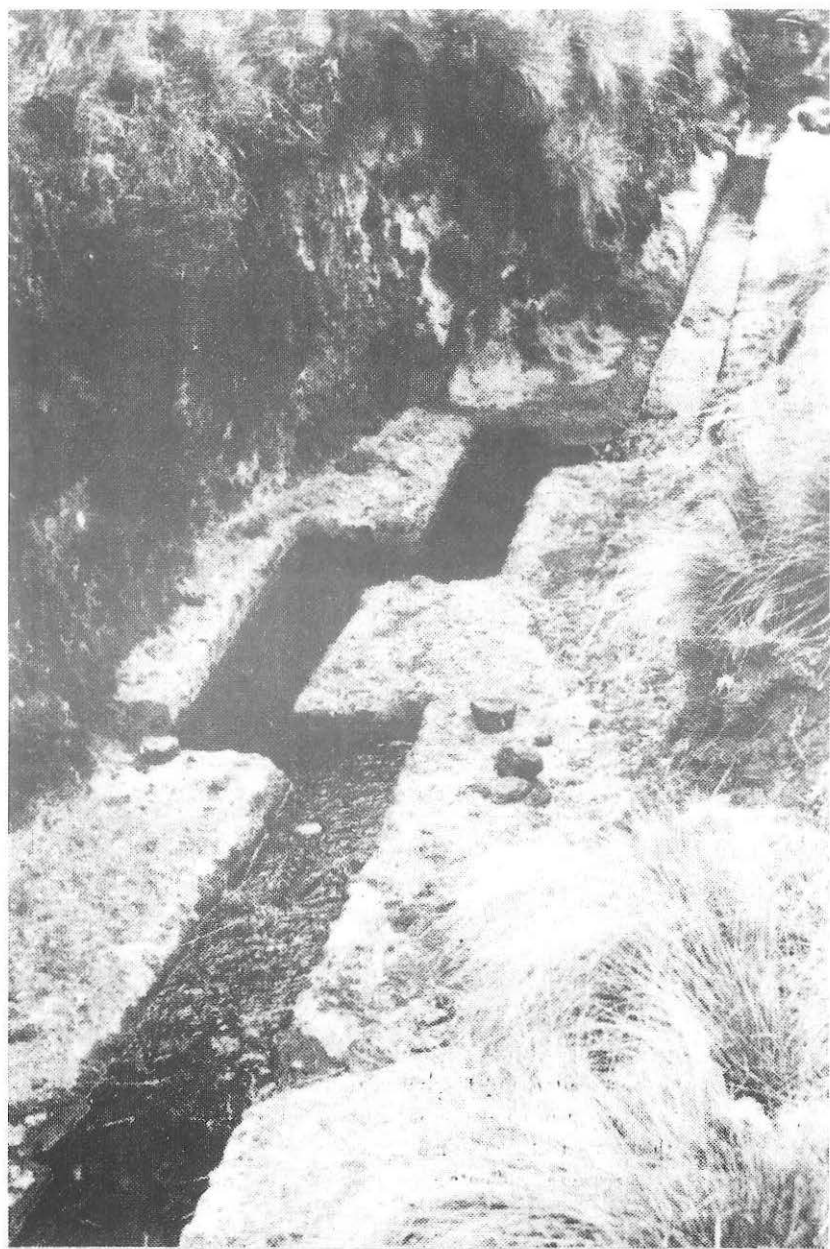


A los pocos días de su liberación del Penal del Frontón, el pueblo arequipeño brinda un desagravio inolvidable. Las ametralladoras de la Guardia de Asalto de la Pampa de Vitor —dice Be-launde— se han convertido en las flores del pueblo de Tiabaya”.



El 12 de julio de 1959, en la histórica Plaza de Arequipa. Belaunde Terry, enjuiciado criminalmente por su adversario en las elecciones de 1956, somete su caso a la multitud que lo absuelve. La opinión pública fulmina a los malos magistrados que se prestaron a procesarlo y se ríe cuando se menciona irónicamente el mal llamado "Estado de Derecho".





Particularidad saltante del Cumbemayo es la planificación en forma de greca que tiene el canal, como medio de reducir la pendiente.

LA DEFENSA DEL MUNICIPIO

Con verdadera alarma hemos comprobado que el autogolpe del 5 de abril de 1992, no se completó en esa fecha de tan ingrato recuerdo. Ha aparecido, posteriormente, el propósito de restar autonomía a los cabildos para aumentar el poder presidencial. No olvidemos que un 5 de abril de 1879 se nos declaró la guerra. Es decir, que en ese día se unen el desmembramiento territorial con el colapso constitucional.

Acción Popular tiene que ser inflexible en el resguardo de la institución municipal, que es una de sus obras más notables, Dio al país, en 1963, y reeditó en 1980, la conquista Municipal, poniendo el destino de las comunas en manos del pueblo. La conspiración que tan desvergonzadamente se ha iniciado debe poner a todos en guardia. No puede permitirse que por un capricho dictatorial se destruya el hito más importante de nuestra trayectoria democrática. Se ha visto ya las cartas marcadas de la inconfesable jugada: La puntería se pone en contra los municipios, cuya autonomía se pretende destruir para volvera un centralismo retrógrado. Nosotros que nos inspiramos en los pueblos olvidados, no debemos permitir que se esfume su mayor conquista.

El país no debe olvidar que fue la revolución de los cabildos la que engendró la lucha por la independencia. Mermado el poder político de la metrópoli con la invasión Napoleónica de España y el derrumbamiento de Fernando VII fueron los cabildos los que proclamaron la independencia. No pueden olvidar esa honrosa tradición rectora. También procede recordar un episodio más reciente. Que dio lugar a la caída de Alfonso XIII, en España: La oposición de los cabildos triunfantes. La anacrónica dictadura que actualmente gobierna, seguramente no ha estado debidamente informada de lo que representan los cabildos en la gestación de nuestras nacionalidades. Ha dicho, Víctor Andrés Belaunde: "España sembró cabildos y cosechó repúblicas". Efectivamente, los cabildos constituyen piedra angular de nuestras naciones.

LISTOS PARA LA ACCIÓN

Los partidos políticos organizados se diferencian de los grupos episódicos que florecen en las vísperas electorales, en el hecho de inspirarse en una doctrina y de engendrar un programa. Nosotros sintetizamos nuestra ideología en la frase "El Perú como doctrina", cuya vigencia se reaviva en lugares de profunda vibración cultural, como Ica. Porque no eran bárbaros los que forjaron su cerámica o tejieron sus telas, o arrancaron el agua a la aridez del desierto o concibieron, para asombro del mundo, la misteriosa geometría de las líneas de Nazca. Esas grandes mentalidades demostraron su capacidad de pensar. Pretende Acción Popular reavivar ese fuego. Y, en cuanto a programa, "La conquista del Perú por los peruanos", no puede ser más expresiva en este momento en que tan a menudo se ignora las virtudes del país, se denigra su prestancia moral y sólo se recuerda las lacras, por infortunio presentes, en mayor o menor medida, en todas las naciones. Acción Popular juzga que ellas son la excepción que confirma la regla de la grandeza del Perú.

Es en ese sólido cimiento que apoyamos nuestras expectativas. En Ica, la extensión de la frontera agrícola es primera prioridad en todos los tiempos. Hay que seguir el ejemplo inmortal de los pioneros de Nazca que nos muestran el camino.

Pero, en ninguna parte, ni siquiera en los países más liberales, se deja al agricultor a su suerte, se le priva del crédito, indispensable para su trabajo. El campesino no es capitalista, necesita apoyo crediticio. Esto es lo que el actual gobierno no comprende a plenitud. Está regalando las sucursales del Banco Agrario, que tantos sacrificios costaron al contribuyente y pretende improvisar unas cajas rurales, empezando a fojas uno, en vez de rectificar, corregir y ampliar la larga experiencia de la Banca de Fomento que, irresponsablemente, ha destruido. Si el gobierno americano no

apoyara decididamente a sus agricultores, quedarían vacíos los silos que tonifican a ese país y alivian el hambre en muchas partes del mundo.

La electrificación rural, iniciada por la interconexión energética, debe llevarnos a la modernización y a la agroindustria, que enriquezca el fruto de la tierra con apreciable valor agregado. La educación y la salud pública, serán también beneficiarias de la electrificación que permite las comunicaciones, facilita la enseñanza y crea notables innovaciones en el ámbito de la medicina y el saneamiento.

El abastecimiento de agua potable es cuestión fundamental en una población creciente. Donde escasea en la superficie, puede presentarse en el subsuelo y la electrificación encargarse de extraerla y repartirla.

Las obras de irrigación tienen que estar rigurosamente priorizadas. Cada valle debe impedir que sus aguas se pierdan en el mar. Y cuando el cauce esté seco, obras hidráulicas más complejas de derivación de otras cuencas, tienen que ser consideradas. El Río Pampas que inútilmente aporta cuantiosos caudales al Apurímac, tiene un papel que desempeñar en los arenales de Ica.

Hay que buscar, sin pausa ni tregua, la constante elevación de nivel de vida hasta alcanzar la calidad que no puede negarse a un pueblo. Los yacimientos mineros deben explotarse con sentido moderno, para beneficio del pueblo. Los minerales no deben salir a los mercados extranjeros sin previos procesos de refinamiento que aportan valor agregado y elevan las condiciones de vida.

La revolución verde, por la cual se entiende una mayor productividad por unidad de superficie, debe realizarse paralelamente a la Revolución Azul, por la cual se aproveche debidamente los productos del mar. No basta regocijarnos por tener un mar territorial. Es preciso saber qué provecho podemos sacar del Océano. Ica es un Departamento de amplio litoral, fundamentalmente pesquero, que no puede

limitarse solamente a la pesca artesanal sino a operaciones, mar afuera, de mayor envergadura y provecho.

Pero, sobre todas las cosas, tenemos que vivir dentro de un orden constitucional, donde no se dependa del capricho de arrogantes políticos que sobre estiman sus capacidades, sino de la voluntad mayoritaria, serena, firme y soberana del pueblo.

Este no es tiempo para dictaduras anacrónicas, repudiadas ya en toda la redondez del planeta. Es hora de conductores de la ciudadanía, con desapego por los bienes materiales y con una profunda vocación de servicio a sus pueblos. Los reveses de nuestra azarosa vida republicana no deben llevarnos a la desesperanza, sino a la acción. El reto, para los hombres libres, no es motivo para bajar la guardia sino acicate para emprender la lucha porque, como diría un gran prócer "La libertad sólo conoce victorias".

UNA JOYA EN EL DESIERTO

En los alrededores de Ica, ciudad de mucho encanto y de vieja tradición cultural, hay un aporte de mágica atracción: Huacachina. En pleno desierto, entre las grandes dunas, en torno a un refrescante espejo de agua, encontramos la miniatura de una ciudad lacustre. Es un conjunto de casonas y hoteles que crean un cálido ambiente familiar. Aquel espejo de agua amenazaba con desaparecer, matando a ese pueblo que, sin mirarse en él, no tendría sentido. Mas con habilidad y eficacia se ha compensado esa baja de nivel y la laguna sigue atrayendo a los bañistas, que le adjudican efectos medicinales. En torno al malecón hay un ambiente de permanente alegría. Algunos hoteles como el tradicional Mossone le dan un movido acento turístico. Su gran terracería mira por un lao al lago y, por el otro, se observan los frondosos árboles que adornan el patio de sabor colonial.

Recientemente se ha redoblado el esfuerzo por restaurar las edificaciones de este oasis que invita a la meditación y al recreo.

Más no es este el único imán de la ciudad sureña: construimos allí, hace cuarto de siglo, uno de los más atractivos hoteles de turistas, encomendando su diseño al arquitecto García Uribe, oriundo de aquella región. La iniciativa privada no se ha quedado atrás: El hotel las Dunas, un conjunto de amenas construcciones de sabor nor-africano, se han convertido en uno de los lugares favoritos de los que gustan recorrer este país de sorpresas y hallazgos que es el Perú.

Recomiendo a los que viajen al Sur, mirarse en el espejo de la Laguna de Huacachina, visita el Hotel de Turistas y recrearse en Las Dunas, aquel complejo tan inspiradamente diseñado que ha recogido el doble mensaje del desierto y del clima.

PEREGRINAJE MARITIMO

Las islas guaneras, ubicadas a lo largo del litoral peruano, tienen un gran atractivo paisajista, en medio de su aridez, y son hitos de una intensa actividad biológica. La pesca es abundante y explica la presencia de miles de aves guaneras y de gran cantidad de lobos marinos.

Nunca olvidaré el viaje que hice en el buque escuela "Independencia", a las islas de Chincha denominadas Norte, Centro y Sur, que están a unos 21 kms al noroeste de Pisco. A los atractivos naturales y climáticos hay que agregar frecuentes leyendas que tienen que ver con episodios de la Emancipación y sus secuelas. Todos recuerdan que la Escuadra española del Almirante Pinzón, que merodeaba entre Chile y Perú sospechosamente, buscó un pretexto para ocupar dichas islas. Ese antecedente hizo crisis en el Combate del Callao y la victoria peruana de 1866. Estando en el gobierno, me tocó presidir la conmemoración centenaria,

en memorable ceremonia ante el Castillo del Real Felipe en el Callao. Poniendo de lado antiguas divergencias políticas, como debe ser cuando se trata cuestiones patrióticas, fue invitado de honor el ex-presidente Manuel Prado, cuyo padre, el General Mariano Ignacio, gobernaba el Perú en aquel memorable encuentro. Mirando hacia el suroeste reconocía la rocosa silueta de la isla del Frontón, donde, años atrás, nuestro invitado me había recluso. Creo que aquella patriótica conmemoración cobró así, un mayor significado.

Las tareas guaneras no tenían ya la intensidad de antaño en las islas; sin embargo, estaban allí ciertas instalaciones y un grupo de trabajadores. Mi visión panorámica la completé en un desplazamiento al sur, donde pasamos por la isla de Sangayán, de unos 6 kms, de largo por 3 de ancho separada de Punta Paracas, por el Boquerón. Culminó aquel viaje en la llamada Bahía de la Independencia, flanqueada por la isla del mismo nombre, donde pudimos admirar la extraordinaria belleza de aquel lugar donde, en Laguna Grande, los pescadores hacen su agosto.

Más tarde me tocaría visitar, una y otra vez, las pequeñas Islas Ballestas que están al sur de las de Chincha, a unos 10 kms. ya otros tantos de la Punta de Paracas.

Allí admiramos una geología un tanto arquitectónica. Hay hermosas cuevas, sobrepobladas de lobos marinos y, en algún caso, túneles que cruzan alguna de las islas de extremo a extremo, y que parecen ser arcos triunfales contruidos por la sabiduría de la naturaleza. Al mirar esas moles de roca se comprueba la afirmación de Rilke sobre el paisaje: "He ahí todos los estilos futuros".

Creo sinceramente, que el conocimiento de la costa peruana resulta incompleto a menos que se realice un peregrinaje isla por isla, roca por roca, para valorar la majestad del Mar de Grau.

EL DOMINIO DEL AIRE... POR LOS POLÍTICOS

Las campañas políticas demandan constantes desplazamientos, disponiéndose casi siempre de escaso tiempo. No todas las plazas están servidas por las aerolíneas regulares, en muchas de ellas se carece de adecuados campos de aterrizaje.

Regresando del norte, con Fernando Schwalb en una frágil avioneta conducida por el capitán Palacín, tuvimos que hacer una escala en Huacho para realizar una manifestación.

Aunque las haciendas habilitaban precarios campos para las operaciones de fumigación, nuestra avioneta, de ala baja y ruedas pequeñas, requería de una pista más sólida. Resolvimos aterrizar en la carretera, en la llamada "recta de Huacho". Esto ocurría hace 25 años.

Nuestro habilísimo piloto descendió, evolucionando sobre la pista en espera de una disminución del tránsito. Por fin logramos aterrizar, manteniéndose la avioneta en el eje mismo de la vía, gracias al firme pulso y a la experiencia de su conductor. No bien tocamos tierra nos dejó, decolando de inmediato para no obstruir la carretera. Varios automovilistas hicieron caso omiso de nuestras señas, hasta que un benevolente conductor nos llevó a la ciudad, donde cumplimos nuestro compromiso.

Pero la campaña nos reservaría otras experiencias más escalofrantes. En el pueblo de Sechura, en pleno arenal, cuyas dunas ocultan parcialmente la elegante silueta de su iglesia matriz, tuvimos que hacer también un aterrizaje, ya no en pista asfaltada sino, simplemente, afirmada. Días después ocurrió algo parecido en el entonces precario desvío de Majes, en Arequipa. Pudimos llegar a tiempo para una manifestación en Aplao. En Cañete se nos dijo que podríamos aterrizar en el campo de una hacienda, pero lo

encontramos sembrado de camotes Tuvimos que hacerlo en la Panamericana, rozando los postes laterales. Cierta vez, volando con el Cmdte. Barreto nos impactó un ave. Al acuatizar, en el río, encontramos el fuselaje impregnado de sangre y plumas. Algo parecido sucedió con el DC 3 presidencial, en 1964. Se taponeó la toma de aire y recalentó el motor. Tuvimos que aterrizar, de emergencia, en Tournavista. Dispuse inmediatamente la construcción del nuevo aeropuerto de Pucallpa, nuestro punto de partida, en las afueras de la ciudad, lejos de los basurales y sus inseparables gallinazas...

Alguna vez he relatado anécdotas más emocionantes, experimentadas en nuestros vuelos en helicóptero, que nos permitieron atravesar la Cordillera Blanca para aterrizar en Llamellín y en Yauya. Denominamos a ese viaje múltiple "Operación Perú" que, en un día domingo, llevó a todos los ministros y a mí mismo, a los lugares entonces más apartados del país. Recuerdo, con pesar, a grandes colaboradores ya desaparecidos, al Presidente del Consejo de Ministros, Daniel Becerra de la Flor, al gran educador Carlos Cueto Fernandini, que cumplió misión en Ongoy, en Apurímac y, al General Italo Arbulú que visitó Balsa puerto en el río Paranapura. Participaron, también, nuestros admirados Jorge Vásquez, Sixto Gutiérrez, Luis Ponce y Manuel Velarde, quienes merecen nuestro más emocionado y permanente recuerdo.

Siempre he juzgado que el helicóptero parece haber sido inventado para servir al Perú. Gracias a él aterricé en el istmo de Fitzcarrald; en el río Chandles, en nuestra frontera con el Brasil y en los remotos destacamentos de colonización agrícola militar de Breu, Esperanza, Chávez Valdiviay Cantagallo. El helicóptero me permitió llegar a FalsoPaquis-ha a pocas horas de su recuperación.

Recordando a muchos aviadores caídos en el cumplimiento del deber, tengo que manifestar a todos los señores del aire, mi profunda gratitud por haber facilitado y ampliado mi conocimiento del país. Ellos me llevaron pueblo por pueblo, de susto en susto ...

EL RESCATE DE SAN SEBASTIÁN

Hoy, afortunadamente, puedo comentar algo positivo: ha revivido un incomparable rincón limeño, la Plazuela y el templo de San Sebastián, castigado por terremotos y olvido —esa plaga que hace más daño que un sismo— bastó que llegara allí el infatigable Padre Juan Serpa, Párroco de Monserate, para que resurgiera el templo, próximo a reabrir sus puertas.

Es una de las más antiguas iglesias de Lima. En su pila bautismal hay una placa que recuerda que allí, en 1569 fue bautizado San Martín de Porres y, diecisiete años después nada menos que la Patrona de América, Santa Rosa de Lima, Para unir la Santidad a la heroicidad allí se bautizó, también, Francisco Bolognesi, héroe del Morro. En estos tiempos de graves apostasías en que el tema del Perú se emplea para críticas y diatribas es oportuno acercarse a esa pila, tríptico de excelsos valores nacionales.

El padre Serpa ha emprendido, con éxito, la difícil tarea de reconstruir estructuralmente el templo restaurando sus altares, entre ellos el altar mayor, de exuberante estilo recocó Granadino, —Como lo señala Héctor Velarde— uno de los más notables exponentes limeños de un estilo que entró en boga, cuando el templo cumplía ya doscientos años.

La Plazuela es muy original, muestra la fachada principal y la lateral en un ameno juego de volúmenes que le da especial atracción. Las cúpulas y torres acentúan el encanto de aquel rincón que Lima está recuperando.

El mobiliario, de excelente factura, está a punto de concluirse, se ha localizado la bóveda subterránea. El baptisterio

ha sido restaurado. Las gratas proporciones del templo lo hacen especialmente acogedor. Es de esperar que la Iglesia lo utilice también para actuaciones culturales. Hay abundancia de templos en el barrio y no veo razón para que no se convierta en un virtual centro cívico-religioso, cerebro y corazón de aquel populoso rincón de la "Lima cuadrada".

El padre Serpa y sus colaboradores se han ganado la gratitud de los limeños con esta virtual obra de salvataje, que ha recuperado para Lima uno de sus más preciados tesoros.

¡Qué grato es poder comentar en estos tiempos de pesimismo y desaliento una obra que nos hace apreciar el pasado y mirar, con redoblada esperanza, el porvenir!

II

PEREGRINAJE SERRANO

CAJAMARCA, HITO EN LA HISTORIA DE AMÉRICA

Estamos conmemorando el quinto centenario del llamado "Encuentro de dos mundos". Una manera sutil de sustituir la palabra "descubrimiento" que aprendimos en nuestros lejanos días de colegiales. Es una especie de transacción. En el fondo, hay una tendencia a restarle méritos a Colón y a Isabel La Católica, la madre del nuevo mundo. En realidad se pretende, sin lograrlo, camuflar el papel del Mediterráneo, exaltando la hipótesis de una previa incursión de los vikingos, en el Atlántico Norte. Si se llegara a probar, a plenitud, no podría negarse que aquellos ignorados descubridores viajaron "de incógnito" a nuestro hemisferio. Sea lo que fuere, la gloria de Colón permanece intacta y la Santa María, la Niña y la Pinta, tienen siluetas bien conocidas.

Luego del desembarco del inmortal genovés, los dos hechos más saltantes son las conquistas de México y del Perú que ocurren 27 y 40 años después, respectivamente.

Creo que es oportuno detenernos a hablar de Cajamarca, del histórico choque entre el conquistador y el Inca, del legendario "Cuarto del Rescate" y de lo que queda de la Cajamarca Virreinal y Republicana.

Ubicada en uno de los más hermosos valles, a 2, 700 mts. de altitud, la condensación urbana aparece en medio del verdor de los campos y de tupidos bosques. Difieren éstos de las arborizaciones pasadas, puesto que están constituidos por eucaliptus, de origen foráneo. La región es fundamentalmente ganadera y minera.

Contamos, afortunadamente, con la orientación de la historia escrita por los cronistas e interpretada por los estudiosos.

Tal vez el más brillante de ellos, Raúl Porras Barrenechea, autor de una acuciosa y elocuente biografía de Francisco Pizarro. Sobre el Inca Atahualpa tenemos, aparte de las versiones de testigos presenciales, la biografía del recordado maestro ecuatoriano, Benjamín Carrión. Es en ese episodio fundamental que se produce, efectivamente, "El encuentro de dos mundos". Encuentro de dos hombres, de dos razas, de dos culturas y de dos sistemas económicos: El arcaico del trabajo en común, de las faenas populares y el novísimo, traído de Occidente, de una economía monetaria, desconocida en el Imperio Andino, surgido en pleno aislamiento. En ello radica, tal vez, parte importante de su admirable originalidad. Los dos sistemas chocan, en episodio sangriento. El Inca no logra comprar su liberación.

Prisionero del Conquistador, sigue siendo venerado de su pueblo que, a una orden suya, trae de los más remotos rincones, los objetos de oro y plata que llenarían, varias veces, el "Cuarto del Rescate" hasta la altura marcada por la mano del Inca. En aquel legendario lugar, el recordado pintor cajamarquino, Camilo Blas, nos da su versión sobre aquel dramático momento y, más recientemente, el pintor Espinoza, nos presenta frente a frente al Conquistador y al Inca sacrificado, en rojo perfil el primero y áureo, el segundo. Es un momento crucial en la historia de Sudamérica. Para facilitar el reparto, se procede a la fundición de los objetos de arte, afortunadamente, inventariados y descritos por los cronistas. El oro de la ofrenda se convierte en vil metal. He ahí la irrupción del sistema monetario. Aunque cumple su ofrecimiento, el Inca es ajusticiado. El oro, hasta entonces expresivo de mensaje artístico, se aparta de su estética misión para convertirse en medida de riqueza material. Viene a saciar la voracidad, no a satisfacer el espíritu...

Mas la nueva economía, no lograría eliminar del todo a la vieja práctica del trabajo desinteresado por el bien común. En los primeros años de la era Colonial, subsisten, paralelamente, los dos sistemas. Más tarde, comienzan a fusionarse. A ese proceso, que nosotros modernizamos y estimulamos, lo conocemos como "El mestizaje de la economía". Un sistema de transición hacia la plenitud de la economía moderna, manteniendo lo que hemos llamado "La filantropía de los pobres". Porque la generosidad no reside en el bolsillo, sino en el corazón del pueblo. Mantener la iniciativa y el entusiasmo de las faenas comunales desinteresadas, aportando dirección técnica, herramientas, maquinarias y combustibles, es decir, bienes que necesariamente tienen que ser pagados, significa mezclar eficiencia de la economía moderna, con el idealismo de la economía arcaica. Tal vez parezca extraña esta afirmación en lugares ya plenamente incorporados a los adelantos de nuestro tiempo. Mas en las regiones apartadas, por la lejanía o la altitud, está aún distante la hora en que por medios monetarios, financieros, crediticios, pueda llegar, a plenitud, el aporte de nuestro tiempo. El periodo de transición, en muchos casos, puede tardar algunas décadas.

Caracteriza a la región andina el fenómeno del mestizaje que, sobrepasando lo racial, marca las manifestaciones culturales, deja su huella creativa y fecunda en la pintura de la Escuela Cuzqueña o en la escultura de la Quiteña. Marca con sello indeleble a la literatura. Cabe preguntarse, ¿por qué no reconocer, entonces, el mestizaje de la economía?

EL LEGADO ARQUITECTÓNICO

Así como la figura de Colón es inseparable del tríptico de la Santa María, la Niña y la Pinta, la fisonomía urbana de Cajamarca lo es de sus tres Templos principales: La Catedral, San Antonio y Belén. Tres naves que simbólicamente corresponden a las tres carabelas.

Constituyen, según Wethey, el gran mensaje hispánico. Así como los Templos de Puno y Arequipa son esencialmente mestizos, en su escultura y temática, los de Cajamarca, igualmente originales, emplean menos motivos autóctonos, asemejándose más, sin copiarlos, a modelos españoles. El crítico mencionado, nos habla de San Gregario y San Pablo de Valladolid y de San Esteban de Salamanca. Hay, pues, una diferencia importante en los dos capítulos de nuestra arquitectura mestiza.

La extraordinaria fachada de la Catedral, caracterizada por su fantasía y originalidad, merece los más encendidos elogios de Wethey. Lo entusiasmo menos la gran Iglesia Franciscana de San Antonio, ubicada seguramente donde estuvo el Templo incaico, improvisado como temprana Iglesia Católica, donde se bautizó y, más tarde, se sepultó, al Inca Atahualpa. Las Iglesias de Cajamarca nunca culminaron sus torres en la era Colonial. Parece que al concluir las regía un tributo especial que se quería evadir, vieja costumbre nacional de remoto origen. Debido a ello, en 1941, se coronó el Templo con una torre octogonal de poco feliz inspiración.

Pero hay, además, un conjunto urbano de particular atracción: La plaza de Belén donde se yerguen el Templo y Convento respectivos. Me tocó brindar decidido apoyo a la tarea de reconstrucción de aquel recinto tan lleno de sabor. Puede decirse que está rescatado y, afortunadamente, la obra restauradora continúa. Es extraordinario el frontispicio de la Iglesia, único caso en que aparece, parcialmente, una torre inconclusa pero original. El interior tiene una rara atracción por su luminosidad y su hermosa cúpula, con bellas esculturas que hacen recordar a la Iglesia pueblerina de Chiguata, en las cercanías de Arequipa. Hay en el interior un cierto derroche decorativo que, pese a algunas imperfecciones, produce un efecto visual fascinante.

La apertura de una nueva calle, ha segregado la parte del Convento destinado al hospital, donde se conserva, el

recinto del "Cuarto del Rescate", aunque ha perdido su entorno original, pues se accede a él por uno de los inmuebles de la calle Amalia Puga. Recientes excavaciones han mostrado algo de la infraestructura de antaño, con sus canalizaciones pétreas. La techumbre moderna no intentare memorar con fidelidad, lo que fue la construcción original. Pero allí están, todavía, los muros pétreos, silenciosos testigos del drama de Cajamarca.

LA CIUDAD REPUBLICANA

En 1950, tuve la oportunidad de viajar a Cajamarca, secundado por el Arq. Eduardo Neyra, a fin de esbozar un Plan Maestro. Ello nos permitió inspeccionar, cuidadosamente, la ciudad y sus monumentos. Propusimos una serie de medidas, entre otras el acceso vehicular al Cerro Santa Apolonia, que domina la ciudad. Desde allí la observó el conquistador; Pedro de Candia colocó su mejor pieza de artillería. Pusimos énfasis en la necesidad de restaurar los Baños del Inca, acción que me tocó cumplir más tarde en el gobierno. Sugerimos un hotel en ese emplazamiento lo que, afortunadamente, fue cumplido inicialmente por la familia Puga y, más tarde, por el grupo Bentín. Por otro lado, en la Plaza de Armas, el gobierno de entonces construyó el Hotel de Turistas.

Pero, el adelanto más notable se ha efectuado en el sector educativo. La universidad de Cajamarca es un centro de vibrante actividad intelectual y, pese a sus limitados recursos económicos, ha logrado realizar edificaciones que, si bien sencillas, alojan adecuadamente a sus distintas Facultades. En una reciente visita, pude comprobar el buen cuidado del "Campus".

En mis dos gobiernos pusimos especial atención en la creación de instituciones educativas, destacando el excelente Instituto Tecnológico. Dimos especial apoyo al notable programa de arborización. Estimulamos a los bancos de

fomento, hoy precipitadamente paralizados. La ciudad posee excelentes artesanías y la industria principales, evidentemente, la lechera, que atraviesa, infortunadamente, por una situación difícil. Sin embargo, la Cajamarca de hoy es una ciudad activa y laboriosa.

La Plaza de Armas, gran recinto urbano, ha sufrido notables transformaciones desde el dramático encuentro del mundo hispánico con el andino. La era Colonial ha dejado su huella indeleble en los hermosos Templos y Conventos que hemos citado.

La Republicana, en forma un tanto desordenada, le ha dado edificaciones de nuestro tiempo, que difícilmente equiparan la prestancia de los viejos monumentos. Y, a un costado de la Plaza, en una colina, se yergue todavía el "Cuarto del Rescate", testigo silencioso pero elocuente del drama de la Conquista.

LA OLVIDADA LAGUNA DE POMACOCHA

En 1979, nos encontrábamos en nuestra franciscana campaña, en el Alto Mayo. Nuestro vehículo era un camión. Viajábamos en la caseta el piloto, mi mujer y yo. En la plataforma de carga, instalamos un colchón y un plástico para proteger de la lluvia a mis amigos, que viajaban a la intemperie. Pronto un diluvio hizo más difícil nuestro viaje, cuando recorrimos el tramo entre Aguas Verdes y el Abra de Parado de Miguel.

Caída la noche, sin que hubiese amenguado el aguace-ro, reconfortaba a mis acompañantes diciéndoles que, en la cercana laguna de Pomacocha encontraríamos un confortable hotel, que mandé construir, en mi primer gobierno.

Grande fue nuestro desencanto, cuando comprobamos que esa estructura había sido abandonada, inconclusa, por mis sucesores. Allí estaban sus columnas al borde del lago, que tiene varios kilómetros de largo, a una altitud de 2, 223mts.

Nos consolaron los lugareños y nos llevaron a un destar-talado hotelucho, construido a base de tablas y que, para colmo de males, se encontraba cerrado. Logramos ubicar al dueño, sin amedrentarnos los ladridos de feroces perros guardianes. Nuestro cuarto tenía, a manera de escala, unos cajones de cerveza. Nos alumbraba una vela. Cuando mi mujer objetó las fallas de aquel albergue, yo exclamé: Apaga la vela y piensa que estás en el Hotel Bolívar. A la mañana siguiente, aceptamos, filosóficamente, las deficiencias de las precarias instalaciones sanitarias ...

Llegado nuevamente al gobierno, ordené que se concluyera la construcción del Hostal, tan irresponsablemente detenido por mis improvisados sucesores. Llegué de nuevo a Pomacocha, como Presidente de la República, disfruté de un excelente alojamiento y de un jugoso almuerzo.

Y, aquí viene el corolario de esta anécdota. No hice sino dejar el gobierno, y se clausuró el Hotel. El pueblo, naturalmente, salió a la calle a protestar, hubo heridos y hasta un muerto. Desde entonces, Pomacocha, que marca la mitad del camino entre Chiclayo y Tarapoto, carece de facilidades hoteleras adecuadas. Es que nuestro país puede definirse, infortunadamente, como una nación de constructores, pero también de destructores. Lo digo como Arquitecto, más que como gobernante: ¡Es trabajoso construir! pero ¡qué fácil es destruir!

CUANDO LLEGAMOS A JUMBILLA ... POR LA PALIZADA

Hace unas semanas se difundió profusamente, por televisión, una visita presidencial a Jumbilla, capital de la provincia de Bongará, en el Departamento de Amazonas, a una altitud de 1, 935 mts. Todo aparentaba que fuera un hecho insólito, que ese pueblo olvidado hubiese sido desconocido por otros gobernantes.

Mas no es así. Hace tres décadas llegué a él, a caballo, por la Palizada. Entonces carecía de acceso vial, que nos impusimos el deber de construir.

En esa zona lluviosa, el camino de herradura tuvo que protegerse con interminables troncos, colocados paralelamente. El viaje implicaba un gran esfuerzo. Yo nunca me quejé de él, porque me inspiró la obra que, más tarde, rompió el aislamiento de aquella capital provinciana, como lo hicieramos con más de una veintena de otras ciudades, de igual jerarquía.

No, señores del gobierno. Nadie les critica que, utilizando los medios oficiales y, especialmente, los cómodos, ágiles y rápidos helicópteros, se repitan ahora las visitas que nosotros hicimos, muchos años antes, a lomo de bestia, lo que no se justifica es que se reclame derecho de autor.

Ojalá estos viajes fugaces, inspiren una obra pública amplia y duradera. Que no sean el simple pretexto para dejar las dádivas que se esfuman, sino para realizar las obras que quedan. Los trabajos que conducen al desarrollo y a la prosperidad de los pueblos.

EL PERÚ AL PASO LENTO DE LA ACÉMILA

Hace más de tres décadas estábamos empeñados en llegar, como pudiéramos, a las provincias privadas de vialidad y carentes de aeropuertos. Nuestra lista era larga, de unas 25 a 30 capitales. Entre ellas figuraba, en el Departamento de La Libertad, la provincia de Bolívar.

Me han comunicado que allí, en las elecciones municipales de este año, el pueblo nos ha dado la victoria, ¡Qué gran satisfacción! No han olvidado, seguramente, el momento jubiloso en que nuestra cabalgata ingresó a la Plaza de Armas.

Con ferviente entusiasmo, se había reunido el pueblo para, recibir a unos viajeros que, desde Balsas, en el río Marañón tuvieron que seguir viaje, a lomo de bestia, pernoctando la primera noche al borde del caudaloso río y, la segunda, en plena jalca, en un hogar campesino.

Nos dio la bienvenida un maestro, en elocuente y emocionado discurso. Recuerdo su última frase, que lo dice todo: "Ustedes, señores, han aprendido su lección del Perú en el libro abierto de sus horizontes..." Viniendo de un maestro, aquella frase tenía especial significación: Lección y libro. Eso es el Perú.

Más tarde, llegado al gobierno, ordené la construcción del camino, penetrando a la provincia por Pusac y Longotea.

Cuando dejé el mando, ya se había roto el aislamiento de Bolívar y la vía estaba a unos cuantos kilómetros de su capital.

El acceso a Bolívar abre un nuevo horizonte a la vialidad nacional. De allí será fácil bajar al Huallaga, conectando con la Marginal de la Selva. Será una nueva vía de penetración. Por lo pronto, ya se advierte los benéficos efectos de la vialidad. En el futuro serán mayores.

Nos enorgullecemos de haber cumplido nuestra promesa de interconectar a las provincias aisladas. Hay algunas que carecen de carretera, pero que tienen acceso fluvial, sea desde Pucallpa, desde Yurimaguas o desde Puerto Maldonado. Esa obra, de hondo significado, es ignorada por muchos, por los que creen que Lima es el Perú, por los que ignoran la magnitud y hondura de un país, cuya importancia está en cada metro cuadrado de su territorio.

Recorrimos el país a lomo de bestia, lo que nos dio una idea de su auténtica grandiosidad. Ahora, cuando lo hacemos por carretera, sentimos la satisfacción de haber cumplido una labor largamente esperada.

EDIFICANTE CABALGATA ANDINA

Al iniciarse la década del 60 realizamos una serie de exploraciones, a lomo de bestia, para familiarizarnos con el territorio en, relación a distintos proyectos de desarrollo, especialmente en el orden vial.

Buscábamos una nueva conexión entre Huancayo y la costa, por la propuesta vía de Cañete que, más tarde, logramos construir en el gobierno.

Llegamos por carretera al altiplano minero y, a partir de Tomas, un pueblo a 3, 540 mts. de altitud, nos internamos por el camino de herradura en dirección a Alis, Carania y Yauyos, capital de la provincia del mismo nombre que entonces ya estaba conectada a la costa. La cabalgata de tres jornadas nos permitió conocer a fondo, la margen derecha del río Cañete.

Encontramos allí algunos represamientos antiguos cuyos muros eran construidos con abundante champa. Su desagüe, en forma un tanto primitiva, destruía paulatinamente parte de esos muros. Más nos impresionó este afán por represar las aguas, en un valle que dispone de un apreciable caudal. Hicimos campamento al pie del represamiento, que inspeccionamos detenidamente.

Poco después llegamos a pernoctar a Carania, a una altura de 3, 827 metros. Tuvimos allí, entre el campesinado, la más generosa acogida. Nos hospedaron en una casa rural donde recuperamos fuerzas para el descenso a Yauyos, a un nivel mil metros más bajo. En aquella capital de provincia, los misioneros jesuitas nos alojaron en su pulcro Convento y nos informaron ampliamente, sobre los pesares y las esperanzas de aquella apartada región.

La última etapa fue la más suave, llegando por carretera a nuestro destino después de pasar por la pintoresca Lunahuaná y por las imponentes ruinas de Incahuasi. El inmenso granero que nos habla, en el lenguaje de la arquitectura, de la notable capacidad productiva del valle.

El viaje fue decisivo. Pocos años después llegábamos al gobierno y se construía un camino carretero sobre las huellas de nuestras acémilas.

Pero no fue eso todo. De vuelta a Lima, encargué a unos alumnos de ingeniería que fueran al valle, a la margen izquierda. Allí, en un lugar llamado Laraos, frente a Carania, que está en la margen izquierda, existe una represa prehispánica que, a diferencia de la que nosotros inspeccionamos, tenía muro de piedra y un ingenioso sistema de evacuación de las aguas. A otro grupo encomendé el levantamiento de los planos de Incahuasi llamado a tener amplia difusión.

Tal fue el resultado de una expedición que muchos creyeron, era una simple aventura. Es que el territorio peruano, con sus dramáticos contrastes, tiene muchos mensajes que hay que recoger. No me arrepentiré nunca de haber promovido ese viaje tan lleno de enseñanzas y de inspiración.

Más tarde en el gobierno, la comunidad de Cacara, en las alturas de uno de los afluentes del río Cañete, emprendió la tarea de construir un camino para romper su aislamiento. El desprendimiento accidental en la cordillera, sepultó a varios comuneros. Me constituí allí para rendirles homenaje. ¿Qué mayor prueba de los méritos de aquel esforzado campesinado? Es un claro indicio de la respuesta edificante de nuestras comunidades al dramático desafío geográfico del Perú.

UN PALACIO DEL INCA SOBREVIVE

Hace unas tres décadas tuve oportunidad de tratar a Ciro Alegría, en un ambiente de camaradería y cordialidad. Compartíamos nuestra curiosidad por el legado peruano; él y yo nos identificábamos en nuestra condición de andariegos. Cuando se presentaba la oportunidad de una excursión de fin de semana a algún lugar del país, la emprendíamos juntos.

Ciro era tan ameno con la palabra como con la pluma. Un verdadero "Causeur" sobre todo en temas nacionales, el autor de *El Mundo es Ancho y Ajeno*, a pesar de su forzado alejamiento del país, nunca perdió contacto con el suelo natal. Era el compañero ideal para nuestras aventuras arqueológicas.

El caso que relato tenía como objetivo la encantadora Huaitará, pasando por el fascinante conjunto de Tambo Colorado, donde los Incas se encuentran frecuentemente con el adobe y logran resultados sorprendentes, Huaitará está en lo que podríamos llamar ceja de Costa o ceja de Sierra a unos 2, 500 metros de altitud. Es la antesala de Ayacucho, por la Vía de los Libertadores que me tocaría construir después en la llamada "Variante de Huaitará".

En aquel poblado de abrupta topografía y densa vegetación, se construyó, sabe Dios cuándo, un Palacio del Inca

afortunadamente, conservado. No se trata de una iglesia construida sobre los cimientos o los muros de una vieja estructura. Se trata de un Templo instalado en el recinto del Palacio. La construcción es de piedra y su ampliación y la torre, de adobe. Las imágenes cristianas ocupan los viejos nichos pétreos. Nos deleitamos recorriendo este monumento aún viviente con el autor de *La Serpiente de Oro*.

Caída la noche, tuvimos dificultad en conseguir albergue. Cenamos en una fonda con la grata compañía de algunos lugareños. A falta de hotel tuvimos que pedir hospedaje nada menos que en la comisaría del pueblo, que no era hotel de 5 estrellas ...

Al amanecer, emprendimos el regreso a lo largo del río Huaitará, que es tributario del Pisco. Tambo Colorado, gran recinto Imperial atribuido a Pachacútec en su incursión a la Costa, es una estructura netamente militar y ceremonial.

Sólo en Chan Chan se le ha sacado más partido a la plasticidad de la arcilla. En nuestro interminable diálogo con *Ciro Alegría*. Comprobamos, una vez más, su bonhomía, su sencillez, su modestia. Saboreó este viaje como si hubiera estado rodeado de comodidades, con una actitud siempre sonriente y festiva. ¡Cuánto gozamos él y yo comprobando las grandezas un tanto ignoradas de este Perú silente y apartado!.

Cuántas veces recordaría el insigne narrador, en este recorrido, su propia descripción de nuestros villorrios. “Era hermoso ver —escribió alguna vez— el cromó profundo del caserío y era más hermoso vivir en él. ... ¿Sabe algo la civilización? Ella, desde luego, puede afirmar o negar la excelencia de la vida ... Los seres que se habían dado la tarea de existir allí entendían, desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien común ...” En este párrafo del *El Mundo es Ancho y Ajeno*, citado por *Cornejo Polar*, hay una hermosa síntesis en la que se describe el paisaje, se transmite la vibración del hábitat andino y se llega a profundas conclusiones sobre la felicidad, la justicia

y el bien común. La pluma del escritor, como el pincel del artista describe con certeros brochazos el cuerpo y el alma de la comunidad

En ese ambiente de tanta inspiración construimos la Vía de Los Libertadores, utilizando provisionalmente el tortuoso sendero de Castrovirreyna. En mi segundo mandato la mejoramos con la variante ya citada, que acorta y facilita el recorrido, pasando por las obras hidráulicas de Chocococha y por el histórico pueblo de Huaitará que elevamos a la jerarquía de Capital de Provincia.

El hostel que allí construimos estaba destinado a traer el turismo en una adecuada escala, en el camino a Ayacucho más el eterno afán de discontinuar obras que otros concibieron, dio lugar al cambio de uso de la hermosa construcción sub-urbana, en pleno campo, frustrando, en alguna medida, nuestras expectativas.

Cuando en junio de 1985 inauguré, ante el monumento a San Martín, en Pisco, la Vía de Los Libertadores, sentí la ausencia del gran amigo que, de no haber muerto prematuramente, en 1967, habría realizado aquella inolvidable ceremonia.

SAN BARTOLOMÉ PUEBLO, HIJO DEL FERROCARRIL

Seguramente sorprende en el mundo tecnológico el hecho de que el ferrocarril de trocha standard, más alto del universo, es el que cruza los Andes peruanos. Pero, así es. Se construyó, antes de la Guerra del Pacífico, con recursos nacionales, cuando no existía el Banco Mundial. El promotor de la obra, el Ingeniero americano, Enrique Meiggs había sido traído al Perú por el Presidente Diez Canseco, para construir el ferrocarril del sur.

Más tarde, en el gobierno de Balta, se le encomendó la gran tarea de vencer los Andes, pasando un abra a 4, 800 mts. de altura. La memorable obra es una de las maravillas de la ingeniería, aunque sea centenaria.

Pero, el gran protagonista fue el trabajador. Su obra fue acrobática y riesgosa, no sólo por razones de la abrupta topografía, sino por la verruga, mortífera enfermedad que sólo fue controlada cuando ya había causado muchas víctimas.

De trecho en trecho se armaba campamento que, a veces, terminado el trabajo desaparecía y, a veces, era la semilla de un nuevo pueblo cuyo destino lo convertiría en estación del ferrocarril.

Tal es el caso de San Bartolomé, a unos 50 kms. de Lima donde el ferrocarril comienza realmente a trepar la cordillera. El pueblo se encuentra a unos 100 mts. encima del valle, en terreno abrupto y rocoso. Pero tiene una compensación:

Es un mirador sobre el valle del Rímac. De estación ferroviaria ha pasado a ser una gran huerta de frutales, gracias al esfuerzo y la tenacidad de sus hijos. Mi esposa y yo nos vinculamos mucho a San Bartolomé, porque admiramos su vocación por el trabajo en común y porque todo lo que se ha logrado allí, lo ha hecho el pueblo. Solíamos hacer frecuentes visitas para alentarlos en las tareas comunales.

Un día llegó al Perú un héroe de la aviación mundial: Carlos Lindbergh, que venció el Atlántico en una frágil avioneta, en 1927. Yo era entonces un niño fanático de la aviación y estuve allí con la multitud que lo aclamó. Había volado solo y por eso se le conocía como el "Águila Solitaria"; Lo invité a almorzar en Palacio y, tal vez, el mensaje más grato que le transmití es que, en San Bartolomé, pueblo colgado en las estribaciones de la cordillera, tenía un club deportivo cuyo nombre era, nada menos, que el de Carlos Lindbergh. Cautivó la noticia al eminente visitante, que no había venido al Perú para hablar de aeronáutica, sino de defensa de la naturaleza, concretamente de una especie marítima en proceso de extinción. Concluyendo aquel agasajo, levanté mi copa para brindar "por el Águila Solitaria y la Ballena Azul...".

Un pueblo un tanto apartado del Perú le había rendido, al inmortal piloto del "Espíritu de San Luis", el más elocuente homenaje.

EN TORNO A LA BLANCA CIUDAD ALTA PILA BAUTISMAL ANDINA

Aunque nacido en Lima, mis raíces arequipeñas me llevaron, desde la niñez, a aquel departamento y a la Blanca Ciudad. El acrobático desembarco en Mollendo y el espectacular cruce de la Pampa de La Joya, quedaron grabados en mi mente. Tema frecuente en la mesa hogareña, eran las tradiciones arequipeñas y los sueños futuros. Sobre todo, en lo que tenía que ver con el riego, en una ciudad hermosa pero muy limitada área labrantía. Muchas veces crucé las pampas de Majes y de Sigwas. Alguna vez me interné al hermoso valle de Majes, llegando en una frágil avioneta en la que aterrizamos en la trocha carrozable, que entonces lo conectaba a la carretera Panamericana.

En mi primer gobierno, logramos realizar los estudios de ampliación de La Joya y el proyecto de Majes. Este último encomendado a la firma italiana. Electro-consult. Sólo nos alcanzó el tiempo para estudiar la ingeniería, y llevar la viabilidad hasta lo que sería la entrada del túnel de Huanco, mediante el cual se derivan las aguas del Calca parte alta del Majes- a los sedientos arenales costeros.

Alguna vez penetramos a esa región, hoy plenamente divulgada gracias a la obra de ingeniería y a extraordinarias publicaciones. El Calca es mucho más profundo que el río Colorado de los Estados Unidos, y el deporte de aventura es allí mucho más escalofriante. Los pueblos de Chivay e Ichupampa, Yanque y muchos otros, son atracciones extraordinarias, donde la creatividad del hombre rivaliza con la de la naturaleza, en aquel paisaje bellissimo. Pernoctamos en Yanque y, a la mañana siguiente, visitamos su templo tan arequipeño, aunque con un marcado acento rural.

En los pueblos de toda la región, hay Templos que deben clasificarse como "arquitectura mestiza". Pareciera que los misioneros españoles, recordando los Templos de la península, en sus grandes líneas, hubieran adaptado,

connostalgia estética, la lección de esas obras para concebir, con cierta ingenuidad y mucha imaginación, nuestras iglesias. Para mí, revisar las páginas de los libros bien ilustrados con esta arquitectura tan auténtica, tan nuestra, es como soñar con el arte hispánico y, a base de un simple y vago recuerdo, aplicar el espíritu de esa arquitectura a nuestra región andina.

Mirar los paisajes pétreos, a todo color, admirar los petroglifos con sus bien llevados 8 mil años, es comprender la vibración cultural que se siente en las alturas andinas de Arequipa, Todo es original, la ropa, los Templos, las humildes viviendas que a veces ostentan señoriales portadas, San Juan Bautista de Sibayo, la pueblerina y grácil Iglesia de Canocota, las monumentales andenerías, la colorida decoración de los Templos, causan verdadera admiración. El Templo de Santiago Apóstol de Cocoraje es un ejemplo de imaginación y creatividad, No lo es menos el de la Concepción del Lari, ni el de la Inmaculada de Yanqueque ya hemos mencionado, Lo admirable es que no hay copia, no hay repetición, Sólo un marcado aire de familia, un parentesco, una hermandad en el arte y en la fe.

Tuvimos que ascender más alto para construir la represa de Condoroma, monumental pila bautismal andina. Sino lo hubiéramos hecho, no habría agua estable en las Pampas de Majes. ¡Qué gran satisfacción la mía cuando habríalas compuertas! Y lo hicimos con humildad, porque en las alturas del Calca hay unas grandes litomaquetas realizadas en la época pre-hispánica, que muestran todo el sistema de andenerías, demostrando una vez más, aquello en que tanto hemos insistido y con un santo orgullo: La tradición planificadora del Perú.

Abajo en el arenal florecen ya varios miles de hectáreas y todavía esperan sedientas, inmensas extensiones en que mañana brotarán las plantas y se construirán hogares y escuelas para las nuevas generaciones. Para todo ello no falta una pila bautismal inagotable : Nuestra represa de Condoroma.

UNA JOYA OLVIDADA EN LA CORDILLERA

Causan admiración en “La Ciudad Blanca” las iglesias de pueblo construidas por las Misiones Dominicanas. Destaca la de Caima, con su atrayente atrio, en la hermosa plaza. También se admira la de Yanahuara en una ubicación espaciosa, que constituye un verdadero balcón sobre Arequipa. En alguna medida, aunque distorsionada por muchas refacciones a raíz de terremotos, se aprecia, también, la de Paucarpata. En cada viaje a Arequipa fuimos, una y otra vez, a visitar esos Templos pueblerinos donde el Perú, receptivo al mensaje evangélico y a la arquitectura religiosa que trajeron los españoles, supo dar tanto como recibió. La versión de una arquitectura mestiza Arequipeña es, realmente, muy original.

Mas lo admirable es encontrar, a lo largo del viejo camino a Puna, ejemplos que por algún elemento destacan y merecen incorporarse a la historia del arte americano.

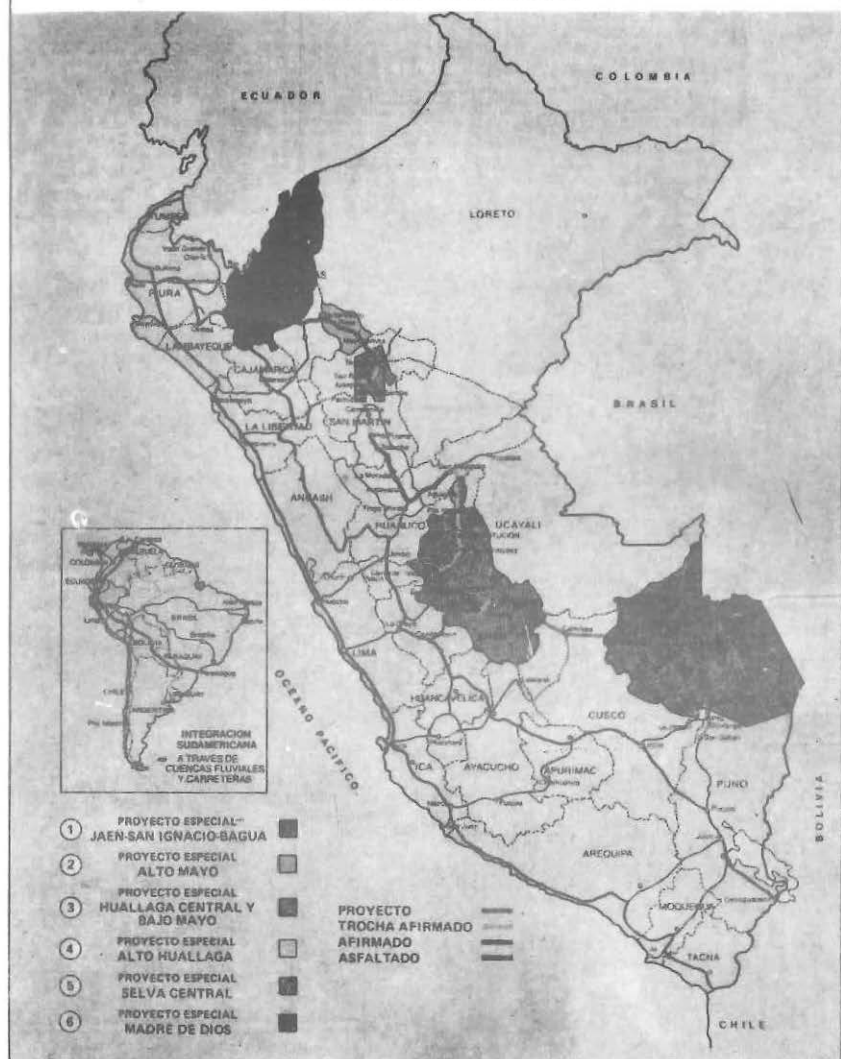
Partiendo de Arequipa hacia el Este, para ascender al Altiplano, a unos 30 kms. se encuentra una aldea, Chiguata, donde no se llega a sospechar que pueda hallarse una obra de arte extraordinaria.

La Iglesia del Espíritu Santo no supera, desde luego, a los ejemplos arequipeños ya anotados, en cuanto a estructura y planta, pero nos ofrece una sugestiva cúpula, cuya escultura interna si bien relacionada con antecedentes españoles de la misma orden Dominica, como en Archidona y en Olmedo, tiene un tratamiento tan original que no podría confundirse con ellas, aunque se asemeje su estructura radial. Wethey la considera como uno de los “trabajos más originales del período Colonial”. Aquel camino de Altiplano, se encuentra con el ferrocarril en la estación de Imata. Pero ha perdido algo de importancia en vista de que, la más reciente vialidad a Puno, va por la ruta de Yura y Sumbay. Cada vez menos turistas tienen oportunidad de experimentar la sorpresa estética que, hace tres décadas, nos reservó

Chiguata, versión Arequipeña del Arte Mudéjar. Doce ángeles ataviados con plumas, están colocados radialmente. Las cabezas de los querubines vistosamente decoradas, e imágenes a escala natural de San Francisco, Santo Domingo, San Antonio de Padua y San Vicente Ferrer, ocupan los cuatro soportes y, entre ellos, típico ornamento mestizo llena los vacíos. Wethey, que alguna vez pasó por allí, es nuestro virtual cicerone a través de su obra sobre arquitectura y escultura Colonial en el Perú. No cesaremos de reclamar la traducción al castellano de aquel libro fundamental.

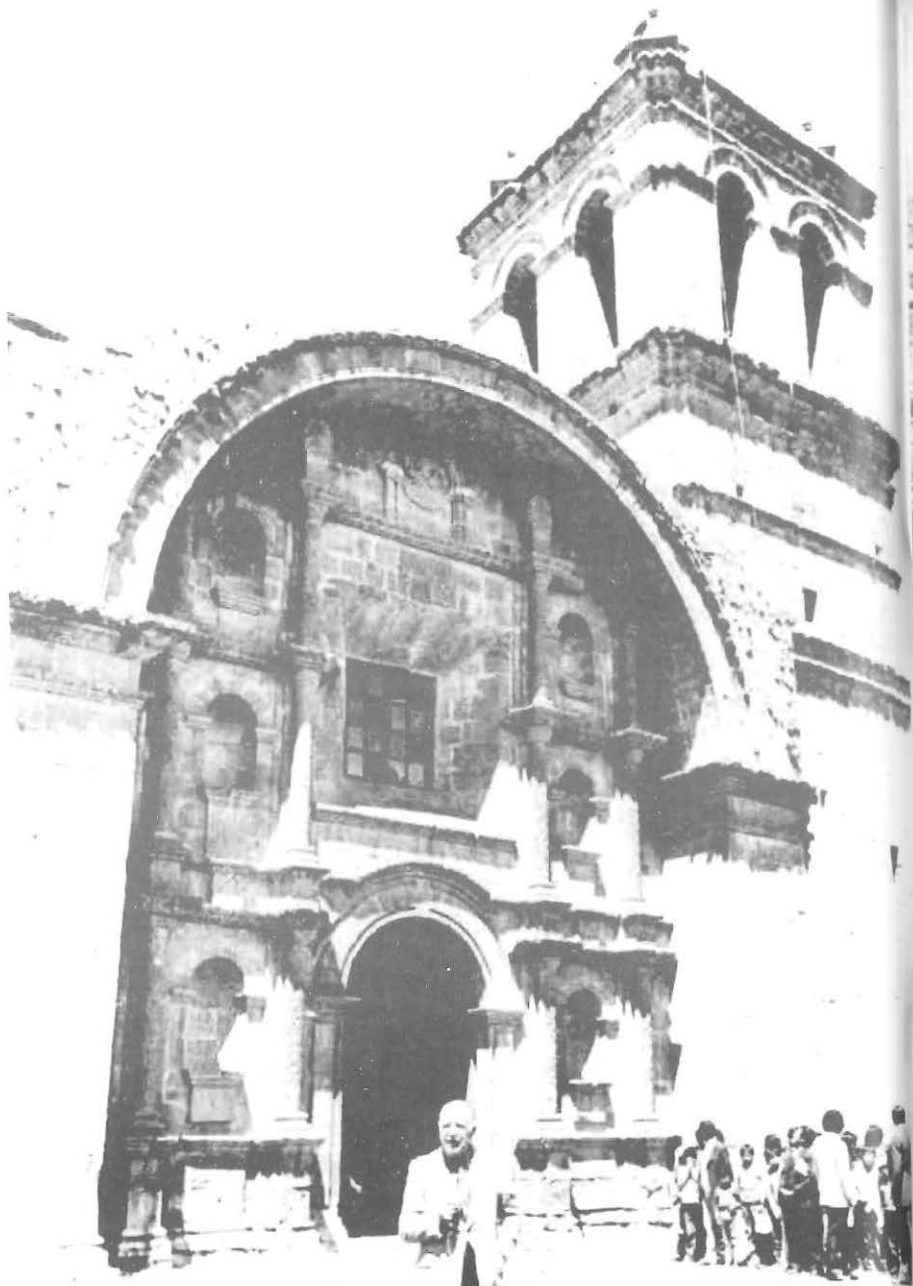
Siempre he sostenido que los pequeños pueblos olvidados del Perú, tienen mucho que ofrecer y creo que, tal vez, el tiempo que mejor he empleado en mis recorridos por el país, fue el que me llevó a las aldeas donde, en medio de la mayor sencillez, resalta alguna joya olvidada como lo es, por regla general, la hidalga hospitalidad provinciana.

CARRETERA BOLIVARIANA MARGINAL DE LA SELVA Y PROYECTOS ESPECIALES



De mi Mensaje al Congreso de 1985 he tomado este mapa del Perú que es como conurbio de los viajes realizados. Aparece desde la frontera con el Ecuador, en San Ignacio, el recorrido de 1,500 kilómetros de la Carretera Marginal de la Selva cuyo terminal dejamos en Puerto Ocopa, del Departamento de Junín. El trazo que aparece de allí a la frontera con Bolivia, ya plenamente estudiado, es la tarea que queda por realizar. Tomemos nota que, a unos 200 Kilómetros está el punto llamado Camisea donde la Compañía Shell realizó exploraciones por encargo de nuestro gobierno que culminaron en el hallazgo de inmensos yacimiento gasíferos. Ellos constituyen gran esperanza para el desarrollo económico del Perú. Es lamentable que, desde el año 1985 en que dejamos el mando no se haya hecho nada concreto para explotar esa riqueza. Tengamos confianza en que tan grave omisión sea subsanada.

Como puede verse en el mapa, la Carretera Marginal de la Selva se sustenta en seis proyectos especiales de desarrollo que son notables por su profundidad y visión.



El majestuoso telón de fondo es la Iglesia de Pomata que, desde una altura, domina el Lago Titicaca.



Esponáneo encuentro del autor con comuneros, en Puno. Destaca el símbolo de la lampa. ↑

Típico encuentro con el pueblo. ↓





“En el Cuzco no se sabe que admirar más. Si la vigorosa corriente cívica, la vibración telúrica del paisaje o el hechizo de los monumentos...” (E.B.T.).

↑ Almorzando en el camino. De izquierda a derecha: de la Jara y Gálvez, inolvidables correligionarios. En el centro el autor, seguido de Hurtado y Pestana.

↓ En Huamachuco, ante los restos del antiguo campanario.







Pelando papas en Yurac Paccha.

El autor en una de sus tantas visitas a
Vilcashuamán.





Fernando Belaunde Terry en el Mausoleo del Inca, en Machu Picchu.



↑ La original iglesia es, nada menos, que el Templo de Zepita, testigo de grandes acontecimientos históricos.

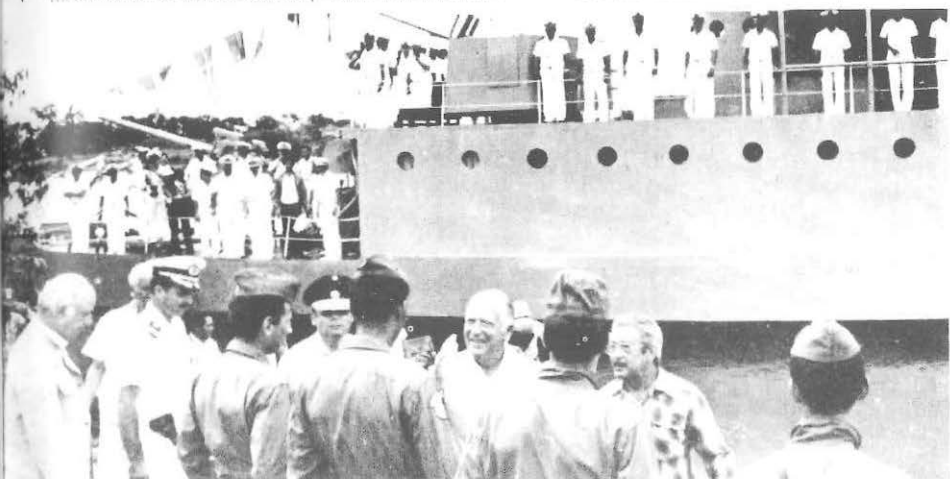
Desde el "Ollanta", Belaunde admira el primer navío a vapor que navegó en el Titicaca (primero a la derecha). ↓



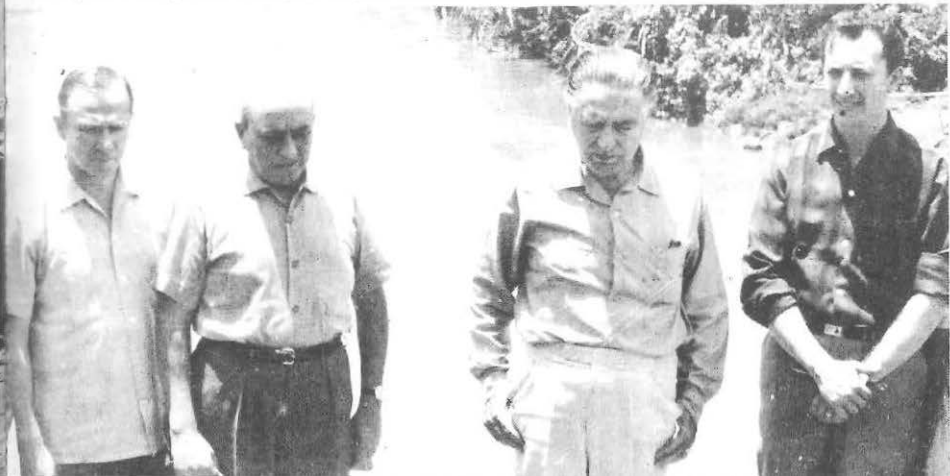


↑ Cruzando el Alto Tocache. En primer término, de la Jara, que muestra una herida en la frente causada por una caída del caballo.

Belande desembarca en Tama Tama, en el corazón de la Selva venezolana. ↓



Belande en Aspuzana, ingreso de la marginal de la selva de San Martín. Lo acompañan el Embajador Zorraquín, el Encargado Negocios del Ecuador y el recordado Ministro Carriquiry. ↓







El autor en las ruinas de Marcahuamachuco. A su derecha, el recordado dirigente nacional, José María de La Jara.



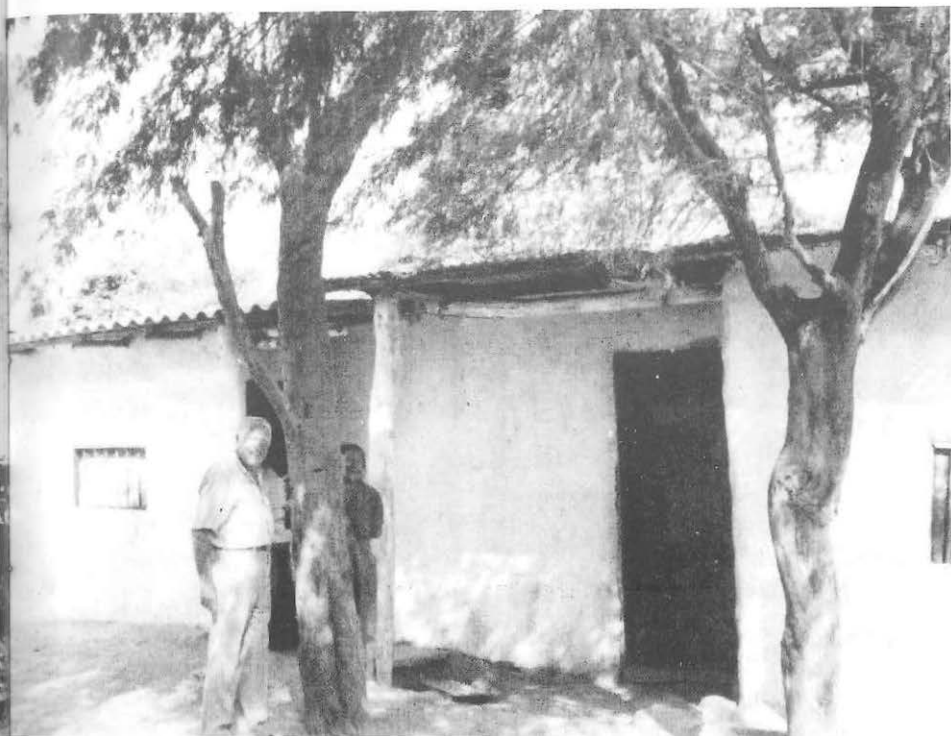
↑ Llegando a Bolívar, fotografía tomada en los inicios de la campaña "pueblo por pueblo".

Las ruinas de Tambo Colorado en las serranías de Pisco. →

Después de un descanso en Carania, listos para partir a Yauyos. ↓

En Tamarindo en el valle del Chira, el autor se da tiempo para visitar viviendas rurales. →







↑ El Lago Rimachi.

En esta balsa fuimos, desde el Apurímac, hasta el Ucayali. ↓





En el "Hovercraft", explorando la Selva

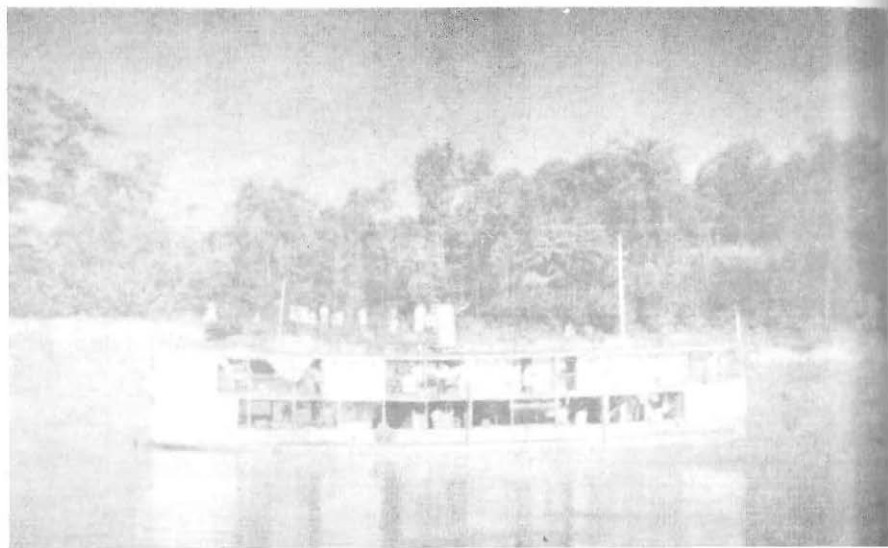
En la campaña de 1962 el autor recorrió con el destacado aviador Guillermo Saco Vértiz, buena parte del Perú.





↑ Dramática fotografía del Codo del Pozuzo.

La "Simchi Roca" utilizada para la navegación entre Pucallpa e Iquitos, en 1961. ↓



EN PUNO ... HAY PARA RATO ...

Al fin de la década del 30, me lancé a la aventura de editar una revista que llamé, El Arquitecto Peruano, en cuya dirección habría de laborar los siguientes 25 años.

Desde el primer número me propuse, entre otras cosas, resaltar la habilidad de mis colegas en el uso de la pluma y el lápiz. Respondió Emilio Harth-terré, recordado por sus estudios profundos de la arquitectura pretérita y por su maestría en el dibujo. Me proporcionó, generosamente, lo que él llamo una "Estilográfica" del Templo de Santiago de Pomata. Fue mi primer contacto con el extraordinario monumento.

Mis andanzas por el país me llevarían, una y otra vez, a recorrer la ribera del lago. No me limité a las ciudades de Juliaca y Puno, sino que incursioné en el río Ramis donde admiré los putucos, aquellas casas esculturales que definí como "Pirámides de los vivos". Me deleité en excursiones a Pucará y Ayaviri y, en Azángaro, admiré el "Templo de Oro".

Estuve en Desaguadero, en Mazo Cruz y Moho, al otro lado del Lago. No contento con ello, conocí la ribera boliviana, estuve en Copacabana y en Huaqui y me embarqué, entusiasta, en el "Ollanta", aquel hermoso navío construido en Inglaterra y cuyas partes llegaron al Altiplano, a lomo de bestia.

Pero, lo que más me impresionó fue el rosario de pueblos, desde Chucuito a Desaguadero, pasando por Juli, Pomata y Zepita, tres lugares que nos transmiten brillantemente el mensaje cultural del virreinato como lo hacen, con sobria majestad, con el del Perú pre-hispánico, las Chulpas de Sillustani. Para no dispersarme en un tedioso intento enciclopédico, voy a limitarme a hablar del templo de Santiago de Pomata, que surge en un promontorio sobre la ribera como una llamarada rosada, emergente de la geología

de aquel suelo privilegiado. Hay un autor americano al que no ceso de rendir homenaje desde que, en 1949, llegó a mis manos su libro *Colonial Architecture and Sculpture in Perú*, publicado por la casa editora de Universidadde Harvard: Harold E. Wethey.

Pomata es un pueblo ribereño, algo sobre elevado sobre sus playas, de topografía ondulante. Su altitud es de 3, 863m.s.n.n.. Desde todas sus alturas hay una visión extraordinaria sobre el Lago Sagrado y, no lejos, existe una playa de arena donde, en la época apropiada, los bañistas se arriesgana sumergirse en sus heladas aguas. Parte del pueblo conserva sus originales techos de paja, de gran plasticidad. Nuestro tiempo ha incursionado con menos preocupación estética, con la invasión de la fría calamina.

Citemos a Wethey: "La obra maestra del estilo mestizo en Sudamérica es la Iglesia de Santiago de Pomata ...construida con piedra rosada, de comienzo a fin, es incomparable en la belleza de su diseño y la calidad de su ejecución ...". Llegaron primero los dominicos antes de 1553, mas fueron expulsados y sustituidos por los jesuitas. En 1600 se reparó el daño y regresaron, logrando asentarse, nuevamente, en lo que merecería el rango de Monasterio. Los documentos y las inscripciones dan remotas fechas de la ejecución de lo que pudo ser un templo inicial. Pues ya, en 1681, Meléndez lo describe, en su crónica. Harth-terré encontró tres valiosas referencias en los inventarios de la Sacristia, que hacen presumir que la Iglesia fue edificada en el primer cuarto del siglo XVIII. Las referencias son a la terminación del Altar Mayor, en 1722, y a reparacion es en la bóveda, en 1729 y 1732. La hermosa portada principal está recesada dentro de un inmenso arco que tiene una inscripción en 1663 y una anotación que reza, "Quiroga acabó en 1794". Todo ello hace pensar que esta parte, es efectivamente, más reciente. Como sólo se conserva una torre derivada de la Escuela del Cuzco, se presume que la otra, por algún motivo, se derrumbó.

Wethey hace una detallada descripción de las portadas, bóveda de cañón y de la extraordinaria cúpula, en la que encuentra un parentesco con otra en la Capilla de la Mejorada, en Olmedo, España. Es muy interesante comprobar el parentesco y, al mismo tiempo, las marcadas diferencias que denotan un aporte local importante. Las cúpulas anotadas son hermanas, más no gemelas. Algo que he admirado siempre en este Templo, es su colocación en el majestuoso pedestal ribereño. Se siente desde que se percibe su silueta lejana, que uno se acerca a un hito fundamental de nuestra arquitectura.

No exagera, Wethey, cuando afirma que "la Iglesia de Pomata es, en su integridad, incomparable. Una completa y perfecta joya ... Este monumento de Pomata bastaría por sí sólo para probar el genio original de los constructores coloniales, y las peculiares calidades imaginativas que produjo el mestizaje entre la cultura nativa y la europea ...".

Quien sale de Puno a recorrer unos 180 kms. con rumbo a Desaguadero, tiene que prepararse a hacer varias escalas: Chucuito, llave, Juli —el centro de irradiación de la utopía mestiza que creará las misiones del Paraguay Pomata, con la mágica atracción del templo que he descrito, y la original Iglesia de Zepita, desplegada lateralmente, testigo silencioso de alguna batalla de la Independencia.

Para concluir, puedo afirmar, como asiduo y reverente peregrino de esos lares: En Puno, hay para rato ...

PIRÁMIDES DE LOS VIVOS

Campe sinos olvidados de Puna viven en "Putucos" que asemejan tumbas faraónicas.

En la gran altiplanicie del Lago Titicaca, cerca de la misteriosa Taraco, encontramos un cuadro de conmovedora miseria. La triple amenaza de sequías, inundaciones y heladas mantiene un clima de perenne inquietud. Y, sin

embargo, el hombre sigue tercamente, amorosamente aferrado a su tierra ancestral.

Hay un ambiente de impresionante desolación. El árbol es el gran ausente de este paisaje sin plantas en que el ichu apenas insinúa una limosna de fertilidad. Empero, si se excava unos metros, la tierra da frutos milenarios; surgen inmensos y expresivos monolitos que delatan una cultura contemporánea a la de Tiahuanaco, cuyo centro de irradiación civilizadora se encuentra al otro extremo del lago sagrado. Y la obra de arte confirma el pasado apogeo. Esta tierra, sin duda, fue antes menos inhóspita que ahora; el hombre del antiguo Perú aprendió a arrancarle frutos, que hoy tan porfiadamente niega. Sin otro capital que unas cuantas ovejas escuálidas, abandonadas y tristes, el pastor vive una existencia vegetativa y decadente, sin que su suerte preocupe a autoridades sometidas ciegamente a la consigna centralista.

Quisimos adentrarnos en el misterio de la vida de esta gente, atraídos por la pureza de la forma que dan a sus viviendas, llenas de sencillez y sobriedad. El "putuco", pirámide de vivos, es la obra maestra de estos arquitectos sin diploma, que parecen sembrar y cosechar sus casas como si se tratara de plantas ...

Carentes de paja para techar, desprovistos de madera, estos constructores intuitivos supieron dar tres dimensiones a su pobreza, haciendo con la humilde champa —especie adobe recortado en el suelo mismo y reforzado por las raíces del ichu— estructuras de plasticidad extraordinaria. No hay materiales innobles sino innoblemente empleados. Y aquí no se comete ese error. No en vano tienen estos pobladores una vieja tradición escultórica. Y si supieron

moldear a su gusto la dura piedra, con la fácil arcilla prefirieron buscar la silueta indeformable —eterna como su hambre— de la inamovible pirámide, tumba imperial al borde del Niloy hogar de desheredados que, en trágica existen-

cia, parecen vivir su vida póstuma en las orillas de nuestro majestuoso lago.

Requería una habilidad creadora, profundo sentido constructivo, el plasmar una solución tan honesta, tan franca y tan limpia. Partiendo de un plano cuadrado, que no sobrepasa los cuatro metros, los muros herméticos, interrumpidos apenas por un estrecho vano de acceso, se elevan con ligera inclinación y de allí las champas ascienden con un receso hacia adentro, en busca del vértice donde toda la composición se reduce a un punto. En algunos casos el muro básico es de adobón: en muchos las champas están bien recortadas que parecen adobes salidos de nítidas gaveras. y así se logra techar con tierra, ante la mezquina ausencia del tronco, de la rama o la paja.

En el interior se encuentra un ambiente cálido en contraste con el frío del altiplano. Unos cuantos utensilios de cerámica y algún tejido vistoso ponen la nota de color en la penumbra de esta sepultura de seres vivientes, donde yace una raza olvidada desde la puesta hasta la salida del sol. Un pequeño orificio sirve para la evacuación del humo, ya que este ambiente único alberga a todas las actividades domésticas. Con verdadera intuición artística los volúmenes aparecen agrupados en composición de sugestiva belleza y algunos muros bajos, cercando los corrales, dan unidad a los conjuntos en el ancho horizonte de la puna.

Periódicamente el Río Ramis se desborda. Entonces estas casas geométricas se miran en sus aguas. Y un ambiente de desolación y de muerte envuelve el paisaje grandioso.

Cual miniatura de tumba faraónica el "putuco" puneño se llena así, silenciosamente, de funeraria solemnidad ...

ZEPITA, NOTABLE JOYA ALDEANA

La cuenca del lago Titicaca es una fuente inagotable en que la obra del hombre, rivaliza con la obra de la naturaleza.

Los templos de la época Colonial parecen surgidos del suelo, con una mampostería que proyecta el tono avioletado de los afloramientos pétreos.

El deleite arquitectónico se mezcla, a veces, con el recuerdo de algún notable episodio histórico. Hace un cuarto de siglo, fuimos a inaugurar la autovía a Desaguadero"pueblo limítrofe con Bolivia. Está a unos 190 kms. al sur de Puna. Y, poco antes de llegar, se pasa por el distrito de Zepita, que tiene unos 24 mil habitantes; congrega sólo un millar en la capital del mismo nombre. Es una aldea modesta, pero marcada por una joya: El Templo de San Pedro.

Desplegada la iglesia lateralmente, tiene su ingreso principal por una portada empotrada en un inmenso arco, cuyo receso resalta una profunda sombra. Al lado derecho hay una sobria torre con un hermoso campanario. Exteriormente el templo está cubierto de tejas pero, interiormente es una bóveda de cañón impresionante. En la portada lateral que describo, se hace alarde de una habilidad decorativa, destacando en los nichos laterales, las estatuas de San Pedro y San Pablo. Muy cerca de ellas arranca la estructural y empinada escalera de acceso a la torre. El alargado atrio está acentuado por una horizontal escalera de cinco peldaños, la mampostería está a la vista y su simplicidad contrasta con el elaborado diseño de la portada.

Encontrar un templo de tanta originalidad, nos habla mucho de la cultura de la región en que domina la Escuela Juli- Pomata, que inspiró la arquitectura religiosa de toda la cuenca.

Pero, me deleito no sólo como arquitecto, sino como ciudadano.

Allí, en Zepita se libró, en 1823, una honrosa batalla en la gesta de la Independencia. El Ejército Realista comandado por Jerónimo Valdez, fue derrotado por las fuerzas de Andrés de Santa Cruz que, en esa época, coordinaba sus acciones militares con Gamarra, no lejos de allí. ¡Quién iba

a decir que el gobernante peruano moriría, años después en Ingavi, en su encuentro con las fuerzas de Ballivián!

Siglo y medio después de la muerte de Gamarra, realizaba yo este viaje a la frontera. En Desaguadero se unieron peruanos y bolivianos para darnos la bienvenida. Las décadas transcurridas se habían encargado de echar un manto de olvido sobre las viejas contiendas, en un ferviente encuentro de las dos naciones hermanas. Antes las unía un puente construido sobre las barcazas de totora que nos tocó reemplazar por una moderna estructura, hito importante en la vialidad transcontinental.

Desde Juliaca, donde construimos el aeropuerto MancoCápac hacia Yunguyo y Desaguadero, modernizamos la vialidad ribereña, creando un interminable balcón donde se observa, por un lado la belleza de la tierra y, por el otro, lamajestuosa horizontalidad del Lago Sagrado.

LA MÁGICA INSPIRACIÓN DE JULI

De todas mis incursiones a Juli, el histórico pueblo al borde del Titicaca, la que más me impresionó fue la querealicé en 1978, llegando, no por tierra, como lo hice tantas veces anteriores, sino por el mismo Lago Sagrado. Veníamos de Bolivia, donde nos habíamos embarcado en Huatajata, en un veloz aliscafo.

¿Por qué tanto interés en una pequeña ciudad puneña? Simplemente, porque es la cuna de la cultura mestiza y porque quedan huellas imborrables del paso de preclaros y visionarios misioneros jesuitas.

Hombres de gran cultura no se limitaron, arrogantemente, a imponer sus propios conocimientos e inquietudes sociales, se sorprendieron con el vigor de las institucionesandinas y, lejos de mirarlas con desdén, se adentraron a estudiarlas con profundidad y fervor.

Ellos estaban impregnados de la idea de la utopía, arraigada en Europa en esos tiempos y propuesta, en cierta manera, para la realización en el misterioso Nuevo Mundo. Tan misterioso que no sospechaban que un intento de utopía se había hecho realidad, en la región andina, en tiempos pre-colombinos.

Mientras los misioneros difundían el mensaje evangélico e instalaban en Juli, la primera imprenta de todo el Continente Sudamericano, mantenían los ojos abiertos y los oídos receptivos a la tradición oral. Fue allí donde tuvo su origen el más notable experimento mestizo —hijo de la utopía Europea y de la tradición andina— que dio lugar a las famosas misiones del Paraguay, y la Argentina. Fueron, efectivamente, misioneros de Juli los que, trasladados al corazón del continente implantaron el memorable experimento en que las misiones crearon una sociedad sin privilegios, donde todos trabajaban y participaban de los beneficios. Mientras el marco urbano y la arquitectura religiosa, respondían a pautas europeas, la inspiración social era la que habían recogido en la misteriosa cuenca del Lago Sagrado.

Hicimos una breve escala en la Isla del Sol, que pertenece a la hermana Bolivia, recorriendo su accidentado terreno donde, en cada promontorio, se tiene la feérica visión del lago. De allí navegamos 40 kilómetros hasta Juli, donde sin ser esperados, desembarcamos mi mujer y yo, nos hospedamos en un hostel que mandé construir en mi primer gobierno, en la zona periférica, para no alterar el paisaje urbano.

Salimos a recorrer, de nuevo, aquella pequeña ciudad-museo. Mi mayor atracción siempre fueron las ruinas. Alguien ha dicho “una bella arquitectura es una arquitectura que será una bella ruina”. Y el hecho se confirma entre los escombros de Santa Cruz, donde quedan en pie algunos fragmentos que hablan elocuentemente a la vista, con su diseño magistral y su escultura expresiva. Hay un gran encanto en lo que queda de Santa Cruz y, entre las plantas y la hierba que ha crecido en las ruinas, las ovejas ponen una

nota de vida y un acento rural. No menos impresionantes son las ruinas de la Asunción, aunque algo distorsionados por intentos restauradores.

Los padres del Mariknoll, han hecho un notable esfuerzo restaurador en San Pedro, cuya estructura, adecuadamente reforzada, ha asegurado la supervivencia del Templo y la continuidad del culto. La iglesia se inició en el siglo XVII.

Otra reconstrucción extraordinaria es la de San Juan, caracterizada por su riqueza escultórica y por extraordinarios aportes pictóricos. Wethey, el notable crítico americano, ha afirmado que en la Edad Media europea no se conoció, en ese aspecto, nada que superara este esfuerzo tan alejado, en la cuenca lacustre del Altiplano. El remoto origen de San Juan se remonta a 1590 y su reconstrucción a 1700.

Como en todos los pueblos del Perú, la Iglesia es escuela. La arquitectura civil recibe sus enseñanzas. Eso se comprueba al contemplar la portada de la Casa Zavala, en la Plaza de Armas.

Juli no destaca en el mapa del continente con caracteres predominantes. Parece ser un pueblo más. Pero es como las ciudades-madres de la época pre-helénica, progenitora de las históricas misiones jesuitas del Paraguay, donde en un triunfante mestizaje, se fusionaron los ideales utópicos de Mann y Campanella, con el legado social andino. Así es el Perú, país de tesoros ocultos u olvidados, de mágica inspiración creadora.

LOS POETAS Y EL MISTERIO DE MACHU PICCHU

Tal vez entre los viajes más fascinantes que pueden hacerse en el Perú, está la visita a Machu Picchu que atrae a historiadores, arqueólogos, turistas y aventureros ... No trata mi comentario de hoy de algo desconocido. No hay en el Perú quien, por propia experiencia, no se haya familiarizado con la "Ciudad perdida de los Incas" o quien, por lo menos, no la haya examinado en fotografías, planos o dibujos.

Más aún, muchos se han sumergido en sus misterios, a través de los poemas. Yeso, según Octavio Paz, "es una manera de ver con los ojos cerrados ...".

Llegué a la ciudad yacente, por primera vez, en 1950, cuando todavía se ascendía a lomo de bestia, disfrutando, al alcanzar la cumbre, del maravilloso espectáculo. Era un esfuerzo un tanto acrobático, pero que le daba a la excursión un matiz de aventura.

Los edificios silentes de las ciudades muertas siempre transmiten algún mensaje. El propio Taj Mahal, aquel famoso mausoleo a la mujer, es como un monumento al amor, atrae un flujo permanente de visitantes a la India. Lo mismo ocurre en Machu Picchu.

Alguna vez la comparé a Pompeya, ocultada súbitamente por la lava del volcán, así como al conjunto andino, la vegetación lo cubrió con un manto verde que, más tarde, levantara Hiram Bingham. En ambos casos se percibe el mensaje de aquella ciudad mundana, la pecadora Pompeya, como el de la rebelde e idealista Machu Picchu.

Se comprenderá con cuánto fervor regresé, una y otra vez, en las circunstancias más diversas. Un día tempestuoso lo hice como los cóndores, desde el aire, en helicóptero.

Descendimos en la maravillosa Plaza central, flanqueada lateralmente por las terracerías, en forma tal que el diseño

resultaba tanto obra de la naturaleza como del hombre. Con respeto, diré más, con amor, se había escogido el sitio acondicionándolo sin maltratarlo, sin dejar cicatrices.

Tal vez allí radique la mayor característica de la ciudad. Y, a un extremo, el pico alto de Huayna Picchu, coronado con toques arquitectónicos, en un alarde, más que de dominio, de sometimiento a la naturaleza, porque no hay mayor sabiduría en los asentamientos humanos que la obediencia a la naturaleza.

Regresé para inaugurar la central hidroeléctrica que aprovecha el desnivel, en un inmenso meandro del río Urubamba. En las entradas de los Andes hay una Catedral: El recinto excavado para alojar a las turbinas. En ese templo, como el fuego de la fe, brilla el chispazo de la energía.

Martín Adán, el recordado poeta peruano, se refiere a Machu Picchu como:

Maqueta de la poesía

Lo concreto y preciso de la nube

Y lo real de la humana, verdadera vida;

Cierta imagen de Dios.

Y, Pablo Neruda nos deja, en su inmortal poema Alturas de Machu Picchu, estas expresivas palabras, que cito al azar: "Muralla por los dedos suavizada ... Tronos volcados por la enredadera ... inmóvil catarata de turquesa ... Campana patriarcal de los dormidos". Y sigo en esta desordenada selección como quien arranca flores en un jardín: "Arquitectura de águilas perdidas ... Nivel sangriento, estrella construida ... Cúpula del silencio, Patria pura ... Luna arañada, piedra amenazante ...". Y todo esto culmina con palabras que lo dicen todo: "¡Ola de plata, dirección del tiempo ... ¡".

Los poetas, más que los exploradores, que los arqueólogos o los pintores, han penetrado más hondamente en las raíces de la Ciudad Perdida ... Y, reencontrada.

URBANISMO YACENTE Y VIVIENTE

Se ha calificado a Machu Picchu como "La ciudad perdida de los Incas". A Ollantaytambo, a mitad de camino desde el Cuzco, yo la llamaría el hallazgo de la creatividad perenne... La conquista española no la mató. La admiró, la sedujo en la reencarnación del mestizaje. Así como Machu Picchu es un testimonio clarísimo y veraz del urbanismo incaico, Ollantaytambo, si bien conserva su belleza pasada, ha seguido viviendo, asimilando la enseñanza europea, sin perder su inconfundible carácter andino.

Un manto de vegetación cubrió Machu Picchu, la inmortal ciudad yacente ... Un baño de sangre, en la contienda y el amor, realizó el milagro de la supervivencia en la nunca perdida, siempre presente, Ollantaytambo.

Al pie de las grandiosas terracerías se extienden la aldea colonial y el pueblo republicano. El camino del Inca se convierte en vía férrea y carretera. En cierto momento las viejas y las nuevas piedras adquieren una cierta continuidad. El mestizaje ha dejado sus huellas. Pero del pasado queda el monumento a la tierra, plasmado por el hombre en las andenerías, y el monumento al agua sutilmente exaltado en el "baño de la Ñusta" y distribuida con habilidad en impresionantes canalizaciones.

Llegó el conquistador cuando la obra no estaba del todo culminada. Allí están las "piedras cansadas" para atestiguarlo... pero la ciudad siguió viviendo, siguió asimilando el mensaje del pasado y pasando por un tamiz de creatividad, el aporte de occidente.

No lejos de allí sorprendí al pueblo en plena faena comunal.

Comprendí cómo se construyó Ollantaytambo. Me lo insinuó esa gente pobre, de modesto atuendo, pero conqué hidalguía en el rostro, con qué fuerza en el brazo y con qué soplo en el alma ...

En Machu Picchu se admira el legado ancestral. En Ollantaytambo el milagro de la convergencia de dos culturas.

Frente a la ciudad muerta, cuya mortaja verde levantara Bingham, y la ciudad viviente de Ollantaytambo, hay dos testimonios de la creatividad andina: uno yacente, con el mensaje de ultratumba, el otro vibrante, en la reencarnación interminable del amor ...

¡Ojalá pueda un día la tierra americana –nos dice Pablo Neruda– ser digna del múltiple monumento que nos transmitieron los pueblos desaparecidos! Tal vez Ollantaytambo sea la prueba de que puede materializarse tan poético anhelo.

EL MANICOMIO AZUL

Un día llegamos a Paucartambo, atraídos por dos leyendas: la del “Manicomio Azul”, ingeniosa huerta del señor Yábar y “Tres Cruces”, el misterioso mirador andino, sobre la inmensidad de la floresta de Madre de Dios.

Sólo pudimos satisfacer a nuestra primera curiosidad. Guiados por el olfato, el aroma de frutas misteriosas logradas por el ingenio y la paciencia, llegamos hasta la puerta del “Manicomio Azul”, llamado así con cierta bondadosa ironía, para resaltar la destreza de las manos que, cruzando especies, cultivaban allí frutas exóticas. Ya había desaparecido el memorable anciano, propietario de la huerta, mas pronto surgió la figura no menos venerable de su viuda, la señora Gamarra de Yábar. Si no me equivoco, descendiente del guerrero–estadista. Mantuvimos una charla cordial. Nunca lo olvidaremos porque, desaparecidos y a sus gestores, la huerta ha decaído como centro de investigación frutícola.

Después de una larga jornada por trocha, nada es más grato que coger una fruta apetitosa, ni más extraño que captar el sabor de un melocotón ... en una manzana. Llegamos

a tiempo para admirar este esfuerzo extraordinario en el que estaban empeñados, en el ocaso de sus vidas, dos personajes que pudieran haberlo disfrutado, con mayores comodidades, en la no lejana Capital Arqueológica. Ellos quisieron luchar contra el tedio de la vejez, arrancando nuevos frutos a la tierra. Ojalá no se haya perdido el resultado de sus abnegadas labores.

En lo que sí fallamos, fue en nuestro segundo objetivo. El llegar a "Tres Cruces" y madrugar en aquel contrafuerte andino, admirando el extraordinario amanecer en que, despejada la niebla, aparece el inmenso océano verde de la selva y, como brochazos de plata, el serpenteante curso de los ríos. "Tres Cruces" está a menos de una hora de Paucartambo y a minutos de Challabamba. Cuando se mira de allí a la Selva se tiene, a la espalda, las montañas que ocultan Machu Picchu. Por no haber llegado en la estación apropiada, tuvimos que privarnos de la sensación incomparable de un amanecer en "Tres Cruces".

Hay un misterioso triángulo, cuyos vértices son el Cuzco, tan difundido por historiadores, poetas y pintores; la misteriosa ciudad muerta que inspiró el inmortal poema Alturas de Machu Picchu y "Tres Cruces", que todavía espera la visita del poeta que cante su mensaje y del pintor que capte sus extraordinarios amaneceres.

Tengo que volver a "Tres Cruces". Su nombre queda en mi agenda como un desafío. Mis ojos que han visto todo el Perú, aún no han registrado la cautivante belleza de su aurora.

EL MENSAJE DE PISAC

A unos 25 kms. al noreste del Cuzco se llega a Pisac, uno de los lugares más misteriosos y encantadores del Valle Sagrado de los Incas. Desde allí y por más de 50 kms. hasta Ollantaytambo, el valle del Urubamba nos muestra la habilidad de los antiguos peruanos en ese arte-ciencia de la ecología, que podría llamarse la ocupación de la tierra por el hombre.

A la vera del río hay una antigua población, Pisac propiamente dicha, que muestra los efectos del mestizaje. Pero más arriba, en la cumbre, está el antiguo asentamiento en que culmina uno de los más admirables trabajos de terrazas o andenerías agrícolas, construidas en lo abrupto de la montaña. Estas verdaderas escalinatas hacia el cielo, acentúan la desafiante topografía y ponen en valor su mensaje estético. En la cumbre la ciudad pétreo se mantiene, afortunadamente, bien conservada. Las andenerías se encuentran, hoy como ayer, en plena explotación y brindan un maravilloso mirador sobre el caudaloso río Urubamba. Bajando a la ciudad ya mencionada, concurrimos, a mediados del siglo a una misa en el viejo Templo y, más tarde, al tradicional mercado de ese pueblo. Nos impresionó ver llegar a la Iglesia, con austera solemnidad, a los "Varayocs", alcaldes y jefes de las comunidades aledañas. Pero, hay algo más que no puedo olvidar: La misa no se celebró en Latín sino en Quechua, el Latín de los andes. Cuando, muchos años después, se eliminó en el mundo la celebración en Latín, recordé que tal cambio tenía un antecedente peruano. Lo había experimentado en el Templo de Pisac. Terminado el oficio religioso, concurrimos al mercado en la plaza, admirando distintos aspectos de la original artesanía. De allí emprendimos un recorrido por todo el Valle Sagrado, lleno de recuerdos del antiguo Perú y, entre ellos, la permanente devoción a la gran figura de Pachacútec, el más notable de los gobernantes pre-hispánicos en nuestro continente.

En Pisac se tiene una visión auténtica del significado y el mensaje civilizador de la región andina.

EL PÚLPITO DE SAN BLAS

Entre los muchos encantos del Cuzco Virreinal, debemos citar el barrio de San Blas que está realizado por una obra maestra de la escultura del siglo XVII: El Púlpito de San Blas.

Se trata, según el historiador Wethey, de una obra maestra en que el barroco adquiere su más alta calidad, a nivel mundial. La elaborada decoración enmarca figuras religiosas de la Virgen y los Santos y la obra esta coronada por una imagen de San Pablo.

Mucho se ha especulado sobre esta joya escultórica, en un Templo de barrio. Fue mencionada, inicialmente, por el Obispo Mollinedo, en 1696. Pocas veces se ha podido poner

tanto en tan poco volumen, refiriéndose a los padres de la Iglesia, a la Eucaristía y a la pasión. Una riqueza ornamental realza las figuras sagradas.

Se ha discutido mucho sobre el autor de este trabajo; extraordinario.

Hay quienes lo atribuyen a un artista de noble linaje incaico, llamado Juan Tomás Tuyru Tupac, creador de la Iglesia de San Pedro. Hasta el propio Rey de España llegaron los fervientes elogios de su obra. Sin embargo, no puede afirmarse que Juan Tomás fuera el autor de aquel púlpito famoso.

Como toda obra memorable, el púlpito de San Blas dio crías en la región. Lo comprobamos en la sencilla Iglesia rural de Checacupe en la que contrasta con la modestia de la estructura, la excelencia de su púlpito en que se percibe, claramente, un evidente nexo con el de San Blas.

Siempre he recomendado a los viajeros que no se limiten a pasar fugazmente por el Cuzco. Juzgo que allí se requiere, por lo menos, una semana para ver todo lo que muestran la naturaleza y los hombres, en los momentos excelsos de la creación artística.

VICTORIA EN EL ALTIPLANO

Al iniciarse mi segundo gobierno, emprendimos una obra ambiciosa que habría de llevar la más adelantada tecnología minera al Altiplano, al sur del Cuzco, para utilizar los yacimientos cupríferos, hasta entonces desaprovechados, de Tintaya. Hoy su acceso no es solamente por la vía Puno Cuzco, sino por la nueva carretera construida, a lo largo de unos 84 kms., entre Condorama, la gran obra hidráulica y Tintaya, el gran complejo minero. Lo primero que llama la atención es la excelente comunidad, el moderno conjunto de edificios habitacionales que brinda al personal la compensación de un hábitat hogareño, difícilmente superable en los estratos laborales. Pero, se admira más aún, las instalaciones que procesan el mineral, dejándolo listo para su exportación.

Tintaya tiene, naturalmente, una planta térmica de energía pero ahora está, además, conectada con nuestra central de Machu Picchu, lo que asegura, doblemente, su funcionamiento.

Cuando llegué, en helicóptero, a inaugurar las obras se mostraba, en toda su grandiosidad, el conjunto minero construido por la colaboración canadiense-peruana, en un tiempo récord y con una inversión menor que la que se había, previsto. Fue una gran satisfacción inspeccionar las obras, desde la extracción del mineral hasta su procesamiento. Y lo fue, más aún, al comprobar el adecuado nivel de vida brindado a los técnicos y trabajadores en general. Cumpliéndose el cronograma, se está agotando ya el mineral en los yacimientos centrales y ha llegado la hora de penetrar a zonas periféricas, caracterizadas por su riqueza cuprífera.

Llegar a los remotos pueblos cercanos a la laguna de Langui y observar la transformación producida por Tintaya, es experimentar una visión de lo que puede ser el desarrollo del Perú.

La explotación de Tintaya, en que se combina la Tecnología minera internacional con el invalorable aporte peruano, es uno de los logros más notables de los últimos tiempos.

III

EXPLORACIÓN SELVÁTICA

EL MANU: PARAÍSO PERUANO

Un acontecimiento editorial, llamado a tener trascendencia universal, nos ha causado honda satisfacción porque pone en alto —de donde nunca debiera descender— el nombre del Perú.

Si bien el tema tiene que ver fundamentalmente con la obra de la naturaleza, no faltan rasgos visionarios donde el hombre ha puesto su cuota de sacrificio y esperanza. Nos referimos a la monumental obra *El Paraíso Amazónico del Perú: MANU. Parque Nacional y Reserva de la biósfera*. Hay que expresar el mayor reconocimiento a los esclarecidos promotores de la obra, los señores François Patthey e hijos, quienes con profundo interés en el país y probado desprendimiento en cuanto a la promoción de la obra, emprendieron este trabajo, cuyo texto fue confiado al señor Kim MacQuarrie y la genial visión fotográfica a los esposos André y Cornelia Bartschi. La lujosa edición, que está llamada a ocupar los anaqueles de las más importantes bibliotecas del mundo, tiene un tiraje de 10.000 ejemplares, lo que es inusitado en un trabajo de tan esmerada calidad gráfica.

El Prólogo ha estado a cargo del Dr. Javier Pérez de Cuéllar. Se divide el volumen en cuatro partes fundamentales, sobre el Parque Nacional del MANU: Su historia, la flora y la fauna, los nativos y el futuro de la reserva de la biósfera del Manu.

Gracias a la iniciativa de ese gran conservacionista peruano que fue Felipe Benavides Barreda, pude expedir el 7 de marzo de 1968, y publicar el 13, el Decreto ordenando la reserva del área respectiva y creando el gran Parque

Nacional de Manu. Posteriormente, en el seguimiento respectivo, se dieron disposiciones ratificatorias por el gobierno de facto.

Puede decirse que cada una de las fotografías, referentes a la geografía, la flora y la fauna de aquel lugar maravilloso, son obras maestras. En cuanto al texto, constituye un encomiable esfuerzo que no sólo nos muestra la obra de la naturaleza sino que, con amenidad, pone los toques humanos indispensables. Se hace justicia a la gran figura de Jan Kalinowski (1855-1941), zoólogo polaco que dedicó su vida a explorar la región. Una anécdota impactante le permitió salir en libertad de una cárcel de Siberia. Eximio taxidermista, había cazado y disecado un oso polar inmenso. Dijo a sus captores que estaba destinado al propio Zar. Logró su traslado y entregó el presente, lo que significó su libertad. Emigrado al Perú, radicó en la región que nos ocupa, formó hogar y su hijo continuó su obra que, recientemente, la muerte interrumpió. Celestina Kalinowski hizo honor a su padre.

Como dentro del área de la Reserva se encuentra el Istmo de Fitzcarrald, hay una alusión a aquel famoso Barón del Caucho que realizó la proeza de llevar, a través de esa divisoria de la cuenca del Urubamba con la del Manu, la barca a vapor "Contamana". La tarea la realizó, "a pura fuerza de brazo", secundado por tribus de indios campas. Carlos Fermín Fitzcarrald, blanco de muchas críticas, no puede ser despojado de la gloria de haber sido el gran pionero, en Sudamérica, de la unión de las cuencas fluviales, tarea que todavía anhelan los pueblos decididos a lograr la integración.

El Parque Nacional de Manu, tiene una extensión de 2 millones de hectáreas, es decir, un área comparable a toda la extensión agrícola bajo cultivo, en el Perú. Está limitada por el sur, por el Alto Madre de Dios que, en la "Boca" del Manu, se dirige hacia el este. En ese punto entrega sus aguas el Manu al Madre de Dios, originándose en la divisoria en el

río Cashpajali, que desciende del Istmo de Fitzcarrald. Por el sur se domina la región desde el extraordinario mirador andino de "Tres Cruces" desde el cual, en determinadas épocas del año, se admira el deslumbrante amanecer en que, despejada la niebla, aparece el inmenso océano verde de la selva. Como brochazos de plata destaca el serpenteante curso de los ríos. "Tres Cruces" está a menos de una hora de Paucartambo y a minutos de Challabamba. "Tres Cruces" todavía espera la visita del poeta que cante su mensaje y del pintor que capte sus indescriptibles amaneceres. Es aquel lugar andino un verdadero balcón para admirar la reserva, a través de la cautivante belleza de su aurora.

Sin sospechar la obra que estaba en ciernes, recibí al Sr. Kim MacQuarrie, quien me había solicitado datos para la expedición que preparaba. Tuve oportunidad de contarle una experiencia mía. Deseoso de observar el Istmo de Fitzcarrald, pedí a la Fuerza Aérea que desbrozara un helipuerto en aquel estratégico *divortium acuorum* entre las cuencas del Urubamba y el Manu. Cuando llegamos, en helicóptero, advertimos que los trabajadores que se nos habían anticipado, estaban rodeados por una agresiva tribu de indios desnudos, marcados de rojo que, a flechazos, los estaban aniquilando. Nuestro aterrizaje puso en desbande a los agresores. Una vez en tierra, auxiliamos a un joven que tenía, clavada en la espalda, una flecha. Le dimos inmediata atención y lo evacuamos a la posta médica ubicada en Sepahua. La foto, que reproduce la obra que comentamos, dio la vuelta al mundo. Yo mismo escribí, más tarde, algún comentario en la revista *Visión*. Pero allí no termina la anécdota. Tiempo después, me visitó, de nuevo, MacQuarrie, para informarme sobre su experiencia en la región. Era portador de una conmovedora carta que un indígena, había dictado a un traductor. Se trataba, nada menos, que del jefe de la tribu que nos atacó y que, incorporado a la civilización, se había adaptado a la vida moderna en un lugar cerca de Sepahua. En la carta me presentaba sus excusas por aquella agresión. Inclusive, me invitaba a

visitarlo, asegurándome que sus dos esposas gustosamente cocinarían para mí. Esta prueba de la rápida asimilación de pacíficas maneras me impresionó hondamente. Afloró el sentido cortés de nuestra gente, aun en los más remotos asentamientos.

El Parque de Manu tiene tres zonas bien definidas. Una al borde del Alto Madre de Dios, considerada como zona cultural del asentamiento humano; otra, de investigación y turismo en ambos márgenes del Manu, desde la boca hasta el río Panagua y, el resto, que constituye la mayor extensión, sería el Parque Nacional del Manu propiamente dicho, a preservarse en su estado natural. Su acceso principal, por río, estaría en la boca del Manu; desde el Cuzco se llegaría por Paucartambo y Shintuya, pasando por "Tres Cruces". Finalmente, por el lado norte, el río Camisea, lugar del cuantioso hallazgo gasífero que, en sus nacientes, toca tangencialmente el límite de la Reserva: es el trazo de la Marginal de la Selva.

Se incluye, en la obra que comento, importante correspondencia entre el señor F. Wollmar, Director General del Fondo Mundial para la Conservación de la Fauna y, Felipe Benavides, en que se hace referencia a la "Creación del Parque Nacional, en 1973". Para aclarar la cuestión entérminos litúrgicos, podemos decir que nosotros bautizamos el Parque, en 1968 y que, nuestros sucesores, cinco años después, lo confirmaron ...

Hay en la obra algunos rasgos de imaginación, a los que no doy excesiva importancia pero que, en todo caso, vale la pena aclarar. Es inexacto que yo fuera al Istmo de Fitzcarrald a inaugurar una obra con fotógrafos y periodistas. Fui, en realidad, a efectuar una exploración del lugar, aprovechando mi visita a los trabajos petroleros en el río Camisea, que realizaba la Compañía Shell y que han dado lugar a un cuantioso hallazgo gasífero. Los trabajos de la "Carretera Marginal de la Selva" llegaron a la confluencia de los ríos Ene y Perené, en lugar 220 kms distante del Istmo de Fitzcarrald. El trazo propuesto de la carretera tiene dos variantes,

una por el río Manu y la otra por el Pongo de Mainique que empalmaría con la punta de carretera del

Alto Urubamba, en la Provincia de La Convención que, habiendo sobrepasado la misión del Coribeni, se encuentra ya muy cerca de dicho pongo. Una variante adicional se estudió por el Río de las Piedras, en el lado nor-este de la Reserva.

Es digno de anotarse, el empeño por perpetuar las leyendas de los indios Pira y Machiguenga, poniendo en valor la remota experiencia humana de la indescriptible región.

La obra promovida por Francois Patthey e hijos, pone en valor no solamente las extraordinarias condiciones telúricas, climáticas y humanas del Perú, sino la clara visión de su responsabilidad ante el mundo. El país es consciente de la necesidad de preservar sus tesoros naturales, al mismo

tiempo que la de crear un hábitat adecuado y fecundo para las generaciones futuras. Las normas de conservación ambiental deben ser rigurosamente cumplidas en todo el territorio pero, sin desmembramiento de su aprovechamiento por el hombre. Por eso, es útil demarcar bien las regiones donde la preservación es el imperativo esencial. El libro sobre el Manu despertará, en el mundo de la cultura, un nuevo interés por el Perú, país que tiene tanto que ofrecer universalmente.

País que está caracterizado por haber dado mucho a la civilización. Mucho más de lo que ha recibido de un mundo que entiende más de cobrar deudas episódicas, no muy santas, que de cumplir históricas obligaciones ante el destino de la humanidad. Entre ellas de ayudar a nuestra patria, víctima inocente de la guerra fría, a salir adelante...

EL CODO DEL POZUZO

El antiguo asentamiento de agricultores tirolese y alemanes, en el Pozuzo, constituye un enclave europeo en plena ceja de selva. Las familias, fieles a su cultura original, la han mantenido, aunque sin dejar de adaptarse al medio. En varias generaciones han adquirido una invaluable experiencia sobre la Selva Alta, sin haber olvidado sus propias tradiciones. Es un caso típico de mestizaje cultural.

Pero, habrá tiempo para hablar de esta extraordinaria colonia agrícola y ganadera. Por ahora, quiero ocuparme de su expansión. Pues la orografía la limita severamente, hacia tierras más amplias en el llamado "codo del Pozuzo".

El río discurre encañonado por varios kilómetros, hasta que rompe el contrafuerte y da un viraje hacia tierras más amplias. He ahí el codo.

Me impuse el deber de visitarlo, partiendo en helicóptero, desde Constitución, que se encuentra a unos 100 kms, hacia el este. Fue un viaje de una media hora, en que pudimos admirar cómo la Selva Baja se convierte, súbitamente, en Selva Alta dominando, al fondo, el inmenso muro andino. Pudimos sobrevolar el codo. Mirándolo se tiene, por un lado, el estrecho cañón, con aguas torrentosas y, después de la curva a ángulo agudo, el río se apodera de la planicie y se abre en muchísimos brazos, fertilizando grandes extensiones de tierra, así enriquecidas.

Aterrizamos en el pequeño poblado. Las casas y huertas están dispersas; no hay unidad urbana. Pero, la población sigue manteniendo sus viejas costumbres, con igual fidelidad a las montañas tirolese, como a la cadena andina. Me sentí honrado de estrechar las manos, encallecidas por el trabajo, de expertos agricultores. Qué gran capital significa tener allí esa experiencia. Qué ejemplo para las nuevas generaciones. Hoy se llega a pie o a lomo de bestia, pero ya la vialidad se acerca. En pocos lugares he podido

apreciar con diciones más favorables y atrayentes para el hábitat humano.

Hace algún tiempo se produjo, infortunadamente, un atentado terrorista contra aquellos esforzados colonos. Más no lograron atemorizados. Han reparado los daños y han permanecido allí. El Codo del Pozuzo es una región de esperanza. La naturaleza ha sido pródiga y el hombre está presente. El país debe dar el mayor apoyo a estas comunidades remotas, de un Departamento como Cerro de Pasco, donde no todo es cordillera, donde no toda la riqueza está en el subsuelo, sino a flor de tierra cuando se sabe trabajar el agro. Recomendando a todos los peruanos marcar, en su mapa del Perú, el Codo del Pozuzo, más o menos a la altura del Huarney ya medio camino entre el Huallaga y el Pachitea, entre Panao y Puerto Inca. El futuro lo justificará.

LABORIOSA MORENA CAÑETANA

Viajando por la Carretera Marginal, entre Aucayacu y To-cache, con Juan Mendoza, gran conocedor de la Selva, llegamos cansados y hambrientos a un lugar conocido con el nombre de "Toro Mata". No era un pueblo, no era un case-río. Era simplemente un lugar en la carretera.

Más, nos impresionó su pulcritud, su limpieza, sus ollas que brillaban y el aroma de sus potajes nativos. Detrás del rústico mostrador, una alegre cañetana, morena, entrada ya en años, ponía la nota de optimismo con su perenne sonrisa.

Nos detuvimos a almorzar y lo hicimos en las condiciones más favorables. El aseo, al que ya he hecho alusión y, en segundo término, la excelente cocina de nuestra amiga de Cañete. Nos tomamos unas fotografías que ella tuvo la bondad de exhibir más tarde en su puesto. ¡Cuántos pioneros habrán pasado por allí, cuántos hombres en busca de un futuro y, a la vez, cuántos aventureros en busca de ganancias no muy santas!

Cada vez que me tocó hablar, ya en mi segundo gobierno, con los viajeros por ese tramo de la Carretera Marginal, entre Aucayacu y Tocache, pregunté por la morena de "ToroMata". Siempre me trajeron sus saludos, sus recuerdos afectuosos. Yocreo que una persona de tales condiciones, si bien no trabaja directamente la tierra, es una gran animadora de la colonización. Sus servicios esmerados, por un lado. Su sonrisa, por otro, tan tonificante constituían aportes muy importantes para dar la nota de optimismo y alegría en aquella promisoría región, no exenta de riesgos, teatro a veces de grandes tragedias.

Años después me enteré, con profunda pena, que la morenade "Toro Mata" había fallecido. Guardo de ella el grato recuerdo del compatriota solidario y del gobernante agradecido.

EN LA CORDILLERA DEL CÓNDOR

No todos los viajes son exentos de preocupaciones. Enero de 1981, realizamos uno al río Comaina, a las pocas horas de haber recuperado nuestras fuerzas, Falso Paquisha.

El torrencioso río discurre, aguas abajo de la Cordillera del Cóndor, cuya línea de cumbres marca la frontera con Ecuador. Es terreno muy accidentado, selvático y lluvioso. En la ubicación de un antiguo puesto de vigilancia, se había detectado, el 22 de enero, la presencia de tropas del vecino país. Maliciosamente, lo habían bautizado con el nombre de Paquisha, que corresponde a un pueblo ecuatoriano del río Nangariza, al otro lado de la Cordillera del Cóndor. Era una manera de confundir a la opinión pública internacional. Al recuperar nosotros aquel lugar, se daría la impresión de haber incursionado en terreno ajeno.

Hicimos frente a ese ardid, rebautizando el puesto con el nombre de "Falso-Paquisha". La noticia dio la vuelta al mundo y se impuso la verdad.

Cuando rescatamos el puesto, decidí constituirme allí personalmente. Lo hice a las pocas horas, aterrizando en Ciro Alegría, el campo que, con clara y oportuna visión, habíamos mandado construir en mi gobierno anterior. Allí trasbordamos al helicóptero que nos llevó al lugar recuperado. Fue emocionante descender y estrechar la mano de los jefes y soldados que habían logrado el rescate. Muy a mi sorpresa, lo encontré vigorosamente fortificado.

Comprobé las dificultades de ese teatro de operaciones, lugar de nacientes de ríos que se originan en los propios taludes de la cordillera. Es, evidentemente, su línea de cumbres, una frontera natural, como muy acertadamente lo estimó el árbitro brasileiro Díaz de Aguiar.

Momentos después, en nuestra base de operaciones de Comaina, pude apreciar las limitaciones que la naturaleza impone a los que tienen el alto destino de vigilar y

resguardar nuestras fronteras. En poco tiempo retornamos plena posesión de todos los lugares donde habían ocurrido penetraciones. Afortunadamente, conservamos la serenidad en esa emergencia, y actuamos con firmeza y a la vez con cautela. Anunciamos caballerescamente nuestras acciones, con la debida anticipación, y nos abstuvimos de penetrar en territorio del país vecino. Gracias a esa política, no se produjo un conflicto de mayores proporciones, limitándose a un simple incidente fronterizo, prontamente superado.

Esta experiencia me demostró lo útil que es conocer bien hasta la última pulgada del territorio. Comprobar sobre el terreno, la realidad geográfica y buscar siempre, hasta donde sea posible, fronteras naturales, como la Cordillera del Cóndor, en la correspondiente demarcación territorial. Tal fue el criterio del esclarecido marino brasilero ya citado.

Gracias a Dios que aquel incidente –que nosotros no provocamos– no derivó en cuestiones mayores. Recuperamoslo propio sin ejercer represalias ni vendettas. La paz fue rápidamente restablecida.

VISIÓN DE YURIMAGUAS

Soy un viejo admirador de Yurimaguas. La he visitado una y otra vez, desde hace 35 años. Fui como simple ciudadano a rememorar la historia del desarrollo selvático del Perú, en el cual Yurimaguas constituye un hito remoto y misterioso.

Ubicada originalmente en el encuentro de los ríos Shanusi y Paranapura, la población está bañada por el Huallaga que, salvado el Pongo de Aguirre, aguas arriba, es plenamente navegable. Lo explica su altitud que es de solamente de 182 metros sobre el nivel del mar.

La ubicación es muy atractiva y ha permitido ampliar la original pista de aterrizaje, en el amplio aeropuerto que tuve la satisfacción de inaugurar, en enero de 1985, con el nombre de Moisés Benzaquén Renjifo.

En mi primera visita, al fin de la década del 60, advertí la falta de instalaciones portuarias. Me conmovió el esfuerzo físico exigido a los trabajadores que, en la forma más primitiva, descargaban los barcos, "Un puerto en Yurimaguas", anoté en mi libreta de apuntes. Cuando asumí el mando, por segunda vez, lo encontré avanzado en la orilla del río Paranapura. Me tocó terminar la obra y ponerla en servicio. En aquella ceremonia recordé las condiciones precarias en que, décadas atrás, me embarqué en "La libertad" rumbo a Iquitos, en un viaje memorable. En los días que pasé en Yurimaguas pude recorrer, no sólo la ciudad, sino los alrededores. Entonces estaba en construcción la vía fundamental Tarapoto-Yurimaguas. Fui a inspeccionarla hasta el puente del río Shanusi. Años después, me tocó reemplazarlo, en el gobierno, por una nueva estructura.

En la ciudad, donde se recuerda con veneración al Padre Fritz, ilustre evangelizador de la región, en la época Colonial, tuve la oportunidad de comprobar la excelencia de la obra más reciente de los padres Pasionistas. En aquella

oportunidad inolvidable, hice un relato sobre nuestro recorrido fluvial hasta Iquitos, que publiqué en mi libro Pueblo por Pueblo.

Es interesante anotar que si bien Raimondi, a su paso por el pueblo, el siglo pasado, estima en 250 personas la población de Yurimaguas, en mi segundo gobierno, según el censo de 1981, llegaba a 22 mil habitantes. Nos tocó conectar a Yurimaguas con la Marginal de la Selva, que pasa por Tarapoto, asegurando, de esa manera, su acceso vial por la vía Olmos-Marañón, conectada con la Marginal en el Abra Pardo de Miguel.

Yurimaguas debe convertirse en un centro turístico. El viaje hacia Iquitos está lleno de atractivos. Escalas obligadas son las ciudades de Lagunas, en el Huallaga y de Nauta, en el Marañón. En esa navegación se experimenta algo extraordinario: La unión de dos caudalosos ríos, Marañón y Ucayali, para dar nacimiento al Amazonas.

Me siento feliz de estar vinculado a Yurimaguas, no sólo como visitante y admirador, sino por la obra gubernativa que permitió conectarla a la Costa, por la obra portuaria que nos tocó terminar y por el excelente aeropuerto, con adecuado balizaje, que permite el ingreso de grandes aviones.

Yurimaguas ha respondido bien. Los incentivos que concedimos a la Selva, la estimularon enormemente. Ahora, hay un intento de arrebatárle lo que no es un privilegio, sino una adecuada medida geopolítica. Se ha postergado la aplicación de las leyes que la amenazan, mas debe conseguirse algo más: Que sean definitivamente derogadas y resurja la esperanza en toda la Selva y en la Perla del Huallaga.



↑ Panorana de Puno donde se advierte que el buque Ollanta está en reparación. Fue utilizado por los viajeros al regreso del Bolivia.

PUNO A TODO COLOR...

La impresionante construcción de canoas y balsas, al borde del Lago. ↓





↑ En la hacienda Casacancho, en los orígenes del movimiento terrorista, Belaunde hizo una visita y se dirigió a los campesinos.

EN CASACANCHA

Vista panorámica de Puno.





↑ Estructura de un techo, fruto de una faena.

EL RESURGIMIENTO DE LA MINKA

El pueblo construyendo por cooperación popular. ↓





↑ Interesante conjunto urbano en Moquegua.

MOQUEGUA

Belaunde herido en una manifestación,
es llevado en triunfo por sus partidarios. ↓





↑ El Templo de Viracocha, cerca de San Pedro.

CUZCO Y

El sembrío "Encachay" que caracteriza a los viejos cultivos en el Perú. ↓



↑ Escultura religiosa en Cajamarca.

CAJAMARCA





↑ Cruzando la divisoria al inaugurar la "Vía de los Libertadores".

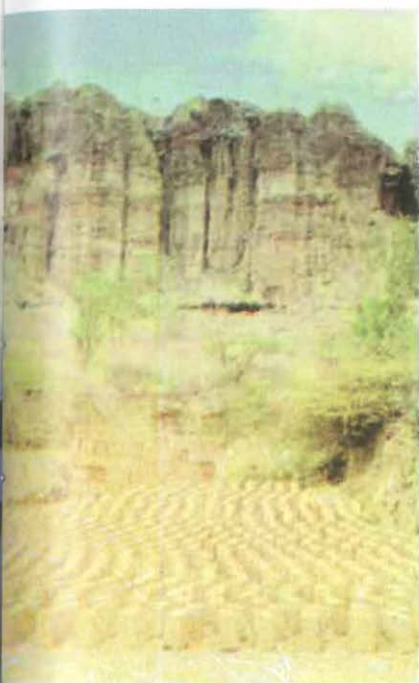
LOS ANDES Y MACHU PICCHU

En el majestuoso escenario de Machu Picchu. ↓





↑ Cariñosa acogida en Ticio.



↑ La fabricación de adobes es un rito en la Sierra.

La estructura de la Central Terrestre de Sicaya, en el valle del Mantaro. →





Las canteras de sillar, en las inmediaciones de Arequipa, origen de la ciudad.



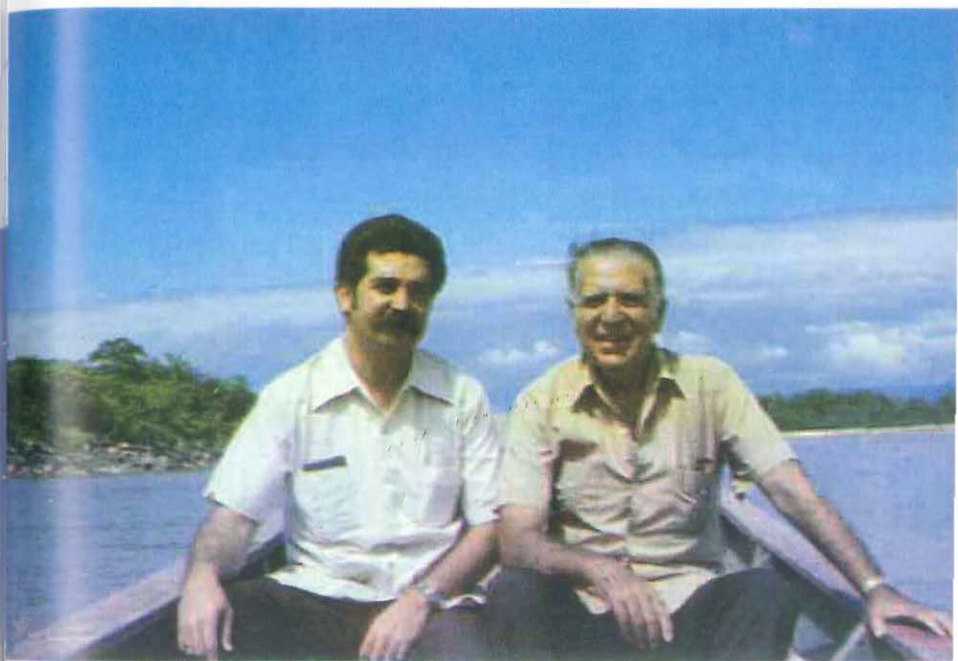
AREQUIPA

La Blanca Ciudad del Misti. ↓



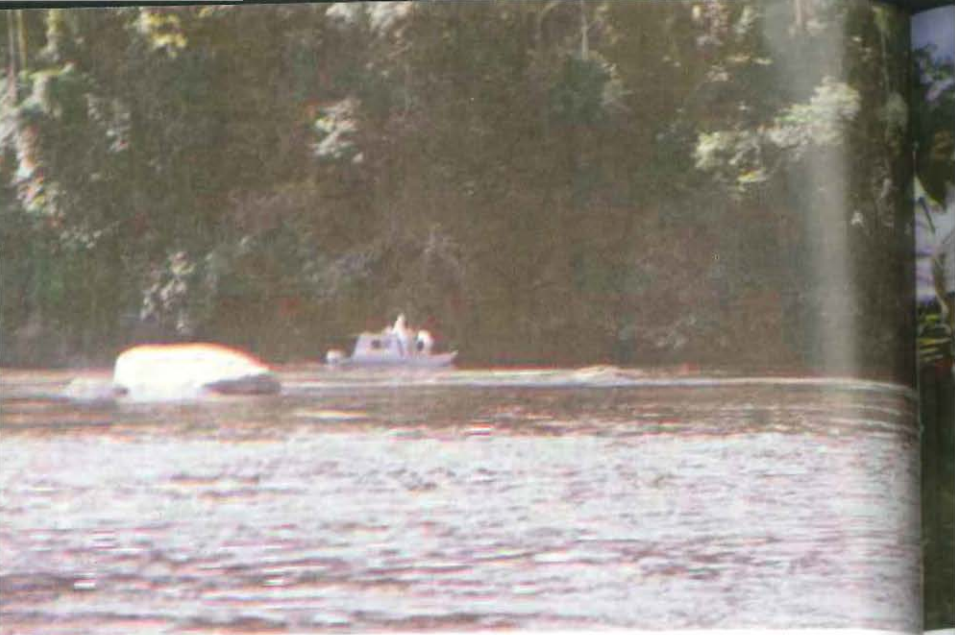


Tingo María.



↑ Con un ingeniero boliviano en el río
Yapacaní.

... Y LA SELVA



↑ La geología de la Selva venezolana, distinta a la peruana, tiene abundante piedra.

EL CASIQUIARI



El río Tambo con sus promisorias tierras, ↑
ingreso vial al Camisea.

EL TAMBO



↑ Exploración a Itzmo de Fitzcarrald. El obrero sentado había recibido un flechazo en la espalda.

Puesta de sol en la Selva. ↓

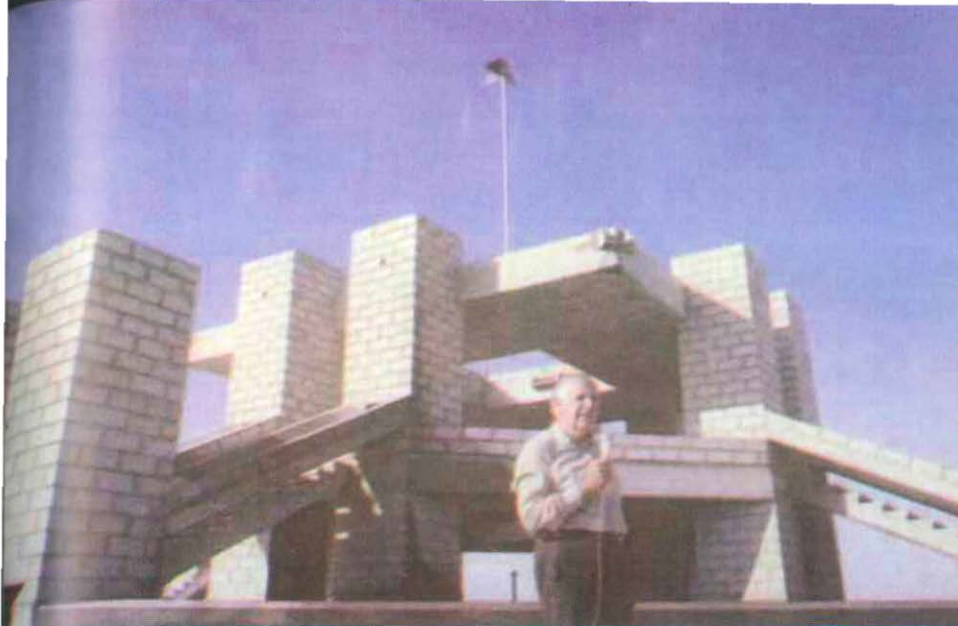




↑ El hallazgo del gas por la Shell.

El hermoso valle del Putumayo. ↓





↑ El monumento al agua en la irrigación de Majes.

COSTA AYER Y HOY

La gran obra habitacional de Limatambo. ↓

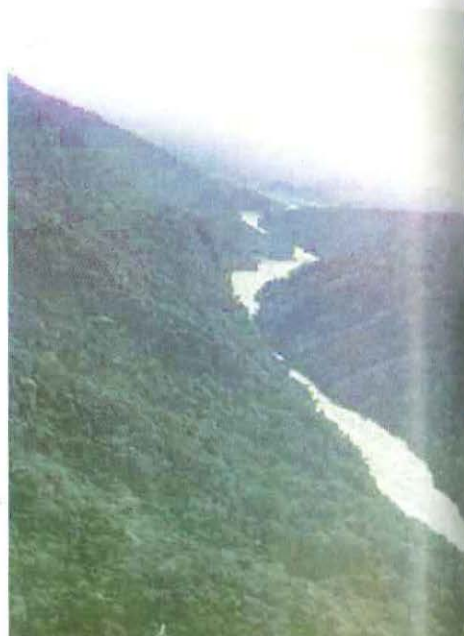
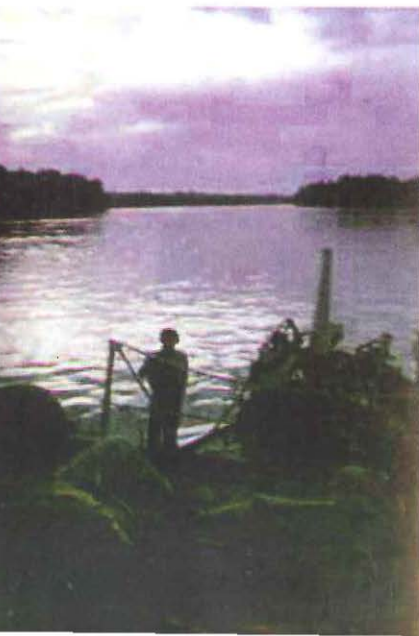




↑ El autor en la recuperación de Falso Paquisha.

RESCATE DE FALSO PAQUISHA

El Pongo de Manseriche. ↓





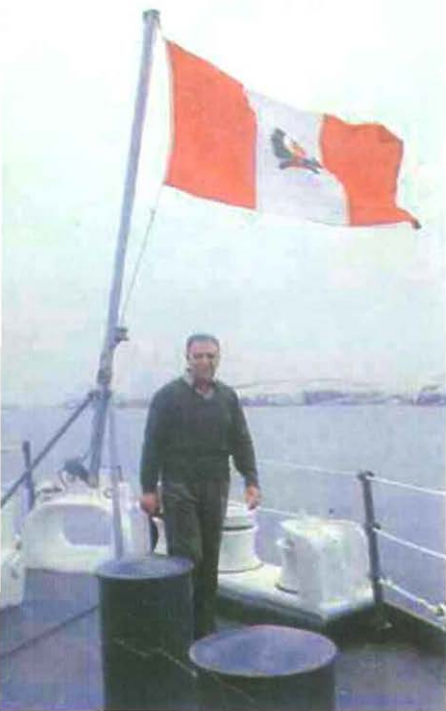
↑ Con Carlos Pestana en una expedición fluvial.

RECORRIDO SELVATICO

El Lago Rimachi. ↓



Explorando las Islas Guaneras, desde el
BAP "Independencia". ↓



↑ Los extraños dibujos en la Pampa de
Nazca.

LA

Testimonio de los viejos cultivos en el
antiguo Perú. ↓



LA ESPERANZA DEL PUTUMAYO

Entre los grandes ríos navegables de la Selva, hay uno que siempre ejerció en mí una especial atracción: El Putumayo. Mis primeras visitas a sus guarniciones se realizaron entre los años 56 y 60. Río limítrofe entre el Perú y Colombia, marca una zona fronteriza que es, a todas luces, necesario desarrollar. Más no es esa la única razón. Sus paisajes son hermosos y no está exento de recursos.

Hice mi primera incursión en la base militar de Guepí. Más tarde me tocó visitar la de Puca Orco y, tiempo después, ya en la Presidencia de la República, inspeccionar la pintoresca población de El Estrecho, donde los colonos realizan plausible labor, a pesar de sufrir un severo aislamiento del resto del país. Asignamos a ese pueblo una posta sanitaria prefabricada, importada de Finlandia y, años después, le proporcionamos ganado que se ha multiplicado en la región. Pero, siempre nos preocupó hondamente, que para llegar de Iquitos, por la vía fluvial fuese necesario bajar a territorio brasilero y remontar el río hasta reencontrar la tierra peruana, laboriosa tarea de 30 a 45 días.

Preocupado por esa situación, propuse tres variantes para un camino interfluvial entre el Napo y el Putumayo. Publiqué en, *La conquista del Perú por los peruanos*, de 1959, el respectivo mapa y los textos correspondientes.

Sólo en mi segundo gobierno tuvimos recursos para iniciarla obra en su tramo más corto, de 69 kilómetros, entrepuerto Arica, y su anexo el villorrio de Sangama y el pueblo de Flor de Agosto, en el Putumayo. Antes de terminar mi mandato hice una minuciosa visita de inspección a las obras que, irresponsablemente, se detuvieron después. Recorrí más de la tercera parte de su extensión y examiné el desbroce total de esa ruta. Inspeccioné la moderna maquinaria vial que fue llevada allí.

El punto culminante fue mi visita al lugar denominado "Flor de Agosto". Descendimos en el helicóptero, embriagados por la belleza natural de la zona. Nos impactó el campamento de ingeniería instalado allí. Nos dimos tiempo para visitar una escuelita, fraternizando con el maestro y los niños. Estábamos a las puertas del fin. Recorrimos, en ese frente, el tramo hacia el río Algodón. Se encontró trazos de carbón y, en la planicie cercana, se inició el sembrío de la palma aceitera. Sentimos revitalizada la peruanidad. ¡Qué crimen el haber paralizado esa obra!

Hoy, "Flor de Agosto" se está marchitando. Ya no hay actividad en el campamento. Las máquinas se han retirado. La palma aceitera ha dado frutos, pero no se cosechan. Se ha olvidado, no sólo a los colonos del Putumayo, sino a nuestras guarniciones y puestos militares. Uno de ellos acaba de ser atacado, no por un ejército extranjero, sino por simples malhechores. ¿Qué habrá que hacer para que se aprenda por lo menos elementales nociones de Geopolítica? Para que vuelva a imperar la fraternidad que inspiró la obra.

Esperemos que buenos peruanos retornen la antorcha que no debe extinguirse, y que frutifique de nuevo esa "Flor de Agosto" que se ha dejado marchitar.

ANGAMOS DE AGUA DULCE

Tenía profundo interés en visitar nuestra guarnición de Angamos, nombre tan lleno de contenido histórico, más no al borde del océano, sino a la ribera del río Yavarí.

Las facilidades del gobierno me permitieron llegar fácilmente en helicóptero del Ejército, partiendo de Iquitos. Yo conocía ya el río Yavarí y en alguna oportunidad había visitado la guarnición de San Fernando. Pero ésta, de Angamos, se encontraba aguas arriba. Siempre es grato visitar a las guarniciones, a los que defienden los intereses y la integridad del país aunque sea en tiempo de paz, con su presencia y su conducta. En una breve alocución yo les dije:

“Tal vez se pueda pensar que hay soledad en este lugar lejano, mas para mí no hay soledad al pie de la bandera”.

La base es bastante extensa, tiene una laboriosa guarnición que apoya a los colonos cuya población es adyacente. Me proporcionó enorme gusto el ver construida allí la posta sanitaria que trajimos, con otras más, de Finlandia, en mi primer gobierno. Se trataba de un edificio pre-fabricado, de madera, con relucientes instalaciones. Algunos se preguntaban, ¿por qué importar casas de madera de un lugar tan lejano como Finlandia, a un sitio tan bien dotado de ese recurso natural? La respuesta era simple, disfrutábamos de un crédito triangular del AIO que teníamos que invertir en Finlandia para beneficiar algunas poblaciones del país. Con ese motivo señalamos unos siete lugares que estaban necesitados urgentemente de atención médico sanitaria.

Fue así que, al término de mi primer mandato, ya habían llegado debidamente embaladas, estas postas sanitarias y una de ellas estaba dedicada a la colonización de Angamos. Esta facilidad fue y era todavía una verdadera garantía de supervivencia y salud, sobre todo para la niñez tan afectada por distintos males y, muy especialmente, por una dieta no bien balanceada.

Pero, hubo otro asunto que me impresionó notablemente en Angamos. El interés por construir la carretera interfluvial entre el Yaraví y el Ucayali, entre Angamos y Genaro Herrera, dos puntos fluviales distantes, tal vez 120 kilómetros, cuya carretera se enfrentaba por dos frentes y, sin duda, tardará algún tiempo en unirse puesto que el trabajo allí es sumamente difícil, y hacer la obra aceleradamente exigiría cuantiosas inversiones que tal vez no estén disponibles, habiendo otras prioridades. Más, en todo caso, me emocionó ver el interés en la guarnición y la población civil por aquella construcción y comprobarlo, también, al otro lado, tiempo más tarde, en el Ucayali, en el progresista asentamiento de Genaro Herrera.

Antes de dejar Angamos se realizó una ceremonia para mí de profundo simbolismo. Plantamos un árbol en el parque ribereño de aquella guarnición. Hace años que no he vuelto a ese lugar tan sugestivo que da al agua dulce del río Yaraví toda la efervescencia del agua salada del océano Pacífico, bien llamado por nosotros el "Mar de Grau". Espero volver a Angamos y encontrar floreciente al árbol que en aquella oportunidad contribuí a plantar.

RECUERDOS DEL PADRE PUERTA

En alguna otra oportunidad me he ocupado de la personalidad del padre Gonzalo Puerta, misionero jesuita en Santa María de Nieva. Previamente fue muy apreciado maestro en el Colegio de los Jesuitas, en Lima. Escucharon sus clases varias generaciones que están agradecidas a su inspiración y enseñanza. Mas ahora quiero ocuparme de un aspecto extraordinario de este misionero español, peruano de corazón.

Santa María de Nieva es una misión llena de leyenda y encanto, con un soplo espiritual irresistible. La mayoría de la población proviene de las tribus aguarunas. En el río Nieva todavía prevalecen algunas prácticas del matriarcado.

Comprendiendo que su misión evangélica no era excluyente de una promoción de la productividad en la región, el padre Puerta organizó a la población para que le entregaran sus productos naturales. Piel de lagarto, maderas, otros productos de la selva se acumulaban en una especie de maloca, es decir, un edificio ovalado muy grande, convertido en tambo, para reunir allí la producción de los nativos. Esto era muy cerca de la misión.

El padre Puerta logró despertar tal entusiasmo y tal confianza en su rectitud y seriedad, que los nativos aguarunas le entregaban toda su producción, que él trasladaba en balsas al mercado de Iquitos. Era un viaje riesgoso, él se jugó la vida varias veces en aquel recorrido, bajando las aguas del río Marañón hasta su encuentro con el río Santiago y su ingreso al misterioso y torrencioso Pongo de Manseriche, que se estrecha en un recorrido de 11 kilómetros y cuya navegación resulta peligrosa en determinados períodos del año. Una y otra vez, el padre Gonzalo condujo este convoy de balsas sin novedad, realizó las ventas en el mercado de Iquitos y regresó con los productos que la población nativa necesitaba. Productos para la actividad

agrícola, para las tareas madereras, para la cacería y, en fin, para una serie de necesidades de herramientas como los machetes, que son indispensables en la selva. Siempre tuvo éxito, siempre llegó con la mercadería requerida y con el sobrante de las ventas efectuadas. La población le tenía verdadera veneración. Tuve el privilegio de presenciar, alguna vez, su encuentro con la gente y de apreciar el afecto de que disfrutaba.

Años después, estando yo en el gobierno, vino el padre Gonzalo a visitar a uno de mis edecanos. Entonces, el Comandante y hoy General Barreto de la Fuerza Aérea, a contarle una desgracia que había sufrido una de estas expediciones en la cual él no había participado. Las balsas se volcaron en el Pongo de Manseriche. Afortunadamente se salvaron sus conductores, pero se perdió toda la mercadería que traían de regreso, que importaba una suma considerable. El padre no quiso molestarme, a pesar de que el Comandante Barreto insistió que me viera y, finalmente, nos encontramos. Hallamos de alguna manera ingeniosa de que mediante el Fondo de Salud Pública, un fondo de salud y desarrollo que entonces existía, se le pudiera resarcir la mercadería a fin de que él mantuviera su tradición de estricto cumplimiento con la población aguaruna. Así fue. Se acabó la enorme, la agonizante preocupación del misionero y pudo llegar con la sonrisa en los labios, a Santa María de Nieva.

Éste es uno de los tantos episodios que demuestran la calidad humana, la virtud religiosa, la aptitud apostólica del padre Gonzalo Puerta.

Años después, en otra anécdota que he contado, vino a mi pedido a bendecir, en 1968, el aeropuerto de Ciro Alegría, en el río Maraón, que ha probado ser un verdadero baluarte para la defensa nacional y el apoyo a nuestras guarniciones fronterizas. Él llegó en su canoa porque el punto está a 7 kilómetros, aguas arriba de Santa María. Me dijo, "éste va a ser mi último acto sacerdotal porque tengo un mal incurable, siento que me muero". Y así fue, Falleció dos días

después. Curiosamente, también fue uno de los últimos actos oficiales de mi primer gobierno porque, poco después, fui víctima de un golpe que interrumpió, meses antes de su término, mi primer mandato legítimo.

Tal vez, desde el Altísimo, las oraciones del padre Gonzalo valieron para que el pueblo peruano me honrara con la excepcional compensación de la victoria de 1980. Gracias padre Gonzalo.

ESFUERZO DESARROLLISTA EN EL MARAÑÓN

Entre mis recorridos, en las zonas fronterizas por las unidades militares de asentamiento rural, tuve especial interés en visitar la de Chávez Valdivia, en el río Cenepa. Dicho asentamiento, se instaló en una guarnición fronteriza ubicada allí, desde tiempo atrás, en el gobierno de Benavides(1933-1939). Tributario del río Marañón, en su margen izquierda, el Cenepa discurre por una zona accidentada. El tramo comprendido entre el Pongo de Huaracayo y ChávezValdivia, tiene unos 24 kms. En línea recta y el desarrollo del río, entre esos dos puntos, es del orden de unos 32kms. Muy cerca de allí desemboca el río Comaina, que se origina en el lado oriental de la Cordillera del Cóndor.

Las relaciones internacionales, que deben ser fraternas, tienen que basarse en la verdad, en la exactitud de los hechos, no en la ficción. Infortunadamente, en el país vecino se ha dicho, una y otra vez, que cuando se suscribió el Protocolo de Río, en 1942, "Se ignoraba la existencia del río Cenepa" cuando, en realidad no sólo se le conocía, sino que ya se había instalado allí, una guarnición militar. La unidad de asentamiento rural fue creada, posteriormente, como un anexo a dicha guarnición. Su presencia allí, desde el gobierno de Benavides, demuestra no solamente el conocimiento de ese río, sino también del río Comaina, que desemboca en él.

La zona es muy atractiva desde el punto de vista paisajista y su clima es agradable. La accidentada topografía, presenta pocas tierras planas. La experiencia adquirida allí, es invaluable en lo que atañe a las áreas de la margen izquierda del Marañón, entre los Pongos de Huaracayo y Manseriche.

Actualmente se puede llegar por carretera a Oracuzá, que está a unos 8 kms. aguas abajo de la desembocadura del Cenepa, en el Marañón. También se puede llegar por aire a Ciro Alegría, distante de unos 30 kms. de ese punto, por río.

La hermosa región comprendida entre Bagua y el Pongo de Manseriche, tiene al Marañón como eje principal. Para los turistas de aventura, presenta de entrada, el Pongo de Rentena y, siguiendo paralelamente el trazo del oleoducto, la carretera permite el acceso a sitios tan interesantes como Aramango y Nazareth, desviándose hacia Sarameriza, previo cruce del río Nieva, en cuyo encuentro con el Marañón, está ubicada la capital de la provincia de Condorcanqui, Santa María de Nieva. Aguas abajo, se llega a la desembocadura del río Santiago, eje de un hermoso y espacioso valle y se ingresa al majestuoso Pongo de Manseriche.

El sueño de Mesones Muro, que consistía en la construcción del ferrocarril Paita -Marañón, se ha cumplido por medio de un proyecto carretero de gran envergadura, en que el Perú está empeñado desde hace décadas. Hay, en la región, ciudades de gran pujanza, como Jaén y Bagua y una serie de pueblos de colonos a lo largo de los ríos.

Durante mi primer gobierno, continuamos la carretera iniciada por los gobiernos de Prado y Odría, sobrepasando Nazareth, donde establecimos, exitosamente, la primera unidad militar de asentamiento rural. En base a esa experiencia, se instalaron después, seis asentamientos que tuve oportunidad de visitar en mi segundo gobierno, comprobando los resultados obtenidos. Volviendo al Marañón, en mi primer gobierno, se efectuaron perforaciones petrolíferas

en la cuenca del Santiago en los lugares denominados Piunza y Domingunza. La administración se encontraba en un atrayente lugar, llamado Fortaleza, en la margen izquierda.

Los indicios eran promisorios cuando ocurrió el golpe de 1968. Yo había mandado construir el aeropuerto de CiroAlegría, recordando al eminente autor de La Serpiente deOro. Ciro Alegría, lamentablemente desaparecido cuando el Perú todavía esperaba mucho de él, siendo Diputado deAcción Popular. Dicho aeropuerto ha significado, en los últimos 25 años, un notable elemento de desarrollo. La construcción del oleoducto entre la Selva y la Costa, fue concluida durante el gobierno del General Morales Bermúdez y ha sido y es, un evidente factor de promoción de la región.

El Perú ha demostrado allí que el patriotismo no consiste solamente, en la amorosa contemplación del territorio, sino en la férrea voluntad de desarrollarlo. Gracias no sólo a la naturaleza, sino a ese amor y a esa voluntad de losperuanos, el río Marañón merecerá, al fin, la definición deCiro Alegría: "La Serpiente de Oro".

EL PONGO DE MANSERICHE, BASTIÓN DE PERUANIDAD

La dramática geografía del Perú muestra infinidad de puntos de especial interés. Pero hay uno que tiene extraordinaria significación: El Pongo de Manseriche. El extenso sistema fluvial de la cuenca del Marañón, unificado a la entrada del Pongo, en la base militar de Teniente Pinglo, rompe el inmenso muro de la cordillera y, once kilómetros aguas abajo, los entrega al llano amazónico. Enriquecidas con las del Huallaga y unidas, finalmente, con las del

Ucayali, forma aquel río-mar que es el Amazonas. En las nacientes del Marañón se encuentran las cuevas de Lauricocha, la más antigua morada del hombre peruano. A lo largo de su recorrido o de sus afluentes, hay ruinas que están en

la base de la civilización americana; La antigua Chavín, la misteriosa Tantomayo. Aguas abajo, en las cercanías, Marcahuamachuco y, en las nacientes, el más reciente aporte incaico de Huánuco Viejo. Casi a las puertas del Pongo, la misión franciscana de Santa María de Nieva, en un promontorio en el meandro del río.

Navegar en el Pongo de Manseriche es una maravillosa, experiencia que cumplió tempranamente, en una cañonera de guerra, el insigne marino, Melitón Carbajal. Hay épocas del año en que la correntada entre Teniente Pinglo y Borja, a la salida del Pongo, es tan fuerte que resulta peligroso intentar la navegación, pues hay lugares donde el inmenso caudal se desliza por una profunda garganta de pocos metros de ancho.

El Pongo ha inspirado grandiosos proyectos, para su aprovechamiento hidroeléctrico, aunque aún la demanda de energía en ese lugar, no lo justifica. Sin ser experto en la materia, cuestiono que se le cierre el paso con una inmensa represa que obligaría la difícil desviación del inmenso caudal. Me inclino a que se explore, más bien, la posibilidad de crear un represamiento horizontal muy amplio, aguas abajo de Borja, lo que no requeriría la problemática desviación del cauce. Tal represamiento no tendría mayor altura. La cota de Santa María de Nieva es de 220 metros y, la de Borja, de 174. Iquitos, que se encuentra a una distancia, en línea recta, de unos 250 kms. está ubicada a "106 metros sobre el nivel del mar.

Uno o varios represamientos horizontales, debidamente escalonados podrían, con un sistema sencillo de esclusas, permitir la navegación comercial permanente, a través del Pongo y, los represamientos permitiría aprovechar, gradualmente, el inmenso potencial hidráulico, Creo que el Pongo de Manseriche presenta un reto a la imaginación de nuestros ingenieros.

Consciente del significado geo-económico del Pongo, mandé construir, en mi primer gobierno, el aeropuerto de

Ciro Alegría, siete kilómetros aguas arriba de Santa María de Nieva, en la margen izquierda del Marañón. Fue, desde el comienzo y sigue siendo, un hito fundamental de peruanidad.

El Pongo de Manseriche está llamado, por su belleza paisajista y su potencial hidráulico, a ser uno de los grandes lugares turísticos del Perú. Lo recomiendo fervientemente, a la juventud estudiosa.

MIS VISITAS A ATALAYA

Con motivo de un reciente viaje presidencial, a Atalaya, atractiva ciudad selvática en la confluencia de los ríos Urubamba, Tambo y Ucayali, los agentes publicitarios del gobierno movidos por un explicable entusiasmo, han dicho que el actual gobernante es el primero que visita Atalaya. Esa difundida, aunque inexacta afirmación ha traído a mi memoria mis inolvidables viajes a esa ciudad, antes y durante mi mandato presidencial.

La primera vez llegué, en balsa, desde el río Apurímac, en un aventurado, pero fructífero viaje, gocé de una cálida hospitalidad. Salí de allí, hacia Pucallpa, en un helicóptero, avión de anchas alas, que nos permitió despegar del campo de fútbol.

En mi segundo gobierno llegué de nuevo, para inaugurar el aeropuerto que ahora, felizmente, ha sido asfaltado. Organizamos, con la Marina, una expedición al río Tambo, embarcándonos en su famoso "codo" cerca de la desembocadura del río Puyeni, Lo navegamos en el BAP "Amazonas" y, después de tocar en Atalaya, nos dirigimos a Pucallpa por la vía fluvial.

Soy el primero en felicitarme de que el aeropuerto se haya mejorado. Enhorabuena y mi agradecimiento por el apoyo financiero externo que lo ha hecho posible. Pero ello no me obliga al silencio. Como viejo político tradicional, creo que puedo servir de cicerone allí y en todo el Perú, a las nuevas generaciones ...

AVENTURA EXPLORATORIA EN LA SELVA

El hovercraft es un vehículo extraordinario que no se apoya ni en la tierra ni en el agua, sino en el aire. Hace varias décadas que los ingleses lo han desarrollado, utilizando para fines exploratorios, militares y expedicionarios.

En 1982, el gobierno británico puso a disposición del Perú tres hovercrafts para apoyar sus tareas de desarrollo en la selva. Ni tardo ni perezoso acepté la gentil oferta. Nos dedicamos a la tarea de penetrar en los lugares menos accesibles, carentes de carretera o de río navegable, para dar apoyo a la población y, eventualmente, conducir a enfermos o accidentados a la más cercana posta sanitaria.

El Embajador Wallace me pidió que señalara los centros de operaciones más necesitados de apoyo. Escogí Iscozacín, en el río Palcazú y el pueblo llamado San Francisco del Apurímac, que desarrollamos junto al puente que, a la altura de la hacienda Teresita, une las dos márgenes. Para probar la adaptabilidad del vehículo pedí que el que servía en San Francisco, se constituyera en Puerto Ocopa.

Esto significaba desplazarse sobre el colchón de aire en las aguas del Apurímac y del Ene, para voltear hacia el Este, en su encuentro con el Tambo y penetrar a Puerto Ocopa, que se halla sobre el río Perené, a unos 200 kms. del puerto de partida. Me atreví a hacer la sugerencia porque en alguna oportunidad yo había realizado expedición en balsa, por esa ruta, pasando por el encuentro del río Ene con el Perené, donde se forma el hermoso río Tambo. Me acompañó, con toda complacencia y espíritu deportivo el Embajador Wallace. Llegamos allí en avión para encontrarnos con los oficiales británicos.

Cumplieron esmeradamente su misión, sin ningún contratiempo. Tuvieron que pernoctar una noche en el camino. El viaje fue suave, encontrando alguna turbulencia en los rápidos que el colchón de aire se encargó de amortiguar.

Ocopa, inicialmente una misión franciscana era entonces un lugar de tranquilidad y paz en medio de exuberante belleza tropical. El río Perené no es allí navegable por embarcaciones de calado. Por eso lo escogimos. Nos desplazamos en el hovercraft en dirección al Tambo, salvando consuavidad y casi sin percibirlos, los distintos obstáculos creados por pedregales y rápidos, comprobando la excelencia de ese medio de transporte.

Poco después, repetí la experiencia en Iscozacín. Los hábiles oficiales británicos dirigidos por Michael Cole de la Academia Real de la Fuerza Aérea Británica, se dieron también un salto al Pongo de Manseriche que navegaron sin dificultad, a lo largo de sus 11 kms. La red fluvial peruana es navegable por buques de calado mediano, en unos 8 mil kilómetros, longitud que se duplica en embarcaciones menores y que podría aumentarse mucho más con el empleo del hovercraft, que se desplaza sobre la tierra o agua, por baja o torrentosa que sea ésta.

La experiencia recogida fue invaluable. Desgraciadamente, concluido mi mandato presidencial, no supe más sobre los resultados de este sugestivo programa de apoyo a nuestras poblaciones y tribus apartadas de la Selva. Poco tiempo después de esta aventura selvática, tuve una inmensa satisfacción: Llegué de nuevo a Ocopa, mas no por aire, sino en una camioneta, abriendo un nuevo tramo de la Marginal de la Selva, que llega desde el camino a Pucallpa hasta el río Perené, pasando a la vera de Puerto Bermúdez. Pasados ya 11 años de esa aventura exploratoria, seguramente el equipamiento ya no está operativo pero la experiencia recogida, es invaluable. Reitero mi agradecimiento al gobierno británico, al Embajador Wallace y a los hábiles conductores del programa, Michael Cole y Peter Dixon. Ellos se familiarizaron con la Selva, pueblo por pueblo, tribu por tribu.

EL ANCIANO DE LA FRONTERA

Cuando, en 1961, visité la boca del río Yavari, frente a Benjamín Constant, la peruanidad tenía nombre propio, se llamaba Eugenio Rivera López, un noventón que vivía entre las aguas en una casa, construida sobre zancos. Bañada por aguas internacionales.

Las fronteras tienen la maravillosa virtud de hacer sentir, más hondamente, la emoción de la nacionalidad. Se percibe en ellas algo así como un sutil y silencioso adiós al Territorio Patrio, cuando uno se aleja. Más se redobla esa fuerza telúrica, cuando se hace ostensible la palpitación del ser humano.

Islandia se denomina el lugar inundable, que separa la desembocadura del Yavari, río fronterizo entre el Perú y Brasil, y otro brazo o "caño" de ese importante curso de agua. Allí, en ese islote, a unos 50 metros de la población brasileña, se yergue, con humilde majestad, una casa de tablones, rústicamente construida, que gran parte del año parece flotar sobre las aguas. En época de vaciante es posible cruzar el lecho del río caminando, ya que el cauce más profundo se ha formado por otro lado. Así son los ríos de la Selva: Nómades como sus habitantes.

Don Eugenio Rivera López era prototipo del empeñoso colonizador moyobambino, y su ancianidad no le impedía cumplir los patrióticos ritos que se había impuesto, que reforzaban la peruanidad de aquel paraje. Todas las mañanas con patriótica unción, izaba el Pabellón peruano en el frágil mástil, que en la práctica tenía la eficacia de toda una guarición. Nos cupo el privilegio de poderlo ayudar en oportunidad ya lejana, en la celebración de esa sencilla, pero impresionante ceremonia.

Llegamos al gobierno, lo condecoramos. Se lo merecía. Se juntaron, en su pecho, el Sol y la Bandera. No sé cuándo murió, ni dónde fue sepultado. A estas alturas tendría 120 años ...

No olvidaré nunca a don Eugenio, vigía voluntario y tenaz, de nuestra frontera.

RIMACHI NUESTRO LAGO OLVIDADO

Hace tres décadas descendí, como un cóndor, en un parajes elvático de excepcional belleza. Acuatizamos en una avioneta en pleno lago Rimachi. Así como el altiplano tiene su legendario Lago Titicaca, la Selva posee, entre muchos, el lago Rimachi. Demasiado extenso para considerarlo como una de las tantas cochas, como las de los ríos Pacaya y Samiria, tiene aspectos parecidos a los de Yarinacocha, cercade Pucallpa y Caballococha, en las proximidades de nuestra frontera con el Brasil. ¡Qué diferencia, en su horizontalidad con la verticalidad dramática de aquellas lagunas de aguas heladas y color esmeralda de la Cordillera Blanca!

Hay algo original y misterioso en este vergel tropical del Perú. El lago Rimachi se extiende entre los ríos Morona y Pastaza, a unos 48 kms. al norte del Marañón. Su área nobaja de 2.700 hectáreas y recorriéndole de extremo a extremo, se comprueba su mayor extensión de unos 12kms con profundidades que oscilan entre 3 y 5 brazas en épocas de vaciante y creciente. Respectivamente, En algunos lugares pasa de 7 brazas. Buques fluviales, de unas 250 toneladas, como la cañonera "Marañón" de nuestra Marina de Guerra, han remontado el Pastaza, surcando un brazo o canal de ese río, en su margen derecha que, en tortuoso recorrido, a través de tupida selva, conduce al lago.

Nosotros acuatizamos en una frágil avioneta con pontones, en 1962, pudiendo comprobar la facilidad para posarnos allí en un largo "estirón" bien aprovechado por nuestro piloto, el entonces Comandante Barreta quien, más tarde, formaría parte de mi Casa Militar, ascendiendo, finalmente, al rango de General de la Fuerza Aérea. El lago está embellecido por atractivas islas, llenas de palmeras. Sus aguas, normalmente quietas, se tornan en ocasiones, tempestuosas. La lluvia es frecuente, sobre todo, de octubre a diciembre.

Las quebradas que alimentan este lago, están habitadas por aguarunas que aún mostraban, en aquella primera visita, atisbos de agresividad. Desde el aire impresionan los caseríos. Lejos de la geométrica rigidez catastral de la propiedad que, en nuestras aglomeraciones determina lotes geométricos ortogonales, aquellas tribus, dueñas de la selva, hacen alarde de libertad y disponen sus asentamientos humanos en forma orgánica. Nada de ángulos rectos, las casas, generalmente ovaladas, con techos de palma, brotan del suelo como plantas. Se agrupan, sin rigidez, como los frutos de un árbol o las flores de un jardín. Tienen estas tribus la virtud de sustituir el concepto estrecho de "lo mío" por el amplio, generoso y fraternal concepto de "lo nuestro".

Cuando emplean el cerco, seguramente para retener a sus animales domésticos, lo hacen siguiendo las curvas naturales del terreno, dando al conjunto una atrayente plasticidad. El caserío, lejos de toda frialdad o monotonía, tan frecuentes en nuestras ciudades modernas, ofrece una viviente palpitación: es una planta más en la inmensidad de la Selva. Hay allí mucho que aprender para "humanizar" nuestros esquemas urbanos, manteniendo el a menudo perdido contacto con la naturaleza.

En los ríos y caños destacan vistosas plantas acuáticas y salta a la vista la riqueza ictiológica. La pesca, efectivamente, es abundante. Pudimos saborear el cebiche de corvina lacustre, casi idéntica a la que nos ofrece tan generosamente el Pacífico. Probamos la gamitana y el dorado y lo habríamos hecho con el maparate, la camabira y el paiche si el apetito nos hubiera dado para tanto ...

Pero, Rimachi no sólo sería paraíso de los pescadores. La caza ofrece un horizonte casi virgen, con una diversidad de bellísimos pájaros de todo tipo. Nos llamaron la atención las esbeltas garzas blancas sobrevolando la lancha en que recorrimos el lago de extremo a extremo, mientras Carlos Pestana, mi asiduo acompañante en ése como en muchos viajes, tomaba fotografías.

Pero, hay algo misterioso en estas aguas. En época devaciantes salen a la vista los restos de viejos pueblos sepultados en ellas. Surgen los grandes horcones que revelan la presencia de antiguas moradas, en una época en que tal vez el hombre utilizó más intensamente este paraje maravilloso. Cuando lo visité sólo habitaban las quebradas escondidas unos cuantos centenares de indios y, en el ríoPastaza, los pobladores no pasaban de unos 2, 200. La explotación-petrolífera no lejana, ha cambiado ese panorama.

Se yerguen a unos 100 kms. de allí, sus torres. La "civilización" se hace presente en cómodos campamentos para los trabajadores. Más nadie los confundiría con los caseríos nativos, brotados del suelo.

En el Rimachi se disputaban el predominio dos curacas. Uno de ellos llamado Marcial tenía contacto con el mundo moderno a través del Instituto Lingüístico. El otro, algo agresivo y soberbio, Iguaqui, vivía todavía rodeado de sus mujeres. Los oficiales de la lejana guarnición de Barranca alguna vez llegaron hasta su caserío y lo trataron con sagacidad mientras bebía mashato, brebaje de yuca fermentada después de su masticación por las muchachas jóvenes de la tribu.

De mala gana tuvieron que aceptar el homenaje de un trago de tan inquietante elaboración. Inicialmente residía, a la entrada del lago, un japonés encargado por la Dirección de Pesquería, de ejercer allí algún control. Mas las amenazas de Iguaqui determinaron que la guarnición de Barranca lo reforzara con un teniente y algunos hombres de tropa. El curaca recibió hurañamente esta, medida, reclamando su derecho a ejercer plena autoridad sobre los indios. Sólo la necesidad de solicitar la ayuda de medicamentos hizo que, poco a poco, depusiera su actitud hostil y acudiese al puesto militar con alguna frecuencia. Los, para ellos, poderes mágicos de la aspirina, hicieron el milagro.

Los shiringueros, los buscadores de pieles de lagarto y los montaraces madereros solían internarse, estableciendo un trueque de mucho beneficio. Gracias a él, la gente de Iguaqui, logró adquirir escopetas para cacería y el curaca se

dió el lujo de tener un motor fuera de borda, lo que le permitió acortar el recorrido desde la quebrada hasta el puesto militar, a pocas horas de navegación.

El lago Rimachi puede ser un centro turístico, de atracción internacional, como los hoteles llamados "Mediterráneo", que captan a una clientela deseosa de salir de la rutina, internándose a lugares de verdadera seducción natural. Habría que reglamentar la cacería y la pesca para que no sufran desmedro. Tal medida, tomada al mismo tiempo que otras para asegurar un hidroavión de itinerario, el ingreso-periódico de lanchas y la construcción de alojamiento, estimularían el turismo de aventura, tanto interno como externo. En Cabo Blanco, en latitud similar, pero al borde del Océano, se habilitó, hace años, un paraíso para pescadores.

El lago ofrece atractivos evidentemente mayores, hoy prácticamente desaprovechados.

Pensando que tal vez podría construirse un original hotel sobre pontones que se remolcarían a distintos lugares del lago, sugerí la idea a una de mis alumnas de arquitectura quien la estudió, como tema de tesis. En aquella época aún ejercía yo la docencia universitaria. La posibilidad de desplazar los pontones, en las épocas menos favorables del año a algún otro lugar atractivo de la Amazonía, le agregaba una gran variedad y amenidad al proyecto. Aunque no ha salido del papel, de haberla realizado, tendríamos un hotel flotante y errante, como los shiringueros que se desplazan en la inmensidad de la selva. Las condiciones han variado desde entonces y los helicópteros, dedicados a apoyar las operaciones petroleras, tienden a restarle algo de misterio al lago, pero lo hace más accesible.

El turismo es una de las riquezas potenciales que no se aprovechan a plenitud. Hay que viajar por el país, salir de las rutas ya frecuentadas, para tener cada día alguna grata sorpresa, y comprobar que este Perú -tan vilipendiado y calumniado- es más bello y subyugante que lo que nosotros mismos creíamos.

dió el lujo de tener un motor fuera de borda, lo que le permitió acortar el recorrido desde la quebrada hasta el puesto militar, a pocas horas de navegación.

El lago Rimachi puede ser un centro turístico, de atracción internacional, como los hoteles llamados "Mediterráneo", que captan a una clientela deseosa de salir de la rutina, internándose a lugares de verdadera seducción natural. Habría que reglamentar la cacería y la pesca para que no sufran desmedro. Tal medida, tomada al mismo tiempo que otras para asegurar un hidroavión de itinerario, el ingreso-periódico de lanchas y la construcción de alojamiento, estimularían el turismo de aventura, tanto interno como externo. En Cabo Blanco, en latitud similar, pero al borde del Océano, se habilitó, hace años, un paraíso para pescadores.

El lago ofrece atractivos evidentemente mayores, hoy prácticamente desaprovechados.

Pensando que tal vez podría construirse un original hotel sobre pontones que se remolcarían a distintos lugares del lago, sugerí la idea a una de mis alumnas de arquitectura quien la estudió, como tema de tesis. En aquella época aún ejercía yo la docencia universitaria. La posibilidad de desplazar los pontones, en las épocas menos favorables del año a algún otro lugar atractivo de la Amazonía, le agregaba una gran variedad y amenidad al proyecto. Aunque no ha salido del papel, de haberla realizado, tendríamos un hotel flotante y errante, como los shiringueros que se desplazan en la inmensidad de la selva. Las condiciones han variado desde entonces y los helicópteros, dedicados a apoyar las operaciones petroleras, tienden a restarle algo de misterio al lago, pero lo hace más accesible.

El turismo es una de las riquezas potenciales que no se aprovechan a plenitud. Hay que viajar por el país, salir de las rutas ya frecuentadas, para tener cada día alguna grata sorpresa, y comprobar que este Perú —tan vilipendiado y calumniado— es más bello y subyugante que lo que nosotros mismos creíamos.

EN BALSA, LLEVADOS POR LA CORRIENTE

En 1962, cuando malsanas influencias foráneas no habían afectado la imagen apacible y hospitalaria de las más remotas regiones del Perú, cuando no había aparecido aún el terrorismo y el narcotráfico era cuestión de poca cuantía, resolvimos aventurarnos por las aguas del Apurímac hasta llegar a las del Ucayali. Era una manera de explorar los orígenes del Amazonas, el río mar que describe impresionantemente una metáfora de Neruda:

“Los grandes troncos muertos te pueblan de perfume la luna no te puede vigilar ni medirte”.

Aterrizamos en el aeropuerto de la hacienda Teresita con mi acompañante Alejandro Acosta. No quise que fuera más numerosa la comitiva —si así puede llamársele— porque en mi Partido había cierto cuestionamiento a los viajes riesgosos, en época de confrontación política. Puede decirse que viajábamos de incógnito.

Abordamos una canoa para llegar al asentamiento agrícola de Pichari. En aguas turbulentas nos cruzamos con otra embarcación conducida por un agricultor de la zona: don José Parodi. Entablamos diálogo y, al conocer nuestro propósito de viajar al Ucayali, en balsa, se sumó a nosotros aportando, además, a Policarpo y a Vicente dos experimentados guías de la tribu Campa.

A lo largo de la ribera los navegantes abandonan sus balsas, siendo fácil escoger unos troncos en buen estado para construir una nueva y seguir viaje, aguas abajo. Condoce maderos quedó lista nuestra embarcación. En popa instalamos una tabla para colocar un motor fuera de borda que nos sacara de los remansos.

Pusimos nuestras provisiones en un gran paquete forrado en lona que nos sirvió de asiento. El doctor Salhuana, médico de la posta agrícola, se opuso a que partiéramos solos y gentilmente se unió a nuestra gira ...flotante.

La primera noche pernoctamos en la confluencia del Mantaro con el Apurímac, que forma el Ene. Con nuestralona convertimos la envoltura en techado y, en una improvisada estructura de bambú, construimos nuestro albergue.

A la mañana siguiente despertamos rodeados de campas que jugueteaban con nuestras latas vacías. Pronto llegaron los niños a quienes hicimos probar leche condensada. No tardaron en invitarnos a su aldea que, como se estilaba en esos valles, se ubica siempre a mayor altura, hacia el interior, para defenderse de las inundaciones.

Después de salvar los rápidos de Paquipachango y de descubrir un hermoso tramo de 10 que tal vez fue un camino del Inca, pernoctamos cerca de Kiteni gracias a la hospitalidad de otra comunidad campa. Mi mosquitero me impidió que cayera con un paludismo infeccioso que, poco después, casi se lleva a la tumba a mi acompañante Acosta:

Así como en la sierra el muro es dominante en la arquitectura, en la selva es el techo el que importa, sostenido por algunos troncos, y se disfruta, entonces, de una gran visibilidad, de una transparencia indescriptible en vegetación y colores, alegrada por la presencia musical de las aves.

Cuando llegamos a la desembocadura del Perené y penetramos al río Tambo, con su topografía más accidentada y ondulante estábamos casi extenuados. Al caer la noche nos atrajo el aroma a carne ahumada. En la campería de Matías estaban asando un venado a la brasa. Compartimos esa cena con blanquísinas yucas, rehusando cortésmente beber un masato de inquietante elaboración.

Pasamos el "codo del Tambo" a altura del río Puyeni, donde años más tarde, en el gobierno, llegaría en una exploración oficial en la cañonera "Amazonas".

Nuestra última aventura fue el desembarco en la misteriosa hacienda campa de Shirintiari con cuyo propietario, don Angelo Rateri, inicié una amistad que duró hasta su muerte, hace unos cinco años.

Finalmente, pasamos la confluencia del Tambo con el Urubamba y entramos, como lo hacen los regatones y mercachifles de nuestros ríos, con toda modestia, al pueblo de Atalaya. Tenía yo la barba crecida que me echaba más años encima. Cuando me identifiqué no me creyeron. "Ese viejo no puede ser Belaunde Terry" dijeron algunos pobladores. Sólo después de una reparadora afeitada pude ser reconocido y agasajado en el hospitalario pueblo al que, años después, llegué oficialmente como Presidente de la República.

¿Podría hacerse sin riesgo y sin resguardo este aventurado recorrido en los tiempos actuales? El terrorismo y el narcotráfico han privado al Perú de ese tránsito fácil que abrió sus senderos a Antonio Raimondi. Años después se produjo la expedición científica del National Geographic, con una logística perfecta, con toda clase de vituallas y facilidades. Apareció la hermosa edición en colores, difundiendo en el mundo las bellezas y grandezas de que nosotros habíamos disfrutado. Y, ¡oh sorpresa! ¿quién era el guía de la sofisticada caravana? Nada menos que nuestro experimentado piloto, el campesino Policarpo. Cuando, más tarde, hizo similar recorrido la expedición de Jacques Cousteau, con ultramoderno equipamiento, el guía también fue Policarpo.

En cierta manera la moraleja de esta historia es rendir culto a las esforzadas tribus campesinas, que se han impuesto al difícil desafío de la selva y a uno de sus héroes anónimos: nuestro guía Policarpo. Sin él ni nosotros, ni los científicos de la National Geographic, ni los sofisticados exploradores del grupo Cousteau habríamos llegado a nuestro destino.

Gracias Policarpo.

CAMINATA ENTRE CUMBRES Y SELVAS

Salaverry, con sus obras portuarias se ha afianzado como uno de los puntos estratégicos en la economía del litoral. Trujillo, la bella ciudad, heredera del misterioso abolengoprehispánico de Chan-Chan, tiene así una portada segura para sacar y recibir los más variados productos. El hinterland de este puerto es de excepcional riqueza en los aspectos agrícola, minero y ganadero; de enorme atractivo turístico por la belleza de su paisaje y de vasto horizonte futuro por el aporte cada vez mayor de la tropicultura, practicada en el feraz valle del Huallaga, que corre paralelo al océano, tras las cumbres andinas. Una variada gama de altitudes y regiones ofrece la expectativa de acrecentar su diversificada producción, base de una economía sólida y estable.

Nos propusimos demostrar la facilidad con que podría lograrse una penetración por carretera desde el Departamento de La Libertad hasta el de San Martín y, para ello, nos resolvimos a emplear esos medios de transporte tradicionales y primitivos que son las acémilas y las propias piernas. Viajando a lomo de bestia y a pie no se pierde ese sentido de la "escala humana", que nos ata a los arquitectos a la tierra y nos permite conservar una noción realista de distancias, proporciones y perspectivas. El vértigo de la velocidad del vehículo motorizado hace perder ese contacto con el medio, y la visión a vuelo de pájaro, por avión o helicóptero, crea un verdadero divorcio entre la sensación visual, panorámica, y la dura realidad telúrica. El hombre, después de todo, no podrá nunca liberarse por completo de ese módulo permanente y eterno que es su propio paso. Ni la conquista del espacio podrá disminuir la importancia de sus piernas. Paso a paso decidimos, pues, cruzar la cordillera de La Libertad hasta alcanzar las orillas del caudaloso Huallaga.

La vialidad actual con todas sus deficiencias, llega acrobáticamente hasta el valle del Marañón, lo cruza y asciende a las alturas de Parcoy y Buldibuyo, asientos mineros que

han construido trochas carrozables hasta el comienzo del balcón andino sobre la selva, con la finalidad de extraer madera para reforzar los socavones.

En Huaylillas, no lejos de allí, tenemos que dejar la camioneta por no estar terminado el puente, debiendo viajar a bestia hasta Tayabamba, la capital de la Provincia de Pataz, a unos 3, 300 mts. sobre el nivel del mar. Cuando el río baja los vehículos pueden llegar hasta esa ciudad, cuyos pobladores construyeron con sus manos los últimos siete kilómetros de carretera.

De Tayabamba y Huancaspata, cuna de muchos pioneros serranos de la Selva, no hay vialidad hacia ella. Hubimos de hacer los preparativos para un largó y difícil recorrido.

Averiguamos los datos, discutimos las rutas y, finalmente, apertrechados en forma por demás superficial salimos en la mañana del 14 de abril, desoyendo alarmantes advertencias de algunos vecinos notables. "No intente usted ese viaje en el cambio de luna", me dijo uno de ello con amistosa deferencia. "La lluvia lo obligará a volver", agregó otro. Pero es cosa seria tener como lema la palabra "Adelante".

El viaje no sería de un hombre sino de un equipo. El competente agrónomo ingeniero Julio Antonio Armas, nos asesoraría en su especialidad; nuestro colega y discípulo, veterano en esta clase de recorridos, a pesar de su juventud, arquitecto Carlos Pestana nos brindaría su concurso encargándose de toda la parte gráfica del trabajo. Un ingeniero emprendedor, con experiencia en vialidad selvática, Nicolás Hurtado, tendría la misión de observar las posibilidades de futuras comunicaciones. El periodismo estaría honrosamente representado por José María de la Jara, quien se iniciaba en esta clase de aventuras y, la juventud, por Rafael Gálvez, audaz e irónico animador de todo el equipo.

Dispusimos de bestias los tres primeros días, hasta llegar a Marcos, en un paraje que podríamos llamar de serranía selvática por su topografía abrupta y su tropical vegetación.

“RÍOS, QUEBRADAS, CUMBRES NEVADAS ...”

El cruce de la cordillera, por encima de los 4, 000 metros, requirió dos días. Uno de ascenso hasta la jalca de Yuracpaccha, donde fuimos huéspedes del pastor andino Luis Sopán, que vive en la soledad de las punas. A diferenciade los campesinos del centro y del sur estos norteños desconocen por completo el quechua, aunque siguen vistiendo el poncho y calzando ojotas. Están mucho más incorporados a la influencia occidental, aunque se mantienen en el ambiente graves condiciones de escasez e insalubridad. Sopán y su familia nos atienden con la hidalguía de los humildes y el caldo de pollo que nos brindan no tiene que envidiar al de un restaurante limeño más que la vajilla. Nos acomodamos los seis viajeros en una estrecha y oscura habitación, cuyo piso de tierra ha sido acondicionado con paja delicadamente esparcida por el suelo.

La siguiente jornada es brava. Hay que vencer los pasos de “La Negra” y “La Blanca”, en las rocosas cumbres quemarcan el *divortium aquarum* entre el Marañón y el Huallaga.

Una de nuestras bestias de carga se despeña desde la altura, rodando como un ovillo por la ladera, y cae a pocos metros de mi caballo, encabritado en ese punto peligroso. La montura de La Jara se afloja y cede, cayendo el jinete, más hábil evidentemente en el manejo de la pluma que en el de la rienda. Felizmente nuestro botiquín, que está a la mano, nos permite hacerle una curación.

Viene, enseguida, la escalofriante bajada por “La Sata” donde se anuncia ya la vegetación tropical. Muletambo, el sitio donde debemos pernoctar, no posee sino una choza, inundada y enlodada por las aguas fluviales. Decidimos pasar la noche bajo un cobertizo más seco, cuyo perímetro abierto protegemos con nuestros ponchos de aguas. Doy gracias a Dios de haber traído un manuable catre de

campana y un "sleeping bag", envoltura humana inventada por el criterio práctico de los americanos.

ADIÓS A LOS ARRIEROS

Al día siguiente, en el tambo de Marcos, nos despedimos de los arrieros. El fango, las palizadas, los ríos no permitirán ya el paso de las acémilas. Quedamos a merced de nuestras propias piernas. Retomamos así pleno contacto con el medio. En la choza encontramos moribundo, con pulmonía fulminante, al guardián. Los medicamentos traídos de Lima nos sirven para aliviar algo al enfermo y tal vez para salvarlo. Como todas las noches, preparamos nuestra comida con algunas conservas y unos choclos encontrados en el lugar.

Cuando la naturaleza les hace el "alto" a las acémilas, el ser humano se convierte en bestia de carga. Hemos visto a estos "cargueros" llevar al hombro más de cuatro arrobas de coca, sabe Dios si a alguna destilería clandestina ... y la regla no excluye ni a la mujer ni a los niños. Un menor de ocho años nos sorprende al transportar un fardo que iguala o supera a su propio peso. Por desoír el reclamo vial de los pueblos, por practicarse todavía un absorbente centralismo acaparador de todos los recursos del país, prevalece esta situación de dramática y conmovedora injusticia. El habitante del antiguo Perú se presentaba simbólicamente ante el Inca portando una carga. Ahora la sigue llevando, no cómo símbolo sino como agobiante realidad. La República ciertamente no lo ha emancipado.

Al amanecer comienza la caminata en plena selva. Sólo vemos el sol cuando salimos a un río y cuando cesa la porfiadalluvia. Tenían razón en Tayabamba con lo del cambio de luna. La naturaleza cubre totalmente la trocha y a veces la obstruye. Hay que caminar machete en mano. Nuestro gran enemigo es el fango. Son cuatro días de caminata hasta Tocache, con el barro a las rodillas. Los ríos se cruzan

por el cauce o se pasan sobre frágiles troncos, con acrobático suspenso. Nuestro itinerario ha resultado demasiado optimista. La institución del "aquisito nomás" tiene vigencia en la selva. Cuando cae la noche tenemos que cobijarnos en una cueva monumental y majestuosa. Por primera vez duermo bajo un voladizo natural de piedra con el grandioso, multicolor y sonoro espectáculo de la selva. El cansancio nos impide pensar en el puma, el otorongo o las culebras. Las isulas, amenazantes y agresivas hormigas gigantes, ya no nos inspiran temor. El sueño nos vence y despertamos con las resonancias musicales, casi humanas, del silbido de los pájaros.

DOS GRANDES OBSTÁCULOS: LA PALIZADA Y EL RÍO

Sólo al día siguiente alcanzamos Shunté, villorrio en el Tambo de Paja, un botón de muestra de lo que podría ser todo el valle del Tocache. Es un claro en la jungla. Obra del esfuerzo casi heroico de hombres y mujeres de la sierra con sed de aventura y vocación de conquistadores. Es admirable que hayan logrado dominar el medio sin ayuda del Estado, que sólo se hace presente en la persona del recaudador de impuestos para extraer de su incipiente economía unos cuantos miles de soles mensuales de tributación. Así apoya el gobierno a la colonización.

El cruce de los ríos Grueso y Metal es escalofriante. En el Tambo de Metal un hombre me explica cómo no puede mandar a sus hijos a la lejana escuelita rural por no exponerlos a ese peligro. En Shunté recibimos una acogida cálida y hospitalaria. Pero allí nos hablan de dos grandes obstáculos: la palizada y el río Pushurumbo. Un viento huracanado, destrozando la floresta, ha derribado enormes árboles a lo largo de dos kilómetros del sendero. Hay que columpiarse, saltar o agacharse entre los troncos colmados de hormigones, en un ejercicio agobiante, que toma dos horas, y que serviría para la preparación de un "pretendiente" al campeonato mundial

de boxeo. Salimos extenuados de esta prueba de fuego. Pero hay una compensación. Encontramos una sabrosa anona, especie de chirimoya, de gran delicadeza y suavidad, sedosa y brillante. Nos preguntamos cómo ese riquísimo fruto no se lleva a la costa donde encontraría acogida.

Ya estamos al borde del Pushurumbo. Los hermanos Repoma, que van a ser nuestros anfitriones en sus cabañas selváticas, son los audaces domadores de este río rebelde y torrentoso. Nos imparten instrucciones precisas. No debe cruzarse si el agua llega más arriba de la cintura. Y, a toda costa, hay que mantener el equilibrio, a pesar de la corriente. El que resbala y cae no sale más. El cruce con pies descalzos se hace difícil por las heridas que hemos adquirido en la dura caminata de los tres días anteriores. Pasamos al fin y, en la orilla, celebramos el hecho con la primera jabonada de todo el recorrido. Entre Shunté y el Pushurumbo encontramos una posibilidad para el paso de la "Marginal de la Selva", carretera colonizadora que, desde años atrás, reclamamos. Ya estamos en el paisaje abierto. Se cultiva el café, el maíz, el cacao y hay enormes expectativas. El ingeniero Armas me habla de las posibilidades ganaderas de algunas zonas ondulantes que hemos cruzado, y como el río baja de una región aurífera es muy probable que pueda lavarse en él el precioso metal.

BIENVENIDA SELVÁTICA

La última jornada nos lleva al puerto fluvial de Tocache. En Pueblo Viejo nos esperan varios amigos que han caminado dos horas para darnos el encuentro. El tramo se hace más difícil por el fango y los pantanos. A lo lejos, en la noche, sentimos el eco tropical de unos bombos selváticos. Toda la población sale a recibirnos. Su acogida nos hace olvidar dolorosas lesiones y una picada de isula, la querubrica el recorrido. En la plaza, con reforzada autoridad, reafirmamos nuestra convicción de que una entrada de Trujillo al Huallaga es factible e impostergable. Como en las corridas

grandes pasamos del redondel a la enfermería. El doctor Medina cura esmeradamente nuestras lesiones.

Con este viaje le hemos hecho a la cordillera desde la cumbre hasta la base, un corte transversal. Hemos observado cada altitud, cada escalón. Donde el hombre ha logrado limpiar una hectárea hemos visto la mágica creación de un hábitat acogedor. Estos bravos colonos espontáneos están abandonados. Es hora de que el país les dé el espaldarazo.

El resto del viaje es un paseo. Salimos en canoa, con motor fuera de borda, hacia Tingo María. En otras oportunidades hemos visto nacer y morir al Huallaga, en las alturas de Cerro de Pasco y en su confluencia con el Marañón. Nos faltaba recorrer este tramo bellissimo. Cada 500 metros hay una rústica vivienda, hito que marca la enaltecida presencia del pionero. El panorama es mucho más ameno que el de los ríos en la Selva baja, cuya horizontalidad resulta a veces monótona. Aquí hay un telón de fondo de cerros floridos. Garzas, mariposas y pájaros animan el paisaje. Hasta Tingo María el río es un rosario de espaciadas y pintorescas chozas. Mañana será íntegramente habitado, con viviendas que se asomen a mirarse en sus lentas aguas. El Huallaga será el eje de una gran operación estratégica: La toma de posesión de nuestro propio territorio. Es increíble que el proyecto de la "Marginal de la Selva" que lo recorrería hasta Bellavista y que espera cuatro años el dictamen de comisiones legislativas, haya sido inauditamente postergado y que ahora, es una tímida proposición, que se le quiera llevar adelante fraccionado. Aún así hay que desear que no se trate de una nueva y vana promesa.

En Tingo María la vibrante acogida del pueblo y el abrazo de colegas y discípulos nos hace olvidar las penurias que pasan, y valorar, debidamente, las experiencias que quedan. Rubricamos con una gota de sangre esta jornada. Resignadamente recibimos el hincón de la aguja que nos inoculara contra la fiebre amarilla. Es un requisito obligatorio de

la autoridad sanitaria. Más si la hubiéramos contraído, ya sería tarde.

Pero la verdadera fiebre, la que nos afecta a todos, la que produce un delirio de nacionalismo, es el ansia general por incorporar plenamente a la economía del país a esta feraz y promisoría región.

Por eso termino mi discurso de agradecimiento con estas palabras: "Ustedes –digo enfáticamente a mis oyentes– merecen bien de la Patria, porque están realizando la conquista del Perú por los peruanos".

Lima, 25 de abril de 1961.

RECUERDOS DE UNA GRAN EXPEDICIÓN FLUVIAL

EL CRUCE DEL CASIQUIARI POR LA MARINA PERUANA

En julio de 1783 nació en Caracas Simón Bolívar. Doscientos años después Venezuela y la comunidad hispanoamericana le rendían memorable homenaje. Con alguna anticipación el presidente de entonces Luis Herrera Campins, a quien en lo protocolar y en lo personal he considerado siempre como “grande y buen amigo”, me hizo llegar la invitación para concurrir a tan significativa conmemoración. Añadía que una revista naval, a realizarse en la Guaira, recordaría el hecho con participación de los países amigos. Se dispuso que zarpara una fragata para representar a nuestra Marina de Guerra.

Pensé que sería ocasión propicia para hacer algo más. Algo distinto, algo fuera de programa, pero de honda significación continental. En el acuerdo de Marina sugerí al ministro, almirante Du Bois Gervasi, que se estudiara la posibilidad de enviar una flotilla fluvial que, cruzando el brazo del Casiquiare, penetrara profundamente en territorio venezolano. Pensé que mientras en el Caribe se realizaba la imponente revista naval, en la ribera del Orinoco, en el apartado pueblo de San Fernando de Atabapo, nuestra marina fluvial pudiera hacerse presente en el río que, aguas abajo, baña la ciudad de Angostura, donde el Libertador marcó pautas históricas para la emancipación de los pueblos andinos.

En el siguiente acuerdo, la Marina ya había convertido en proyecto específico lo que en mí todavía no pasaba de ser un acariciado sueño. Se me dio itinerario, nombre de la cañonera “Amazonas” y buques auxiliares, proponiéndose la fecha del 18 de julio de 1983 para que, previo salto aéreo, abordara yo esa unidad en el puerto de San Carlos en el Río Negro. El desembarco en el Orinoco, tras el cruce de los

370 kilómetros del Casiquiare, estaba previsto para el 21 de julio.

De allí seguiría a Caracas por vía aérea y el buque intentaría internarse hasta el inicio de los rápidos de Atures y Maipures, la más profunda penetración de un navío de esas dimensiones en la misteriosa y fascinante región.

Participamos a nuestros anfitriones estos propósitos. Los acogieron con la mayor simpatía pero con alguna explicable inquietud. El viaje por zonas inhabitadas no dejó de alarmar al gobierno pero, en cuanto lo emprendimos, prestó todo su apoyo y lo realizó con la presencia de altos dignatarios de ese país. Vaya transcribir la nota de prensa publicada en Lima, a raíz de la exitosa expedición; se intituló:

VIAJE MEMORABLE

“La fuerza fluvial del Amazonas, establecida en Iquitos desde 1864, en su moderna versión mecanizada, ha cumplido una trascendental tarea al unir su puerto de amarre con los rápidos de Atures y Maipures, vecinos a la localidad de Puerto Ayacucho en el río Orinoco —de Venezuela. La tarea era muy clara: demostrar la factibilidad de una navegación mayor, en un navío de guerra de 50 mts. de eslora, entre las cuencas de los ríos Amazonas y Orinoco. La expedición significaba cubrir una distancia fluvial de 4, 000 kms. en cada dirección. El misterioso brazo del Casiquiare, de unos 370 kms. de largo, que une a las dos grandes cuencas del Río Orinoco y del Río Negro, tributario del Amazonas, constituía la principal incógnita para una navegación de esa importancia. Más aún, el terminal fijado en el Puerto Venado, donde se inician los rápidos del Orinoco, significaba un objetivo ambicioso, pues nunca había encostado en su ribera una unidad de las características del “Amazonas”. El haber alcanzado ese objetivo constituye una hazaña que quedará registrada en la historia fluvial del continente.

La historia atribuye a Lope de Aguirre el haberse aventurado por primera vez en el Casiquiare en su dramático

recorrido hacia las costas del Caribe. Pero las primeras referencias debidamente registradas son las del padre José Gumilla en el *Orinoco Ilustrado* de 1740 y del padre Román, en manuscrito ya desaparecido, citado por Von Humboldt, en el que habla del "descubrimiento de la comunicación del Orinoco con el Marañón". La Condamine también tuvo noticia de esa conexión en 1743. Pero fue el promotor de la geografía científica, Van Humboldt, quien dio versión más precisa sobre el brazo del Casiquiare, aunque no lo recorrió de lado a lado desde la aldea de Esmeralda en el Orinoco. Entre los esfuerzos más notables para explorar esta unión de cuencas destaca, en abril de 1968, el viaje en hoovercraft – embarcación que se desliza sobre un colchón de aire – realizado por Michael Eden y Graham Clarke, quienes viajaron en esos vehículos ligeros desde Manaos hasta la costa del Caribe, y la meritoria expedición de la lancha "Niculina" de los exploradores rumano-venezolanos Constantino y Paul Georgescu. Su embarcación de 2.5 pies de calado tenía que ser necesariamente ligera para salvar, por caminos y trochas carrozables, los puntos no navegables entre la isla de Trinidad y el Río de la Plata, viaje cumplido hace unos tres años (1980).

La expedición fluvial peruana contó no sólo con el B.A.P. "Amazonas" sino también con la lancha auxiliar "Pucallpa" y el buque hidrográfico "Stiglich", que permaneció en San Gabriel de las Cachoeiras en el Brasil.

El presidente del Perú, arquitecto Fernando Belaunde Terry, acompañado por el vicealmirante Jorge Du Bois Gervasi, ministro de Marina, y de una limitada comitiva, embarcaron en San Carlos de Río Negro, población venezolana, el 18 de julio de 1983 y, después de cruzar el Casiquiare, desembarcaron el 22 de julio en Tama Tama, a orillas del río Orinoco, habiendo cumplido con el mayor éxito aunque no sin dificultades, la memorable travesía. Los buques siguieron viaje hasta Puerto Venado, unido por una breve carretera, que salva los rápidos, a Puerto Ayacucho. Previamente y en el Día del Bicentenario del Nacimiento del Libertador

Simón Bolívar, tomaron parte en la histórica población de San Fernando de Atabapo en las ceremonias conmemorativas. De regreso repitieron la hazaña, salvando de nuevo, de bajada, un obstáculo de gran peligro en los rápidos de San Gabriel, que en ese momento, registraban una velocidad de 25 nudos.

LA GENTIL BIENVENIDA VENEZOLANA

Al llegar a San Carlos de Río Negro dio la bienvenida a los viajeros, en expresivo discurso, el gobernador federalde Amazonas, señor Armando Sánchez Contreras. En ese puerto aguardaban los doctores José Joaquín Cabrera Malo, ministro del Medio Ambiente, y Luis Gonzáles Herrera, ministro de Salud. Igualmente el comandante de la zona naval fluvial, capitán de navío Tomás Mariño Blanco, quienes acompañaron en todo o en parte a la expedición peruana. El ingeniero Paul Georgescu (el notable explorador de los ríos) también estuvo presente en el viaje junto con el geógrafo Alberto Pérez Maldonado, director regional del Medio Ambiente.

La presencia de tan experimentados personajes no sólo amenizó sino que documentó la expedición que por ello resultó, además de grata, sumamente fructífera y aleccionadora.

Los acompañantes del presidente del Perú, además del ministro de Marina, fueran el contralmirante Jorge del Águila, el general Ramiro Gálvez Acosta, jefe de la Casa Militar, el coronel de Sanidad de la Guardia Civil Zoilo Villacorta, el capitán de fragata Otto Bottger Robertson, edecán del Presidente, y el capitán de corbeta, Percy Navarro, ayudantedel ministro de Marina. El periodismo estuvo representadopor los señores Luis Tassara, Piera Pereyra, Nicolás Hernández, Magno Collazos y el asistente Edwin Huaranga.

La oficialidad de la marina peruana que participó tandesacadamente en la expedición estuvo constituida por élcapitán de la fragata Hugo Escobar, jefe de la flotilla, el teniente

primero Herman Peña Angulo, comandante del B.A.P. "Amazonas", el teniente primero Arturo Saettone, comandante del "Stiglich", y los alferoces de fragata Rafael Silvia y Mario Roncal.

Hábiles maniobras fluviales permitieron vencer, en el Casiquiare, los bajos del "Huayabal", el "Murciélago", el "Cabarúa", la "Piedra del Caribe", el "Paquihuari", el "Chupaflor" y el "Tijuacal". La verdadera dificultad surgió el día 21 de julio a las 9.40 a.m. cuando el B.A.P. Amazonas quedó atrapado a la entrada del "Oropamón", liberándose solamente a las 12.20 p.m., al cumplirse una laboriosa maniobra, mediante la cual pudo zafar de dos grandes piedras que lo atrapaban.

A las 10:30 a.m. del 22 de julio el Amazonas y la Pucallpa, entraron triunfalmente al Orinoco, encostando en TamaTama.

La Marina de Guerra del Perú, en expresión del propio presidente Belaunde Terry, había agregado "un laurel más a los muchos obtenidos en su honrosa trayectoria".

EN EL CONGRESO DE VENEZUELA

En la Sesión Solemne del 23 de julio de 1983, el presidente Herrera Campins estuvo acompañado no sólo por varios mandatarios hispano-americanos, sino por el propio rey de España S.M. Juan Carlos I. Su presencia era altamente significativa. "Gallarda actitud —dije— del adversario del ayer, del hermano de siempre que viene a demostrar, en gesto hispano, que si bien el vendaval remeció el árbol hispano-americano y reverdecieron sus frutos, sus raíces se mantuvieron intactas". Y agregó: "Gracias Majestad, gracias Excelencias, por habernos dado en América esta oportunidad de una reunión estimulante para nuestros pueblos ...".

Pero el homenaje era fundamentalmente al Libertador. Permítaseme repetir algunos de mis propios conceptos:

“No hay lugar en el Perú donde no se diga: ‘Por aquí pasó Bolívar’. En esta huerta de la Magdalena tuvo sus pesares, sus amorfos y sus glorias ...

Bolívar en todas partes: en la iglesia pueblerina de Cayma o en la hamaca de su no delirante sino esclarecida convalecencia en Pativilca. Bolívar en el Templo del Sol, Bolívar en Sacsayhuamán. Bolívar en las cumbres y en los llanos. Allí en esos llanos donde él forjó su gran empresa nos hemos constituido. Y, en todas partes, se mantiene presente la estela del Libertador y no se han borrado ni se borrarán sus huellas ...”

Semanas después, en el viaje de retorno, abordé el B.A.P. “Amazonas” en Indiana para compartir la emoción de la vibrante acogida loretana. Y, dije allí con orgullo: “En acto que registrará la historia la cañonera “Amazonas” marcó su estela en los efervescentes raudales del Orinoco ...”.

Los hábiles exploradores Constantino y Paul Georges-cu en su notable libro Los Ríos de la Integración Sudamericana, llamado a considerarse como un clásico en el tema, hacen justicia, en la Introducción, a la expedición peruana como “el más reciente y significativo esfuerzo en pro de la integridad fluvial”.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

La Campaña Pueblo por Pueblo	5
Nota Editorial	21
Prólogo	23
El pueblo lo hizo	29
Peregrinaje fluvial por la Selva	31
La epopeya de la tierra en el Perú	38
En la sorban a del delito	46
Las tres vidas de Lima	56
Por el Abra de Porcuya	61
Cruzada Andina	67
Déficit de soles y superávit de brazos	71
La estatua yacente de una comunidad	76
Cita con el dolor	79
El "Quinientos"	83
Una oración del Abate Pierre	88
Un cicerone de ultratumba	93
La emancipación de los villorrios	99
Despedida arequipeña	104

SEGUNDA PARTE

I. EXPERIENCIAS EN LA COSTA

Paita de ayer y de hoy	111
Los Egidos y el Bajo Piura	113
Rectificando la geografía	115
La Gran Muralla del Santa	117
Cuando habla la tierra	118
Notable comunidad costeña	119
Grandeza del Sur chico	120
El puerto de Pisco	124
Ica: Inspiración y desafío	126
Una joya en el desierto	132
Peregrinaje marítimo	133
El dominio del aire ... por los políticos	135
El rescate de San Sebastián	137

II. PEREGRINAJE SERRANO

Cajamarca, hito en la historia de América	141
La olvidada laguna de Pomacocha	147
Llegamos a Jumbillapor la Palizada	148
El Perú al paso lento de la acémila	149
Edificante cabalgata a.T1dina	150
Un palacio delInca sobrevive	152
San Bartolomé, hijo del ferrocarril	155
Alta Pila Bautismal andina	157
Una joya olvidada en la cordillera	159
En Puno hay para rato	161
Pirámides de los vivos	163
Zepita, notable joya aldeana	165
La mágica inspiración de Juli	167
Los poetas y el misterio de Machu Picchu	170
Urbanismo yacente y viviente	172
El manicomio azul	173
El mensaje de Pisac	175
El Púlpito de San Blas	176
Victoria en el Altiplano	177

III. EXPLORACIÓN SELVÁTICA

El Manu: Paraíso perdido	181
El codo del Pozuzo	186
Laboriosa morena cañetana	187
En la Cordillera del Cóndor	189
Visión de Yurimaguas	191
La esperanza del Putumayo	193
Angamos de agua dulce	195
Recuerdos del Padre Puerta	197
Esfuerzo desarrollista en el Marañón	199
El Pongo de Manseriche, bastión de peruanidad	201
Mis visitas a Atalaya	204
Aventura exploratoria en la Selva	205
El anciano de la frontera	207
Rimachi: Nuestro lago olvidado	208
En Balsa, llevados por la Corriente	212
Caminata entre cumbres y selvas	215
El cruce del Casiquiari por la Marina peruana	223



USL BIBLIOTECA



039197

EDICIÓN EXTRAORDINARIA HECHA POR LA UNIVERSIDAD
SAN IGNACIO DE LOYOLA

CONMEMORATIVA AL CENTENARIO DEL NATALICIO
DEL ARQ. FERNANDO BELAUDE TERRY

1912 - 2012